



KUMO KAGYU

ILLUSTRATION BY
NOBORU KANNATUKI

A detailed illustration of a blonde woman with blue eyes, wearing dark armor with gold accents and a fur-trimmed cloak. She holds a large, ornate sword. To her right stands a knight in full plate armor, including a helmet with a plume. The background features a red patterned wall and a decorative frame.

14

GOBLIN SLAYER

©Noboru Kannatuki



The music of battle crescendoed, the shouting of warriors mingling with their death cries, and then there was the ocean, boiling up again. Who could be expected to leap straight into this whirlpool of chaos?

Who else? Adventurers.

La música de la batalla iba in crescendo, los gritos de los guerreros se mezclaban con sus gritos de muerte, y luego estaba el océano, hirviendo de nuevo. ¿De quién se podía esperar que saltara directamente a este torbellino de caos?

¿Quién más? Los aventureros.



The music of battle crescendoed, the shouting of warriors mingling with their death cries, and then there was the ocean, boiling up again. Who could be expected to leap straight into this whirlpool of chaos? Who else? Adventurers.

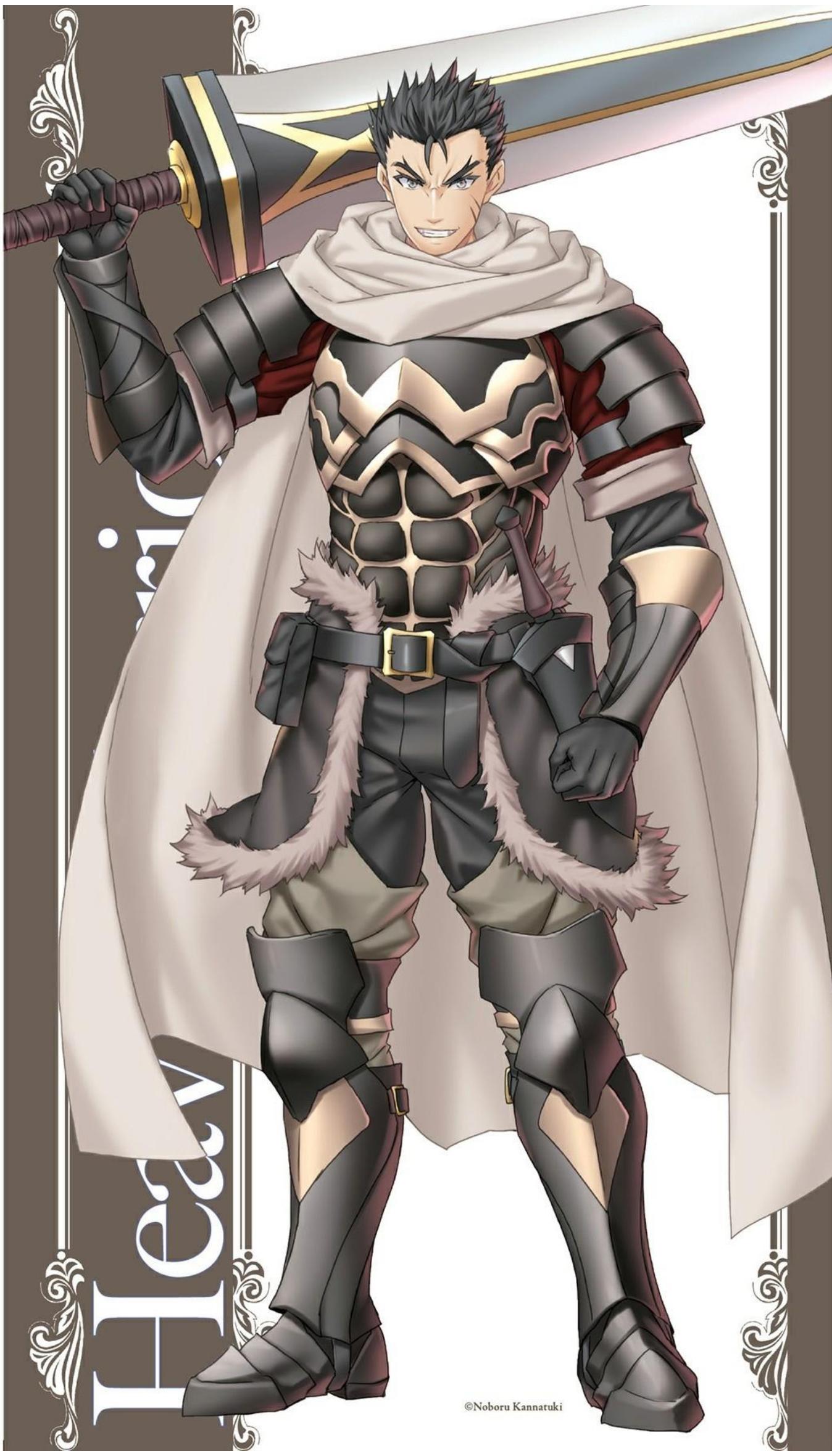
©Noboru Kannatuki

"... ¿Qué sigue?"

Contents

- Chapter 1 To What Shall We Compare the Heart?
- Chapter 2 Over the Misty Mountains
- Chapter 3 The Faraway Princess
- Chapter 4 Game of Thrones
- Interlude Of How the World Keeps Turning Even If You Can't See It Yourself
- Chapter 5 Vikings
- Chapter 6 Deep Rising
- Chapter 7 Honey Moon
- Chapter 8 A Slice of Bread, a Knife, and a Lamp







GOBLIN SLAYER

→ VOLUME 14 ←

KUMO KAGYU

Illustration by
NOBORU KANNATUKI



• Contenido

- Portada
- Capítulo 1: ¿Con Qué Compararemos el Corazón?
- Capítulo 2: Sobre las Montañas Brumosas
- Capítulo 3: La Princesa Lejana
- Capítulo 4: Juego de Tronos
- Interludio: De Cómo el Mundo Sigue Girando Incluso Si No Puedes Verlo Tú Mismo
- Capítulo 5: Vikingos
- Capítulo 6: Profundidad Creciente
- Capítulo 7: Luna de Miel
- Capítulo 8: Una Rebanada de Pan, un Cuchillo y una Lámpara
- Afterword

GOBLIN SLAYER



CHARACTER PROFILES



GOBLIN SLAYER

A strange adventurer active on the frontier. He is famous for reaching Silver (3rd) rank hunting only goblins.



PRIESTESS

Works with Goblin Slayer. A sweet young woman who must put up with her partner's antics.



DWARF SHAMAN

A dwarf spell caster who adventures with Goblin Slayer.



LIZARD PRIEST

A lizardman priest who adventures with Goblin Slayer.



HEAVY WARRIOR

A Silver-ranked adventurer associated with the Guild in the frontier town. Along with Female Knight and his other companions, his party is one of the best on the frontier.



HIGH ELF ARCHER

An elf girl who adventures with Goblin Slayer. A ranger and a skilled archer.



COW GIRL

A girl who works on the farm where Goblin Slayer lives. The two are old friends.



GUILD GIRL

A girl who works at the Adventurers Guild. Goblin Slayer's preference for goblin slaying always helps her out.



WITCH

A Silver-ranked adventurer at the frontier town's Adventurers Guild.



SPEARMAN

A Silver-ranked adventurer at the frontier town's Adventurers Guild.



SWORD MAIDEN

Archbishop of the Supreme God in the water town. Also a Gold-ranked adventurer who once fought with the Demon Lord.

El botín puede perderse, una familia puede caer,
y mi propia vida se marchitará con el tiempo,
pero grandes hazañas
forjadas por mi propia mano,
son preciosas,
porque nunca fallan ni se desvanecen.

Capítulo 1: ¿Con Qué Compararemos el Corazón?

"¿No crees que Orcbolg ha estado actuando raro?"

"¿Orcb—? Er, sí. Lo sé."

La Vaquera se sintió desconcertada por un segundo por el apodo—nunca pudo acostumbrarse a él, sin importar cuántas veces lo escuchara—pero luego asintió.

Estaban en la taberna justo antes del mediodía: Los aventureros se habían marchado, no había más clientes y todo el lugar estaba inusualmente tranquilo. Dadas las circunstancias, ni siquiera la alta elfa—que se veía hermosa simplemente gruñendo "hmm" y cogiendo un puñado de verduras de hoja—destacaba realmente. Las únicas personas que la veían eran la Vaquera y la Sacerdotisa, junto con la Camarera Padfoot, que fingía tomarse su tiempo limpiando pero en realidad estaba tomando un descanso subrepticio.

(NT: Subrepticio significa que se hace o se toma algo de manera oculta, con discreción o a escondidas.)

Las orejas puntiagudas de la elfa delataban que estaba menos interesada en la conversación que en tomar la luz del sol, así que fue la Sacerdotisa quien, tras tomar un sorbo de sopa con expresión pensativa, asintió y dijo: "¿Crees que tiene que ver con el concurso de exploración de mazmorras, entonces?"

"Sí, eso parece", respondió la Alta Elfa Arquera.

Así que tenía razón.

La Vaquera dejó escapar un suspiro. No había sido sólo ella la que había pensado demasiado en las cosas; las otras mujeres de su propio grupo también lo habían notado. ¿Era esto un problema un poco serio?

¿O deberíamos estar felices de que se haya vuelto un poco más suave?

Tal vez el hecho de que ella incluso estaba haciendo la pregunta mostró lo lejos que estaba, también.

"Vamos, no es que actuar de forma extraña sea algo que Orcbolg haya empezado a hacer hoy", gruñó la Alta Elfa Arquera, moviendo sus largas orejas y mordisqueando las verduras. Las emociones volubles de los mortales debían parecer tan triviales a una criatura inmortal como ella. O tal vez había aprendido a ver incluso esas pequeñas ondulaciones del corazón como lo haría un humano.

Por eso (¿sería justo decir eso?) hizo un círculo con un dedo en el aire y sonrió. "*Goblins, goblins, goblins*. Así que ha empezado a alejarse un poco de su tema favorito. ¿No deberíamos alegrarnos por ello?"

"¿Crees que podemos serlo?" preguntó la Vaquera, ladeando la cabeza con inquietud.

"¡Claro que sí!", respondió inmediatamente la elfa. Parecía que la ansiedad que había sentido un momento antes se había desvanecido por completo.

El cambio instantáneo casi cegó a la Vaquera; entrecerró los ojos y contestó: "Ummm, bien, entonces. Seré feliz. Feliz, feliz..."

"La pregunta es qué hacer al respecto, ¿no es así?" La Sacerdotisa ofreció voluntariamente. Estaba chupando su cuchara (poco propio de una dama) y jugueteaba con los dedos pensativa. "El problema es que no sabemos qué lo causó. Quiero decir, a veces puedes deprimirte sin razón, pero..."

"¿No crees que estaba demasiado ocupado?" Tal vez aburrida de mordisquear hojas, la Alta Elfa Arquera masticaba ahora unos cubos de zanahoria. Parecía muy contenta de que otros amantes de las verduras de orejas largas se hubieran unido a ellos recientemente. Los harefolk eran una cosa, pero la Sacerdotisa a veces sentía que la nueva elfa miraba de reojo sus verduras...

"*Sólo es tímida!*" había exclamado la Alta Elfa Arquera, completamente imperturbable.

Nada resuelve un problema como darle tiempo.

"Piénsalo. Hubo un alboroto con el vino, luego se fue al desierto, luego los tres

chicos se fueron a alguna parte, y luego ayudó en el concurso de exploración de mazmorras", dijo la Alta Elfa Arquera, contando con los dedos de la mano; en efecto, últimamente se había movido bastante. Y una buena parte de lo que había estado haciendo no tenía prácticamente ninguna relación con los goblins. "Estoy segura de que llegó a ser demasiado para Orcbolg."

"No sé... Me gusta que haga tantas cosas diferentes", dijo la Vaquera.

"Entonces... ¿le pedimos que descanse un rato?" Sugirió la Sacerdotisa.

"Si se quedara en nuestra granja... me gustaría". La sonrisa de la Vaquera adquirió un toque de autodesprecio al escucharse a sí misma repetir las mismas palabras. La *haría* feliz—pero no podía ignorar la parte de ella que sabía lo que él soñaba. Una vez que se calmara, alguien tan cansado como él podría no volver a levantarse. Sabía que él, más que nadie, seguiría caminando—pero no pudo evitar pensar: *¿Y si...?*

"Supongo que, después de todo, no me gustaría eso", ella murmuró.

"A tí... ¿No te gustaría?", dijo la Sacerdotisa. Parecía no entender lo que la Vaquera estaba sintiendo y sólo ladeó la cabeza en la confusión.

"Oh, no es nada". La Vaquera hizo un gesto como si no le importara. "Supongo que sólo quería saber si había algo que pudiera hacer por él. Por eso quería hablar con ustedes dos."

"Hmmm...", murmuró la Sacerdotisa.

"Claro", dijo la Alta Elfa Arquera como si fuera perfectamente sencillo. "No es tan difícil."

"¿No lo es?"

"Si su cuerpo está cansado, debe descansar. Si su corazón está cansado, debe hacer algo divertido. Es tan simple como eso."

"¡Ah!" Incluso la Sacerdotisa, algo perpleja, asintió al escuchar esta explicación. "Tienes razón. Una cosa es si hacer algo ridículo o escandaloso será de algún

beneficio, pero no suele ser tan sencillo."

La Vaquera soltó una risita al oírla invocar esas palabras familiares con una expresión tan estudiosa. La Sacerdotisa le lanzó una mirada interrogativa, pero— Oh, no importa. Hoy fue... bueno, no fue un mal día, pero tampoco fue exactamente emocionante. No podía concentrarse en el trabajo de la granja. Y sin embargo, tampoco podía sentir la emoción de venir a hacer algo en la ciudad. En cambio, como una especie de escape, había invitado a las chicas a salir con el pretexto de pedirles consejo. (Aunque, por supuesto, ella realmente quería un consejo).

Todavía no tenía el valor de llamarlas amigas, ni siquiera en su propia mente.

Pero poder verlas y hablar con ellas hace que esta comida valga la pena.

"Déjame decirte lo que eso significa", dijo la Alta Elfa Arquera con una voz encantadora, como si hubiera leído los pensamientos de la Vaquera. La alta elfa, cuya sangre se remontaba a la Edad de los Dioses, estaba sentada sosteniendo su zanahoria a medio comer y esbozando una sonrisa tan brillante y cálida como el sol de la mañana. "Sólo tenemos que llevarlo a algún sitio—a una aventura de verdad."

§

"Entonces, ¿a dónde vas esta vez?"

"..." Goblin Slayer gruñó suavemente. "¿Yo?"

"¿Ves a alguien más aquí?"

La luz que entraba por la ventana del estrecho taller brillaba con el polvo flotante. No vio al aprendiz, que normalmente habría estado trabajando duro. Tal vez lo habían enviado a hacer un recado, o tal vez estaba almorzando. A Goblin Slayer le costaba imaginar cómo pasaban los días los demás.

Así, tras pensarla un momento, tomó los artículos que había comprado—sus preparativos—y los guardó en su bolsa. Antes del mediodía, después del mediodía. Pronto sería el momento de ponerse en marcha; no podía perder el

tiempo. Sacó algunas monedas de oro de su bolsa de dinero y las colocó sobre el mostrador, luego sacudió su cabeza con casco de un lado a otro. "A ningún lugar en especial", dijo con su típico tono desapasionado, y luego, reconociendo que no era suficiente, añadió: "Cazar goblins, supongo."

"Hmm". El jefe del taller, que no parecía muy interesado, apoyó la barbilla en las manos. Las monedas brillaban débilmente a la luz, pero aunque las miró, no las tocó. En cambio, fijó su mirada en el rostro con casco que tenía delante. "Nunca cambias, ¿verdad?"

"Mm." Goblin Slayer asintió.

No, nunca cambió, ni tenía la menor intención de hacerlo.

Los goblins eran débiles. Digan lo que digan de ellos, eran los monstruos más débiles, apenas amenazantes. En términos del peligro que representaban, incluso la mayor infestación de goblins significaría la posible destrucción de una sola aldea. No eran nada comparados con dragones, demonios, trolls o elfos oscuros.

Había estado en la Mazmorra de los Muertos, en la montaña nevada, en el desierto; se había enfrentado a un dragón y había sido facilitador del concurso de exploración de mazmorras. El mundo rebosaba de amenazas, peligros—y aventuras—que ni siquiera podía imaginar.

Pero nada de esto le hacía estar menos contento con su papel, que era matar goblins.

Goblin Slayer tuvo un pensamiento. "¿Cómo está la chica?"

"¿Qué chica?"

"La del ónix negro."

"Ah, ella..." El jefe, con la barbilla aún apoyada en las manos, miró con desinterés por la ventana hacia las somnolientas calles del mediodía. "Ella viene a buscar aceite o cualquier otra cosa. Ya es una auténtica habitual a estas alturas". Luego añadió con brusquedad: "No es que vaya a bajar el precio por ella."

La única respuesta de Goblin Slayer a esto fue: "Ya veo."

El único ojo bueno del jefe se volvió y miró fijamente a Goblin Slayer.

"Espero que no adquiera todos los malos hábitos de *alguien*."

"Intento comprar sólo lo que voy a necesitar."

"Para matar goblins". El jefe escupió las palabras, suspiró señaladamente y luego se encogió de hombros de forma elaborada, provocando una serie de crujidos de sus rígidas articulaciones. Barrió las monedas del mostrador hacia él, tras lo cual el hombre sintió que la mirada que le dirigía era de alguna manera más suave que antes. O tal vez—más suave que la primera vez que *él* entró en la tienda.

"¿Qué, no tienes ningún sitio al que quieras ir?"

"Hmm". La verdad es que nunca había pensado en ello. No tenía planes de ir a ninguna parte. Bueno, si había una misión, si aparecían goblins, eso sería diferente—pero eso no era algo que pudiera planearse.

Se preguntaba... si alguna vez había existido un lugar así para él. ¿Más allá de las fronteras de su país, quizás? El desierto. El pueblo de los elfos. Las viejas ruinas. Todos los lugares con los que nunca había soñado.

¿Y había alguna esperanza o deseo dentro de su propio ser?

"Ah", dijo mientras un lugar que nunca había visto se manifestaba en su mente. Un lugar que nunca había sido más que un sueño para él. Un lugar del que había oído hablar una y otra vez en los cuentos para dormir, pero que nunca había creído que visitaría realmente. "Más allá de las montañas del norte."

§

"¿Más allá de las montañas?" Preguntó la Chica del Gremio, su voz rebotando como una pelota mientras abandonaba cualquier intento de mantener el aleteo de su corazón en su tono.

"Sí". La cabeza con casco asintió. Parecía bastante fuera de lugar en la calle a mediodía—una calle llena de vistas ordinarias.

Llevaba una armadura de cuero mugrienta y un casco de metal de aspecto barato. En el brazo llevaba un pequeño escudo redondo y en la cadera una espada de extraña longitud. Uno se preguntaba qué había sido del brillante aventurero de rango Plata que había ayudado en el concurso de exploración de mazmorras.

Difícilmente era un atuendo para llevar a una cita, incluso si esa cita era sólo ir de compras con una mujer joven. La Chica del Gremio había planeado con antelación ese día, se había asegurado de solicitar un permiso con antelación y había ido a casa a cambiarse de ropa, y ahora estaba aquí a su lado...

Supongo que no parecemos exactamente una pareja.

Ella con su blusa blanca y limpia, él con su armadura cubierta de manchas de color rojo oscuro de procedencia desconocida—no era un buen aspecto. Incluso el pelo de ella, que se había esforzado en peinar y trenzar, tenía un aspecto cómico al lado de la borla hecha jirones en la parte superior del casco de él.

Pero a ella le gustaba así y no le disgustaba la situación.

"Más allá de las montañas. ¿Te refieres al oscuro país de la noche que se extiende a través de un desierto solitario?"

"Sí."

No pudo resistir una risa ante esta respuesta tan característica.

Podría reírme de eso como si fuera sólo machismo si no conociera esa famosa historia.

Era una historia que alguna vez había hecho que se le acelerara el pulso a muchos, pero que ahora cada vez menos gente conocía. Un bárbaro del norte, un usurpador, piratas, mercenarios, generales... y un rey.

Este macho se había abierto paso entre muchos enemigos, había conquistado una montaña de tesoros y, en definitiva, poseía muchos tronos. Era el tipo de leyenda que uno podía esculpir sólo cuando la luz de la civilización aún no ardía con

fuerza, y una espada de hierro era todo lo que uno necesitaba para doblegar el mundo a su voluntad. La historia de un gran hombre que sería un buen cuento para contarle a cualquier niño.

E incluso este hombre a mi lado fue una vez un niño que soñaba con ser un aventurero, ¿no es así?

Era un pensamiento tan dulce que la Chica del Gremio no pudo evitar sonreír; fue suficiente para que quisiera darle un abrazo. Si se contenía o no—tal vez esa era la diferencia entre ella y su vieja amiga que vivía en la granja.

"Hmm..." Disfrutando de la sensación de sus palabras dando vueltas en su cabeza, vio una tienda de accesorios. Una profusión de lazos de colores. Escogió algunos. Se preguntó cuál haría juego con su pelo. "¿Cuál te gusta más, Goblin Slayer?"

(NT: Profusión significa que hay gran abundancia o exceso de una cosa o de algo.)

"...¿Yo?"

"Sí, tú". ¿Había sido injusto que le preguntara no cuál le quedaría bien a ella sino cuál le gustaba a él? *No, no*, pensó ella. *Eso se llama estrategia*. No era justo que ella se preocupara por sus pensamientos. Que él se preocupara un poco por lo que *ella* pensaba.

Escarlata. Rosa. Blanco y negro. Uno verde oscuro, otro azul. *Incluso el púrpura podría estar bien*, ella reflexionó.

Él estudió los lazos desde detrás de su visera, cuidando de que no se los llevaran las ráfagas, que habían empezado a mezclar la brisa del otoño y el viento del invierno. El tendero les lanzó una mirada poco acogedora, pero la Chica del Gremio la dejó pasar. No podría haberle importado menos en ese momento.



"No sé mucho sobre colores", dijo Goblin Slayer, pero tomó uno de los lazos en su mano enguantada. Ella lo miró de cerca.

"Blanco, ¿te parece?"

"Tu lazo habitual es amarillo, y el uniforme del Gremio es negro. Pensé que algo parecido a eso podría estar bien."

¡Oh, por el amor de Dios...!

Casi podría haberse reído de sí misma por lo poco que hizo falta para que su corazón se acelerara. Saber que la veía a horas "habituales", que la conocía y la recordaba, y que lo tenía en cuenta en su decisión.

Aun así, sin embargo... La Chica del Gremio trató de mantener los pies en el suelo mientras fruncía los labios. "He preguntado qué color *te* gusta."

"Hrm..." Gruñó, luego se quedó en silencio—y, después de pensarla un poco, finalmente concluyó: "No me disgusta el blanco."

"Supongo que aceptaré eso por hoy". Se rió con ganas y tomó el lazo blanco para el pelo en la mano. "Me llevaré esto, por favor."

Goblin Slayer asintió, pasando algunas monedas de plata al tendero. La total falta de vacilación era uno de sus encantos.

"Muchas gracias", dijo la Chica del Gremio, abrazando el lazo de pelo contra su pecho y sonriéndole. "Dios mío, sin embargo... El norte. Nunca has estado más allá de la montaña nevada, ¿verdad?"

"No", dijo, negando con la cabeza. "No todavía". Sonaba como si creyera que nunca lo haría, tampoco.

"Hmm". Volvió a hacer un puchero. No le pareció muy justa la forma en que lo había dicho. "¿Qué harías si te dijera que *puedes* ir?" Ella trotó delante de él, y luego se giró para mirarlo. En el rincón de su visión, vio que su trenza se agitaba como una cola.

Goblin Slayer se detuvo sin siquiera su habitual gruñido—se detuvo en seco. Justo en medio de la multitud. Los transeúntes les lanzaron miradas sospechosas a los dos y luego los esquivaron. Dio un paso adelante, como si se viera obligado a avanzar por el propio silencio. "¿Puedo ir?"

"Estoy preguntando si quieres."

Gruñó suavemente: "Hrm..." Luego se calló de nuevo y se quedó quieto. Ella pudo saber de un vistazo lo que él estaba pensando.

Me pregunto cómo se ve su rostro en este momento—detrás de esa visera. ¿Estaba expectante? ¿Pensaba que esta excursión sería divertida?

No, no—ella lo conocía desde hace años. Ella sabía en qué estaba pensando. En los miembros de su grupo (aunque todavía parecía algo reacio a llamarlos así). En su granja.

Y, no tenía ninguna duda, en los goblins.

Nada de eso había cambiado en todos sus años juntos. Pero algunas cosas sí.

Ahora piensa en algo más que en los goblins.

Los cambios pueden ser buenos o malos. Pero la Chica del Gremio pensó que este era un cambio para mejor. Alguien que nunca había cambiado antes estaba haciendo el intento de convertirse en algo ligeramente diferente.

¿Y cómo puede eso no ser algo bueno?

Después de un largo momento, la respuesta finalmente llegó: "...Si es que es posible."

Era demasiado pasivo como para llamarlo una respuesta prometedora. La Chica del Gremio tomó aire, lo soltó y miró al suelo. No importaba la expresión que pusiera a continuación, se necesitaría valor. Se armó de valor y casi saltó hacia delante para tomar su mano enguantada con la suya. "En ese caso, ¡tengo justo la aventura para ti!"

¡Espero poder controlar mi sonrisa para cuando almorcemos!

§

"El norte, dices... Hmm, hmm". El Sacerdote Lagarto se estremeció y resopló para sí mismo.

Era el día siguiente, en un rincón de la sala de espera del Gremio de Aventureros. Los cinco aventureros estaban sentados en un banco, consultando sobre la misión. No se parecía en nada a las simples hojas de pergamino que veían normalmente—es decir, a las misiones de matanza de goblins. Estaba lujosamente decorado, el texto estaba adornado de una escritura elaborada y ornamental; incluso la tinta parecía ser de una calidad superior a la media. En particular, parecía que la misión ni siquiera había estado en el tablón de anuncios; no había ni un solo agujero en el papel.

Todo lo cual significa...

"¡Esta es una misión apta para aventureros de rango Plata!" exclamó la Alta Elfa Arquera, inflando su escaso pecho. Puede que el Sacerdote Lagarto estuviera pensando en lo frío que sería el viaje, pero la elfa parecía estar muy animada. "Creo que es una gran idea. Una elección inusualmente excelente viniendo de ti, Orcbolg."

"Ya veo". La cabeza con casco asintió.

La alta elfa sonrió como un niño travieso y dijo: "La tomaré—la *tomaremos*. Voy a ir a esta misión, por las buenas o por las malas."

"Ni siquiera sabes de qué va la misión!" El Chamán Enano, ignorando el gesto triunfante (pero todavía elegante) de la elfa con sus dedos, agarró el papel con su propia mano gruesa. Le llevó un momento analizar las letras que bailaban por la página, pero finalmente dijo: "¿Explorar la frontera norte?"

"Sí". El casco volvió a asentir. "Yo mismo no lo entiendo del todo, pero hubo algo sobre una batalla, una reconciliación y una alianza... Parece que la zona pasó a formar parte del territorio de este país recientemente."

"Hoh". El Chamán Enano se acarició la barba y su rostro se ensombreció. "Así que hubo algunas peleas."

"Er, um." La Sacerdotisa se llevó un delgado dedo índice a los labios y miró al techo. "Las grandes batallas con otras naciones cesaron tras el reinado del anterior rey", dijo. Al menos, así le parecía recordarlo. "Hubo una situación con la Mazmorra de los Muertos, y luego—recuerdas, apareció el Señor Demonio. Creo que fue por esa época."

"¿No crees que fue básicamente una venganza por todas esas guerras?" dijo la Alta Elfa Arquera con un toque de sarcasmo. A veces lo único que se podía hacer con los humanos era reírse de ellos.

Las plagas y los zombis habían envuelto a la tierra—una terrible amenaza que culminó en una tremenda batalla con las fuerzas del Caos. Bueno, es cierto que los humanos no podrían haber negado que fue el resultado de sus propios apetitos insaciables..

Dicho esto...

La Sacerdotisa no sabía mucho sobre cómo restaurar los recursos de un país agotado, pero sabía que no podía ser fácil. Observaciones e inspecciones como ésta serían una parte importante de ese proceso. "¿Están seguros de querer confiarnos algo así?" Eso era lo que la preocupaba.

"Sí", dijo el Chamán Enano, moviéndose en su asiento, inclinándose hacia ella y entregándole el papel. Ella le dio las gracias y lo tomó; incluso una rápida mirada dejó en claro la belleza de la caligrafía, una diferencia inmediata y obvia con respecto a la misión promedio. La Sacerdotisa, sin embargo, no mostró ningún signo de ansiedad o falta de confianza. Tal vez sintiera esas emociones—sólo un poco—pero si es así, no se reflejaron en su expresión.

Todo lo que se veía en su rostro eran preguntas—y respuestas. Era como si ella avanzara por una mazmorra, probando el suelo con un palo de tres metros.

El Chamán Enano, alentado por el crecimiento que veía en su compañera (que estaba seguro de que la propia Sacerdotisa aún no había notado), soltó una sonora carcajada. "Eh, deja el politiqueo para las personas más importantes", dijo. La gente siempre podía tomar una copa y entenderse, siempre y cuando

nadie se empeñara en iniciar una pelea. Para un enano como el Chamán Enano, esta convicción era perfectamente natural; la aceptó sin ninguna molestia.

Goblin Slayer parecía estar de acuerdo, pues extendió una mano enguantada y señaló algo en el papel. "Parece que también desean establecer allí un Gremio de Aventureros con el tiempo."

"Huh. Y quieren que vayamos a echar un vistazo primero, ¿eh? Bueno". *Glug*. El Chamán Enano dio un trago al vino de fuego que tenía en la cadera, lamiendo las gotas perdidas de su barba. "Parece que quieren exhibirnos."

"No sé nada de eso", dijo Goblin Slayer. Sin embargo, estaba claro lo que este inusual aventurero sí entendía. Como alguien que se atiene a los preceptos básicos de un explorador—incluido el de "saber lo que hay que saber"—debe haberlo entendido.

Estos cinco aventureros—el guerrero de aspecto extraño, la clériga de una religión extranjera, el enano, la elfa y el hombre lagarto—debían parecer un grupo de lo más inusual para los norteños.

Sin embargo, parecen querer decir que somos aventureros.

Aventureros con rango de Plata—y sin duda se espera que actúen como tales. Eso, incluso Cortabarbas seguramente lo comprendió. El Chamán Enano estaba seguro de ello. *Supongo que a eso también se le puede llamar crecimiento, en cierto modo*, pensó. Probablemente deberían aceptar la misión. Sólo una persona verdaderamente vieja trataría de contener a la juventud cuando por fin salía al mundo.

"Por mucho que me duela estar de acuerdo con el yunque, yo también aceptaría este trabajo."

"No soy más feliz que tú, teniendo que ir con un barril."

"¡Oh! ¡Y-Yo también voy!" La Sacerdotisa levantó rápidamente una pequeña mano, ignorando ya la discusión que comenzaba entre la elfa y el enano. Tal vez no sentía la necesidad de intervenir, o tal vez simplemente ya estaba acostumbrada. "¿Qué hay de usted—está bien?" En cualquier caso, su

considerada mirada se posó en...

"Mmmm..." Su rostro estaba azul como de preocupación—bueno, verde azulada—bueno, siempre había sido de ese color, gracias a sus escamas. El Sacerdote Lagarto estiró su largo cuello. "Ejem, dicen que el que cede al miedo está lejos de ser un naga, así que supongo que debo ir. Sí, supongo que no tengo elección, pero..." Un suspiro escapó de sus grandes mandíbulas, y puso los ojos en blanco. "Ciertamente, debe hacer mucho frío más allá de las montañas del norte". Se podía oír en su voz, mientras forzaba las palabras, lo profundamente que las sentía.

La Sacerdotisa ahogó una risa ante el trágico acto del hombre lagarto. Todos comprendían perfectamente que para él, el frío era una verdadera cuestión de vida o muerte.

La elfa, por supuesto, tenía una respuesta fácil para esto. "¿Y si te compras una capa nueva? ¡¿Y tal vez algún tipo de equipo mágico?!" Ella iba a las montañas nevadas, pero parecía totalmente despreocupada por el frío—un tipo de desapego muy propio de los altos elfos.

El Sacerdote Lagarto se cruzó de brazos, no sorprendido por su actitud sanguínea, y gruñó. "No puedo confiar demasiado en el equipo. Como alguien que busca ser un temible naga—"

(NT: El temperamento sanguíneo caracteriza a las personas extrovertidas y vivaces, receptivas y flexibles a los cambios, que son activas y disfrutan de la vida.)

"Vamos, esa es la misma forma de pensar que hizo que tus antepasados fueran aniquilados por el frío."

"Gnrrr..." Al parecer, el Sacerdote Lagarto fue incapaz de dar otra réplica.

"Ahhh, deja al hombre en paz", dijo el Chamán Enano, pero incluso él llevaba una sonrisa irónica. Después de todo, no era frecuente ver a su hombre lagarto colgando la cabeza, sin saber qué decir. La Alta Elfa Arquera le pinchó las escamas juguetonamente, divertida por la inusual visión.

La Sacerdotisa vio que el Chamán Enano la miraba como diciendo, *Haz algo al respecto*. Así que ella ofreció: "Se me ha concedido un nuevo milagro; quizás

pueda ayudar un poco..."

Ella se había estado preguntando en secreto cuándo decirles al respecto. Parecía que sería infantil parecer demasiado orgullosa de ello, pero al mismo tiempo, mencionarlo demasiado a la ligera parecería una falta de respeto. Además, quería que la felicitaran por ello... Quizá eso era lo que la convertía en una niña.

"¡Eso es increíble!" Exclamó la Alta Elfa Arquera, disipando la duda de la Sacerdotisa en un par de palabras. Su curiosidad se centró en la joven clériga más rápido que una hoja bailando en el viento de otoño. "¿Y cuándo fue esto? ¿Cuándo ocurrió esto?"

"Fue... justo después del concurso de exploración de mazmorras". La Sacerdotisa se rascó tímidamente la mejilla cuando su amiga mayor se inclinó hacia ella. Estaba un poco avergonzada, pero también alegre—y había decidido dejar de intentar ser humilde cuando no era necesario. Las palabras que finalmente se le ocurrieron fueron *gracias*, y estaba segura de que era lo correcto. "Me sentí como... como si la Madre Tierra me hubiera hablado."

Después de esa experiencia, se había quedado en el templo y se había purificado, había guardado varios días de silencio, y finalmente...

¿Por fin?

Esta palabra que brotó en su interior—¿podría atribuirse a la inexperiencia o al hecho de que las austeridades eran tales que cualquier persona ordinaria las habría encontrado difíciles?

Me pregunto cuál.

Era difícil sentirse segura cuando no sabía la respuesta. Al final, decidió que dar un paso adelante era mejor que no hacer nada. "Sea como sea, se me ha concedido un milagro... Se siente como si la Madre Tierra me hubiera reconocido."

"Bueno, eso es genial. Felicidades". Era maravilloso; la elfa no podría haber parecido más contenta si hubiera sido ella misma la bendecida con ese don divino. Le dio un gran abrazo a la Sacerdotisa, y la joven sintió que su corazón

daba un salto ante el verde olor del bosque que emanaba del esbelto cuerpo de la elfa.

"Gracias", repitió la Sacerdotisa, aceptando amablemente el abrazo.

Goblin Slayer observó a las dos mujeres felices con atención, y finalmente dijo, "...Yo, sólo he oído hablar de lo que hay más allá de las montañas del norte en los cuentos". Su tono era sombrío; sin duda había estado pensando en esta declaración con mucho cuidado. La cabeza con casco se volvió hacia el Sacerdote Lagarto, y añadió desapasionadamente: "Me gustaría ir a esta misión, pero no te obligaré a venir."

El Sacerdote Lagarto no respondió inmediatamente. El grupo compartió una mirada; entonces el Chamán Enano comenzó: "Ya escuchaste al hombre. Cortabarbas dice que quiere ir más allá de las montañas del norte, a la tierra de la oscuridad y la noche profunda."

"Vaya, sólo esa descripción suena deprimente". La Alta Elfa Arquera se quejó. "Pero si él quiere ir, ¿quién soy yo para negárselo?"

Los dos sonrieron como si fueran niños que están en una broma. La Sacerdotisa pareció compartir su sentimiento; miró fijamente al Sacerdote Lagarto, que tenía la cabeza inclinada. Después de lo que pareció un largo rato, exhaló con fuerza y dijo: "Supongo que no me queda otra opción. Los nagas, después de todo, no huyen."

"¿Es así?"

"Efectivamente, lo es". El Sacerdote Lagarto asintió sin mucho entusiasmo. La Sacerdotisa se sintió secretamente aliviada. *Estoy mucho más contenta de que vayamos todos juntos*, pensó. Le parecía lo mejor.

El aventurero llamado Goblin Slayer, al que ella respetaba y buscaba imitar, era ciertamente... diferente. Pero él también se estaba *volviendo* diferente, cambiando poco a poco. Había ayudado a organizar el concurso de exploración de mazmorras. Había sugerido que fueran a una aventura de verdad. Y ahora quería viajar a los confines del norte. Si ayudándole a hacerlo pagaba aunque fuera una fracción de su deuda con él...

Pero eso no era todo. Por supuesto que no lo era.

"Todos juntos en una aventura—¡será divertido!" Dijo la Sacerdotisa.

"¡Ahora lo estás entendiendo!" Los ojos de la Alta Elfa Arquera brillaron como estrellas.

Así era como se suponía que debían ser las aventuras.

§

Ejem. Sin embargo.

"Hrm... ¿Dónde lo puse...?"

Prepararse para una aventura podía ser una verdadera lucha. En este momento, la Sacerdotisa estaba en su habitación en el segundo piso del edificio del Gremio, poniendo el lugar patas arriba.

No prepararse para una aventura no era diferente de prepararse para fracasar—eso lo había aprendido la Sacerdotisa en su primera misión. Cometer el mismo error dos veces sería una falta de respeto para los miembros de su primer grupo. Si todos hubieran sobrevivido, si todos estuvieran juntos ahora, sin duda estarían riendo, intercambiando bromas, preparándose para ir con ella.

"Sin duda"... ¿Estoy segura de eso?

Era sólo una posibilidad. Por muy vívido que lo imaginara, sólo podía ser una fantasía.

La Sacerdotisa sacudió la cabeza, y luego tomó su bolsa de viaje de donde estaba en la esquina de un estante. "Uf... Está un poco polvoriento..."

El equipo y similares sufrían incluso cuando solo se dejaban sin usar. *Estar siempre preparado* sonaba bien, pero mantener cada pieza de tu equipo en condiciones de luchar en todo momento era una tarea difícil.

He oido que los aventureros que viajan mucho se limitan a comprar lo que necesitan cuando lo necesitan y lo venden después, reflexionó la Sacerdotisa. Eso le sonaba a despilfarro, pero esa elección significaba que tenía que cuidar sus pertenencias para que estuvieran listas cuando las necesitara.

"Espero que no esté carcomido por los bichos o algo así..."

Sacó de la bolsa un conjunto de invierno: capa pesada, botas altas, etc. Tenía un apego sentimental a ellas; eran bonitas prendas que había comprado cuando quería verse bien para su examen de promoción. Una vez pasado el invierno, no le había quedado más remedio que guardarlos, pero había llegado de nuevo su momento.

"Les estaré pidiendo mucho", les dijo. Luego asintió satisfecha, recogió el conjunto y se dirigió hacia abajo, al exterior, para no ser una molestia. Encontró un lugar bonito y soleado detrás del Gremio para instalarse. Extendió una tela y colocó el equipo sobre ella. La capa, las botas, la cuerda y el gancho. Se aseguró de que no saldría de casa sin el contenido de su Kit de Herramientas de Aventurero.

Como iban a ir a un lugar no sólo frío, sino también lejano, quería asegurarse de inspeccionar todo su equipo, no sólo el equipo para clima frío. Lo último que quería era lanzar el gancho de agarre solo para que la cuerda se rompiera y la hiciera caer en picado. Para ser justos, el Chamán Enano probablemente la salvaría con un hechizo de Control de Caída, pero aun así...

No bajes la guardia, actúa sin dudar y no gastes tus hechizos. Eso es lo que él diría.

El Destino y el Azar entre ellos eran imposibles de evitar, pero uno podía darse las mejores probabilidades posibles.

"Ahora para airearlos... El problema es esta ropa gruesa". Solo dejarlas al sol sería un buen comienzo, pero valdría la pena ir más allá. La Sacerdotisa se puso de pie y fue a la entrada trasera de la cocina—había pedido ayuda con antelación.

"Ah, ya estás aquí". En cuanto llegó a la puerta, fue recibida por la Camarera Padfoot con una sonrisa radiante.

Incluso un rápido vistazo a la cocina, donde el chef rhea trabajaba afanosamente, fue suficiente para que se le llenara la cara de vapor. Sonrió—el delicioso aroma por sí solo era relajante—e inclinó la cabeza. "Sí, gracias. Disculpe las molestias."

"Ah, ni lo menciones. Quiero decir, eres un auténtico habitual por aquí, ¿no? Al menos puedo hacer esto por ti". La Camarera Padfoot se volvió hacia el chef y gritó: "Voy a salir un momento, ¿vale?" antes de trotar hacia la estufa. Agarró una olla gigante en sus brazos como si no pesara nada. "Bien, ¡vamos! Fuera, ¿verdad?"



Los ojos de la Sacerdotisa se abrieron brevemente, pero luego logró decir "¡Oh, sí!" y asintió. "¡Por aquí, por favor!" Tardó un segundo; había estado tratando de averiguar cómo podía llevar la olla ella misma o al menos ayudar.

Llevó a su amiga hasta un gran lavabo comunal colocado contra la pared exterior, que cortésmente tomaron prestado. Lo llevaron ruidosamente de regreso hasta donde la Sacerdotisa había colocado su equipo...

"Muy bien, y... ¡ahí!"

"¡Bien, aquí va!", dijo la Camarera Padfoot, y luego vertió el contenido hirviente de la olla en el lavabo. El líquido turbio y gris era lejía, hecha con ceniza. Olía, pero no a cocina; las chicas se miraron y soltaron una risita. "La vida es dura para ustedes los aventureros. ¿Haces esto cada vez que vas a algún sitio?" preguntó la Camarera Padfoot. Luego añadió en voz baja: "Seguro que no podría soportarlo."

El padfoot miró los objetos esparcidos por la tela. Un gancho de agarre y pitones, dispositivos que podían atarse a los zapatos para evitar resbalar en los caminos nevados, y muchas otras cosas que uno rara vez encontraba en la vida cotidiana. Ella se inclinó hacia delante, echando un buen vistazo; parecía igual que un niño explorando ansiosamente las mercancías de una tienda.

La Sacerdotisa (apenas consciente de que la cola de la Camarera Padfoot se movía en su visión periférica) asintió. "Me preocupan los bichos. Cuanto más tiempo dejas las cosas, más trabajo necesitan cuando las sacas."

"Sí, las pulgas son muy asquerosas."

"A mí también me preocupan los piojos."

Las chicas compartieron un firme asentimiento. Mejor hacer el esfuerzo de limpiar los objetos que llevarse algún pequeño polizón no deseado. Nadie quería que le picaran los bichos—pero eso era doblemente importante para las jóvenes en un determinado momento de sus vidas.

Por lo tanto, era natural que su conversación girara en esa dirección. "Los nobles se ponen cosas oscuras bajo los ojos, ¿verdad?" preguntó la Camarera Padfoot, haciendo un gesto con una pata acolchada.

"Así es", dijo la Sacerdotisa.

"¿Cómo se llama? ¿Tinte para cejas? ¿Sombra de ojos? He oído que los polvos blanqueadores para la cara mezclados con colorete y malaquita pulverizada también mantienen alejados a los bichos."

"Eso suena caro..."

"Mejor créelo. Probablemente no podría permitirme esas cosas incluso si trabajara toda mi vida."

Los cosméticos en cuestión eran irrelevantes para la chica padfoot y su amiga clériga. Puede que les atraiga la idea de dicho material, pero nunca llegarían a tenerlo en sus manos. De todos modos, no sería muy adecuado para el trabajo sudoroso en la cocina, y un poco de aventura seguramente se lo quitaría enseguida.

Por otra parte, he oido que los padfoots no sudan mucho, pensó la Sacerdotisa. Aun así, los cosméticos probablemente se correrían con todo el vapor de la cocina. Las dos se sonrieron como si dijeran, *Oh, bueno.*

"Bien, será mejor que vuelva", dijo la Camarera Padfoot.

"Claro que sí... ¡Y gracias!" La Sacerdotisa presionó una moneda de plata que tenía preparada en la peluda pata que la saludaba. Preparar la lejía también requería tiempo y esfuerzo, y era justo compensar a la mujer por ello.

La Sacerdotisa observó a su amiga volver al trabajo, y luego respiró. "¡Bien!"

Se quitó las botas y los calcetines y se arremangó el dobladillo de la túnica, luego se ató las mangas, ansiosa por empezar. Luego tomó la ropa de invierno y la echó en el barril de lejía. Por último, saltó al barril con los pies descalzos y empezó a pisotear la ropa.

"Mmmm..." La lejía humeante era agradablemente cálida y aliviaba sus cansados pies.

Pero oops—no tenía tiempo para quedarse ahí. Empezó a subir y bajar los pies, *sploosh, sploosh*. "¡Arriba! Y arriba..."

Tal vez debería haberme ofrecido a hacer lo mismo por el equipo de los demás mientras estaba en ello.

Hmm, ¿debería haberlo hecho? Ni siquiera estaba segura de que los otros miembros de su grupo tuvieran trajes de invierno guardados. Como aventureros experimentados, probablemente sabían cómo manejarse cuando se trataba de cosas así.

Debería preguntarle a Goblin Slayer.

La Sacerdotisa asintió para sí misma mientras trabajaba con sus pies; luego miró hacia una ventana en el segundo piso del Gremio: la habitación de la Alta Elfa Arquera, que constantemente parecía como si un tornado la hubiera atravesado. No estaba segura de si se estaban llevando a cabo preparativos de invierno en aquella zona de desastre, pero... *debería irrumpir en el lugar y averiguarlo*, pensó. Entonces asintió de nuevo, con valentía, llena de determinación, sentido del deber y una sombría resolución.

Entonces...

"Oh, ugh..."

"No puedes descuidarte sólo porque los nuevos aventureros no estén mirando. *Suspiro...* Creía que ya no nos ensuciábamos tanto ahora que hemos salido de las alcantarillas, pero supongo que no."

"Oh, no puedo decir que me importe mucho, ¿sabes?"

La Sacerdotisa escuchó tres voces algo exasperadas, pero al fin y al cabo animadas. Miró y, efectivamente, vio a tres de sus amigos. Un chico y una chica vestidos con ropa normal de día, acompañados por alguien con un par de orejas blancas saltarinas. Cada uno llevaba un brazo cargado de equipo manchado de sangre y barro.

"¿Otro día exitoso?" llamó la Sacerdotisa, sonriendo, en parte burlona pero en

parte de sincero elogio.

"Ya sabes. Dejo que Machacador hable... ¡o machaque o lo que sea!", dijo el chico, blandiendo un garrote invisible. La Sacerdotisa era muy consciente de que el joven había perfeccionado el arte de usar el garrote y la espada a la vez. *Realmente ha recorrido un largo camino*, pensó—pero luego se rió de sí misma. No iba a dejarse llevar tanto por el hecho de ser la Colega Más Experimentada que empezara a actuar con condescendencia.

"Lo siento", dijo la Sacerdotisa, mirando a sus pies avergonzada. "Terminaré en unos minutos..." Entonces aceleró el ritmo de sus pisadas.

La chica que llevaba el símbolo del Dios Supremo golpeó a su amigo—que se había distraído un poco con los pies descalzos de la Sacerdotisa—with el codo y sonrió. "No te preocupes. Sólo llegamos tarde porque *alguien* estaba arrastrando los pies. Podemos esperar nuestro turno."

"Hoo-ee, esa es ropa de invierno. ¿Vas a volver a las montañas?", preguntó la conejita de pelo blanco, mirando la ropa de la Sacerdotisa. Parecía que acababan de estar ahí. Una vez más, la Sacerdotisa se encontró—sin realmente quererlo—observando las orejas de la chica harefolk subir y bajar.

"¿Las montañas?" preguntó la Sacerdotisa. La chica harefolk se inclinó hacia delante: las orejas, la espalda, el trasero y la redonda y esponjosa cola situada justo encima. "Más allá de ellas, en realidad."

"Hoo-ee... Otro viaje largo. Yo nunca he ido tan lejos", dijo la chica con facilidad; sonaba como si ella no supiera mucho más sobre el norte que la Sacerdotisa. Esto en cuanto a la esperanza de la Sacerdotisa (que ya era escasa) de que la gente harefolk pudiera darle alguna información sobre lo que podía esperar. "Oí que era muy aterrador por esos lugares—me dijeron que me mantuviera alejada o los rufianes podrían atraparme."

"¿R-rufianes? ¿Quieres decir, como, gente mala?"

"Intenté que me lo dijeran, pero sólo hablaban de que les habían robado. La cuestión es que, bueno, supongo que deberías mantener las distancias."

Al parecer, se trataba de gente fuerte de algún tipo. La Sacerdotisa parpadeó, todavía atascada en la palabra desconocida. Parecía que la harefolk había escuchado esto de su abuelo. Entonces, ¿había sido hace mucho tiempo? Pero, de nuevo, las generaciones de harefolk parecían pasar muy rápido, ¿así que...?

"Maldita sea, tienes mucha suerte. Quiero ir a un lugar así", dijo el joven, mirando al cielo azul. "Me encantaría ir, ya sabes, a Neverwinter en el norte de la Costa de la Espada o lo que sea..."

"No creo que vayamos a ningún sitio tan famoso..." La Sacerdotisa sonrió un poco ante los nombres, reinos casi olvidados de los que se habla en los cuentos de hadas. No creía que fueran precisamente tierras inexploradas, aunque sólo hubiera oído hablar de ellas en los cuentos.

"Sí, ¿pero ese elfo oscuro ranger no se aventuró en el norte?", preguntó el chico.

"Tonto, eso es sólo una de las sagas", dijo la chica clériga con un resoplido. "Es muy, muy raro encontrarse con un elfo oscuro bueno."

"Supongo que no...", dijo la Sacerdotisa. Ella misma se había encontrado con elfos oscuros en la fiesta de la cosecha, en el desierto, e indirectamente en relación con el vino de ofrenda. *Tal vez simplemente no conozco a tantos elfos*, pensó. Se estaba acercando cada vez más a la Alta Elfa Arquera, pero no sabía mucho de la joven exploradora.

Un buen elfo oscuro. El increíble ranger con estilo a dos manos era sólo una leyenda—de nuevo, un cuento de hadas. Sí: precisamente por ser un personaje de cuento de hadas pudo llegar a los lugares que llegó. Ella, sin embargo, no iba a ir a ningún sitio así—al menos, no lo creía. Tal vez ella solamente no lo sabía.

"Si nos acercáramos a Icewind Dale, lo único que pasaría es que nos golpearía el Horror y moriríamos", dijo la chica clériga, su evaluación despiadadamente realista de la situación aplastó las inocentes esperanzas del chico.

"Sí, pero si van por orden de la propia nación... Bueno, eso es prácticamente una aventura de nivel Oro, ¿no?", dijo la chica harefolk.

El filo de esa realidad hizo que la Sacerdotisa se detuviera en seco. El agua salpicó

mientras ella se congelaba en medio de la colada.

"N-n-no..." Le temblaba la voz. "Realmente n-no... creo que... no creo..."

No era que ella no fuera consciente de la idea. De hecho, había sido consciente de ella y se había esforzado mucho por no pensar en ello. Ella, al menos, no se ajustaba a la descripción. Estaba haciendo lo mejor que podía como miembro de su grupo, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer con su fuerza y sus habilidades.

La Sacerdotisa respiró profundamente para calmarse, y luego comenzó a trabajar en silencio con la ropa de nuevo. Sus amigos, sin embargo, no iban a dejarla escapar tan fácilmente.

"Pero tú eres Zafiro, sin embargo, ¿no es así?"

"¡Seguro que lo es!"

"Urgh..." Lo único que podía hacer era mirar fijamente al suelo. Sabía que el chico y la chica se burlaban de ella, pero refunfuñando no conseguiría nada.

"¡Oh, eso me recuerda!" La chica harefolk, distraída como siempre en su propio planeta, dio una palmada con sus peludas manos. "Ya que se dirige hacia allí, señorita, ¿cree que podría pedirle que haga un trabajito para mí?"

"¿Un trabajo...?" La Sacerdotisa la miró incluso mientras seguía trabajando con la ropa bajo sus pies.

"¡Uh-huh!" Las orejas blancas se balancearon de nuevo. "He escrito una carta. Me gustaría llevarla, y un poco de carga, a las montañas."

"¿Una carta? Bien. Pero... ¿Qué es eso de la carga?" La Sacerdotisa no se oponía necesariamente—de hecho, estaba perfectamente dispuesta a aceptar el trabajo—pero ¿de qué se trataba? Ladeó la cabeza, y la Cazadora Harefolk se rió, casi con vergüenza, antes de revolver sus pertenencias. ¿Y por qué la chica y el chico que la acompañaban parecían tan felices?

"¡Aquí! ¡Es esto!", exclamó la cazadora, mostrando con orgullo el objeto que

finalmente había conseguido: un colmillo de troll.

§

"...Así que te irás de nuevo, entonces."

"Sí, señor". Goblin Slayer asintió ambivalentemente. "Creo que será una distancia bastante grande."

"Ya veo", fue todo lo que dijo el dueño de la granja, sentado frente a él; luego asintió—con más firmeza y seguridad que Goblin Slayer—y dejó escapar un suspiro.

Estaban en el comedor de la casa principal de la granja. Era un poco temprano para usar la palabra *tarde*, pero se sentía un poco tarde para la *tarde*. Cuando Goblin Slayer había regresado del pueblo, había encontrado al dueño de la granja antes que a su amiga. Estaba sentado en una silla, evidentemente descansando después de haber hecho su trabajo en el campo.

Goblin Slayer había sacado una silla para él también, pero cuando se sentó, el otro hombre lo saludó sólo con: "¿Has vuelto?". Esa era la actitud que siempre tomaba con Goblin Slayer, pero precisamente por eso Goblin Slayer estaba un poco preocupado por ello. No estaba seguro de qué decir. O más bien, lo que el dueño estaba tratando de decir.

Al final, aún sin estar seguro, Goblin Slayer le contó al dueño sobre la nueva misión. Y el resultado...

"Bueno, no es mi trabajo decirte lo que tienes que hacer."

...habían sido esas simples palabras. Goblin Slayer gruñó detrás del visor de su casco, sin saber muy bien cómo tomárselas.

El dueño lo miró, aunque probablemente no registró la incomodidad de Goblin Slayer. "Es tu trabajo. Y cuando un hombre empieza un trabajo, es irresponsable oponerse."

"Ya veo... ¿Eso cree, señor?"

"Claro que sí", dijo el dueño de la granja en voz baja, asintiendo. "Te toca cuidarlo y hacer lo mejor que puedas con él."

"...Sí, señor."

"Pero asegúrate de decirle a la chica lo que estás haciendo."

"Tengo la intención de hacerlo."

"Me lo imaginaba". El propietario sonrió débilmente y se puso en pie lentamente. Como campesino independiente, sus piernas aún eran fuertes y su paso todavía era ágil. Sin embargo, la sombra de la vejez parecía rondar a su alrededor; parecía cansado.

Salió del comedor, dirigiéndose a otro lugar de la casa y dejando a Goblin Slayer solo. Goblin Slayer, que nunca había comprendido del todo todas las emociones acumuladas en su interior.

Pensar. Eso era lo único que podía hacer.

La chica...

Ella probablemente ahora estaría llevando las vacas al establo. Y cuidando del camello, tal vez. Sea lo que sea que estuviera haciendo, él debería ir a hablar con ella. Muy pocas cosas mejoraron por haber sido pospuestas.

La silla de Goblin Slayer repiqueteó cuando se levantó. Cuando salió de la casa, pudo oír el gorjeo del canario detrás de él. Cerró la puerta, bloqueando el sonido, y luego tomó aire.

El mundo era de un espantoso rojo-negro, el color del profundo crepúsculo. Ya hacía bastante frío. Al exhalar, el aliento se empañó al escapar por las rendijas de su visor.

Ah...

Un año ya. Un año desde que había acogido a aquella joven en una cacería de goblins. ¿Cuánto había avanzado realmente en ese tiempo?

Siguió con la mirada la niebla blanca de su aliento, que se adentraba en el cielo brillando contra el azul que se oscurecía. Volando por encima, más alto que las nubes pero más bajo que las estrellas, había un solo gavilán.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que su corazón se aceleró con las historias de ese gran sabio? Ahora no recordaba si las había escuchado de su hermana o de una canción de un bardo. Muchas de las historias que había escuchado e imaginado una y otra vez en su juventud eran antiguas, irregulares.

Había estado en la aldea de los elfos. Visitó la capital. Se adentro en la Mazmorra de los Muertos. Desafío el desierto del este. Y ahora iba a ir más allá de las montañas del norte. Siempre había querido hacerlo. Siempre asumió que nunca lo haría. Siempre, desde su juventud. Había entendido incluso entonces que viviría toda su vida en esa pequeña aldea. ¿Había imaginado alguna vez que las cosas podrían resultar así? Él no estaba—

"¿Eh? ¿Cuándo regresaste?" Su vieja amiga vino caminando hacia él, con su sonrisa oscurecida por su propio aliento empañado. "¡Bienvenido a casa!", dijo con una energía que desmentía lo cansada que debía sentirse después de hacer su trabajo del día.

"Sí", dijo él, asintiendo. "Ya he vuelto."

Los dos no se apresuraron a regresar a la casa principal. En lugar de eso, se quedaron un momento en silencio, sus sombras estirándose en la luz roja del crepúsculo, y luego empezaron a caminar.

Se dirigían a la cerca que rodeaba la granja. La Vaquera se apoyó en ella, como había hecho una vez, mucho antes, en un lugar que no era éste. Le había parecido tan fácil saltarla cuando era pequeña, pero de alguna manera, como adulta, descubrió que no podía hacerlo.

"Me pregunto por qué", ella dijo.

"No lo sé". Goblin Slayer negó con la cabeza. Realmente no lo sabía. Cuando era niño, había asumido que los adultos podían hacer cualquier cosa, y sin embargo...

¿Qué puedo hacer?

El simple hecho de mirar el sol mientras se hundía más allá del horizonte en el lado más lejano de la plaza le puso el pensamiento en la cabeza. El hecho de que apenas unos meses antes, se había dirigido más allá de ese horizonte le parecía imposible...

No. El sol se pone en el oeste.

Exactamente en la dirección opuesta a la que él había ido. Detrás de su visor, casi sonríe ante su propia estupidez. Eso le dio el empujón que necesitaba para hablar.

"Volveré a viajar lejos."

"¿En una aventura?"

"Eso es lo que me parece". Asintió con la cabeza—ella casi miraba hacia su visor—y luego miró una vez más hacia el horizonte. El borde mismo del Mundo de las Cuatro Esquinas. Una vez había ido a una torre que casi le había permitido tocarlo. Pero, ¿y qué? No era como si hacerlo le hubiera desvelado todos los secretos del mundo.

Y de todos modos, esa no había sido *su* aventura. Esta lo sería. Aunque todavía sintiera una importante resistencia interna a llamarla así.

"Será más allá de las montañas del norte", dijo.

"¡Hmm!" Su vieja amiga dio una patada al aire. Entonces, de repente, se volvió hacia él, y su pelo rojo a la luz del sol moribundo la hizo parecer como si estuviera envuelta en llamas. Sus ojos, brillantes como joyas, se centraron intensamente en él a través de su visor. ¿Cuántas veces la había mirado así a los ojos? Aunque pensó que le faltaba el coraje.

"¿Estás esperando a que te dé permiso para irte otra vez?"

"..."

Ella desde luego, no perdió el tiempo. ¿Y ella cuándo había empezado a hacer

eso? Le parecía que ella era así desde que eran jóvenes... Y ciertamente desde que se habían reunido. Era ella quien le entendía, mejor que nadie, mejor que él mismo. No podía ocultarle nada, ni quería hacerlo.

"Sí", dijo con un movimiento de cabeza. La respuesta sincera. Ya había intentado verse grande una vez y se había arrepentido. Una vez fue suficiente. "Sé que soy patético."

"Supongo que sí..."

Ella se negó a negarlo, pero sonrió un poco incómoda y repitió: "Supongo que sí. Patético, y problemático, y quizás no muy cool."

"..."

"Pero... Mm. Me gusta eso, creo. Me gustas."

Tuvo que inhalar profundamente para volver a respirar. "¿Es... así?"

"Seguro que sí". Su vieja amiga dio una suave patada—la forma en que comenzaba muchos de sus movimientos—y bajó de un salto de la cerca. Aterrizó suavemente junto a él y colocó su mano sobre la suya enguantada. Él giró su casco y la encontró mirándole desde tan cerca que temió chocar con ella con su visera.

"*Nos vemos muy pronto. ¿Es eso lo suficientemente bueno?*"

"..."

Sus ojos estaban tan cerca. Su aliento parecía que iba a flotar más allá de su visor y en su casco. Sus mejillas estaban rojas.

"Sí... creo que sí."

"¡Bien!"

El sol en el cielo se estaba hundiendo más allá del crepúsculo, pero la sonrisa en su rostro era tan brillante como el amanecer cuando ella asintió a él. "No olvides

un recuerdo, ¿vale? Estaré deseando saber qué me traes. Pero esta vez nada de animales, ¿de acuerdo?"

"¿Un recuerdo?"

"Supongo que será mejor que cenemos primero, ¿eh? Ja, ja, hay que hacer las cosas en el orden correcto."

Ella ya estaba trotando hacia la casa principal, tirando de él. Queriendo asegurarse de que la seguía, Goblin Slayer dio el primero de muchos pasos hacia adelante.

Capítulo 2: Sobre las Montañas Brumosas

"Muy bien, entonces—¡que tengan un buen viaje!"

Habían pasado tres días desde que la bondadosa esposa-harefolk los había enviado en su camino con esas palabras, y el grupo de Goblin Slayer estaba ahora en medio de una ventisca. O, para ser más precisos, se abrían paso a lo largo de un sendero de montaña poco acogedor tallado en el escarpado acantilado de un pico acosado por el hielo y la nieve.

El camino era tan estrecho que tenían que agarrarse a la ladera de la montaña mientras avanzaban. El viento soplaban sin piedad, asaltándoles con tales nubes de escombros que no sabían si estaban en una ventisca o en una tormenta de polvo.

Avanzaron deslizando los pies, sin querer mirar hacia abajo pero sin poder ver nada por delante a causa de los elementos. Parecía que el aliento se congelaba en el momento en que salía de sus bocas—aunque no podían estar seguros de si realmente estaba ocurriendo o si sólo lo sentían así.

¡Si no tenemos cuidado, podríamos morir aquí...! pensó la Sacerdotisa, y probablemente los demás miembros del grupo estaban pensando algo parecido. Al fin y al cabo, lo que estaban recorriendo difícilmente podía calificarse como un camino; era más bien una estrecha pista que atravesaba la cima de un acantilado, con sólo una caída sin fondo esperando debajo. No podía ser perfectamente vertical, pero el hecho de que hubiera momentos en los que pareciera que lo era, indicaba lo difícil que era el camino. Si uno resbalaba, sería asaltado por las rocas y la nieve y el hielo, y sólo sería cuestión de cuánto tiempo durarían la vida y las extremidades después de eso. Pero el horror a la caída sólo podía detenerte si no empezabas; una vez que empezabas a poner un pie delante del otro, era imposible no seguir adelante. De hecho, la Sacerdotisa estaba aprendiendo que era el hecho de detenerse lo que suponía el mayor riesgo de provocar una caída.

"¿Estás bien?" Apenas pudo oír la voz de la Alta Elfa Arquera. La elfa llevaba un sombrero que le cubría las orejas.

La Sacerdotisa finalmente logró apartarse del pensamiento cariñoso de la comida casera de la esposa-harefolk el tiempo suficiente para responder: "Yo... ¡Yo estoy bien!"

No estaba segura de si su voz llegaría a la Alta Elfa Arquera. Pero, por otra parte, probablemente estaría bien. Después de todo, su querida amiga *era* un alto elfo.

Vio a la Alta Elfa Arquera responder con un gran movimiento de su mano. Caminó por el sendero de la montaña como si fuera la rama de un árbol. "¿Y los demás?", ella llamó. "¿Siguen ahí, o se han caído?"

"¡No nos hemos caído en ningún lado! Vamos, Escamoso, ¡sujétate ahora!"

"¡Mm...!"

La Sacerdotisa escuchó al Chamán Enano y al Sacerdote Lagarto detrás de ella. El enano sostenía al hombre lagarto, que parecía haberse convertido en una bola de plumas esponjosas. ("Incluso mis antepasados habrían sonreído de haber tenido uno de estos", había anunciado cuando les mostró la capa). Las plumas de colores brillantes protegían de la nieve y el viento, repelían el agua y hacían que la Sacerdotisa se sintiera más cálida sólo con mirarlas. Pero...

"Esto está resultando... toda una prueba, diría yo..."

...el sendero, que se arrastraba por la ladera de la montaña como un ciempiés, parecía aún más pequeño bajo el enorme volumen del Sacerdote Lagarto. Sus garras se clavaban en el suelo a cada paso, así que no era probable que se cayera, pero aún tenía que lidiar con el frío por encima de todo lo demás. El Chamán Enano le había proporcionado piedras calientes, pero la situación seguía siendo un desafío. Hay que admitir que la visión del hombre lagarto luchando era algo cómica, pero la Sacerdotisa sentía más preocupación que diversión. O lo habría hecho, si hubiera tenido recursos libres en su mente para preocuparse por sus compañeros...

"Oye, Orcbolg. Sé que es un poco tarde para preguntar, pero ¿estás *seguro* de que podemos hacer esto?"

"Había escuchado las historias, pero lo admito, esto es difícil."

¿Cómo es posible que los dos allí arriba parezcan tan... acostumbrados a esto? se preguntó la Sacerdotisa. No había ni siquiera una cuerda colgada a lo largo del camino; un par de pasos en falso les haría caer en picado al abismo. Es cierto que no es probable que den tantos pasos en falso, pero aun así...

Goblin Slayer, envuelto en una capa que evidentemente le había dado el dueño de la granja, avanzó como si no pasara nada. La Sacerdotisa, que se esforzaba por dar cada paso, lo observaba con envidia y resentimiento a partes iguales. No importaba que ella supiera perfectamente que su soltura nacía de la experiencia como explorador y ranger.

El mundo que les rodeaba era un gris único apenas diferenciado, un remolino de blanco y negro. Lo único que podían oír era el rugido del viento. Las montañas, reflexionó la Sacerdotisa, realmente no eran adecuadas para ser habitadas por humanos.

"¿No hay al menos algún lugar donde podamos descansar?" la Sacerdotisa llamó a Goblin Slayer.

"He oído que hay una cueva más adelante."

"¡Dice que hay una cueva!" La Sacerdotisa gritó a los dos que estaban detrás de ella, siendo recompensada con un "¡Bien!" del Chamán Enano.

¡Sólo hay que seguir avanzando...! pensó la Sacerdotisa. Como era su costumbre en momentos como éste, apretó los puños con determinación—y luego rápidamente volvió a poner las manos en el acantilado cuando sintió que podía perder el equilibrio. Se había atado su bastón sonoro a la espalda y, aunque resbalara, no caería inmediatamente por el borde, pero aun así. *Si dejo caer mi bastón...* Sabía que nunca lo recuperaría, y esa idea era aterradora.

Y así se abrieron paso con cuidado, pero Goblin Slayer nunca disminuyó la velocidad ni se detuvo. Se movía con una mano en el acantilado, agarrándose a las rocas, con las caderas bajas—pero se movía metódicamente, con decisión. Aunque, por supuesto, sus movimientos no podían compararse con los ágiles saltos y brincos de la Alta Elfa Arquera, que parecía estar saltando de piedra en piedra a través de un río.

"Eres bastante bueno en esto", la Sacerdotisa escuchó el comentario de la alta elfa. "Sabía que tenías muchos talentos, Orcbolg, pero no me di cuenta de que éste era uno de ellos."

"Dentro de lo que cabe", respondió él, incluso mientras elegía cuidadosamente su siguiente paso. Luego se detuvo, se quitó la suciedad de la capa y dijo: "Sin embargo, hay cincuenta mil que lo hacen mejor que yo."

"¿Cómo?"

"Hay muchas historias de personas llamadas ninjas". Se calló abruptamente, luego gruñó, y después dijo como si estuviera recordando: "Mi maestro me habló una vez de gente que era tan buena escalando que podía escalar un acantilado en solitario, sin cuerda ni herramientas."

"¡Caerías a tu muerte si te resbalaras!"

"Por supuesto que lo harías", dijo, y el casco asintió. "Por eso nunca podría hacerlo."

"Aw, hombre..." La Alta Elfa Arquera sonaba absolutamente exasperada. "No puedo creer que alguien lo haya hecho realmente. No puedo creer que alguien quisiera lo haya *intentado*."

"Ya veo". Casi con desinterés, murmuró algo sobre cómo había humanos que tenían poderes que ni siquiera él podía imaginar. Luego continuó en silencio.

La Sacerdotisa estaba tan ocupada tratando de seguir el ritmo que no estaba segura de haber captado correctamente toda la conversación. Y seguir el ritmo no era lo único en lo que estaba ocupada. Incluso mientras avanzaba, miraba hacia atrás, llamando "*¿Están bien?*" a los otros dos miembros del grupo.

Estar en medio de la formación era algo de lo que tenía malos recuerdos desde su primera aventura. Al mismo tiempo, era la única que podía ver todo lo que ocurría y darse cuenta de todo lo que les rodeaba a la vez. Ya lo había hecho varias veces...

Porque ellos me lo pidieron.

La idea no le inspiraba tanta confianza en sí misma como algo parecido al orgullo.

"*Debería haber habido otro camino, ¿verdad?*" Dijo con calma la Alta Elfa Arquera. Aunque éste hubiera parecido el camino más rápido. Era extraño cómo la voz melódica de la alta elfa podía llegarles con claridad incluso en medio de la tormenta de nieve. "*¿Qué te hizo elegir este?*"

Goblin Slayer no respondió de inmediato. En su lugar, el extraño y obstinado aventurero continuó como hasta entonces: caminando en silencio, con una mano en la pared, guiándolos a todos por delante. Afortunadamente, antes de que las manos de la Alta Elfa Arquera comenzaran a entumecerse, divisaron la oscura abertura de una cueva.

Casi al mismo tiempo, Goblin Slayer dijo: "Quería probarlo."

La Sacerdotisa se armó de valor: Estaba claro que esta aventura tenía mucho que ofrecer.

§

La entrada de la cueva estaba marcada por una bota grande de color verde amarillento. Todavía estaba sujetada al pie de alguien enterrado en un banco de nieve. Presumiblemente, se trataba de un aventurero que había llegado aquí en algún momento antes que ellos—ya sea en su camino hacia la montaña o hacia abajo, era imposible saberlo. La Sacerdotisa rezó en silencio a la Madre Tierra para que esta persona anónima fuera bendecida en la próxima vida.

Intentar cargar con un cuerpo, ya sea ascendiendo o descendiendo la montaña, pondría en riesgo la vida de todos. De ahí que esta persona haya permanecido, dando la bienvenida a muchos aventureros y despidiéndolos nuevamente.

"Mi profesor me dijo que los gigantes de piedra a veces luchan por aquí", dijo Goblin Slayer, dejando su equipaje en el suelo con pesadez.

"Vaya, lamento que nos los hayamos perdido", bromeó la Alta Elfa Arquera, sacando la lengua. Sonaba sarcástica, pero era una visión que ni siquiera una alta elfa podía ver muy a menudo en su vida. Así que tal vez lo lamentaba hasta cierto

punto—pero eso no es ni lo uno ni lo otro.

La tormenta de nieve había hecho mella en ella, pero con sólo sacudirse el polvo, recuperó la belleza que se esperaba de una alta elfa. De hecho, demostraba que era una forma de vida distinta a la de los humanos mortales. La Sacerdotisa se quitó la capa empapada, mirando a los demás mientras la escurría para que no se congelara. Goblin Slayer limpiaba cuidadosamente su capa, la doblaba y miraba hacia el interior de la cueva. En cualquier caso, había alguien que la preocupaba más que él.

"¿Estás... estás bien..."

"Mmmm..." La voz del Sacerdote Lagarto era letárgica mientras se quitaba la capa. "Lo estoy, de alguna manera."

"Aquí—querrás un sorbo de esto. Necesitas calentarte antes de caer muerto, ya que eso no sería nada divertido."

El Chamán Enano le arrojó al Sacerdote Lagarto su calabaza. "Mi agradecimiento", dijo mientras la atrapaba y desabrochaba el tapón con manos temblorosas. Mientras tanto, la Sacerdotisa comenzó a recoger ramitas y hojas que habían sido arrastradas por el viento hasta la cueva, pensando que podría encender un fuego.

"Oh... Están todas empapadas..."

Bueno, no era tan sorprendente. Ramas, hojas—y si no esas, al menos musgo: Había mucho combustible para un fuego. Pero todo había sido empapado por la nieve y ahora estaba mojado. No parecía apto para servir de leña.

¿Entonces qué hay que hacer? Antes, la Sacerdotisa podría haberse deprimido por este giro, pero ahora se llevó un dedo a los labios y pensó. "Hmm..."

Tal vez Goblin Slayer la oyó murmurar para sí misma, porque se volvió de su contemplación del interior de la cueva y preguntó: "¿Tienes una antorcha?"

"Oh, sí". Pero por supuesto. La Sacerdotisa asintió. El Kit de Herramientas de Aventurero. (¡Nunca salgas de casa sin ella!)

"La antorcha se encenderá incluso si está ligeramente húmeda. Usa eso para secar el resto del combustible."

"¡Oh!"

Sí, eso tenía sentido. La Sacerdotisa dio una palmada. Era tan sencillo. Y ahora que sabía qué hacer, estaba acostumbrada a todo lo demás. Reunió todo lo que necesitaba fácilmente, luego lo encendió con la antorcha, y el combustible comenzó a secarse incluso mientras ardía. Después de ser un aventurero durante varios años, este tipo de cosas ya era algo habitual, y el calor y la luz del fuego eran muy calmantes.

"Wow", dijo alguien, y Goblin Slayer asintió.

"Aunque no tengas una antorcha, puedes arreglártelas siempre que tengas madera verde. Incluso húmeda, el fuego se prenderá fácilmente en ella."

"Tienes algo de valor, hablando de quemar madera viva delante de un elfo". La Alta Elfa Arquera se había quitado los guantes y se estaba masajeando los dedos de las manos, los pies y las orejas, pero encontró tiempo para dedicar una mirada aguda a Goblin Slayer, con los labios fruncidos.

Un cuerpo humano vivo podía congelarse e incluso empezar a pudrirse si se exponía al frío durante demasiado tiempo. La Sacerdotisa, recordando casi con cariño haber sido amenazada con lo mismo en la montaña nevada, imitó a su compañera elfa. Esta vez, incluso había pensado en traer una muda de calcetines, ya que su par original estaba ahora empapado de sudor.

"Brrrr... Muchos perdones, pero si se me permite..."

Todos, naturalmente, le dieron el lugar más cercano al fuego al Sacerdote Lagarto. Su capa de plumas no cambiaba el hecho de que era un hombre lagarto y sensible al frío. Pero, además, el hecho de que no hubiera expresado ni una sola queja una vez elegido y emprendido este camino era también muy propio de un hombre lagarto. "¿Podría solicitar el milagro que se mencionó antes de nuestra partida?"

"¡Oh! ¡Claro!" La Sacerdotisa asintió enérgicamente. "¡Tan pronto como mi ropa esté seca!"

"Bien, primero, todos a beber". El Chamán Enano se rió y agitó la calabaza llena de alcohol, que había recuperado del Sacerdote Lagarto. "Este es un buen vino de fuego. Sólo un trago en tu lengua te calentará todo el camino."

"Creo que es más probable que me haga explotar la cabeza", dijo la Alta Elfa Arquera, pero aun así tomó la calabaza y dio un delicado sorbo. Frunció el ceño ampliamente al ver cómo ardía la cosa, pero después de un respiro, dijo: "Toma, tú también."

"Gr-gracias..." La Sacerdotisa tomó la calabaza de la Alta Elfa Arquera, cuyas mejillas se sonrojaron con la bebida. Todos en el grupo sabían lo delicada que era su alta elfa cuando se trataba del alcohol—¿acaso el hecho de ser una alta elfa la hacía lucir aún más hermosa a pesar de todo? La Sacerdotisa siempre se encontraba embelesada por los ágiles movimientos de la arquera.

"¿Qué hay de ti, Orcbolg? ¿Quieres un poco?"

"Sí", dijo tras un momento de silencio. "Sólo un sorbo."

Nieve, agua, sudor. Si te empapabas, el frío te quitaba las fuerzas; luego, cuando salías al exterior, el líquido se congelaba y sólo te enfriaba más. Por eso, en una montaña nevada, era fundamental abrigarse, cambiarse de ropa y frotarse los brazos y las piernas.

En los pergaminos ilustrados y en las sagas, los héroes—bueno, rara vez hacían cosas así. En las historias, siempre aparecían como lo hacían normalmente y se aventuraban como si nada fuera diferente. Nunca se veía a un héroe resbalando en un terreno nevado o recogiendo leña para encender un fuego. Si la Sacerdotisa no se hubiera convertido ella misma en una aventurera, probablemente nunca lo hubiera sabido.

"...¿Crees que deberíamos habernos atado con una cuerda o algo mientras caminábamos?" Preguntó la Sacerdotisa.

"Hay un momento y un lugar para eso", fue la estimación de Goblin Slayer.

"Me preocupa más bien que si perdiera el paso, los arrastraría a todos al vacío conmigo...", dijo el Sacerdote Lagarto.

"Sí, y el enano tendría el mismo problema, ¡así que el peligro es doble!"

"¡Supongo que nadie puede superar a un alto elfo cuando se trata de una discusión sobre el peso!"

Finalmente, con la ropa y el equipo empezando a secarse y el alcohol calentando sus entrañas, la Sacerdotisa dijo: "Muy bien, voy a intentarlo". Levantó su bastón sonoro con un claro timbre y se puso de pie. Respiró profundamente y agarró el bastón con ambas manos, enviando su conciencia a las alturas de los cielos. Era una conexión del alma. Una oración, pero también una súplica, como si se postrara, para enviar todas las señales de su amor y respeto a los dioses de arriba.

"Oh, Madre de la Tierra, abundante en misericordia, por favor, por tu venerada mano, limpia esta tierra."

De hecho, esta fue precisamente la razón por la que se produjo el milagro. Uno no reza con la esperanza de ser recompensado con un milagro. Tampoco se conceden milagros como recompensa a la fe.

Hubo un soplo de calor cuando los dedos invisibles de la Madre Tierra rozaron la cueva. Su propia mano bloqueó la nieve y el viento que aullaba desde la entrada. Este fue el milagro del Santuario.

"¡Ah, ah... estoy muy agradecido por esto...!" El Sacerdote Lagarto recuperó tantas fuerzas que incluso fue capaz de golpear el suelo de la cueva con su cola—el milagro estaba mostrando su eficacia. "Si no estuviera atado al servicio de mis ancestros, podría sentirme impulsado a dedicarme a tu Madre Tierra."

"Ya me lo imagino—¡haciendo queso a su servicio!" La Alta Elfa Arquera, que, al igual que la Madre Tierra, tenía una íntima conexión con la naturaleza, se rió con facilidad y en voz alta. Había estirado las piernas como si estuviera en su propia habitación y se relajaba con una sonrisa. "Milagros divinos, ¿eh? Te he visto hacerlo un montón de veces, pero siempre me resulta extraño. No es como escuchar la voz de alguien, ¿verdad?"

"Puedo decirte que los espíritus no son como los dioses—eso es seguro", dijo el Chamán Enano.

"Me temo que tampoco puedo expresarlo con palabras", dijo la Sacerdotisa, sonriendo con cierta vergüenza. Luego se sentó de lleno en una roca.

Para ser justos, cualquiera que pudiera explicarlo tendría que ser amado por los dioses—un sacerdote virtuoso, tal vez. Por otra parte, tal vez una persona así se abstendría de hablar definitivamente de los dioses precisamente por su virtud. Sea como fuere, tales explicaciones estaban ciertamente más allá de la inexperta y joven Sacerdotisa...

"Excelente trabajo", dijo alguien cercano a ella. "¿Se puede utilizar para la defensa?"

"No, no es como Protección". Como ves, la Sacerdotisa tenía las manos llenas incluso intentando responder a la brusca pregunta de Goblin Slayer. "No es tanto una defensa como... Hmm... ¿Una purificación segura, supongo...?"

"Sea lo que sea, estamos agradecidos por ello, y eso es suficiente", dijo la Alta Elfa Arquera. Ya estaba rebuscando entre sus provisiones, aparentemente lista para comer.

Marchar por una montaña nevada requería mucha energía. El descanso era importante—incluso para un alto elfo. La Alta Elfa Arquera agitó un paquete envuelto en hojas hacia Goblin Slayer. "Tienes que estar más agradecido por regalos increíbles como éste, Orcbolg", dijo como una hermana mayor que reprende a su hermano menor.

"Hmm", respondió el casco, y luego hubo un momento de silencio. Al final, asintió con seriedad. "Tienes razón. Te lo agradezco". Eso era seguro.

"¡Bien!" Respondió jovialmente la Alta Elfa Arquera, y comenzó a masticar. Estaba comiendo raciones horneadas élficas. La Sacerdotisa se había aficionado a ellas y quería pedir un bocado, pero...

Me da un poco de vergüenza...

Después de toda esa charla sobre la gratitud... e inmediatamente después de haber estado rezando, como si el resplandor del cielo todavía brillara a su alrededor. Ella suspiró. La forma en que miraba con envidia los bocadillos era casi infantil.

El Chamán Enano sacó un poco de queso, seguido por el Sacerdote Lagarto, gritando: "¡Dulce néctar!"

Yo también necesito comer algo. La Sacerdotisa estaba metiendo la mano en su bolsa cuando sus ojos se encontraron con los de la Alta Elfa Arquera, cuya boca estaba llena de productos horneados.

"¿Quiethes un pfhocó?", ella preguntó.

"...Sí, por favor". La Sacerdotisa miró tímidamente al suelo, pero pudo sentir que la Madre Tierra le sonreía.

Así, todo el grupo se sentó en círculo, disfrutando de su modesta pero satisfactoria comida. Comieron carne seca y pan duro, y luego derritieron nieve en una cacerola sobre el fuego para que hubiera mucha agua para beber. No parecía una cacería de goblins. Ni siquiera parecía que tuvieran prisa.

No, estaban en un viaje hacia el norte, sobre las imponentes montañas cubiertas de nieve y niebla. A un lugar en el que nunca habían estado, a una tierra que nunca habían visto—era una verdadera aventura.

En un viaje, uno debe detenerse en el camino y disfrutar de los chaparrones que pasan en su paso...

(NT: Un chaparrón (de agua) es una lluvia recia de corta duración.)

¿Era el famoso ladrón que había cantado esa canción o quizás el renombrado lanzador de hechizos? Sea lo que fuere, la Sacerdotisa pensó que nunca se habían pronunciado palabras más ciertas.

"¿No crees que será un viaje bastante duro si el tiempo sigue así?" Preguntó la Alta Elfa Arquera, agarrando un trozo de queso tostado del Sacerdote Lagarto.

"¡Ah!", él exclamó; ella presionó algunos de sus productos horneados élficos sobre él mientras comía su queso. "Estaría genial con queso. Probablemente."

"¡En efecto...!"

Cierto. Definitivamente no es un argumento.

La Sacerdotisa, viendo cómo el Sacerdote Lagarto abría el pan horneado y metía alegremente algo de queso en su interior, se movió en su asiento. "Podríamos esperar hasta que la nieve se calme... Pero no tenemos ni idea de cuánto puede tardar."

El clima en la montaña podía ser caprichoso. Más concretamente, la gente simplemente no pertenecía a las montañas. Ya se sentía como si estuvieran en otro mundo.

Las montañas trataban a todos por igual—y sin piedad. Los caminos transitables, los alimentos comestibles y el agua—sólo se encontraban donde debían estar. Sobrevivir a un viaje a través de las montañas requería conocimientos, experiencia y habilidad, junto con el Destino y el Azar. Ningún ser vivo podía esperar una ayuda de la propia montaña.

Esa es la enseñanza de la Madre Tierra, de todos modos.

La Sacerdotisa empezaba a creer que lo entendía... un poco. Había comenzado a pensar que entendía más y más cosas (un poco) recientemente. Sólo tenía que pensar en "La Muerte de Muchos Colores" que les había atacado en el desierto para recordar la verdad de las enseñanzas de su religión de que la naturaleza era algo duro.

"Tenemos comida y agua, así que creo que deberíamos ser capaces de salir de la montaña aunque tardemos unos días...", ella dijo.

"La discreción puede ser la mejor parte del valor, pero tengo que admitir que me gustaría terminar con esto. Ya sabes, como un aventurero". La Alta Elfa Arquera sonrió, suave y fácilmente, llena del orgullo de un aventurero de rango Plata.

Arrogancia y sagacidad. Cobardía y cuidado. Estas cosas se parecían, pero la línea que las separaba era difusa. Cualquiera podía ver los peligros, idear razones perfectamente lógicas para evitarlos y alejarse de la aventura. Estar dispuesto a asumir el reto, aun conociendo los riesgos, y aun así prevalecer era lo que hacía de ésta una aventura—y lo que los convertía en aventureros.

"Pero tenemos que tener cuidado de no hacer nada imprudente, ridículo o escandaloso", dijo la Sacerdotisa.

"Claro—incluso los caballeros errantes tienen cuidado con esas dificultades". Era ese tipo de conciencia lo que hacía que su amiga mayor fuera tan eficaz.

"Ciento", respondió la Sacerdotisa a su guiño; Goblin Slayer gruñó.

"Hmm. En ese caso, deberíamos elegir un camino diferente", él dijo.

"¿Elegir un camino diferente? ¿Desde aquí?" preguntó el Chamán Enano, tomando un trago de vino. "Ah... ya veo."

"¿Lo conoces?"

"Bueno, soy un enano. Francamente, me sorprende que *tú* lo conozcas. Es una historia muy antigua."

"Mi profesor... quiero decir, mi maestro me la enseñó."

Eso pareció satisfacer al Chamán Enano, pero la Sacerdotisa y la Alta Elfa Arquera se quedaron mirándose la una a la otra. (El Sacerdote Lagarto estaba demasiado ocupado calentándose y adulando el queso como para darse cuenta de nada). La Alta Elfa Arquera sacudió las orejas. "¿Qué? ¿Conoces un atajo?"

"Sí", dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. "Hay un pasaje subterráneo aquí."

§

Era un pasillo musgoso, viejo y aparentemente olvidado. Un estrecho camino descendía desde una grieta en el interior de la cueva que parecía haber sido

tallada con un hacha. De hecho, el desgarro parecía casi natural, pero era innegable que allí había un camino. Había asideros y puntos de apoyo, y cuanto más se avanzaba, más fácil era el paso. Al mismo tiempo, el camino se ramificaba en algunos puntos, se retorcía sobre sí mismo y se convertía en una especie de laberinto. Parecía probable que alguien hubiera aprovechado las cavernas naturales para crear un sistema de túneles.

La Sacerdotisa creyó reconocer las huellas de los artesanos en las paredes de roca a la sombría luz de su antorcha. Tal vez fuera eso lo que la hizo recordar aquellos viejos cuentos de hadas. Muchos conocían las historias de las aventuras de los enanos y el rhea o de los humanos, elfos, enanos y rheas. Así como los cuentos de los bárbaros que habían surgido del norte, más allá de estos mismos túneles...

"Se supone que hay muchos campos de batalla de la Edad de los Dioses por aquí. Muchas ruinas", dijo el Chamán Enano, interrumpiendo los pensamientos de la Sacerdotisa. Él no necesitaba luz, así que caminó por el fondo de la formación, estudiando las paredes de roca con atención, pasando los dedos por encima. "Hay fortalezas élficas y fortalezas enanas. Y si hay fortalezas enanas—"

"—entonces debe haber pasadizos subterráneos", dijo la Alta Elfa Arquera con conocimiento de causa. Ella, igualmente, no necesitaba luz para ver perfectamente bien. Porque los elfos eran en sí mismos seres como la luz de las estrellas—o eso decían los poetas. De hecho, la Sacerdotisa a veces captaba el destello del cabello de la Alta Elfa Arquera en la oscuridad. Muy misterioso.

"Si hay *algo* que admito que se les da bien a los enanos es cavar agujeros", continuó la Alta Elfa Arquera. "Aunque los elfos oscuros lo hagan mejor."

"Estoy de acuerdo contigo, hasta la parte de los elfos oscuros". El Chamán Enano resopló, pero en realidad no parecía que le pareciera un gran cumplido. Los elfos y los enanos casi no se llevaban bien entre sí, y mucho menos con los elfos oscuros—hasta los niños lo sabían.

Pero sólo ellos conocen las verdades más profundas sobre sí mismos, pensó la Sacerdotisa. Un humano como ella probablemente no podría imaginarlo.

Mientras caminaba con la llama parpadeante en la mano, intentó prestar atención a las paredes y al suelo.

Imagina que hubiera venido aquí sola.

Estaba segura de que se habría perdido por completo y no habría vuelto a encontrar la salida. No estaba segura de recordar por dónde habían venido ni cómo. Puede que fuera un túnel enano, pero para un humano era una cueva más. Era bonito y amplio, pero la altura del techo dejaba que desear.

"Hace más calor aquí que en la superficie. Ahora veo por qué los que beben leche huyeron bajo tierra para escapar de los problemas..." Evidentemente, con techo bajo o sin él, el Sacerdote Lagarto era más feliz aquí que arriba. La forma en que mantenía su largo cuello y su cabeza hacia abajo, casi arrastrándose, le hacía parecer el hombre lagarto que era. "Tal vez mis propios antepasados habrían logrado establecer un reino naga o dos, si hubieran hecho lo mismo."

"Ojalá hubiera habido tiempo en esa otra fortaleza para buscar pasajes subterráneos", dijo Goblin Slayer. Se refería a la aventura en la que la Sacerdotisa había conocido a la Noble Esgrimista—es decir, a la Mujer Comerciante. Efectivamente, recordó la Sacerdotisa, aquella terrible fortaleza goblin había sido en su día los restos de una fortaleza enana.

Si el tiempo estuviera despejado...

Si el tiempo estuviera despejado, ¿habría sido posible ver esa estructura desde la cima de esta montaña? ¿O habría estado enterrada en la nieve?

"Tu hechizo Túnel nos salvó."

"Ah, ni lo menciones. Eso fue todo gracias al poder de los espíritus."

"Sin embargo, no estoy segura de que esa avalancha haya sido algo tan bueno", la Sacerdotisa (con el mencionado pensamiento en la cabeza) dijo con el ceño fruncido.

Goblin Slayer se sumió en un hosco silencio, y la Alta Elfa Arquera soltó una risita. A pesar de su risa, dijo: "No es que me preocupe tanto, pero *sabes* a dónde vamos, ¿no?". Eso era lo que pasaba por preocupación con ella, aparentemente. Tal vez incluso los sentidos de un alto elfo estaban embotados tan bajo tierra,

porque sus orejas se movían inquietas.

Desde atrás, la Sacerdotisa escuchó la voz jocosa del Chamán Enano, que parecía haber captado el lenguaje corporal de la elfa. "Créeme, saldremos de aquí mucho antes de que se acabe la vida de un elfo."

"Ugh. Cuando pienso en pasar miles de años aquí abajo..." La Alta Elfa Arquera hizo un gesto de frustración con la mano. Añadió en voz baja que no sería ninguna broma. "Podría convertirme en un elfo oscuro. Y sólo se encuentran los monstruos más extraños bajo tierra."

"Podrías cultivar un poco de musgo. Empezar una colección de setas."

"Sí, bueno, dicen que los enanos son parientes de las rocas."

Eran las bromas de siempre. Animado y calmante.

La Sacerdotisa siempre estaba nerviosa cuando estaban bajo tierra, como cuando se adentraban en una mazmorra. Siempre lo había estado, desde su primera vez—sospechaba que siempre lo estaría.

Y sin embargo...

También pensó que se había acostumbrado a ello. Sí, estaba nerviosa. Pero estaba acostumbrada al nerviosismo. Y era una gran ayuda cuando los miembros de su grupo charlaban amistosamente a su alrededor.

"Como dije, este lugar solía ser un campo de batalla hace mucho, mucho tiempo. Así que si hubiera algo aquí—" De repente, el Chamán Enano dejó de hablar, y luego se detuvo en seco. En los estrechos confines del espacio subterráneo, atravesado por túneles como un hormiguero, el grupo se formó.

Antes, la Sacerdotisa, en su incomprendión, podría haber sentido simplemente pánico, podría haber gritado o hecho preguntas. Pero ahora, lo sabía. Reconoció la forma en que se le erizó el vello de la nuca. La forma en que su corazón latía más rápido dentro de su pequeño pecho. Agarró su bastón sonoro con firmeza y miró hacia la oscuridad aparentemente interminable.

"Si hubiera algo aquí...", dijo Goblin Slayer, sacando su espada de extraña longitud de su lugar en la cadera, "...sería un remanente de aquella época."

Desde la oscuridad, la Sacerdotisa sintió una sensación que se acercaba, un aura que conocía muy, muy bien.

"¡¡¡GOOROGGBB...!!!"

Ellos vienen.

§

"¡No puedo creer que haya goblins aquí de todos los lugares!" gritó la Alta Elfa Arquera, y su queja atravesó la oscuridad en forma de una flecha que se alojó en el cráneo y el cerebro de un goblin. El monstruo retrocedió sin emitir siquiera un grito, y sus compañeros no le prestaron más atención que a una piedra en el borde del camino.

"¡GOROGBB!"

"¡GOROGBB! ¡¡GROGB!!"

Tal vez la criatura incluso sobrevivió al disparo—pero no importaba; fue prontamente pisoteado.

"¿Por qué resulta así cada vez que salgo de aventura contigo, Orcbolg? ¡Tienes que asumir alguna responsabilidad por estas cosas!"

"No, no la tengo", dijo sencillamente Goblin Slayer mientras cargaba de frente contra el grupo de goblins.

"¡¿GOROG?!"

Primero golpeó a uno de ellos en el torso con su escudo, e inmediatamente después arremetió con la espada en un agarre inverso en su mano izquierda.
"¡Esto hace dos!"

"¡¿GRGGOOB?!" Un goblin que intentaba escabullirse entre su compañero se

encontró con la garganta atravesada por un lado, con espuma sangrienta burbujeando. Goblin Slayer giró la hoja para asegurarse de que la criatura estaba muerta, luego levantó un pie y lo plantó firmemente entre las piernas de otro goblin.

"¡¿GBORGB?!"

"Y este son tres."

La sensación fue suave y desagradable, pero estimulante. El goblin dio una voltereta hacia atrás y rodó por el suelo, totalmente noqueado. Casi mecánicamente, Goblin Slayer sacó su espada y la clavó en la garganta del monstruo, matándolo.

Un asalto—apenas un respiro—tres goblins. Ver a los tontos de la vanguardia abatidos prácticamente en un abrir y cerrar de ojos hizo que las demás criaturas retrocedieran y dejaran de moverse.

"¡¿GOROGG...?!"

"¡GORG! ¡GOROGG!"

Están bien formados. Goblin Slayer gruñó para sí mismo mientras las criaturas que tenía delante se empujaban y se daban de bruces, tratando de inducir a alguien más a ir por delante de ellos. Normalmente, los goblins no llegaban más que a la altura de la cintura de un humano, pero estos le llegaban casi al pecho. Sus brazos y piernas eran gruesos. Es decir, estrictamente en comparación con el goblin promedio, por supuesto, pero aún así...

(NT: Goblin Slayer usa el término “well-built” que significa que están bien formados/construidos físicamente o que están fornidos.)

No hay problema.

Así que eran un poco grandes—pero no estaban ni mucho menos cerca de ser hobgoblins. Y, sobre todo, el pequeño y desagradable brillo de sus ojos mientras se mantenían a la espera de su oportunidad, era totalmente la mirada de los goblins.

Así que no había problema, entonces. Goblin Slayer levantó la espada en su mano y la dejó volar.

"¡¿GBORGB?!"

"Cuatro. No puedo decir cuántos hay—tendremos que cargar a través de ellos. ¿Qué camino es?"

"¡Claro, claro!" Gritó el Chamán Enano. "¡Corran hacia la siguiente rama, y luego bajen a la derecha!"

Los aventureros salieron corriendo incluso antes de que el goblin con la espada en el cuello pudiera exhalar. Los goblins se vieron confundidos por el contundente avance; el grupo los acribilló con flechas mientras la primera fila tomaba las armas de los cadáveres y avanzaba aún más. La Sacerdotisa saltó por encima de los cadáveres que parecían materializarse frente a ella, mientras el Sacerdote Lagarto se aseguraba aún más de que estuvieran muertos. Si simplemente seguían las instrucciones del Chamán Enano mientras se adentraban en las profundidades...

"¡GORGGBB!"

"¡GORGGB! ¡¡GORGGB!!"

"Supongo que vienen a por nosotros", dijo la Alta Elfa Arquera. No sonaba ni un poco sin aliento a pesar de la carrera, y en la tenue luz de las antorchas, se podía ver que sus orejas daban un movimiento poco complacido.

Difícilmente podían esperar que convenientemente no hubiera una persecución. Las voces cacareantes y chillonas de los goblins llegaban de todas partes en el laberinto de túneles. Eso, al menos, era familiar para este grupo.

"Hay diez de ellos... No, un poco más. Menos de veinte. Todos los ecos hacen que sea difícil de distinguir", dijo la Alta Elfa Arquera.

"Pero... no son... hobgoblins, ¿verdad?" preguntó la Sacerdotisa. Estaba resoplando y jadeando, pero no había ninguna señal de nerviosismo en su rostro. Su expresión era firme, y miraba a su alrededor con atención, pero no

demonstraba ningún temor o vacilación.

La Alta Elfa Arquera miró por el rabillo del ojo y reprimió una risa para que la Sacerdotisa no supiera que la había mirado. La cacería de goblins no era en absoluto divertida—pero ver crecer y madurar a un humano siempre era una cosa alegre.

"¿No lo son?"

"Son... un poco más grandes de lo normal. Pero no mucho... más grandes". La Sacerdotisa estaba prestando una atención inusual a sus propios hombros mientras corría. Recordaba demasiado bien una aventura en la que esa suave carne había sido mordida.

Sin embargo, ese era un gran oponente.

Si no la había traumatizado, eso era lo que contaba. La Alta Elfa Arquera, recordando que ella misma había sido abusada en una de esas misiones, asintió. "Eh, sólo un poco más de problemas... Eso es todo lo que son."

"Se podría señalar que nuestras clasificaciones de criaturas son puramente arbitrarias y artificiales."

"Puede que no haya diferencias reales... Ah". La respuesta de Goblin Slayer al Sacerdote Lagarto, ya con su habitual estilo lacónico, se acortó aún más cuando salieron del estrecho y apretado túnel a una vasta caverna.

(NT: Lacónico significa que es breve o conciso. El Laconismo consiste en utilizar expresiones exageradamente breves, especialmente en respuestas a determinadas preguntas.)

¿Cómo describir este lugar? Uno duda en decir que eran las ruinas de una aldea enana. Ya no había ni rastro del impresionante trabajo en metal que caracterizaba la producción de sus artesanos, que parecían tener la bendición del dios de la herrería en sus propias manos. Los edificios en ruinas y colapsados, cuya madera se estaba pudriendo, estaban conectados al azar en una especie de pila. Había pasillos por todas partes, que parecían poder caerse en cualquier momento—pero que se sostenían unos a otros. Era como si alguien hubiera metido un barrio pobre bajo tierra y luego lo hubiera sacudido violentamente. A la Alta Elfa Arquera le hizo pensar en un hormiguero—como si pudiera ser la

morada de algo muy extraño.

El rey de las chozas, ella pensó. Le dolía pensarla, pero el pequeño puñado de fortalezas enanas que quedaban en la superficie eran ahora viejas ruinas. Si no fuera por esta cosa, y por los goblins, habría podido dedicar algo de tiempo a hacer turismo—para un elfo, habría sido muy poco tiempo.

Sin embargo, cuando Goblin Slayer se detuvo, no fue por las oportunidades turísticas. "¿Un pueblo?"

"Viviendas, más bien. Para la fortaleza", escupió el Chamán Enano; estabilizó su respiración y luego tomó un trago de vino como para lavarse la boca.
"Probablemente todos murieron defendiendo el castillo contra los demonios, y luego un ejército del Caos se instaló aquí..."

"Y con el tiempo ellos también lo abandonaron, o quizás fueron expulsados. Supongo que esa es la historia..." Quizás alguna vez, este lugar fue el escenario de una aventura.

Ante las palabras del Sacerdote Lagarto, la Sacerdotisa se arrodilló rápidamente y formó un símbolo sagrado en el aire con sus dedos. Mientras esperaba a que concluyera esta breve pero sincera oración silenciosa, Goblin Slayer giró su casco.

"¿Qué piensas?", preguntó, con la respiración perfectamente calmada. "¿Serán capaces los goblins de salir de los túneles?"

"Sin nadie que les muestre por dónde ir, dudo que lleguen arriba". El Chamán Enano entrecerró los ojos y miró a su alrededor la profusión de galerías.

"Hmm", gruñó Goblin Slayer. "Sólo los que nos siguieron, entonces."

"Si hay alguno, simplemente lo matamos, escapamos y dejamos que el resto se destruya unos a otros", dijo el Sacerdote Lagarto.

Goblin Slayer asintió. No importaba de dónde habían venido. Luego volvió a gruñir. "Goblins grandes. Hace tiempo oí que los animales que viven en regiones frías se hacen más grandes."

"No es que me importe mucho", comenzó la Alta Elfa Arquera, con sus oídos entrenados para cualquier sonido de pasos de goblins, "pero no hay unos monstruos ciegos horribles que los mantienen aquí abajo, ¿verdad?"

"Si te refieres a los Pólipos Voladores, están más abajo", dijo el Chamán Enano.

"*¿Pól-ipo?*" Preguntó la Sacerdotisa, poniéndose de pie.

"Hay un montón de criaturas antiguas que quedan por aquí", explicó la Alta Elfa Arquera, y la Sacerdotisa creyó entender. Se sacudió el polvo y recogió su bastón sonoro, que emitió un agradable sonido.

"Lamento habernos retenido", ella dijo.

"No pienses en ello. Debo decir, sin embargo, que escapar sería bastante simple si uno atravesara las paredes o el techo", comentó el Sacerdote Lagarto.

"Esto es obra de los enanos. No creo que los goblins puedan atravesarlo, y si lo intentaran, se les caería encima de sus feas cabezas. A pesar de ser ruinas", respondió el Chamán Enano.

"*¿Hmm?*" La Sacerdotisa se llevó un dedo a los labios. Después de un momento, añadió: "No creo que los goblins piensen con tanta antelación, ¿verdad?"

"¡Bien, creo que es hora de irse!" gritó la Alta Elfa Arquera.

"De acuerdo". Goblin Slayer asintió.

"¡GOROGBB!"

"¡GRGBB!!"

Los aventureros se lanzaron a la ciudad fantasma casi en el mismo momento en que los goblins llegaban en tropel como una avalancha.

"Yo me encargo de la retaguardia", dijo Goblin Slayer.

"¡Y yo te acompañaré!", ofreció el Sacerdote Lagarto.

Se podían escuchar sus pies deslizándose mientras bajaban la velocidad y se abrían paso hacia atrás. En un momento como este, estaban en perfecta armonía. Al igual que los demás miembros del grupo, que les asintieron con la cabeza mientras pasaban corriendo y aceleraban.

Pero eso es perfectamente normal para nosotros, pensó la Sacerdotisa.

Mientras pasaban, la Alta Elfa Arquera les sacó un poco la lengua, y luego giró el torso hacia atrás. "¡Toma esto!"

"¡¿GBBORG...?!"

¿El grito del goblin se apagó por el dolor, o por el pulmón perforado, o fueron ambas cosas? La mano de la Alta Elfa Arquera se movió tan rápido que no se pudo ver, pero su flecha atravesó claramente al goblin en la vanguardia.

"Wow...", exhaló la Sacerdotisa ante este disparo, realizado sin apenas tiempo para apuntar. La arquería de la Alta Elfa siempre le resultaba sorprendente, sin importar cuántas veces la viera.

"¡He-hee!"

"¡Si tienes tiempo para estar orgulloso de ti mismo, tienes tiempo para trabajar!"

"¡Sólo asegúrate de no llevarnos por un camino equivocado! Me duele la cabeza, sabiendo que estamos en túneles enanos!"

"Ja-ja..." La Sacerdotisa logró una pequeña risa entre respiraciones mesuradas.

Los estrechos confines de la cueva. Los goblings que se acercan. La carrera desesperada. La oscuridad. Todo ello podría provocarle fácilmente terribles recuerdos, y sin embargo...

Ahora mismo, no tengo miedo... realmente no lo tengo.

De hecho, tuvo los motivos para sentirse ligeramente molesta por no poder ser más útil en este momento. Apenas podía enfrentarse a los goblins en un combate cuerpo a cuerpo—no del tipo que se podía escuchar en el estruendo detrás de ella. Se oía el *whoosh* de una daga, el golpeteo de las garras, los dientes y la cola, un estertor de un goblin y el olor a sangre.

Nunca seré como ellos, pensó. Aunque sintiera cierta admiración por aquella caballera y su antigua y olvidada técnica de espada.

Al mismo tiempo, aún no era lo suficientemente buena con la honda como para hacerlo mientras corría. Ya había usado un milagro antes y quería guardar los otros...

Y la única antorcha que tengo es la mía—esos dos no la necesitan.

Las orejas redondas de los humanos nunca superarían la audición de los elfos cuando se trata de descubrir a los enemigos.

Teniendo en cuenta todo esto, realmente lo único que podía hacer la Sacerdotisa era correr con la mayor atención posible, teniendo cuidado de no tropezar. Ese pensamiento trajo una sonrisa a su rostro. *Supongo que me estoy acostumbrando a esto.* Imagínate: ¡preocupada por cosas así en medio de una cacería de goblins! Casi no estaba lo suficientemente nerviosa.

Un momento y un lugar para todo. Este no era su turno, su momento. Ella haría lo que tenía que hacer; pensar podría venir después.

"No hay fin para ellos—como si alguna vez lo hubiera."

"¡Eep!" La Sacerdotisa gritó. Las palabras le habían llegado justo cuando estaba a punto de volver a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Por supuesto, el dueño de la voz *siempre* hablaba de goblins, así que no era ninguna sorpresa. Pero se sintió como cuando la Madre Superiora la llamó justo cuando no había estado prestando atención durante las lecciones.

La Sacerdotisa respiró hondo para tranquilizar su corazón, que latía con fuerza. Echó una mirada por encima del hombro para ver una figura con una armadura salpicada de sangre que se acercaba a ella. Tenía una espada oxidada y nueva en

la mano. Dado que su escudo también estaba manchado de sangre, supuso que había apaleado a un goblin con él y luego le había robado el arma. Detrás de él, pudo ver la ágil forma del Sacerdote Lagarto. Giró los ojos en su cabeza y luego le guiñó un ojo.

¡Uf!

"¡Los dos están a salvo!", llamó a los dos que tenía delante, dejando escapar un suspiro de alivio. La Alta Elfa Arquera, con su oído, seguramente se habría dado cuenta del hecho sin que la Sacerdotisa se lo dijera, pero la comunicación, según ella, era importante. Como prueba, la elfa le devolvió el saludo y la Sacerdotisa asintió.

Muy bien—lo siguiente era averiguar la situación.

"¿Son muchos?", ella preguntó.

"Para ser vagabundos, sí". A pesar de que acababa de terminar una batalla campal, Goblin Slayer pudo responder inmediatamente a la pregunta de la Sacerdotisa. "Pero no hay suficientes para ser una tribu separada."

"¿Hay una horda en algún lugar, entonces...?" De ser así, tendrían que acabar con ella... ¿Pero dónde estaban? Para encontrarlos, el grupo tendría que... No.

"Primero tenemos que ocuparnos de los goblins que tenemos delante y luego salir de estos pasadizos, ¿verdad?"

"Sí", dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. Luego añadió: "Así es."

"¡Ja, ja, ja! Si simplemente plantáramos nuestros pies y nos convirtiéramos en objetos inamovibles, ¡creo que encontraríamos la manera de prevalecer!" exclamó el Sacerdote Lagarto, raspando ruidosamente sus garras por el suelo, con un aliento quepestaba a sangre y entrañas. "¡Incluso mi corazón ha empezado a calentarse por fin!"

"Me temo que volverá a enfriarse cuando salgamos fuera", dijo la Sacerdotisa. Por eso no podían exagerar.

Se sintió un poco nerviosa al ofrecer este consejo, pero "¡Sí, efectivamente!" fue la respuesta del Sacerdote Lagarto. "Veo que has aprendido a decir las cosas correctas. Por Dios, ¡no debo descuidar mi propio estudio!"

"O-oh, realmente, yo..." La Sacerdotisa sintió que sus mejillas se suavizaban en una sonrisa ante la burla del Sacerdote Lagarto, pero se obligó a mantener la cara seria. No era momento para la modestia ni para la vergüenza.

"Cualquiera que sea el caso, necesitamos limpiar esto rápidamente", dijo Goblin Slayer.

Y luego está...

Goblin Slayer—algo parecía raro en él, como si no estuviera del todo concentrado.

"¡Cuidado con la cabeza, todos!" gritó el Chamán Enano.

La Sacerdotisa no tenía tiempo en ese momento para perderse en esos pensamientos. Se dirigían hacia un túnel con un techo escandalosamente bajo. Un pasadizo perfectamente ordinario—pero que era efectivamente una trampa mortal para humanos, elfos y hombres lagarto.

"¡Estos pueblos enanos, siempre tan estrechos...!" La alta elfa fue la única que salió volando hacia el túnel como una flecha sin frenar en absoluto. Inclinándose tanto hacia delante que casi estaba en el suelo, parecía una ráfaga de viento verde que se precipitaba. Lo único que pudo hacer la Sacerdotisa fue agacharse igualmente e intentar seguirla lo mejor posible. Sujetó su bastón cerca de la parte superior para que no se le cayera. Su cuerpo esbelto no parecía gran cosa comparado con el de la Bruja o la Doncella de la Espada, pero en momentos como éste, resultaba muy útil...

"¡Bueno, Dios mío! Vaya cosa, esto..." Incluso el Sacerdote Lagarto, que en efecto parecía un lagarto deslizándose por el suelo, estaba teniendo problemas.

La Sacerdotisa ralentizó su paso para igualar el de Goblin Slayer, alzando la voz con la esperanza de poder comunicar la situación. "¡Goblin Slayer, señor!"

"Dame una antorcha."

"¡Sí, señor!"

Estaban en perfecta sintonía. Él se acercó a ella; ella le pasó la antorcha encendida—apenas tardó un segundo. Entonces ella pudo oír cómo sus pies se deslizaban de nuevo mientras él regresaba a la parte trasera de la formación.

Un techo bajo no era un obstáculo para los goblins.

"¡GOROGGBB!"

"¡¡GOROGGBB!! ¡¡¡GOROOGBB!!!"

Los goblins—cuyo número podía disminuir, pero cuyo ímpetu nunca lo hacía—lo interpretaban todo de la manera más agradable posible. ¿Qué es lo que dicen de las cabezas grandes y el poco ingenio? El enorme simplón era obviamente un idiota. Empújalo hacia abajo. Mátalo. Hazle pagar por todo lo que ha hecho. Y mientras te ocupas de él, me llevaré a la chica humana o tal vez a la doncella elfa.

Tal vez eso es lo que estaban pensando.

"Tenemos suerte de que no tengan arqueros". Goblin Slayer apuntó al monstruo que estaba al frente de la formación enemiga (allí por ser estúpido, no por ser valiente) y lo golpeó con su escudo.

"¡¿GOROGB?!"

La criatura cayó hacia atrás, con la sangre sucia brotando de su nariz destrozada, llevándose a varios de los goblins detrás de él mientras caía al suelo. Él podría ser uno de los suyos, agarrándose la cara y retorciéndose de dolor, pero para los demás goblins no era más que un obstáculo. Lo patearon, se burlaron de él, lo golpearon—en otras palabras, durante varios segundos, los aventureros que estaban delante de ellos desaparecieron por completo de sus mentes.

Y eso era una distracción tan buena como cualquier otra.

"Nos vemos en el infierno". Goblin Slayer lanzó una botella de líquido en llamas

junto con la antorcha, y luego siguió el camino por el túnel. Detrás de ellos, pudieron oír el cristal rompiéndose—seguido por los gritos de los goblins y una ráfaga de calor.

"¡Desearía que no lanzaras explosivos con tanta ligereza!" gruñó la Alta Elfa Arquera, saludando su llegada con las manos en las caderas.

Debajo de su casco, Goblin Slayer miraba a la izquierda y luego a la derecha, checando a la Sacerdotisa, al Sacerdote Lagarto y al Chamán Enano. Habían salido del túnel, pero aparentemente no de la ciudad enana. Incluso en la luz sombría, se podían ver claramente las siluetas de un conjunto salvaje de ruinas. La Sacerdotisa estaba encendiendo su siguiente antorcha mientras pensaba: *No puedo creer que esté acostumbrada a esto...*

Goblin Slayer estaba de pie en silencio; uno podría haber pensado que no estaba haciendo nada—pero la Alta Elfa Arquera movió las orejas hacia él con un movimiento de molestia. "No hay muchos espíritus del viento aquí abajo. Creo que podríamos asfixiarnos."

"...No, lo dudo", respondió Goblin Slayer, simplemente y con una larga exhalación. "Aunque podría ser un asunto diferente si uno lanzara Perno de Fuego setenta veces."

La Alta Elfa Arquera frunció los labios y se le oyó preguntarse qué quería decir con eso, pero rápidamente dijo algo totalmente distinto: "¡Hay más de ellos! ¡Será mejor que nos demos prisa!"

"¡GROOROOGB...!"

Sean dragones o goblins, los monstruos de piel verde nunca parecían saber cuándo rendirse. ¿Por qué era eso?

Algunos de los goblins habían empujado o saltado a través de las llamas, incluso mientras las lenguas de fuego lamían su propia piel. Esto, también, no era valentía—fue simple rabia o, de nuevo, tal vez sintieron que eran diferentes de esos otros tontos. (Uno podría perdonar a un dragón por usar su aliento contra cualquiera que realmente se atreviera a ponerlo en la misma categoría que estas criaturas).

La horda del Caos se acercó, aplastando a sus compañeros bajo sus pies. Goblin Slayer gruñó. "Vamos."

"No hace falta que me lo digas dos veces—¡por aquí!" gritó el Chamán Enano, y entonces los aventureros volvieron a correr sin un momento para recuperar el aliento.

En términos de destreza comparativa en la batalla, era un asunto sencillo: Goblin Slayer y su grupo tenían ventaja. Pero no sabían cuántos enemigos había. Y la fuerza y la resistencia de los aventureros tendrían que durar contra todos esos goblins.

Tendrían que matar a todos los goblins que encontraran en su camino hacia la superficie, pero no podían permitirse perder el tiempo. Si al menos hubieran tenido algo. Cualquier cosa—sí, cualquier cosa que no fuera sólo el conocimiento del camino correcto.

Esa cosa llegó en forma de un enorme acantilado que apareció ante ellos.

Por supuesto, el Chamán Enano los guiaba—no era posible que fuera un error. Debía tener algún significado, alguna razón por la que los enanos habían abierto esta gigantesca grieta en la tierra—un canal de agua, quizás. Si alguno de los aventureros se hubiera asomado al abismo, habría visto un tenue y frío destello, como de un metal oscuro. Era un río de acero fundido, de aquellos antiguos días en que el fuego de las forjas enanas aún no se había enfriado.

Y donde había un río y una ciudad, también debía haber algo más.

Una barandilla baja y de listones anchos. Era de metal, crujía con el viento subterráneo, pero era inequívocamente un—

¡Puente!

"¡Vamos a derribarlo!" gritó la Sacerdotisa, sabiendo que ahora tenían la ventaja del terreno.

"¡Oh, por—" Exclamó a su lado la Alta Elfa Arquera, mirando al techo y desperdiciando un momento en un gesto de inutilidad.

"Esto requiere un hechizo", dijo Goblin Slayer, y, como siempre, su juicio fue acertado.

"¡A mis ancestros no les va a gustar nada esto..."

"¡No será peor que el día en que los goblins invadieron su hogar!"

"¡Me atrevo a decir que Milady Ranger tiene razón!" A los antiguos enanos no les habría gustado ver a los goblins que ahora perseguían al grupo.

El Chamán Enano, todavía con el ceño fruncido, cruzó el puente colgante, moviendo sus cortos brazos y piernas. La Alta Elfa Arquera se adelantó a él—a estas alturas, no necesitaban que nadie les dijera adónde ir. "¡Si vamos a dejar caer este puente, queremos al mayor número posible de ellos en él...!", ella dijo.

"De acuerdo", respondió Goblin Slayer.

"¡Sí, exactamente!" cacareó el Sacerdote Lagarto.

Esto significaba que los dos combatientes de primera línea se convertirían en los caballeros del puente, bloqueando el avance de los goblins durante todo el tiempo que pudieran.



"¡GOBOB!"

"¡GBGOB! ¡¡¡GOBG!!!"

La horda de goblins se acercó, armada con un abigarrado surtido de armas. El puente comenzó a temblar violentamente; incluso con su formidable construcción metálica, no fue construido para ser un campo de batalla.

(NT: Abigarrado significa que está compuesto de muchos elementos muy diversos, sin guardar orden o conexión entre ellos.)

Los pasos de los monstruos retumbaban, el puente gemía y los escudos y garras de los aventureros se sumaban a la cacofonía.

"¡¿GRROGOB?!"

"¡¿GROGOB?!"

"¡Feh!" Goblin Slayer chasqueó la lengua, ante un goblin partido en dos por garras y otro con la garganta aplastada. Tal vez había estado demasiado entusiasmado con su espada oxidada, porque la hoja se rindió y se agrietó bajo el ataque. Un golpe feo.

No pensé que estuviera tan apagado a ella.

Sin vacilar, dio un golpe a la empuñadura, con lo que la espada giró hasta convertirse en un picahielo, y golpeó directamente con la hoja acortada.

"¡¿GGOBGRGG?!"

Incluso una espada rota podía acabar con una vida cuando se le manejaba con la fuerza suficiente.

Goblin Slayer dejó el arma alojada en la garganta del monstruo, aplastó los dedos del monstruo con su pie y tomó su garrote en su lugar.

"¡Shaaaa!"

"¡¿GOROOGBB?!"

Fue la cola giratoria del Sacerdote Lagarto la que lo protegió en ese momento, volando por encima. La masa de músculo y hueso se convirtió en un temible látigo, golpeando a un goblin en el esternón con tanta fuerza, que reventó los órganos internos del monstruo y lo hizo volar hacia atrás.

"¿GBOBRG?!"

"¡GRRG! ¡GOBRO!!"

El objetivo de la agresión del Sacerdote Lagarto ya estaba muerto, y el impulso de su cadáver lo convertía ahora en un arma por derecho propio. Escupiendo vísceras y suciedad, el goblin cayó del puente, llevándose consigo a varios de sus antiguos compañeros. Y es que los goblins, cuando alguien interfiere con ellos, apartan la vista de su objetivo y abusan del intruso en su lugar.

"¡Ja, ja, ja! ¿Ya se ha vuelto más cuidadoso con sus armas, Milord Goblin Slayer?"

"Ni siquiera yo tiro *constantemente* mis posesiones."

"¡¿GBORGB?!"

Goblin Slayer lanzó el garrote con un movimiento casual, añadiendo otro obstáculo—léase: *cadáver*—para los perseguidores.

"Sólo cuando es necesario."

"Muy esclarecedor". El Sacerdote Lagarto se rió tan fuerte que se le vieron los colmillos. El casco de Goblin Slayer asintió de arriba a abajo. Era el momento.

Los dos aventureros huyeron de los goblins que se habían apiñado en el puente. En ese mismo momento...

"¡Oh, Madre de la Tierra, abundante en misericordia, concede tu sagrada luz a los que estamos perdidos en la oscuridad!"

Una oración sonó, abriéndose camino desde las profundidades de la tierra hacia

los cielos—y una luz radiante dispersó las fuerzas del Caos.

La Sacerdotisa no había necesitado el permiso de nadie; había visto que este era el momento, y no había dudado. La luz concedida por la Madre Tierra brilló desde su bastón sonoro, derramándose por igual sobre todos los goblins.

"¡¿GOBOB?!"

"¿¡GBGRR!?"

Los goblins ocultaron sus rostros de la luz, gritando y retorciéndose. De sus ojos brotaban sucias lágrimas—un espectáculo lamentable, pero que no merecía compasión.

En el momento en que una mano se extendía en dirección a uno de los goblins, todos los presentes sabían que su cabeza sería aplastada por una piedra.

Los goblins habían sido arrastrados, mantenidos en su lugar y luego cegados por la Luz Sagrada en medio del puente.

"¡Justo donde los quiero...!"

Cuando el Chamán Enano vio que sus compañeros estaban a salvo en el puente, le dio un poderoso golpe con la palma de la mano. El tramo de metal, que debió ser construido en los tiempos de sus antiguos antepasados, crujío con fuerza.

"¡Salid, gnomos, y soltadlo! Aquí viene—¡Cuidado abajo! ¡Dadle la vuelta a esos cubos—y vaciadlos todos en el suelo!"

Los tornillos saltaron. El metal se dobló. Las cadenas se estiraron, y luego, con un crujido, cedieron. Una de las fuerzas más poderosas del Mundo de las Cuatro Esquinas—la gravedad—se apoderó del puente, con goblins y todo.

"¡¿GOBRG?!"

"¿¡GOBOBROR!?"

Podían entrar en pánico, pero eso no los salvaría. ¿Habría sido mejor para ellos si

este todavía fuera el momento en que una gran corriente de metal fundido reluciente se elevaba debajo? Los goblins fueron arrastrados al abismo en un abrir y cerrar de ojos; ni siquiera sus gritos duraron mucho. Porque su estertor de muerte colectivo fue ahogado por el sonido del puente enano que aniquilaba a sus antiguos enemigos.

El rugido del puente al derrumbarse contra el oscuro y helado metal de abajo fue como un trueno. El suelo tembló, y los guijarros bailaron, e incluso llovió polvo desde el techo muy por encima.

"¡Eep!" exclamó la Sacerdotisa sin querer y se acurrucó; incluso la Alta Elfa Arquera se tapó las orejas y se acurrucó. El Sacerdote Lagarto y Goblin Slayer, mientras tanto, se ocupaban de recibir al Chamán Enano, que resoplaba con orgullo. "Soy un sirviente del Fuego Secreto", como dicen. Empiezo a pensar que tal vez debería haberme dedicado al negocio de la creación de mundos."

"...Cielos, casi suenas como un elfo", dijo la Alta Elfa Arquera.

"Silencio, sí..."

La Alta Elfa Arquera murmuró que el chamán invitaría a un castigo del dios de la herrería, pero sólo se rió. El Chamán Enano parecía realmente impresionado con el gran final del gran puente que habían construido sus antepasados.

Agitó una botella de nueve espigas, hecha con una planta del este, y hubo un simple *splash* de líquido. El Chamán Enano deshizo el tapón, se volvió hacia el puente que ahora atravesaba el suelo del valle y esparció el alcohol en un rocío.

"No importa si es hidromiel, sidra o el relleno de las patatas... Si no tienes el agua de la vida, no tienes nada". Con estas palabras, se bebió el resto del alcohol que le quedaba. No era exactamente ahogar sus penas en la bebida—sino más bien una excelente excusa. La Sacerdotisa dejó escapar un suspiro.

Nada de qué preocuparse, entonces. Beber vino era lo que hacían los enanos; un enano que no bebía vino apenas era un enano.

"¿Hay todavía un camino a casa?" Preguntó la Sacerdotisa. "Espero que no hayamos necesitado ese puente."

"Dicen que se necesita uno para conocer a uno—bueno, este lugar fue hecho por enanos, ¡y yo soy un enano!" dijo el Chamán Enano, con el vino goteando en su barba. Si él lo decía, entonces no había nada que temer. La Sacerdotisa habría estado en serios problemas si la hubieran arrojado aquí sola—pero por suerte, tenía amigos.

Y como una de ellos, vigilaría a los enemigos, juzgaría cuándo usar su milagro y mantendría a todos a salvo. La Sacerdotisa asintió para sí misma, contando con sus dedos de uno en uno; parecía haber aceptado algo en su corazón...

"¡Muy bien!" Apretó el puño—reconociendo, en primer lugar, que había hecho su trabajo. No se dio cuenta de que el Sacerdote Lagarto la observaba, con los ojos entrecerrados en una sonrisa por este hábito que ella había adoptado recientemente. Él tampoco dijo nada al respecto, ya que si ella se hubiera dado cuenta de que la había visto, probablemente se habría encogido en sí misma por la vergüenza.

En cambio, le sacó la lengua alegremente a Goblin Slayer. "Supongo que esto significa que el camino a casa será bastante más tortuoso."

"Eso no hace ninguna diferencia para mí", fue la breve pero inequívoca respuesta de Goblin Slayer. "Ir y volver no es un viaje tan urgente."

Luego añadió en voz baja: "No es como si *mis* posesiones fueran a ser vendidas". La Sacerdotisa le escuchó, pero no entendió lo que quería decir.

§

Fue solo ahora cuando la Sacerdotisa apreció realmente cómo la luz podía ser tan brillante como para hacer llorar a los ojos. Cuando salieron de la ciudad enana subterránea, al principio todo lo que pudo ver fue blanco. No sabía si el resplandor era el del sol de la mañana o el del crepúsculo; era como si una esquirla de hielo se le hubiera clavado en el ojo.

Se cubrió la cara con los brazos para protegerse el escozor de los ojos y parpadeó varias veces. Por alguna razón, vio un extraño y nebuloso arco iris que vacilaba frente a ella, e incluso después de que el enfoque volviera a su visión, era difícil distinguir algo.

Si alguno de esos goblins hubiera seguido vivo...

Las cosas podrían haber ido muy mal—maldijo su propio descuido, y finalmente, el mundo exterior comenzó a verse...

"¿Esta luz es... de la nieve?"

Hasta donde ella podía ver, el mundo era de un blanco plateado, brillando como las chispas de las llamas. Incluso se oyó a Goblin Slayer gruñir "Hrm"—quizás tampoco se lo había esperado.

"Dios mío", dijo el Sacerdote Lagarto, que había cerrado su segundo párpado y ahora se abrazaba y temblaba. No debe haber sido agradable para él. "Esto es algo muy especial. Un frío que cala hasta los huesos, pero una luz que brilla como si estuviéramos en el desierto..."

"¡Heh!" La Alta Elfa Arquera se burló y sacó lo que parecía ser una venda de cuero con pequeñas aberturas cortadas en ella. Se lo ató con un cordel alrededor de la cabeza, teniendo en cuenta sus largas orejas, y luego se volvió orgullosa hacia la Sacerdotisa. "¿Qué te parecen mis gafas de nieve?"

"¿Cuándo las compraste exactamente...?"

"Un amigo me habló de ellas antes de salir. ¡Parece que ha llegado su momento! Genial, ¿eh?" Ella hinchó su modesto pecho—pero ¿realmente un alto elfo necesita un dispositivo así?

Seguro que parece que restringiría tu campo de visión...

Por otra parte, el casco de Goblin Slayer tenía un campo de visión muy reducido, según recordaba de cuando se había probado uno similar una vez. Así que tal vez no hubiera problema... Pero, de nuevo, realmente *no* parecía que un alto elfo necesitara algo así. *Tal vez sean ese tipo de compras*, pensó la Sacerdotisa, *las que dejan su habitación en tal estado...*

Al menos parece que se divierte, supongo. No había necesidad de ser condescendiente al respecto. Además, a la Sacerdotisa también le interesaban.

"¿Podría probarlos más tarde?", ella preguntó.

"¡Claro! Aunque creo que podrían constreñir el campo de visión de un humano..."

Goblin Slayer, con sólo una mirada a las chicas que bromeaban, gruñó en voz baja. "¿Hueles a fuego?"

"¿Hrm?" El Chamán Enano estaba usando su manga para limpiar el vino de su barba antes de que se congelara. "¿Seguro que tu nariz no te está jugando una mala pasada? Acabamos de salir de esas ruinas."

"...Tal vez", dijo Goblin Slayer. "Tú."

"¿Sí? ¿Qué?" La Alta Elfa Arquera saltó por el campo con tanta ligereza que no dejó huellas en la nieve. "¿Necesitas que compruebe si hay enemigos?" Agitó las orejas, completamente complacida al darse cuenta de que Orcbolg tampoco podía ver por la luminosidad, y luego miró a lo lejos. A pesar de que ya llevaba puestas las gafas para la nieve, se llevó una mano a la frente para taparse los ojos. La Sacerdotisa se preguntó si realmente tenía algún sentido eso.

Al menos parece que se está divirtiendo, supongo, pensó de nuevo. Asintió para sí misma. Definitivamente iba a probar esas gafas.

"Algo se está quemando."

El informe de la Alta Elfa Arquera hizo que la Sacerdotisa abandonara sus pensamientos alegres en un instante. La elfa, que seguía con los ojos entrecerrados en la distancia y, obviamente, escuchando con atención, continuó con calma, pero con firmeza: "No sé si los humanos serían capaces de verlo, pero hay humo. Y sonidos de batalla."

"¿Goblins?" Preguntó la Sacerdotisa.

"N—", comenzó diciendo la Alta Elfa Arquera, pero luego miró a la Sacerdotisa a través de sus gafas y suspiró. "No, no son goblins. No creo."

"Entonces no son goblins". Goblin Slayer volvió a mirar la puerta de hierro

incrustada en la pared de roca, una construcción enorme teniendo en cuenta el tamaño de los enanos que la habían construido. ¿Tenía esto alguna relación con los goblins que pululaban bajo la tierra? En este mundo no había nada trivial. El batir de las alas de una mariposa podía provocar una tormenta en otro lugar, y de una aldea quemada por diversión, podía surgir un héroe.

Hmph. Eran sus propios pensamientos, pero le parecían poco acertados. De todos modos, no pensaba confiar en ellos. Hacer o no hacer. En este mundo, eso lo era todo.

"Vamos". Goblin Slayer tomó la espada, presumiblemente de fabricación enana, que había recogido tras soltar su garrote (sin dudarlo, por supuesto) y la metió en su vaina. Las espadas enanas probablemente parecerían de una longitud extraña para una hoja a la mayoría de los humanos, pero Goblin Slayer estaba bastante acostumbrado a las armas de este tamaño.

"¿...?"

Hablando de tamaño... Esta arma parecía haber sido encargada hace mucho tiempo por alguien que vivía en el norte. Goblin Slayer había recogido una hoja muy gruesa, muy larga y muy pesada, prácticamente una gran espada. A la Sacerdotisa le pareció algo—de hecho, *muy*—extraño, pero Goblin Slayer no expresó ninguna queja y se limitó a guardarla en su cadera. Sin pensarlo realmente, ella ladeó la cabeza y le parpadeó, ¿y quién podría culparla?

"Por la posición del sol y la forma de la montaña", dijo el Sacerdote Lagarto, sacando la lengua, "creo que el pueblo que buscamos debe estar cerca."

"Sí, pero apuesto a que todo habrá terminado para cuando lleguemos". La Alta Elfa Arquera se subió las gafas de nieve a la frente.

"Cualquiera que sea el caso", dijo con decisión Goblin Slayer, "no ir no es una opción."

Ninguno de los aventureros argumentó lo contrario. Se asintieron unos a otros y se pusieron en marcha con un ruido de nieve bajo las botas, atravesando el campo. Mientras corrían a toda velocidad, la Sacerdotisa se dio cuenta de que era de noche, y el brillo ardiente era el resplandor del crepúsculo.

Ella siguió de cerca las huellas de la Alta Elfa Arquera (bueno, en sentido figurado; la alta elfa no dejaba huellas en la nieve), su aliento se empañaba delante de ella. Mantenía un ojo en Goblin Slayer, que trotaba silenciosamente, y observaba atentamente a su derecha y a su izquierda, así como detrás, donde el Sacerdote Lagarto intentaba mantenerse en la retaguardia.

A medida que avanzaban, llegaron a un punto en el que incluso la Sacerdotisa pudo distinguir varias columnas de humo. Venían de... un pueblo. Una ciudad construida con fuerza contra la montaña que ahora descendían, rodeada de nieve y árboles y mar.

Un puerto.

Era la primera vez en su vida que la Sacerdotisa veía algo así. No se parecía en nada a la ciudad del agua ni a los pueblos pesqueros que había visto. Había un gran salón de piedra construido sobre una pequeña colina y casas con tejados triangulares, que parecían barcos volcados. Un muelle de madera se extendía en la bahía, con varios veleros largos de madera, como los que la Sacerdotisa tampoco había visto nunca, descansando a su alrededor.

Por desgracia, la Sacerdotisa no tuvo tiempo de dejarse llevar por el exótico paisaje. Además de los largos barcos que descansaban tranquilamente en el puerto, había varias embarcaciones más que se agolpaban desordenadamente entre ellos, y en las que desembarcaban guerreros con equipos como los que—sí—la Sacerdotisa nunca había visto. Estaban atacando la ciudad. Blandían hachas y espadas; robaban barriles y cofres, y se podía ver a algunos de ellos regresar a sus barcos con mujeres jóvenes colgadas al hombro.

"¡Están secuestrando a esas personas..." dijo la Sacerdotisa, y luego parpadeó. Esto era un robo, simple y llanamente. Ella había visto a los goblins hacerlo. Sabía lo que parecía.

Y sin embargo... Y sin embargo, nunca había visto a las mujeres gritar y aferrarse al cuello de sus secuestradores, casi como si estuvieran excitadas por ello. Nunca había imaginado que se sonrojaran, un color visible incluso contra el crepúsculo.

A medida que el pueblo se acercaba, podían oír los aullidos triunfantes de los secuestradores, los gritos de dolor de los hombres y los gritos de las mujeres.

"...¿Qué diablos es eso? ¿Esas mujeres te parecen como, realmente, realmente felices?" Preguntó la Alta Elfa Arquera.

Sí. Sí, lo parecen.

La cara de la Alta Elfa Arquera decía *no entiendo* mejor de lo que podrían haberlo hecho las palabras.

Las mujeres parloteaban extasiadas y se aferraban a los hombres que las secuestraban, obviamente transportadas por la alegría. Lo que los secuestradores estaban haciendo era tan evidentemente bárbaro—y sin embargo, parecía ser totalmente diferente a cuando los goblins lo hacían.

"Ahhh... Están tomando esposas para ellos, creo". El Sacerdote Lagarto estiró su largo cuello, su voz se volvió profundamente lánguida por el frío.

"¿Esposas?" Preguntó la Sacerdotisa, con un signo de interrogación prácticamente rondando su cabeza. Tal vez su voz raspó un poco al decir la palabra. Pero también puede que no.

Apenas podía seguir lo que estaba aprendiendo de la situación. Tomar esposas. ¿Esposas? ¿Se trataba de una ceremonia nupcial?

"Esa tradición también existía en nuestra aldea—cuando una mujer era secuestrada, era reconocida forzosamente como casada."

"¿'Forzosamente'...?"

La Alta Elfa Arquera le lanzó al Sacerdote Lagarto una mirada de profunda exasperación, pero éste se limitó a asentir con la cabeza y responder: "En efecto. Porque es la prueba de que tienen la inteligencia, la buena voluntad y el valor marcial para robarse una novia. ¿Podría haber algo que inspirara mayor confianza?"

"En otras palabras", dijo la Alta Elfa Arquera, con un tono agrio, "sus esposas

son todas secuestradas?"

"No todas, no. Pero eso sólo demuestra lo deseada que es una novia—así que la mayoría de las parejas son armoniosas."

"Hablando de diferencias culturales..." El Chamán Enano no pudo evitar reírse en voz alta ante la forma en que la Alta Elfa Arquera agachó la cabeza.

La Sacerdotisa, sin saber qué hacer, miró desesperadamente a Goblin Slayer. Era... ¿Cómo decirlo? Había estado ansiosa, luego había conseguido relajarse, y de repente había vuelto a ponerse ansiosa... Y ahora esto.

¡Ya sé que dicen que las aventuras pueden recorrer toda la gama de emociones, pero esto es ridículo...! Ella no tenía ni idea de si tratar esta situación como sombría o despreocupada.

"¿Qué deberíamos hacer...?", ella preguntó.

"...Tendremos que hablar con ellos", dijo Goblin Slayer tras unos segundos de silencio.

"¿No importa lo que esté pasando?"

"No importa lo que esté pasando."

Se abrieron paso por la montaña, y tal como la Alta Elfa Arquera había predicho, todo había terminado cuando llegaron al pie. Las embarcaciones se alejaban del puerto, y la gente que quedaba atrás parecía apenada pero no especialmente afligida. Su actitud parecía fuera de lugar entre las llamas, la sangre y el olor a batalla que flotaba, las casas destrozadas y miembros cortados por todas partes.

La Sacerdotisa sintió que algo parecido a la embriaguez amenazaba con invadirla, y respiró varias veces para tranquilizarse. Después de todo, no eran los únicos que habían notado algo. La gente del pueblo había visto al grupo desconocido que bajaba por la ladera durante la batalla. Un grupo variopinto formado por un guerrero con una armadura mugrienta, una sacerdotisa de una religión extranjera, una elfa, un enano y un hombre lagarto.

Los hombres musculosos vestidos con pieles y que llevaban hachas miraban a la Sacerdotisa; ella sentía que sus miradas atravesaban su pequeño cuerpo.

Mi etiqueta de rango...

Eso no serviría de nada. Todavía no había Gremios de Aventureros en esta parte del mundo. Los aventureros eran sólo vagabundos; nadie sabía quiénes eran ni si eran de fiar. La Sacerdotisa sintió una ansiedad muy parecida a la que recordaba del desierto, y su mano se apretó contra su pecho. Incluso ese leve movimiento le valió miradas de sospecha.

Entonces la población armada y los cinco forasteros se enfrentaron. Nadie sabía lo que podría hacer que todo se desviara en la dirección equivocada. Los dioses, con toda la razón, tragaban saliva con ansiedad mientras tiraban los dados.

El Destino y el Azar son inescrutables para todos—al igual que las consecuencias de las voluntades y elecciones de los Personajes Rezadores (Personajes Oradores / Personajes de Oración).

La Alta Elfa Arquera preguntó en sotto voce qué debían hacer. El Sacerdote Lagarto guardó silencio y el Chamán Enano se limitó a encogerse de hombros.

(NT: "Sotto voce" literalmente significa "en voz baja", se usa cuando se transmite algo en secreto o con disimulo, de forma que no se entere todo el mundo.)

Fue Goblin Slayer quien, tras un largo momento, apagó la mecha: "..... Hemos venido del reino del sur". Eso fue todo lo que dijo al principio, como si pensara que esta única frase era una explicación perfectamente suficiente; luego dudó un instante antes de añadir: "Somos aventureros."

No hubo respuesta. Los hombres, aún impregnados de la emoción de la batalla, empezaron a murmurar entre ellos, creando un zumbido bajo.

La Sacerdotisa deslizó sus manos a lo largo de su bastón sonoro, sujetándolo con fuerza. Quería estar preparada para reaccionar, pasara lo que pasara. No podía dedicar ni un segundo para mirar a ningún lado, pero sabía que los miembros de su grupo hacían lo mismo.

Después de otro largo momento, se oyó un ruido metálico y la multitud se

separó, dejando ver a una mujer joven. Llevaba una hermosa cota de malla negra que le llegaba hasta las rodillas y portaba un escudo y una lanza con una amplia punta de metal. Nada de esto ocultaba las generosas líneas de su pecho y sus caderas, alrededor de las cuales corría un cinturón fuertemente atado. El cinturón llevaba un manojo de llaves que tintineaba al moverse—parecía que eran el verdadero emblema de su cargo.

Su rostro, delgado y más pálido que la nieve, era el toque final de este cuerpo escultural. Su pelo trenzado parecía brillar en oro, pero la Sacerdotisa pensó que probablemente era en realidad un marrón muy claro. Los ojos de la mujer eran de un verde intenso, como las profundidades de un lago. Uno de ellos estaba cubierto por una venda de tela—pero eso no le restaba belleza.

La Sacerdotisa se tragó el "wow" que casi le sale de los labios. Se podría decir que estaba bastante embelesada. Después de todo, no había visto a nadie tan hermoso (aparte de una alta elfa) desde que conoció a la Arzobispo del Dios Supremo. Ella era la viva imagen de la Valkiria, la diosa de la batalla, aunque quizás con un equipamiento ligeramente diferente. La diadema que se vislumbraba en su cabello mostraba que debía ser una persona de estatus nada despreciable.



Esta encantadora mujer miró al grupo y sus labios rosados se suavizaron. La Sacerdotisa tragó saliva y se enderezó, tratando de parecer correcta.

"Desde muy lejos habéis venido, robustos y resistentes, y muchas pruebas habéis soportado. Os insto, ruego e invito a que descanséis en nuestros salones."

"...*¿Qué?*"

Esta vez, la Sacerdotisa llegó demasiado tarde para tragarse la palabra.

Capítulo 3: La Princesa Lejana

"Ah, supe de usted por mi *husbondi*; él se *bverted* a saludarlo por una repentina visita de su familia."

¿"Husbandi"? ¿Y "bverted"? La Sacerdotisa estaba completamente perdida en cuanto a lo que significaban estas cosas. Por la forma en que la hermosa mujer se rascaba la mejilla, la Sacerdotisa supuso que estaba avergonzada. Parecía que se trataba de la *húsfreya*, el ama de casa, del hombre que gobernaba esta zona. Su tono parecía demostrar que la batalla que acababan de observar no era nada por lo que molestarse.

(NT: Términos Vikingos:

- > Húsfreya: Término vikingo que refiere a la señora de la casa que administraba los bienes y las tierras cuando su marido estaba en una expedición comercial o de saqueo.
- > Husbandi: Se refiere al Jefe u Hombre de la Casa. De aquí proviene la palabra Husband o Esposo.
- >bverted: Para éste término no encontré algo que me pudiera dar una idea clara de lo que significaba, pero creo que se refiere a que no está presente y que no pudo ir el mismo a recibir a Goblin Slayer y a su grupo.)

Tal vez sucede todo el tiempo...

La Sacerdotisa no pudo ocultar su vacilación mientras se abría paso por el suelo endurecido. Y no por lo extraño que parecía el pueblo, que podría haber pasado por una gigantesca granja. Tampoco por los miembros esparcidos, las manchas de sangre, los cadáveres y los heridos que había por todas partes. Era porque todo el mundo estaba limpiando alegremente, como si se tratara de una deliciosa fiesta y no de una gran batalla que acababa de ocurrir.

Las palabras que había pronunciado la *húsfreya* también la inquietaron. Los mitos decían que el Dios del Comercio, que es el viento, había creado las palabras, y que el Dios del Conocimiento había creado la escritura. Los mitos decían que se trataba de un lenguaje compartido por todos en el Mundo de las Cuatro Esquinas.

Desde entonces, el lenguaje ha existido. Ya sea en élfico, enano, o el habla de los norteños como estos. A pesar de haber nacido y crecido en la frontera, la Sacerdotisa estaba familiarizada con un puñado de dialectos y podía entenderlos. Pero nunca había escuchado una forma tan distendida de la lengua común—tal

vez la gente del desierto había sido más bendecida por el Dios del Comercio de lo que ella creía.

La gente susurraba:

"Extranjeros..."

"Contempla su líder—un muchacho de aspecto desagradable..."

"No seas tonto. Ser un guerrero fuerte de corazón; no importa cómo se vea."

"Esa espada—es vieja pero de los *dvergr*. Una buena pieza."

"De la alta montaña que bajaron, de eso no hay duda."

"Vienen de la misma tierra natal que el *goði*."

"¡Así es!"

"¿Crees que la joven es una *gyðja*?"

"Una muchacha masculina, nada que ver con la nuestra, ¿verdad?"

La Sacerdotisa se sintió aún más desconcertada por el lenguaje poco familiar de los guerreros y sus miradas desenfrenadas. La "muchacha" a la que acababan de llamar "masculina*"—es decir, la Sacerdotisa—soltó un "¡Hey!" y todos los guerreros desviaron la mirada.

(NT: Masculina o Varonil.)

(NT: Términos Vikingos:

-> *dvergr*: Enano.

-> *goði*: Es un término utilizado para denotar el sacerdote y el gobernante. Masculino / Hombre.

-> *gyðja*: También se refiere al sacerdote pero su forma Femenina. Mujer.)

Parecía que eran objeto de algunas burlas amistosas, pero la Sacerdotisa apenas podía seguir lo que se decía. Incluso lo que se decía a su grupo. Tal vez los norteños la encontraban extraña por ser seguidora de un culto extranjero—o tal vez la despreciaban por ser una mujer con aspecto esbelto.

Los guerreros con sus cascos en forma de lágrima parecían enanos a los que simplemente se les había estirado hasta alcanzar la altura humana, sin que su circunferencia cambiara. Eran muy musculosos y fuertes, con barba, y parecían en conjunto, rocas que habían cobrado vida. A la Sacerdotisa sólo le sorprendió que ninguno de ellos tuviera cuernos en sus cascos. Las historias ilustradas sobre los bárbaros del norte siempre los representaban así...

"¡Un dragón!"

"Un hombre lagarto, eso es."

"¡Un rostro aterrador él tiene!"

"Contemplad la *freya* de ahí. Dioses, ¿es ella un *álfr*?"

"Hoh, ¡hay un *álfr*!"

"Es hermosa como una doncella celestial..."

"Hermosa en verdad. Sólo con mirarla se te pone la piel de gallina..."

(NT: Términos Vikingos:

-> freya: Señorita. Doncella.

-> álfr: Elfo.)

Los guerreros—por no hablar de la gente del pueblo que limpiaba las partes carbonizadas de su casa—se interesaron naturalmente por otro miembro del grupo de la Sacerdotisa.

"Ah, creo que siento que el frío disminuye..."

"Oh, actúa con decencia. Nos están observando."

El Sacerdote Lagarto avanzaba pesadamente—mientras que a su lado, la alta elfa prácticamente bailaba. Miraba hacia un lado y hacia otro, con su hermoso cabello ondeando al compás de la brisa, un espectáculo realmente impresionante.

Lo que era aún más sorprendente era que la princesa de esta tierra no sufría nada en la comparación. "Mis disculpas. Son jóvenes."

"Bueno, probablemente no ven muchos como yo. Los altos elfos son casi una cosa del pasado aquí, ¿verdad?"

Aquellos de la estirpe de la Alta Elfa Arquera que permanecían en estas tierras o bien se mantenían alejados de las viviendas humanas o bien habían desaparecido sin problemas en la sociedad humana. Mientras tanto, la elfa en cuestión disfrutaba de la atención. La Sacerdotisa, sintiendo un poco de celos, se escondió a la sombra de la elfa para mantenerse fuera de vista. Siempre había pensado que su amiga era hermosa—una belleza de otro mundo.

"Sin embargo, parece que no prestan mucha atención a los enanos", dijo la Alta Elfa Arquera.

"Bueno, eso será porque nosotros mismos hemos proporcionado armas por aquí". El enano, que caminaba con bastante soltura por el sendero de tierra, parecía tan a gusto como si estuviera en su propio pueblo. Podría considerarse el más adulto de los miembros del grupo, en el sentido de que era el que tenía más experiencia del mundo. La Sacerdotisa pensó que tal vez había estado antes en el norte, pero él simplemente se limitó a reírse. "Por Dios, no. Pero adoramos a la misma deidad del hierro. Los humanos y los enanos son primos... Bueno, tal vez primos segundos."

"Ah, el dios de la herrería". La Sacerdotisa asintió. Una de las deidades de las que había aprendido como clérigo. Sin embargo, no sabía mucho sobre él. Sólo que era antiguo, y terrible, y un enigma...

En cuanto a Goblin Slayer...

Preguntándose qué estaba haciendo, dejó que su mirada se perdiera en busca del casco de metal de aspecto barato. Lo encontró justo detrás de la *húsfreya*; desde el momento en que se presentaron, parecía que se había entendido que él era el líder del grupo. Caminaba con su habitual y atrevido paso, sin dar señales de haberse percatado de los susurros...

¿Eh?

La Sacerdotisa ladeó involuntariamente la cabeza, sorprendida. La borla andrajosa que colgaba del casco de Goblin Slayer se agitaba más de lo habitual. O más bien, el propio casco parecía estar girando de un lado a otro. Lo estaba asimilando todo: las casas quemadas, los edificios que seguían en pie y la imponente sala hacia la que se dirigían. Estaba siendo vigilante, sospechó la Sacerdotisa, sintiendo que se ponía rígida.

"...Pensé que eran simplemente escombros, pero parece que estaba equivocado", él dijo.

"¿Te interesan esas cosas?", preguntó la *húsfreya*. Una sonrisa beatífica se sumó a la ya radiante belleza de su rostro, y sus labios rosados formaron los sonidos musicales de sus palabras. "No es más que turba. Nada que justifique tu sorpresa."

"Ya veo", dijo Goblin Slayer y asintió con la cabeza como si esta respuesta le satisficiera de verdad. "Turba". Entonces se le oyó murmurar dentro de su casco: "Oírlo y verlo son cosas muy diferentes". La Sacerdotisa parpadeó al darse cuenta de que, aunque su voz era suave, no era mecánica ni despreocupada.

"¿Qué hay de eso, entonces?" preguntó Goblin Slayer, señalando una silueta que se alzaba en el lado más alejado de la ciudad. En dirección al puerto, si la Sacerdotisa recordaba correctamente. Fuera lo que fuera, era enorme, se elevaba en el aire, demasiado pequeña para ser una torre fuerte de madera y, sin embargo, demasiado esbelta para ser una torre de vigilancia. A los ojos de la Sacerdotisa, no parecía más que un brazo gigante.

"Ah, muy interesante, ¿no? Es un dispositivo de levantamiento pesado que llamamos grúa". La *húsfreya* sonrió ampliamente y aplaudió, tan complacida como si Goblin Slayer se hubiera impresionado por ella. "Para ayudar a cargar los barcos, eso es—mi *husbondi* me dice que tienen algo parecido en la capital". Según él, explicó, hasta el más grande de los objetos podía ser levantado sin necesidad de un arnés—era muy fácil.

Mientras hablaba, la *húsfreya* tocó las llaves que colgaban de su cadera, moviendo las manos e incluso todo el cuerpo hacia arriba y hacia abajo, de modo que, a pesar de su acento, incluso la Sacerdotisa comprendió que la cosa del puerto era un dispositivo para levantar carga.

"Wow", susurró para sí misma al imaginar el gran brazo de madera levantando una carga. La imagen le parecía irreal, y no podía dejar de pensar que la magia debía estar involucrada de alguna manera. Por otra parte, no podía seguir exactamente lo que decía la *húsfreya*, así que tal vez había algo que se le escapaba...

"Ya veo", dijo Goblin Slayer, y luego repitió las palabras en voz baja junto con un asentimiento: "Ya veo. Extremadamente interesante. En ese caso—"

La Sacerdotisa se armó de valor, apretó su bastón sonoro y dijo: "Um, uh, Goblin Slayer, ¿señor...?"

"¿Qué es?"

"¿Tienes... curiosidad por eso?"

"Sí". El casco se balanceó hacia arriba y hacia abajo, de forma clara e inmediata.

"Muy curioso". La Sacerdotisa nunca le había oído hablar en ese tono; casi no estaba segura de cómo responder a ello.

La *húsfreya*, por su parte, sonrió tan compasivamente como una diosa y dijo: "Si tu curiosidad es tan grande, ¿tal vez te gustaría ir a verlo más tarde?"

"Absolutamente". La respuesta de Goblin Slayer fue tan decisiva como siempre. La Sacerdotisa se quedó parpadeando. "Sin embargo, primero debemos ofrecer nuestros saludos."

Felizmente, la confusión de la Sacerdotisa pronto se vio aliviada—o quizás habría que decir que desapareció la necesidad de hacerlo. La *húsfreya* y luego Goblin Slayer se detuvieron ante la gran puerta del salón.

"Este es el portal de la *skáli* de mi *husbondi*, su hogar común."

(NT: Término Vikingo:

-> *skáli*: Casa alarga de una sola dependencia considerada el edificio principal de las granjas donde se desarrollaba la mayor parte de la vida cotidiana.)

Así que al otro lado de esta puerta...

Al otro lado residía el hombre que supervisaba este territorio. La Sacerdotisa tragó saliva.

La *húsfreya* pareció percibir su nerviosismo; sus ojos brillaron con una juguetona picardía. "Aventureros, os damos la bienvenida."

La Sacerdotisa sintió que se tensaba de nuevo.

§

"Perdónanos, *husbondi*. He traído a los honorables aventureros."

"¡Hoh! ¿De verdad, esposa mía? Excelente, excelente."

"No fue nada."

"Mi agradecimiento. Ahora, ven aquí y caliéntate en la chimenea. Hace frío, y para una joven *freya* dejarse congelar es malo para la salud."

"Pero por supuesto..." La *húsfreya* inclinó la cabeza y se sonrojó, murmurando unas palabras de protesta ante su expresivo marido. Sin embargo, la forma en que dejaba que sus dedos rozaran las llaves de su cadera sugería que se sentía reconfortada. *Aparentemente, este esposo y esposa se lleva muy bien... creo,* reflexionó la Sacerdotisa. Incluso en el interior del lúgubre edificio, seguía tensa, con la respiración entrecortada.

Así que éste era el rey de los bárbaros del norte. O no, ¿tal vez su gobernador? ¿O jefe (cacique)? Tal vez ese sería el término más apropiado...

"Me han dicho que me mantenga alejada o los rufianes podrían atraparme... Sólo seguirían robando."

En la mente de la Sacerdotisa, aparecía como un hombre grande y rudo con barba, enorme y aterrador. Seguramente el rey, al menos, llevaría un casco con cuernos. Y armadura, sin duda...

Casi antes de que su nebulosa imaginación pudiera adoptar la forma de uno de

los terribles reyes de antaño, se oyeron pasos bruscos. Era Goblin Slayer, marchando hacia adelante sin un rastro de miedo.

"¡Oh—oh!" Todos los demás lo siguieron, y la Sacerdotisa lo alcanzó un poco más tarde.

No es de extrañar que la casa larga—la *skáli*—fuera tan lúgubre. No había ni una sola ventana en la estructura, construida con turba apilada. Había algo que podría considerarse un tragaluces en el techo triangular, pero...

¿Es eso algún tipo de... cuero?

Una piel animal fina y semitransparente se extendía por la abertura.

Sin embargo, no era cierto que no hubiera ninguna luz en el interior. La Sacerdotisa se dio cuenta poco a poco de que el suelo era de tierra y de que había un fuego que brillaba en la gran chimenea central. Eso explicaría el calor que sentía. Mientras tanto, a lo largo de las paredes, a ambos lados de la chimenea, había largos bancos. Parecían algo así como cofres oblongos; tal vez ocultaban espacio de almacenamiento.

(NT: Oblongo es un adjetivo que permite calificar a aquello que resulta menos ancho que largo. Lo oblongo, por lo tanto, tiene mayor longitud que anchura. El concepto también puede emplearse para aludir a lo que resulta más largo que los elementos comunes de su mismo tipo o clase.)

He visto muchos como ellos en la frontera...

La Sacerdotisa sonrió un poco, aliviada de ver algo familiar en esta tierra extranjera. Podía imaginarse fácilmente a la gente sentada en estos bancos, cenando juntos alrededor del fuego.

"Por aquí, si son tan amables."

La Sacerdotisa tuvo mucho tiempo para observar el interior de la casa larga mientras la *húsfreya* los guiaba. Porque Goblin Slayer, aunque sus pasos eran decididos, también miraba hacia un lado a otro. Le dio a la Sacerdotisa todas las oportunidades para absorber los detalles del inusual edificio.

"...Es como estar dentro de un barco", le susurró la Alta Elfa Arquera.

"Tienes razón", le susurró la Sacerdotisa. "Excepto que el techo sería el fondo..."

Finalmente, se encontraron en el centro del banco, donde un asiento, elevado por encima de los demás, estaba colocado directamente frente a la chimenea. Era amplio y profundo, de tal manera que parecía que incluso el Sacerdote Lagarto podría haber descansado cómodamente en él.

El grupo se miró entre sí, y luego se sentaron en una fila con Goblin Slayer en el centro. Se sentaron con una manta de pieles sobre las rodillas, y cuando levantaron la vista, vieron dos pilares que flanqueaban el alto asiento. Mucho más gruesos e imponentes que cualquiera de los otros pilares, estaban tallados con imágenes de los dioses con impresionantes y fluidas semejanzas. Uno de los pilares representaba a una deidad de aspecto temible, con un solo ojo y una sola pierna, que la Sacerdotisa consideró el dios de la herrería, pero el otro...

¿Es esa... una diosa?

Era una deidad desconocida, ni la Madre Tierra ni la Valkiria, pero que combinaba la destreza marcial con la compasión.

"Esposa."

"¿Sí?"

La *húsfreya* inclinó la cabeza ante esta llamada desde la chimenea y se acercó. Mucho más tarde, la Sacerdotisa se enteraría de que aquello era la *stofa*, la sala de estar, y que el jefe estaba sentado en el *öndvegi*, el asiento alto. Sin embargo, incluso en ese momento comprendió el significado de la disposición de los asientos.

Estamos frente al trono, en esencia.

Miró con cautela el asiento que estaba al otro lado de la penumbra, el fuego y la neblina de humo. Había un tapiz que representaba las valientes hazañas de antiguos guerreros. Un hombre poderoso que se alzaba sobre montañas de cadáveres y ríos de sangre mientras intentaba robar el manto de la Hija del Dios

del Hielo, que comía las almas de los guerreros.

Este valiente joven, que sin duda llegaría a ser rey algún día, sometía a los terribles monstruos con sus propias manos, y se veía cómo les rompía los brazos. Incluso se mostraba al elfo oscuro ranger, el amigo y compañero del hombre, el temible usuario de un estilo de dos espadas cuya presencia podía vislumbrarse en las viejas historias.

Bajo este tapiz de esta canción de hielo y fuego se sentaba un hombre enorme, como si encarnara las propias historias. Llevaba botas altas de piel y pantalones de piel de oveja. Una larga cota de malla de metal negro. Una piel alrededor de los hombros. Y la hebilla de su cinturón era de bronce. Y lo que es más...

"Ah, bienvenidos, bienvenidos, mis amigos aventureros. Debe hacer más frío aquí de lo que están acostumbrados en el sur, ¿eh?", ofreció. El joven tenía un rostro como el de un valiente lobo gris, y por muy amigable que fuera su sonrisa, aún parecía que estaba mostrando sus colmillos.

"Oh...", dijo la Sacerdotisa.

Hablaban la lengua común. Sin ningún acento. Y ni siquiera tenía barba, ni había cuernos en el casco que tenía a su lado. Mientras estaba sentado, con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de una espada enterrada en la tierra, se parecía menos a un jefe de los bárbaros del norte y más a...

"¿Eres un caballero?" preguntó Goblin Slayer, tan decidido como siempre.

"Lo fui una vez", respondió amablemente el joven cacique. "Fui bendecido con grandes hazañas y una buena fortuna. El año pasado, cuando estas tierras fueron añadidas al reino... Bueno, fui añadido como hijo a esta familia por matrimonio."

"Y nosotros, también, por mi *husbondi*, fuimos bendecidos por la amorosa madre de la obscuridad", dijo la *húsfreyra*, que esperaba junto al jefe. Ella sonrió—la Sacerdotisa pensó que ella también podría haberse sonrojado—y lo reconoció con un movimiento de cabeza.

Sí, había oído hablar de algo así antes de partir. Algo sobre una tierra en la que los aventureros aún no estaban establecidos. Por eso la misión había sido en gran

parte de observación—pero aun así, una cosa hizo que la Sacerdotisa se quedara absolutamente boquiabierta.

"La amorosa madre de la obscuridad—no te referirás al sádico dios, ¿verdad?" Ella no iría tan lejos como para llamar a este dios malvado. Pero era indudablemente una deidad alineada con el Caos. Una deidad del Caos adorada por los elfos oscuros, que veneraba el dolor y el daño a la gente. Un nombre para maldecir.

La *húsfreya* miró a la Sacerdotisa, perpleja, y la Sacerdotisa se dio cuenta de que la mujer no era mucho mayor que ella. Pero aunque no parecía entender el origen del asombro de la Sacerdotisa, el jefe se rió alegremente.

"¡Ja, ja, ja! Al principio trabajé bajo la misma impresión errónea. Pero en una tierra tan dura como ésta, es una deidad benéfica."

"Verdad. ¿No se dice que la propia Valkiria sirvió una vez a la madre amorosa de la oscuridad?"

"¿Q-qué?"

La Sacerdotisa parpadeó, sin ocultar su asombro. Ella había pensado que ese mito tenía que ver con el dios de la herrería. Primero la tranquilidad ante los asesinatos cometidos en nombre de... la toma de esposas o algo así, y ahora esto... la Sacerdotisa se sintió mareada, la cabeza le daba vueltas como si hubiera tomado un alcohol de baja calidad.

Le pareció recordar que los runners tenían un dicho: *No dejes que el choque cultural te mate.*

"Mi propio padre era amigo del cacique de aquí—el último, quiero decir—y por eso, cuando se supo que habían aparecido demonios en esta tierra, vine a ayudar". Tenía la intención de ir directamente a casa después de eso. "¡Pero no fue así!", dijo riendo. "Incluso el guerrero más fuerte puede ser vencido por el amor. Y ahhh, ¡el amor me capturó por completo!"

"¡Gracioso, *husbondi*...!"

Sí, efectivamente; se llevaban muy bien. La *húsfreya* tiró de la manga de su marido y miró tímidamente al suelo.

"¿No te importa que echemos un vistazo?", preguntó Goblin Slayer. "Parece que tienes mucho que hacer."

"¿Te refieres al *brúðrav*, la toma de la novia? Oh, eso sucede todo el tiempo. A mí también me sorprendió al principio."

¿Era eso lo que el jefe suponía que Goblin Slayer quería decir con "*mucho que hacer*"?

"De todos modos, fuimos nosotros los que pedimos a Su Majestad que enviara una inspección. No es que el invierno haya terminado todavía". El jefe sonrió y alargó la mano derecha para tomar un palo con el que avivar el fuego, pero la *húsfreya* lo detuvo y atendió a las llamas en su lugar. Hubo crepitaciones y chispas, y el jefe le susurró algo a la *húsfreya*, quien asintió.

Luego dijo: "Admito que, una cosa que no se nos dijo fue que habría un hombre lagarto. Antes de nada, debes calentarte."

"¡Ahhh, por eso, estoy muy agradecido...!" El Sacerdote Lagarto con su capa de plumas se inclinó casi con hambre hacia la chimenea. La Alta Elfa Arquera, a su lado, sonrió desesperadamente y le hizo sitio. Más cerca del fuego sería sin duda más cómodo para él.

"No tenemos posadas por aquí, pero hemos preparado una casa para que duermas. Por favor, úsela como quiera."

"¿Y qué podríamos hacer con respecto a, *ejem*, las vituallas?" preguntó el Chamán Enano.

(NT: Vitualla se refiere al conjunto de provisiones o alimentos para que coma un grupo de personas, especialmente aquellos de los que se abastece una expedición o un ejército.)

El joven sonrió. "No hay lugar en el mundo que el resplandor del dios del vino no ilumine, ni tierra que ignore el *drekka*."

"Ese *drekka* del que hablas", dijo el Chamán Enano, acariciándose la barba. "¿Será el nombre de un vino?"

"Significa beber alcohol. Y beber alcohol significa hacer un festín."

El jefe sonaba tan tranquilo al respecto que la Sacerdotisa tardó un momento en entender lo que decía. Parpadeó: un festín. Una fiesta. La palabra le daba vueltas y vueltas en la cabeza.

Cuando tienes invitados, por supuesto que tienes un festín. Eso estaba muy bien. Y sin embargo...

"¿N-no había una batalla...?"

Estuvo a punto de saltar de su sitio en el asiento alto, pero la *húsfreya* la detuvo con un gesto de su mano. "No temas, no temas. Un *drekka* es buena fortuna después de una batalla."

"En fin, eso es lo que dicen por estos lares". Había un brillo travieso en los ojos del jefe: Si esto era suficiente para escandalizarlos, ¡no durarían mucho aquí! "Te garantizo que los demás están haciendo lo mismo. El mensajero que fue a exigir la devolución de las mujeres secuestradas probablemente ya esté cayendo borracho ahora."

"En otras palabras, han sido comprados", observó el Chamán Enano.

"¿Quééé...?" La Sacerdotisa gimió, pero el Chamán Enano se limitó a sonreír y se negó a captar la indirecta.

El jefe dio un dramático suspiro y sacudió la cabeza. "Y si las damas han sido secuestradas y el mensajero comprado, no queda más remedio que celebrar la mayor boda *drekka* que podamos organizar."

Es... s-s-solo... una cultura diferente, pensó la Sacerdotisa, sintiendo que se desmayaba. A su lado, el casco de aspecto barato se balanceaba arriba y abajo. A pesar de sí misma, lo miró suplicante. La gente lo trataba como si fuera un bicho raro, pero en realidad era bastante sensato—aunque sus estrategias de combate podían ser un poco extravagantes.

Él dijo: "Eso es profundamente interesante."

La Sacerdotisa exclamó el nombre de la Madre Tierra en su corazón.

§

"¿Qué? ¿Vamos a hacer turismo? ¿No vamos a descansar?"

Las presentaciones habían terminado y el banquete seguía en preparación, y estaban en la casa que les habían dado. La Alta Elfa Arquera, que había reclamado como cama el segundo banco más cercano a la chimenea, agitaba las orejas.

El lugar era más pequeño que la *skáli* del jefe, pero estaba claro que estaba bien equipado. Eso era evidente por la calidad de las pieles dispuestas en los bancos.

"Creo que iré a ver el lugar", dijo Goblin Slayer (que de hecho había parecido muy interesado en el camino) con un movimiento de cabeza de su casco. Sonaba bastante tranquilo. Ya había depositado sus pertenencias en una habitación con suelo de tierra en la parte trasera de la casa que parecía ser para guardar provisiones.

La Sacerdotisa se puso a pensar, preguntándose cuándo había sido su último descanso en condiciones.

No desde que estuvimos en esa cueva antes de entrar en la ciudad subterránea...

"Boo", dijo la Alta Elfa Arquera, estirándose indolentemente en el banco; la Sacerdotisa no la culpaba realmente. La elfa ya se había deshecho de sus pertenencias, había tirado a un lado su capa y estaba descalza, habiéndose quitado las botas y los calcetines. Estaba realmente dispuesta a relajarse, y tal vez eso era todo.

"¡S-si no te importa, podría ir contigo...!" La Sacerdotisa se ofreció con entusiasmo; acababa de dejar sus cosas. En cualquier caso, se trataba de una misión, de un trabajo y de una aventura. Quería conocer bien la ciudad. Y habría sido falso decir que no sentía cierta curiosidad.

La ciudad del agua, la aldea de los elfos, la montaña nevada, el mar, la fortaleza enana en ruinas, el país desértico y esta tierra lejana.

Si no hubiera sido aventurera, no habría visto ninguno de ellos en toda mi vida.

Y por eso, sintió, no sería correcto dejar escapar este momento. La sensación de que sería un desperdicio parpadeó como una pequeña llama en su corazón. Por no decir que no le hubiera gustado dejarlo todo a un lado y simplemente descansar en el banco como su amiga mayor...

"Urrrgh..." La batalla de la elfa contra el letargo era obviamente más intensa. Refunfuñó, gimió, se dio la vuelta en el banco y luego los miró mientras estaba tumbada boca abajo.

Más concretamente, miró a Goblin Slayer con los ojos hacia arriba; él estaba revisando en silencio su equipo y preparándolo. Sabía perfectamente que dentro de unos segundos, sus preparativos habrían terminado.

La Sacerdotisa también estaba inspeccionando el modesto equipo que llevaba consigo, como ya era su costumbre.

Las palabras que vinieron a continuación fueron una breve pregunta: "¿Vienes o no?"

"...Vale, ya voy". La Alta Elfa Arquera, finalmente victoriosa sobre su propia pereza, se incorporó hasta quedar sentada con toda la impaciencia de un gato que se despierta por la mañana. Buscó sus pertenencias como si nada pudiera ser más molesto, consideró si sacar una muda de calcetines, y finalmente se puso los que había llevado antes. Mientras deslizaba sus largas y pálidas piernas dentro de las botas, se la pudo oír murmurar: "Nunca se sabe si se tendrá otra oportunidad."

"¿Un elfo? Probablemente sí", comentó el Chamán Enano. Estaba atendiendo el fuego de la chimenea y no mostraba signos de abandonar su deber elegido.

"No sabes ni la mitad". La Alta Elfa Arquera resopló. "Podría parpadear y todos ustedes se habrían ido!"

"Ah, sí, todas las cosas son impermanentes". El Sacerdote Lagarto, en el asiento más cercano al fuego que la Alta Elfa Arquera había dejado abierto para él, asintió con su larga cabeza. Debía de poder relajarse por fin un poco ahora que estaban instalados en el interior, pero la forma en que se acurrucaba no le recordaba a la Sacerdotisa más que a...

...un dragón.

Un dragón somnoliento, como el que ella había visto en el desierto—sin duda tendría un aspecto parecido.

"¿Estamos seguros de esto?" Preguntó la Sacerdotisa mientras la Alta Elfa Arquera se frotaba la cara y se ponía la ropa encima. Los dos miembros del grupo que estaban sentados junto al fuego no daban señales de moverse, y ella dudaba un poco de dejarlos allí.

"Hay que tener a alguien que cuide el equipaje, ¿eh?" dijo el Chamán Enano, con una sonrisa lo suficientemente amplia como para mostrar sus dientes. "Además", añadió, sacando un pequeño cuchillo del montón de pertenencias, "tenemos que hacer algunos preparativos propios para este '*drekka*'. Y Escamoso..."

"Sí, prefiero calentar mi sangre junto al fuego."

"Ahí lo tienes."

Tenía razón. La Sacerdotisa sonrió con una pizca de decepción pero también de alivio. Esta era una tierra desconocida. No es que no confiaran en la gente de aquí, pero como viajeros experimentados, conocían la necesidad de que alguien vigilara sus posesiones. Y era alentador saber que habría alguien allí con su compañero que se sentía mal.

"¿Seguro que estás bien?" Tal vez la Alta Elfa Arquera estaba teniendo los mismos pensamientos, pues le dirigió al Sacerdote Lagarto una mirada que sólo era algo burlona.

"Ja. Si esto fuera suficiente para extinguirnos, mi linaje se habría extinguido hace tiempo."

"Sí, pero estábamos lo suficientemente profundos bajo tierra para la roca fundida. No estabas precisamente luchando contra el frío."

"Hrmmm..." El Sacerdote Lagarto no tenía nada que decir a eso; la Alta Elfa Arquera se rió en voz alta.

"Muy bien, nos vemos luego, entonces—en ese banquete, ¿supongo?"

"Si realmente vuelves para entonces, consideraré que la bienvenida del pueblo no fue muy cálida."

"Mm", dijo Goblin Slayer, que se había estado preparando en silencio hasta ese momento. "¿Nos vamos, entonces?"

"¡Como quieras! No te preocupes por nosotros—ve a disfrutar de las vistas."

Mm. El casco metálico asintió en respuesta al saludo descuidado del Chamán Enano. Abrieron la puerta y salieron, la Sacerdotisa algo frenética y la Arquera Alta Elfa felizmente, tirando de una gorra hacia abajo en su cabeza mientras caminaba.

¡Oh! El sol ya está—

Así que por eso estaba tan oscuro dentro, se dio cuenta la Sacerdotisa. Y por primera vez, descubrió que el cielo nocturno era azul. Tal vez fuera por el mar que tenía delante. Tal vez era porque las estrellas habían cambiado de lugar en el cielo. Miró al cielo, donde las lunas gemelas danzaban junto a las estrellas, y su aliento se empañó. Era agradable, colocar las manos cerca de su boca para que su aliento las calentara.

"...Dios, hace tanto frío", dijo la Sacerdotisa.

"No estás bromeando", respondió la Alta Elfa Arquera, bajándose el gorro sobre las orejas y temblando. Tenía el gorro desde el invierno pasado y, por lo visto, había evitado enterrarlo en su habitación durante el año transcurrido. La Sacerdotisa comentó que le quedaba bien, a lo que la Alta Elfa Arquera respondió: "¡Gracias!" y le guiñó un ojo, luego se echó a reír.

Bromas aparte, realmente hace frío...

Según había oído, a temperaturas extremas podía resultar imposible distinguir la sensación de frío del dolor real; incluso podía ser sofocante. La Sacerdotisa se sorprendió de que Goblin Slayer pudiera contemplar tranquilamente el paisaje. Empezaba a pensar que dejarse la cota de malla había sido un error, independientemente de los argumentos que pudieran haber a su favor. Apreciaba el atuendo, pero en las tierras del norte le resultaba muy pesado y muy, muy frío.

Tendré que asegurarme de hacer algún mantenimiento más adelante o la congelación podría pasar factura.

Incluso el metal puede volverse quebradizo en una tierra helada—por eso se veneraba aquí al dios de la herrería, o eso había oido hace tiempo. La Sacerdotisa había aprendido un poco sobre el metal porque también se consideraba una bendición de la Madre Tierra—al fin y al cabo, procedía de la tierra.

Ciertamente, los secretos del hierro eran profundos. Sería presuntuoso por su parte pensar que sabía algo, habiendo oido sólo una pizca. Tal vez podría preguntarle a Goblin Slayer cómo cuidar su equipo. O tal vez...

Esa princesa y su señor llevaban cota de malla...

Fue entonces cuando una voz como un laúd preguntó: "Dios mío, pero ¿pasa algo?"

Era la propia *húsfreya*.

§

La hermosa mujer dorada y pálida estaba de pie sonriendo en la nieve, bajo el oscuro cielo nocturno. Si antes se había parecido a la Valkiria, ahora podría haber sido tomada por la encarnación de la Madre Tierra. Ya no llevaba un traje que pareciera adecuado para la batalla, sino que se había puesto un vestido de pieles de alta calidad y un delantal. Dejaba ver buena parte de su escote, que ya no estaba sujeto por la cota de malla y se curvaba con gracia, tan pálido como el

resto de su cuerpo.

Sin embargo, el chal, con sus elaborados bordados, atenuaba cualquier sensación de erotismo, y tampoco parecía tener frío. Su vestido y el resto de su atuendo estaban igualmente bordados—lo que debe de haber tomado mucho tiempo. Todavía llevaba el manojo de llaves en la cadera y—¡como no podía ser de otra manera!—el metal negro y apagado estaba cuidadosamente trabajado con delicados diseños, como correspondía a un lugar que veneraba al dios de la herrería. Con su precioso pelo dorado sujetado con un pañuelo, no parecía una noble de la capital, pero aun así...

...*Es muy bonita*, pensó la Sacerdotisa, dejando escapar un suspiro nebuloso a su pesar. La mujer no se parecía en nada a lo que ella hubiera imaginado al hablar de los "bárbaros" del norte.

La *húsfreya* vio la expresión de la Sacerdotisa y le dedicó una suave sonrisa, luego levantó unas piezas de tela. "He traído mantas. Nuestras tierras deben parecerte frías."

"¡Oh! ¡Gracias...!"

"No podemos permitir que estornudes", comentó la *húsfreya*. La Sacerdotisa tomó con gratitud las mantas ofrecidas. Eran de lana tejida, cada una de ellas un derroche de color que obviamente había llevado mucho tiempo y cuidado crear.

¡Y lo que importa es que parecen realmente cálidas!

La Sacerdotisa abrazó las cosas esponjosas, deseando de repente irse a la cama esa noche. Volvió a dar las gracias a la *húsfreya* y volvió a cruzar la puerta para ofrecer mantas a los otros dos que estaban dentro.

"¡Ciertamente!" exclamó el Sacerdote Lagarto, riendo y golpeando el suelo con la cola; la Sacerdotisa volvió a cerrar la puerta tras de sí.

"Estaba observando el país en la noche", dijo Goblin Slayer, y la Sacerdotisa se detuvo de repente en su camino. "El país de la oscuridad y la noche". Estaba de pie en medio del camino, mirando al cielo mientras la nieve caía, amontonándose en su casco, aunque no parecía molestarle. Parecía un niño contemplando las

estrellas, como un niño que nunca se cansaría de contar los innumerables puntos brillantes del cielo. "Bosques oscuros, nubes pesadas, ríos negros, un viento solitario y montañas interminables". Finalmente, movió la cabeza, volviéndose para mirar a la *húsfreya*. "Me dijeron que en esta tierra sólo había viento, nubes y sueños; cacerías y batallas; silencio y sombras... Pero parece que hay más."

"Parece que es usted un poeta, buen señor. Como uno de nuestros *skalds*."

(NT: El término *skald* que significa "poeta", se utiliza generalmente para los poetas que compusieron en los tribunales de los líderes escandinavos e islandeses durante la Edad Vikinga y la Edad Media.)

"Las palabras no son mías", respondió a la risueña *húsfreya*, taciturno como siempre. Sacudió la cabeza. La Sacerdotisa, sin embargo, nunca había escuchado los insólitos versos que acababa de pronunciar.

"Es una canción muy antigua", dijo la Alta Elfa Arquera, aunque era difícil leer su tono.

"¿Es eso cierto?" preguntó la Sacerdotisa; era todo lo que podía manejar. *Por qué?* ¿Era la tierra extranjera, la nieve o la noche? ¿Qué era lo que a veces la dejaba sintiéndose desconectada desde que habían comenzado este viaje?

"Esperaba bajar al puerto antes de la fiesta. Si no es mucha molestia."

"Dios mío, ¿ahora? Sí, y te acompañaré."

"Lo siento por esto", dijo la Alta Elfa Arquera por debajo de su sombrero, pero estaba sonriendo. "Nada como hacer que una princesa sea nuestra guía turística."

"No me molesta en absoluto. Te has tomado la molestia de estar aquí". Entonces se pusieron en marcha por el camino nevado, con la *húsfreya* a la cabeza.

Todavía se veían bocanadas de humo negro aquí y allá alrededor del pueblo, y mucha gente seguía ocupada reparando las casas en ruinas o los muros de piedra. Pero cada vez que alguien veía a la *húsfreya*, dejaba de hacer lo que estaba haciendo y se inclinaba. Ella sonreía y devolvía la reverencia, y los lugareños volvían a su trabajo, aunque normalmente con una mirada recelosa hacia la gente que la seguía.

"Realmente te respetan", dijo la Sacerdotisa.

"Fui la única hija de mi padre que quedó tras su fallecimiento. Aunque apenas estuve en la cuna". La *húsfreya* miró a los aldeanos con algo parecido a la vergüenza. "Nuestro *konungr*, nuestro rey", comenzó pero rápidamente se corrigió. "Nuestro *goði* es en realidad solo un *bondi*, un hombre libre. No es tan especial ni importante."

(NT: Términos Vikingos:

-> konungr: Rey.
-> bondi: En la época vikinga escandinava era el núcleo principal de la sociedad, formado por campesinos y artesanos, y constituían una clase media muy generalizada. Eran hombres libres y tenían destacados derechos, como el uso de armas y el privilegio de integrar el Thing (asamblea de gobierno en las sociedades de las tribus germanas, formada por los hombres libres de la comunidad. En ellas se trataban asuntos de índole legislativo y judicial. A una escala mayor, elegían algunos representantes para enviarlos a una gran asamblea y, así, poder decidir sus propias leyes.) en su condición de granjeros propietarios y/o terratenientes.)

"Aun así, no se puede culpar a nadie por preguntarse qué pasa cuando la hija de alguien importante está mostrando los alrededores a extraños. Piensan que tal vez no debería hacerlo. Lo entiendo", dijo la Alta Elfa Arquera, sonando sorprendentemente amable. Luego la alta elfa pateó la nieve del camino, casi deliberadamente, y dijo: "Oye, ¿qué piensa la gente de los aventureros por aquí? Eso es algo que quiero averiguar."

"Bueno..." La *húsfreya* sonrió incómoda. "En este lugar son considerados como piratas y ladrones."

"En otras palabras, como bribones..." preguntó la Sacerdotisa, golpeando uno de sus dedos entumecidos por el frío contra sus labios. Luego asintió, su aliento empañado mientras emitía un sonido de reconocimiento. Creyó saber de qué se trataba. Probablemente. Incluso si era algo difícil para ella entenderlo en sus huesos.

El propio Gremio de Aventureros había surgido esencialmente como una forma de asegurar a la gente que el Estado vigilaría a los malhechores que andaban por ahí. En otras palabras, sin el Gremio, el "aventurero" no era un trabajo—los aventureros eran sólo un montón de villanos groseros.

Por lo tanto, incluso en la tierra donde nació la Sacerdotisa, un aire de desconfianza se adhería fuertemente a los aventureros. Casi podía dar por

sentado que podía confiar en el Gremio para todo, y era feliz así. Así debían ser los aventureros. Pero mientras que el Gremio tenía una historia razonablemente larga en su propia tierra, aquí, tal cosa como un Gremio de Aventureros ni siquiera existía. Los aventureros no eran más que rufianes, malditos y villanos.

"Verdad", dijo la *húsfreya* con seriedad, aunque—quizá por deferencia a su actual compañía—con cierta vacilación. "Hace mucho tiempo, hubo una vez un gran tonto que robó una vasija de oro de un lugar de enterramiento."

(NT: Deferencia: Muestra de respeto y cortesía.)

"¿Apareció un dragón?" Preguntó de inmediato Goblin Slayer. Su casco se giró para mirar directamente a la mujer.

Argh, otra vez. La Sacerdotisa suspiró al descubrir que incluso esos ligeros movimientos de él seguían llamando su atención. Él de alguna manera, era diferente a su forma de ser habitual. Sin embargo, no podía decir exactamente cómo, y eso la molestaba.

"En efecto, y uno terrible. Dicen que toda la tierra se convirtió en un mar de fuego."

La *húsfreya* continuó hablando de la vieja historia como si ésta no tuviera importancia—de hecho, no la tenía. La Sacerdotisa tomó una profunda bocanada de aire frío, con la esperanza de barrer la nebulosa cosa oscura que había en su interior.

"Los dragones dan mucho miedo", ella dijo.

"Hablas como si hubieras visto uno con tus propios ojos."

"Lo he visto". La Sacerdotisa soltó una risita al ver cómo los ojos de la *húsfreya* se abrían de par en par; era adorable. Entonces la mujer hinchó el pecho como una niña orgullosa a punto de compartir un secreto y dijo: "¡Pero fue tan aterrador que huí tan rápido como pude!"

Cuando la Sacerdotisa pensó en ello, se dio cuenta de que éste podría ser el primer puerto propiamente dicho que había visto en su vida, aunque a ella le pareció que se trataba de un embarcadero construido a orillas de un lago. Un muelle sobresalía de la orilla hacia el agua, con varios barcos amarrados a él. El parecido entre estos barcos y las góndolas que había visto en la ciudad del agua reforzaba la impresión de que todo aquello le resultaba familiar.

Pero ¡el tamaño!

"Wow... Wow..."

El primer barco propiamente dicho que la Sacerdotisa vio en su vida era como una góndola lo suficientemente grande como para albergar a cien personas. (Aunque esa era sólo su impresión; tal vez unas pocas docenas era el límite...) Varios remos se extendían desde cada borda, y un gran mástil dominaba el centro del barco. Todo ello era suficiente para hacer que una mujer joven se detuviera a mirar.

Pero eso no era todo: Había guerreros bárbaros a bordo, gritando y remando el barco hacia el mar azotado por la ventisca. Parecía algo sacado de un sueño de un niño. "Increíble", volvió a murmurar la Sacerdotisa.

"Mm", dijo Goblin Slayer desde debajo de su casco, donde estaba de pie junto a ella mirando atentamente el barco. "Efectivamente."

"¿Realmente te impresiona tanto?", preguntó la *húsfreya*, de pie en el muelle y observándolos con algo parecido a la diversión.

La noche ya era fría, y estar junto al agua sólo la hacía más fría, y sin embargo...

Simplemente haber podido ver esto..., pensó la Sacerdotisa. Sólo por eso merecía la pena haber venido aquí.

Los barcos eran formas negras que flotaban en la superficie oscura del agua. Las proas estaban talladas a semejanza de las cabezas de los dragones, por lo que parecían nidos de monstruos marinos. La Sacerdotisa respiró sobre sus dedos entumecidos y dijo: "¡Sí, realmente lo hace!" y sonrió. "Sin embargo, hay una cosa que es un poco molesta..."

"Sí", coincidió la Alta Elfa Arquera, que se sujetaba la gorra en la cabeza, atenta a sus orejas. "Si tan solo no hubiera habido una batalla."

Sí, eso fue. La mayoría de los barcos estaban intactos, pero varios de ellos estaban acribillados por flechas o mostraban signos de haber sido calcinados por el fuego. Si había un aspecto positivo, era que nada parecía haberse hundido durante la lucha, pero era obvio que la batalla acababa de terminar. Una cosa era ver a un guerrero con una cicatriz de una vieja herida—pero estas heridas eran recientes.

"Um, antes dijiste que la familia había aparecido", comenzó la Sacerdotisa. Aunque todavía se sentía casi mareada por el choque cultural, agarro un trozo de madera que había por ahí. El daño que podía ver en él era reciente pero demasiado antiguo para haber sido infligido hoy. Sintió una mirada sobre ella desde detrás del casco metálico y asintió.

Goblin Slayer dijo: "¿Goblins?"

"¿Quieres decir orcos?", preguntó sorprendida la *húsfreya*, pero luego se rió y agitó las manos: *No, no*. "Los orcos no son más que unos estúpidos llorones."

"Eso es lo que pensaba."

"La familia viene todos los años, pero este año bastante antes y más a menudo de lo habitual."

"Ah, así que es eso". La Alta Elfa Arquera asintió; si no hubiera estado sosteniendo su sombrero sobre la cabeza, probablemente sus orejas se habrían movido. "Tengo que admitir que me preguntaba por esa herida suya. En su brazo derecho."

"Santo cielo. ¿Lo notaste?" La *húsfreya* se rascó la mejilla, pero la Sacerdotisa emitió un sonido de sorpresa. "¿Él estaba herido?", preguntó, volviéndose hacia la Alta Elfa Arquera incluso cuando el viento salado atrapó su pelo en su frío agarre.

"Eh, él olía a sangre. Y tenía el brazo derecho cubierto con su capa. Y no lo viste

en la batalla, ¿verdad?". La alta elfa añadió con indiferencia que se había callado porque no era bueno señalar la herida de un rey.

¿Era la Alta Arquera tan observadora, o sus agudos sentidos de alto elfo la ayudaban a discernir la situación? La Sacerdotisa no estaba segura; sólo sabía que no se había dado cuenta de que había una persona herida, y eso era inaceptable.

Los habitantes del pueblo ("*bondi*"—¿así los llamaba la *húsfreya*?) parecían tan tranquilos que la Sacerdotisa simplemente los había dejado.

Pero en realidad...

En realidad, ella ya debería estar entre la gente, atendiendo las heridas y ayudando a reconstruir.

La *húsfreya* notó su expresión de preocupación. "No te preocupes por mi *husbondi*; está bastante bien". Sonrió. "Es una herida en el hueso de su brazo derecho. Pronto estará mejor con algo de descanso."

"El hueso..."

Pero eso era terrible. Incluso con el tratamiento adecuado, no se sabía si se uniría correctamente. Y lo que es peor para un guerrero, incluso si se curaba correctamente, no se podía estar seguro de que se movería como antes. Muy pocos tenían la suerte de contar con un clérigo con milagros presente en el momento en que se lesionaban. Lesiones como esta eran una de las principales razones por las que muchos aventureros, soldados y mercenarios se retiraban finalmente. Y todo esto era aún más crucial en estos climas fríos para un hombre que lideraba un pueblo marcial como su jefe.

"¿No tienes un clérigo al que se le hayan concedido milagros?" preguntó la Sacerdotisa, observando el vendaje que envolvía la cabeza de la *húsfreya*. Estaba claro que el ojo que había debajo había sido dañado; el tejido cicatricial asomaba visiblemente por debajo del envoltorio.

"Esto fue una ofrenda al dios sádico", dijo la *húsfreya* con una sonrisa, que sonaba como si no tuviera importancia. Luego sacudió la cabeza con tristeza. "Una *gyðja*

tenemos, pero mi *husbondi*, en su orgullo, no la escuchará."

"Y los milagros son valiosos", dijo la Alta Elfa Arquera con conocimiento de causa.
"En la batalla, probablemente prioricen a los soldados sobre el rey."

"Sé que una herida así no es mortal, pero...", comenzó la Sacerdotisa, pero luego no supo cómo terminar. La *húsfreya* miraba en silencio hacia el mar con una expresión inescrutable. Seguramente estaba más preocupada por su marido que nadie, pero se negó a decir nada al respecto. La Sacerdotisa aún era inexperta, aún no conocía las sutilezas de este lugar. Tal vez sus amigas en la capital—la Mujer Comerciante y la Hermana del Rey—habrían sabido qué hacer, pero...

"...Lo siento", ella dijo después de un largo momento.

"Todo está bien. Preocupada como estoy, es simplemente que mi querido *husbondi* es del tipo terco."

"Ya veo". Goblin Slayer irrumpió bruscamente en la melancólica conversación. Ya había dado un paseo por el muelle con su paso audaz; ahora preguntó con interés: "¿Y es ésta la "*grúa*" que has mencionado?" Miraba fijamente la torre de vigilancia de madera construida a lo largo de la orilla.

Era una gran sombra imponente, incluso más oscura que el cielo nocturno y el mar entre los que se alzaba. Después de todo, la Sacerdotisa se había equivocado al imaginarla como un brazo gigantesco. Ahora se daba cuenta de que era más bien como el largo cuello de un dragón.

"Es como la nariz de un elefante, ¿eh?" Dijo la Alta Elfa Arquera en voz baja.

"¿Un elefante?" La Sacerdotisa no entendía muy bien, pero la elfa agitó su confusión.

La torre estaba equipada con una serie de cuerdas que, evidentemente, eran las que le permitían subir y bajar la carga. La exclamación de admiración de la Sacerdotisa tomó forma física como niebla blanca, y la Alta Elfa Arquera comentó: "¡Los humanos piensan en cosas aún más extrañas que los enanos!"

"Normalmente, si algo fuera demasiado pesado para levantarla, habría que

rendirse, o al menos pedir ayuda", comentó la Sacerdotisa.

"Y rendirse no es forma de sobrevivir en esta tierra de nieve", dijo la *húsfreya*. Una ráfaga cortante de viento nevado llegó, y ella sonrió como si fuera una agradable brisa de otoño.

Las prácticas culturales estaban moldeadas por la tierra y la gente que la habitaba. Seguramente no había ningún aspecto de la cultura que todas las personas del Mundo de las Cuatro Esquinas tuvieran en común. Las vidas que estas personas llevaban cada día en este lugar debían estar más allá de la imaginación de la Sacerdotisa.

Y es por eso...

Su asombro no se debía a que su cultura fuera tan *extraña*, sino a que era tan ordinaria.

"¿Y este es el mecanismo de control de la grúa?"

"Verdad."

La ocupada mente de la Sacerdotisa no tenía, por supuesto, ninguna importancia para Goblin Slayer, que estaba interesado en el aparato en sí. Las cuerdas que colgaban de la grúa estaban unidas a una especie de gran mecanismo en el muelle. Se parecía un poco a un escalón de piedra y un poco a los grandes postes de madera de entrenamiento colocados en los campos de práctica. Varias gruesas varillas de madera salían del centro, y por la forma circular que se había desgastado en el suelo alrededor del dispositivo, probablemente esas varillas eran empujadas para hacer girar el dispositivo.

"¿Así que los esclavos hacen girar la cosa?" Preguntó la Alta Elfa Arquera

"Sí, *þrælls*."

"Y eso enrolla las cuerdas, que levantan la carga..."

También debe haber alguna forma de cambiar la dirección de la grúa. Cuando se repara un barco, con las manos alrededor, la grúa debe girar en todas las

direcciones posibles. Ahora, en la noche, eran los únicos en el puerto, pero la Sacerdotisa se encontró pensando una vez más en lo sorprendente que era todo aquí.

Ella y otros habitantes del sur consideraban que la gente de aquí era rústica e incivilizada. Pero nada de lo que había visto en esta ciudad la hacía parecer el hogar de bárbaros.



"Hmm..." Sin tener en cuenta el frío y la oscuridad (pues la noche era oscura a pesar de las estrellas), Goblin Slayer se acercó al aparato. "¿Puedo intentar empujarlo?"

"Puedes, pero... no será fácil por ti mismo."

"Supongo que no". Goblin Slayer asintió, luego puso una mano en uno de los grandes palos y empujó tan fuerte como pudo. La máquina no se movió, por supuesto. El hombre del equipo mugriento plantó los pies y empujó, pero la máquina no llegó a temblar. Al cabo de un rato, con la niebla blanca que salía de entre las tablillas de su visor, se le pudo ver relajarse. "En efecto, es inútil."

"Bueno, sí", dijo la Alta Elfa Arquera y se rió a carcajadas. "Tendrías que ser terriblemente fuerte para mover esta cosa solo."

"Sí". El casco se balanceó hacia arriba y hacia abajo, esparciendo la nieve que había caído sobre él. El viento atrapó los copos, llevándolos a la noche. "Sólo un verdadero héroe podría trabajar esta cosa por sí mismo."

La Sacerdotisa no entendía por qué, pero él sonaba francamente... feliz por ello.

§

"Muy bien. Para empezar, toma esto."

"¿Esto es... un cuerno?" Preguntó la Sacerdotisa, tomándolo del Chamán Enano y mirándolo con interés. Pronto sería la hora del festín, así que habían regresado a sus alojamientos y estaban a punto de dirigirse a la *skáli*. La Sacerdotisa, la Alta Elfa Arquera y Goblin Slayer recibieron cada uno lo que al principio parecían ser cuernos de caza.

"Pero no hay dónde soplar en él", observó Goblin Slayer, dándole la vuelta en sus manos. "Entonces, ¿es una copa?"

"¡Mm! Y tendrás que dejar tu espada aquí..."

"Eso ya lo sé", dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. La antigua espada

enana no estaba en su cadera. En su lugar, se apoyaba en uno de los bancos, captando el brillo del fuego de la chimenea en su metal opaco y oscuro. A pesar de provenir de unas antiguas ruinas, no mostraba ningún signo de astillamiento u óxido.

Sin embargo, el Chamán Enano dijo: "Es sólo una espada. No tiene ni un solo encantamiento. Bien hecha, es cierto, pero perfectamente ordinaria". Mientras la Sacerdotisa, Goblin Slayer y la Alta Elfa Arquera habían salido a mirar, él debió pasar el tiempo inspeccionando el arma. "¿Decepcionado, Cortabarbas?"

"No", fue la respuesta con un movimiento de la cabeza con casco. "Mi profesor... La espada de mi maestro tampoco se distinguía. Para mí es suficiente."

"Me lo imagino", dijo el Chamán Enano, con una sonrisa cruzando su rostro barbudo. Estaba claro que esperaba algo así. "Sin embargo, deberías llevar una daga de algún tipo. Eso es prácticamente etiqueta."

"Mm." Goblin Slayer volvió a asentir; él, y de hecho el Chamán Enano también, ambos tenían espadas cortas fijadas en sus cuerpos. Hablando de cuestiones de etiqueta, el casco y la armadura probablemente deberían haberse quitado—pero eso no era una discusión que mereciera la pena ahora. Aunque eso no impidió que la Alta Elfa Arquera le dirigiera una mirada dudosa.

"Sólo preguntaba", dijo ella, "pero esto no va a ser una de esas cosas en las que te sirves una bebida de forma equivocada y de repente hay espadas fuera y sangre por todas partes... ¿o sí?"

"Con los elfos, tal vez, pero la mayoría de la gente no considera educado encontrar fallos en detalles tan triviales."

"¡Los elfos tampoco hacen eso!" protestó la Alta Elfa Arquera con el ceño fruncido. Una daga de obsidiana colgaba de su cadera. "¿Crees que puedes moverte?", preguntó ella.

"Mm, efectivamente. Ahora tengo mucho más calor, y hay un buen fuego en la casa larga", dijo el Sacerdote Lagarto, que se apoyaba en la arquera. No tenía daga, pero sí sus garras, su cola y sus colmillos.

¿Qué tengo que hacer?

La Sacerdotisa miró a su alrededor un poco aturdida, pero finalmente se conformó con sostener su bastón sonoro—con fuerza.

"Si todo el mundo está listo, entonces vamos", instó Goblin Slayer.

"¡Ah, c-ciento...!" Se apresuró hacia adelante, a través de la puerta—casi había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho hoy—y saliendo al exterior.

Apenas he visto la habitación en la que nos alojamos, pensó mientras ella y los demás volvían sobre el camino que habían tomado poco antes. Se necesitarían más de un par de viajes para aprenderse los caminos, y todo el pueblo parecía cambiado bajo la oscuridad de la noche. Casi podría haber creído que si perdían el camino, no volverían a encontrarlo.

La luz que brillaba en el tragaluz de la *skáli* era extraordinariamente alentadora; cuando llegaron a ella, la Sacerdotisa sintió que podía volver a respirar.

"...Me pregunto si estaremos bien volviendo", ella dijo.

La Alta Elfa Arquera la miró con curiosidad, sus orejas se agitaron con el frío.
"Creo que sí. Está justo ahí."

Oh, es cierto...

Era propensa a olvidar que ella y Goblin Slayer eran los únicos miembros de este grupo que no veían bien en la oscuridad. La Sacerdotisa, sintiéndose un poco avergonzada, apenas se atrevió a mirar a la Alta Elfa Arquera, pero su amiga arquera estaba frunciendo el ceño. Luego sonrió, más o menos, entrecerrando los ojos como si estuviera mirando algo brillante, y sus orejas se movieron de nuevo.

"¿Sucede... algo?" preguntó la Sacerdotisa.

"Nah. Lo verás en un segundo."

"—?"

La Sacerdotisa no tenía ni idea de lo que quería decir, pero el Chamán Enano pareció entenderlo, pues se acarició la barba con conocimiento de causa. Entonces, sin el menor signo de vacilación, Goblin Slayer golpeó la puerta.

"Por favor, entra", dijo alguien en el interior. Era la voz del *goði*, pero también había otra voz, que casi lo ahogaba. Cuando empujaron la gruesa puerta de madera, descubrieron rápidamente de qué se trataba.

Entonces el héroe descubrió a su enemigo mortal, el maldito, de pie sobre el altar. Pero, ¿cómo podía saber que ninguna hoja, ninguna hoja en absoluto, podría tocar al gran gobernante que había ofrecido a la serpiente de dos cabezas? Este villano inhumano, con un hechizo, dejó sin efecto la victoria de la espada del Mundo de las Cuatro Esquinas.

El gran gobernante habló:

Fui yo quien encendió el fuego del odio dentro de ti.

Fui yo quien afiló tu valentía.

¿Matarás al que llamas tu segundo padre?

La rabia se apoderó de la cabeza del guerrero y desenfundó su fiel espada:

El acero afilado que había encontrado en el túmulo, una vez compañero de los reyes de antaño.

Pero el Mal sólo se burló de él:

Esa espada, que ha destrozado armaduras y cascós hendidos, no tocará mi cuello mientras mi hechizo no se deshaga, ni siquiera necesito tirar los dados.

He desvelado los secretos del acero.

¡Pero ánimate!

Porque el guerrero no confiaba en su espada, ni estaba su fuerza en el secreto del acero, sino que el dios de la herrería le había dado un fuego insaciable de valor.

¿Y cómo iba a saberlo el gran gobernante?

¿Cómo podía adivinar que los dioses en la mesa de los cielos estaban tirando sus dados para definir el resultado de la batalla

sabiendo que, de lo contrario, este guerrero no volvería a rezar?

*El terrible gobernante aulló y se retorció de un dolor
como no había conocido antes:*

La espada del guerrero golpeó con fuerza a su enemigo jurado.

El acero negro atravesó el hueso, cantando la victoria, y así el guerrero decapitó al villano.

*Ahora, escúchame,
a la leyenda de este gran rey
cuya hazaña se contará aún dentro de mil años.*

Salió de la tierra de las sombras y la noche oscura en el lejano norte. Fue un esclavo, un guerrero, un pirata, un mercenario, un general y un rey que conquistó muchos tronos.

*¡Oh, Rey!
Por tu honorable nombre, todos caen ante tu espada.
Oh, Rey, oramos por bendiciones sobre ti.*

"Wow..."

Era una de las sagas. Una canción antigua, casi olvidada, que nunca había escuchado. Una tremenda historia que llevó a un tipo sin lugar donde apoyar su cabeza hasta uno de los apogeos del Mundo de las Cuatro Esquinas. No había ningún instrumento que proporcionara una melodía, sólo una voz humana que relataba las valientes hazañas de un héroe.

Los bancos que se alineaban a ambos lados de la chimenea del largo edificio estaban repletos de hombres que llevaban las cicatrices frescas de la batalla y cantaban con entusiasmo. Naturalmente, algún tipo de caza mayor—parecía tal vez un jabalí—se estaba asando en la chimenea, goteando grasa. Tampoco era el único plato principal; también había un guiso de cebollas, hierbas aromáticas y pescado como arenque y bacalao. Luego había una mesa cubierta de manzanas, nueces y bayas, así como una especie de pan plano y glutinoso. Era realmente, realmente como estar en medio de un banquete extranjero.

"Hoh, bueno, venga, venga. Por favor, siéntense". En el asiento alto del centro estaba el *goði*, con la *húsfreya* a su derecha, que sonrió ampliamente y les indicó que se acercaran. La Sacerdotisa se dio cuenta de que el único asiento libre estaba justo enfrente del jefe. Lo que significa que... debe ser para ellos.

"Ahí es donde nos sentamos antes", susurró la Alta Elfa Arquera.

"____"

Goblin Slayer no respondió a la observación de la Alta Elfa Arquera. Simplemente se quedó donde estaba y observó a los hombres cantar. "Oye, ¿me estás escuchando?" Dijo la Alta Elfa Arquera.

"...Debe ser el asiento de honor", dijo finalmente Goblin Slayer, su casco por fin se movió. "Somos invitados del rey". Y entonces, sin la menor vacilación, atravesó audazmente la multitud.

Incluso los norteños se sintieron comprensiblemente desconcertados por este hombre que llevaba una armadura completa incluso en un banquete. Se miraron unos a otros, susurrieron, se quedaron mirando... Sin embargo, al final parecieron concluir que, *encogiéndose de hombros*, él era un extranjero.

Las cosas se fueron calmando a medida que la Sacerdotisa se precipitaba tras él, y en cuanto al Chamán Enano, la multitud parecía estar acostumbrada a gente como él. El Sacerdote Lagarto se agachó ligeramente para hacerse más pequeño, murmurando "Perdón" al pasar. La Alta Elfa Arquera se deslizó ágilmente entre la multitud.

Y entonces la Sacerdotisa se encontró de repente de pie junto a Goblin Slayer en el asiento alto. "¿Gr-gracias por... recibirnos...?"

"Pero por supuesto."

Su lugar los convirtió efectivamente en invitados de honor en el banquete.

¡No estoy acostumbrada a esto...! ¿Cómo, se preguntaba la Sacerdotisa, podían sus compañeros parecer tan seguros de sí mismos? Era un misterio para ella.

"Ahora, mi buen invitado...", dijo el *goði*.

"¡Er, sí...!" chilló la Sacerdotisa, sin esperar que le hablara a ella. Rápidamente volvió a concentrarse en el momento presente.

El jefe seguía manteniendo el brazo derecho cubierto con su capa, pero parecía eminentemente relajado. Pensando en la amabilidad de la *húsfrey*a de antes, la Sacerdotisa pensó que tal vez debería decir algo; abrió la boca para hablar—pero volvió a cerrarla cuando vio que la mujer negaba suavemente con la cabeza.

"¿Tienes tu copa?", preguntó el jefe.

"¿Mi copa? ...¡Oh!" La Sacerdotisa miró el cuerno para beber que había recibido recientemente y que ahora llevaba junto con su bastón sonoro. "¡S-sí, lo tengo...!"

"Pues verás, en esta tierra, es costumbre que cada uno lleve su propia copa para beber. Bien, bien". El hombre con cara de lobo sonrió como si toda la escena le resultara agradable. "Muy bien. Que alguien traiga el vino a los invitados... Er..."

"¿Serías tan amable, como dice mi *husbondi*?" La *húsfrey*a se inclinó hacia su marido, retomando suavemente donde él lo había dejado y dando las instrucciones. Ni siquiera la Sacerdotisa, justo enfrente de ellos, se había dado cuenta de que el *goði* se había perdido por las palabras adecuadas en el idioma local. "Tenemos hidromiel, *bjórr* y *skyr*. ¿Cuál te gustaría?"

(NT: Con *bjórr* se refieren a la cerveza.)

"Er, uh, bueno..."

Antes de que pudiera contestar, le pusieron delante varios cuernos de alcohol. Se los ofrecía uno de los fornidos norteños; tal vez la Sacerdotisa lo había conocido esa tarde, pero no estaba segura. Sujetó su cuerno para beber y luchó contra la confusión, pero mientras tanto, Goblin Slayer gruñó: "Hmm. Hace tiempo, oí que tenían sidra aquí."

"Ah, vino *epli*. Sí, dame tu copa."

"Mm."

Goblin Slayer extendió su cuerno para beber, y se llenó de una jarra de vino con una copiosa cantidad de sidra alcohólica. La Sacerdotisa reflexionó sobre cómo el cuerno llegaba a un punto en el fondo. Significaba que uno no podría dejar su bebida hasta que la hubiera vaciado por completo.

"¿Qué va a tomar, entonces, jovencita?"

"Er, um..."

La Sacerdotisa, al darse cuenta de este hecho sobre la copa, estaba pensando tan rápido como podía. Nunca se había preocupado demasiado por si era una bebedora fuerte, pero en un momento como éste, no quería hacer nada que causara ofensa. Su misión aquí no era sólo para observar sino para ayudar a construir una amistad.

"Uh, bueno... ¿Qué es el *skyr*?"

"Es la leche de la cabra."

"Tomaré eso, entonces, por favor", dijo rápidamente la Sacerdotisa.

"Hoh", respondió el norteño, suavizando su anguloso rostro. Su aspecto escarpado, junto con su larga barba trenzada, le hacían parecer un poco a un enano. La Sacerdotisa se encontró con un líquido blanco y espeso que le servían en su copa, y no pudo evitar sonreír también.

"Hrm...", fue el sonido que se le escapó al Sacerdote Lagarto mientras miraba desde su lado. Movió la mano en su largo cuello, esperando que la jarra de vino se acercara a él.

"Aquí, hidromiel para ti."

"Hmm, hmm, hmm..." Los ojos del Sacerdote Lagarto giraron en su cabeza mientras el hidromiel era vertido en su cuerno para beber sin tener en cuenta lo que deseaba. "Ejem, no, yo—"

"Hoh, no me di cuenta de que no podías soportar nuestro vino". Las palabras

cortaron la animada charla del banquete. Sirviendo la bebida para el Sacerdote Lagarto había un guerrero con un vendaje alrededor de una parte de su cara. También había rastros oscuros de sangre, y no mostraba el menor signo de temor a pesar de estar enfrentando al terrible rostro del Sacerdote Lagarto. Los que les rodeaban parecían dar al hombre un amplio margen.

No parecía dudar ni preocuparse, sino que parecía que no se inmutaría si se desenvainara una espada allí mismo, en el banquete. El Sacerdote Lagarto, tal vez instintivamente, respondió abriendo gustosamente sus mandíbulas para mostrar sus colmillos...

"Toma, dame eso". Más rápido de lo que nadie podía moverse, más rápido que el *goði* o la *húsfreyra* o la Sacerdotisa, la delicada mano de una alta elfa le arrebató el cuerno para beber. La princesa elfa, que no se sentía ni remotamente intimidada por la teatralidad humana, olió bien el producto y sonrió. "Ah, qué bien. Has usado una miel excelente en esto. Me encantan este tipo de cosas."

"Er... Hrm..." El viento se fue de las velas del norteño vendado, ya fuera por la vacilación o por la vergüenza, y escupió sin sentido. "Me da mucha vergüenza ofrecer una bebida tan lamentable a una princesa de los *álfr*..."

"No te preocupes por eso. Yo le quitaré esto. Dale el... ¿Qué era? ¿*Skyr*? Un poco de eso."

"Como usted diga, milady". El norteño inclinó la cabeza, y luego le tendió el frasco de leche de cabra al Sacerdote Lagarto, llenando su cuerno.

"Ah, muchas gracias...", dijo el hombre lagarto.

"Hombre descarado. Deberías habernos dicho antes lo que necesitabas". El bárbaro dio una palmada en la mano del Sacerdote Lagarto, pero fue sin lugar a dudas un gesto de afecto. Todo el peligro se había desvanecido en el aire hacía tiempo, desde el momento en que la Alta Elfa Arquera le había tendido la mano. La Sacerdotisa, que se había congelado cuando el problema se avecinaba, pudo relajarse. Miró en dirección a la *húsfreyra*, que parecía haber estado sintiendo lo mismo; sus ojos se encontraron y compartieron una risita.

"Me da envidia. Una joven dama de los *álfr*."

"En efecto, así es. Una novia joven mientras viva."

"...¿Qué?" La Sacerdotisa, que escuchaba las bromas fáciles de los hombres, parpadeó confundida. Por supuesto, no entendía del todo lo que decían. No exactamente, y sin embargo...

Miró hacia arriba y vio al hombre entregando su bebida a una mujer joven, como acababa de hacer el Sacerdote Lagarto. Así que esa carga de peligro que había en el aire hace un momento también había sido algo normal—como pudo comprobar por la forma en que desapareció tan rápidamente como había llegado. Se consideraba educado beber vino, pero si uno no podía, una mujer podía ayudarle, al parecer. Lo que implicaba que las relaciones entre hombres y mujeres permitían esas cosas aquí.

"Oh. Uh..." la Sacerdotisa, sintiendo que el rubor subía a sus mejillas a pesar de no estar bebiendo alcohol, se encontró tirando de la manga de su amiga mayor.
"¿Estás... estás segura de que esto está bien?"

"¿Hmm?" La alta elfa, sonriendo plácidamente al aroma de la miel, se balanceó suavemente. "¿Qué está bien?", preguntó ella, indiferente.

Algunas palabras comunicaban si uno las entendía o no. Con la cara roja, la Sacerdotisa dejó vagar sus ojos. El Sacerdote Lagarto no le prestó atención, aparentemente saboreando la idea de cuándo podría disfrutar del contenido de su cuerno para beber. Y con Goblin Slayer no podía contar. Miró suplicante al Chamán Enano, pero éste le devolvió el saludo como si dijera, *No seas una grosera*.

Él encuentra esto divertido—estoy segura, pensó la Sacerdotisa. Ella lo fulminó con la mirada, pero luego suspiró sabiendo que no tendría mucho efecto en él. Finalmente, miró hacia el techo que estaba por encima de ellos, murmuró el nombre de la Madre Tierra y luego se volvió hacia la Alta Elfa Arquera con una sonrisa. "No importa—no es nada."

"¿No?" Su amiga mayor la miró con curiosidad, pero luego sus ojos brillaron y dijo: "¡Ooh, está empezando!"

Bien. Lo que hay que hacer ahora...

Lo que había que hacer ahora era dejar de lado las preocupaciones innecesarias y centrarse en disfrutar del festín al que tan amablemente habían sido invitados.

Una vez que el *goði* se aseguró de que las bebidas habían llegado a todos los invitados, se levantó (con un buen balanceo) y se situó frente a la Sacerdotisa. Este era el momento en que cualquier rey o noble que conociera la Sacerdotisa habría pronunciado un largo discurso. Pero esta era una tierra nueva. Y el *goði* sólo dijo: "¡Por los compañeros y los amigos!". A su derecha estaba la *húsfreya*; con la izquierda, levantó su cuerno para beber. Hubo un rugido de aprobación por parte de sus súbditos, que comenzaron a añadir sus propios brindis.



"¡Por días largos y noches agradables!"

"¡Por las pruebas y tribulaciones y grandes hazañas que nos concede la Madre Noche!"

"¡Por la paz!"

La Sacerdotisa se unió con un grito de "¡Po-por la paz!"

Entonces se oyó un gran repiqueteo al vaciarse los cuernos para beber, y el *drekka* se puso en marcha.

§

No había nada en particular que destacar de la fiesta —y sin embargo, había innumerables cosas que registrar de la fiesta.

Fue bastante animado; se puede decir que así fue.

El primer problema que tuvo la Sacerdotisa fue *cómo* comer la comida. Sólo había platos en la mesa; no vio ningún utensilio. Justo cuando se preguntaba si debían comer con las manos, todos los que la rodeaban sacaron sus dagas y empezaron a ensartar la comida con ellas—Ah.

Nunca salgas de casa sin él: Tenía el pequeño cuchillo del Kit de Herramientas de Aventurero, que le servía muy bien en este momento.

Cuando los probó, descubrió que no sólo el pan plano, sino también el jabalí asado y el pescado, eran más robustos de lo que había imaginado y muy deliciosos. Aunque el olor de la sopa, cargada de cebollas y hierbas, la desconcertó un poco. (Los norteños se ganaban la vida como comerciantes, por lo que se decía que tenían hierbas tanto medicinales como aromáticas de todo el mundo).

La Sacerdotisa ya estaba familiarizada con la forma en que los enanos bebían el vino, pero los norteños, por su parte, estaban debidamente impresionados. Hubo exclamaciones y vítores cuando al Chamán Enano le sirvieron cuernos llenos de alcohol, solo para beberlos como si fueran agua, uno tras otro.

El Sacerdote Lagarto, presa de la emoción, abrió sus grandes mandíbulas y entonó una canción de batalla transmitida por sus antepasados. Hablaba de un héroe de escamas negras que derrotó a un gigante, mató a un dragón y tomó como esposa a una mujer poeta con una espada maldita. La Sacerdotisa recordaba que esta historia se contaba con una danza en el país del desierto, y también había escuchado un cuento similar en la aldea de la Alta Elfa Arquera.

Pero la historia, como se dice, cambia con el narrador. El birdfolk bailarín lo había representado como un romance conmovedor, contado desde la perspectiva del poeta. En las fauces del Sacerdote Lagarto, era una canción de guerra sobre la victoria de un feroz hombre lagarto que recorría el mundo con su gran bastón de metal en la mano. Cargaba hacia todos los monstruos que veía, con la intención de hacer hazañas dignas de las canciones de su amada. Tenía una cierta pureza, como el aliento de un dragón, y quizás eso lo convertía en un romance a su manera.

Sea como fuere, debió de ser una historia extraña e inusual para los norteños. Al igual que la historia de su propio héroe había sido desconocida para la Sacerdotisa.

Quizás fue natural que uno de los hombres llamara a Goblin Slayer: "Dime, ¿no tienes ninguna historia de tus propios actos heroicos?"

"No he hecho ningún acto heroico", respondió, bebiendo sidra, y luego, antes de que la Sacerdotisa pudiera intervenir, asintió. "He cazado goblins, sin embargo."

"¿Orcos, quieres decir? Números tienen, pero no agallas."

"Asquerosos y podridos tramposos, lo son."

"Estoy de acuerdo". La cabeza con casco asintió de arriba a abajo.

"Y luchar contra ellos con tanta gente tampoco es un picnic."

"Absolutamente." Otro asentimiento.

"Entonces, ¿cuántos has matado?"

"..." Goblin Slayer se quedó en silencio y miró a lo lejos. Parecía estar pensando muy seriamente. "En una ocasión, me he enfrentado a quizás cien de ellos a la vez."

Los norteños se deshicieron en carcajadas. No querían hacer daño con ello; era un sonido alegre.

Eh, Nunca había oído esa historia, pensó la Sacerdotisa. Tal vez tendría la oportunidad de preguntar en algún momento. Se preguntó si él se lo contaría. Tal vez debería preguntar ahora. Mientras pensaba, se llevó el cuerno para beber a los labios, sorbiendo delicadamente el contenido. El *skyr* tenía un sabor agrio e inusual, pero pensó que probablemente calificaba como agradable. Casi creyó entender por qué el Sacerdote Lagarto podría golpear su cola en el suelo y gritar: "*Dulce néctar!*"

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el *goði*, muy animado, que dijo: "*¿Sabes lo que dicen de mi esposa en la capital?*"

La Sacerdotisa, dándose cuenta de que había perdido su oportunidad, miró a su alrededor y descubrió que todos los norteños parecían vagamente divertidos. Sus expresiones parecían decir, *Aquí vamos de nuevo*.

"*¡La llaman la Osa Tuerta! ¿Puedes creerlo?*"

"Er, oh..."

El jefe golpeó con el puño la mesa, con cuerno para beber y todo; la Sacerdotisa sólo pudo asentir. Había oído que a la gente de los confines fríos le gustaba el vino fuerte—pero la cara del *goði* estaba roja y sus ojos llorosos. "*Sólo pueden decir eso porque nunca han estado aquí!*"

Tal vez era la costumbre de esta tierra que nadie hablara en su contra por actuar como si fuera uno de ellos.

"*¡Puede que se haya quedado atrapada aquí en el norte, pero mi novia es la más dulce del Mundo de las Cuatro Esquinas...!*"

Ah. Es solo que les gusta su personalidad...

Incluso la Sacerdotisa sintió que el rubor subía a sus mejillas ante la descarada declaración de amor del jefe.

"¡Ja, ja, ja! ¡Nuestro *goði*! ¡Sin embargo, ni siquiera él puede robarle la miel a esa esposa!"

Esto atrajo una mirada de sorpresa de la Alta Elfa Arquera, cuya cara estaba roja por una razón completamente diferente a la de la Sacerdotisa. ¿Cuántos cuernos de hidromiel se había tomado? Ciertamente parecía estar disfrutándolo, dado que constantemente estaba bebiendo su bebida.

"¡Así es! Durante la Morada, el *goði* luchó contra un demonio como una abeja gigante."

"¿Morada?" Preguntó la Sacerdotisa.

"Es cuando un hombre vive en la casa de su novia antes de la *bruðsvelja*, la boda."

"¡Así que lucha con la cosa y le arranca la pierna a la criatura!"

El jefe sonrió con pesar cuando sus compañeros contaron la historia con deleite, pero se encogió de hombros con facilidad. "Mi oponente no tenía espada. Si hubiera traído mi arma, habría facilitado demasiado las cosas."

"¡Huh! ¡Eso sí que es algo!" dijo la Alta Elfa Arquera, riendo a carcajadas. (¿Cuánto de la historia realmente entendió?)

Pero de nuevo, ¿tal vez sea realmente una historia increíble...? La Sacerdotisa, perpleja por una variedad de palabras que no reconocía, vació sin embargo su cuerno para beber. Lo dejó sobre la mesa y se levantó de su asiento, diciendo: "Por favor, discúlpennme un momento". Estaba un poco preocupada por la *húsfreya*, que había abandonado su lugar antes de que empezara toda la narración...

"¡Phew...!" La Sacerdotisa dejó escapar un suspiro mientras salía de la *skáli*, dejando atrás el bullicio del banquete, liberada de la presión de la gente. El viento frío que soplaba fuera fue un tremendo alivio, acalorada como se sentía simplemente por tener a tanta gente en un mismo lugar.

Ya veo...

Pensó que tal vez entendía lo que era beber vino. Siguió caminando sobre la crujiente nieve, sintiendo que las cosas eran de alguna manera alegres y brillantes a pesar de la oscuridad nocturna. ¿Eran las estrellas o quizás las lunas gemelas? En cualquier caso, resultó no ser demasiado difícil encontrar a la *húsfreyja*: Todas las huellas, presumiblemente de gente que venía al banquete, conducían a la casa larga, pero sólo un conjunto se alejaba.

No hay que ser un ranger para seguir este rastro.

Incluso ella podía hacerlo. La Sacerdotisa podía saber si las distintas huellas pertenecían a un goblin o no.

Estaba detrás de la casa larga, en el límite de la aldea, pero no tan lejos como para que la luz y el parloteo de las voces no llegaran hasta ella. La *húsfreyja*, rodeada por los titilantes y danzantes copos de nieve, se giró al oír los pasos de la Sacerdotisa, con su único ojo bueno entrecerrado mientras sonreía. "¿Gracioso, ya te vas a la cama?"

"No". La Sacerdotisa le devolvió la sonrisa, sacudiendo la cabeza. "Sólo estoy tomando el aire". La Sacerdotisa se puso a su lado y volvió a exhalar, con la niebla blanca que salía de su boca. "Muchas gracias por lo de hoy. No puedo creer que haya jabalíes y todo eso, aunque acaben de tener una batalla..."

"¡Un *drekka* siempre es así! ¿Y cómo podemos dejar de ser hospitalarios con nuestros visitantes?"

Añadió que aunque el enemigo mortal de uno viniera a su casa, si venía como viajero, era generoso recibirlo. Realmente sonaba como si lo considerara perfectamente natural.

"Es increíble", dijo la Sacerdotisa, incapaz de decir algo más elocuente o incisivo.

Y siempre que acogieras a tu enemigo en tu casa, sabrían que también eran tus invitados, aunque fueran tus enemigos. Dos enemigos acérrimos, sin perdonarse mutuamente, pero poniendo a prueba los límites de la magnanimidad del otro... Era asombroso.

Mientras la Sacerdotisa seguía ocupada en parecer impresionada, la *húsfreya* sacudió la cabeza como si pudiera verlo todo. "¿Supongo que mi *husbondi* ha comenzado su habitual diatriba?"

"Ah—ah-ha-ha..."

"El tonto", murmuró la *húsfreya*; la Sacerdotisa fingió no oírla. Ni notar que su cara estaba roja.

¿Qué debería decir? Sabía lo que quería decir, pero no podía expresarlo con palabras.

Pero... Bueno.

De hecho, lo que quería decir se podía resumir de forma muy sencilla.

"...Es un esposo maravilloso, ¿no es así?"

"Mm..." La *húsfreya* asintió pero no dijo nada más, no inmediatamente. Su mano rozó el manojo de llaves en su cadera. El gesto de niña hizo que la Sacerdotisa se preguntara si en realidad la *húsfreya* no era mucho mayor que ella. "Con esta cara, nadie le habría culpado de haber roto el compromiso con disgusto."

"Yo creo que es preciosa."

"Entonces no dices la verdad."

"¡Lo digo en serio!" La Sacerdotisa soltó una risa, que también se empañó en el aire. "En la ciudad del agua... Bueno, en una gran ciudad cerca de donde vivo, hay un obispo como tú". *Sus ojos*. La Sacerdotisa le señaló la cara y luego dijo con firmeza a la *húsfreya*: "Pero ella es una persona maravillosa... Y creo que tú también debes serlo."

"..... ¿Es ese el caso?"

"Sí. Sí, lo es."

"¿Es realmente...?" La *húsfrey* dejó escapar un largo suspiro. La niebla blanca se mezcló con la de la exhalación de la Sacerdotisa, y bailaron juntas hacia el cielo.
"...El Mundo de las Cuatro Esquinas", dijo la *húsfrey* después de otro momento.
"¿No es un lugar muy grande?"

"Sí... es inmenso."

Realmente lo es.

La Sacerdotisa había pensado que éste era el borde del mundo. Que si iba más allá de las montañas que se vislumbraban en la distancia, un lugar en el que nunca había estado, que eso sería lo más lejos posible.

Pero por supuesto, no era así. La gente que vivía aquí se relacionaba con gente que vivía aún más al norte. Los encuentros entre estas personas eran brutales de una manera que la Sacerdotisa no podía imaginar. Más allá del desierto del este, también debía existir gran parte del mundo. Y había aún más que ella nunca había visto más allá del bosque al sur. Además, aunque vivía en la frontera occidental, no sabía lo que podía haber más allá del oeste.

Mundos, personas, todo: cuántas historias había de pueblos desaparecidos y reinos olvidados. Al igual que la Sacerdotisa no conocía la historia del héroe.

Era imposible decir, *debe ser como esto*, para asignar un valor definitivo a algo. Simplemente no era posible para nadie. Y esto revelaba que lo que estaba en cuestión debía ser algo infinitamente valioso.

Huh... Ya veo, pensó la Sacerdotisa, comprendiendo finalmente la verdadera naturaleza de la oscura niebla que había parecido nublar su corazón. Se dio cuenta de que había estado ahí desde antes de que emprendieran este viaje, desde la época del concurso de exploración de mazmorras. Simplemente no lo había comprendido.

Por él, por Goblin Slayer, mostrar una expresión como esa—mostrar cualquier

emoción. Para la Sacerdotisa, él era un objeto de respeto, perfecto, decisivo; él había recorrido el camino antes que ella y estaba completo. Casi nunca mostraba enfado. Era impecablemente tranquilo y sosegado, o así se lo había imaginado ella.

Pero eso estaba mal.

Él había querido venir a esta tierra por razones que la Sacerdotisa desconocía. Él había tenido un sueño infantil sobre el lugar, un deseo en su corazón. Había tenido esperanzas en el viaje y lo estaba disfrutando.

¡Ah! Qué cosa era esto. ¡Había más para el asesino de goblins que matar goblins!

"Hee... Hee-hee-hee!"

"¿Está todo bien?"

"Sí... Todo está bien". La Sacerdotisa se limpió las lágrimas que se habían formado en las esquinas de sus ojos mientras reía, la brisa nocturna atrapando su cabello dorado. "Estaba pensando que hay tantas cosas que no sé. No puedo olvidar seguir aprendiendo."

"Muy cierto... ¡Ah, dime!", la *húsfreya* dijo abruptamente.

"¿Qué es?" preguntó la Sacerdotisa, volviéndose hacia ella.

La piel de la otra mujer, más pálida que la nieve, estaba enrojecida de color rosa, y sonreía con inconfundible picardía. "La *lluvia...*" Ella respiro hondo. "La lluvia, le explico, se queda—" Se aclaró la garganta. "¡La lluvia, le explico, se queda principalmente en la llanura!"

"¡Wow...!" La Sacerdotisa aplaudió.

Fue un poco a trompicones y manchado, un tanto juvenil y no terriblemente competente—ah, pero aun así.

"¡Lo has dicho...! Y tan perfectamente!"

"¡Lo hice...!" La *húsfreya* era tan linda por la forma en que cerraba el puño con orgullo que la Sacerdotisa le había tomado la mano antes de que supiera lo que estaba haciendo. Era pequeña y con cicatrices, áspera y angulosa...

Es una mano maravillosa, pensó, apretándola; la *húsfreya* apartó la mirada tímidamente. "Ejem. Todavía no estoy ni cerca de eso", dijo. "No se lo mencionarás a mi *husbondi*, ¿verdad?"

"¡¿Has estado practicando?!"

"Mi *husbondi*, tiene el corazón puesto en llevarme a la capital", dijo ella, añadiendo que difícilmente podría permitir que él se convirtiera en el hazmerreír. Estaba claro que ella sentía exactamente lo mismo que el jefe—y exactamente lo contrario. La Sacerdotisa estaba segura de que el joven gobernante del norte pensaba en la *húsfreya* como su bella dama.

"Realmente creo que eres maravillosa. Quiero decir, tanto tú como tu esposo."

"Mn..."

Entonces la *húsfreya* invitó a la Sacerdotisa al baño. Era "día de lavarse", dijo ella, y era costumbre bañarse, aunque fuera inmediatamente después de una batalla.

El *bathstúva* era un baño de vapor, un arreglo familiar: El agua se vertía sobre una estatua de piedra de la Deidad de la Cuenca que se calentaba en la chimenea. Lo inusual era el agua burbujeante que utilizaban para limpiarse, lo que provocó un pequeño grito de sorpresa de la Sacerdotisa.

La *húsfreya* se rió de ella, pero ella misma miró la cota de malla de la Sacerdotisa con abierta curiosidad. Por otra parte, había llevado su importante manojo de llaves al baño, así que no estaba en condiciones de juzgar. La Sacerdotisa había observado que todas las mujeres del banquete llevaban llaves en las caderas, y empezaba a entender lo que significaban.

En la piel desnuda de la *húsfreya*, iluminada por la tenue pero misteriosa luz, había un patrón casi translúcido. Iba desde el ojo habitualmente cubierto por una venda, se extendía hacia su corazón y bajaba por un brazo. Era un árbol blanco.

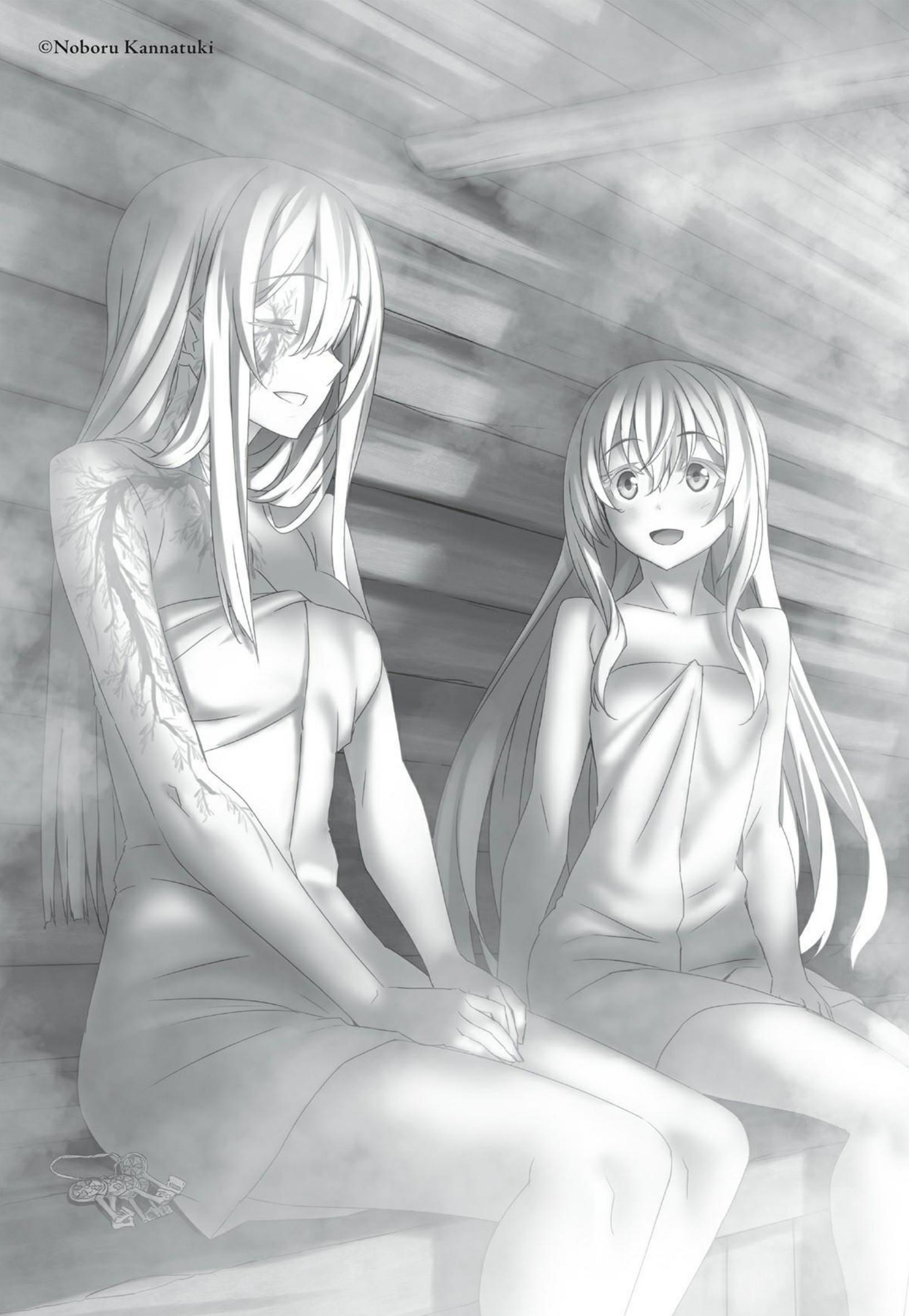
Sí, eso era: Parecía un gran árbol extendiendo sus ramas. Difícilmente parecía ser obra de manos humanas. Sin quererlo, la Sacerdotisa se encontró estudiándolo, y la *húsfreya* le mostró la cicatriz como si le revelara algo profundamente importante.

"Una bendición de los dioses, esto es", dijo. Una cicatriz sagrada del dios sádico, otorgada en su juventud. El fuego celestial había abrasado su cuerpo, dejándole una cicatriz y quitándole un ojo. Debió haber implicado un dolor que la Sacerdotisa apenas podía imaginar. Sin embargo, al mismo tiempo...

Es lo que le permitió conocer a las personas más amables.

Sea el Destino o sea el Azar, los dioses del cielo tiraban sus dados y tejían sus historias. Dependía del libre albedrío de las personas cómo recorrer sus caminos. Si el hombre que la *húsfreya* había conocido no hubiera estado dispuesto a estar con ella, ella no estaría aquí en este lugar en este momento. Al igual que la Sacerdotisa no estaría, si el hombre que había conocido no hubiera decidido salvar a una novata en un nido de goblins.

©Noboru Kannatuki



Realmente, realmente, el Mundo de las Cuatro Esquinas rebosaba de cosas que ni siquiera los dioses podrían imaginar.

"Sé que es por el dolor en nuestras vidas que las alegrías son preciosas", dijo la *húsfreya*.

"¿Es esa... la enseñanza de la diosa sádica?"

"Verdad."

Sin duda era la condición de forastera de la Sacerdotisa la que le permitía pensar que esta tierra era maravillosa. Habían celebrado una fiesta para ella. Todos los que conoció fueron amables con ella, o al menos la aceptaron. La cultura de aquí exigía la acogida de los viajeros, de modo que se les preparaba comida, se les daba alojamiento y se les rodeaba de calidez.

Y sin embargo—y así—vivir realmente aquí sería otra cosa diferente. Aquí, en este país ensombrecido, donde hacía frío y estaba helado, y el mar estaba agitado, y había batallas, y los días eran oscuros. ¿Cuánto había que luchar para ganarse el pan de cada día entre la nieve que caía y la tierra dura y las olas crueles? La gente era tan áspera como el paisaje, la sangre era un espectáculo cotidiano, y la batalla era algo a lo que había que unirse de un momento a otro.

Pero aún así...

Aun así, ella pensaba que era un buen lugar. Pensaba que era gente maravillosa. Ella lo creía absoluta y sinceramente.

"Contempla."

"¡Oh...!"

La *húsfreya* señaló fuera de la ventana del baño al cielo nocturno más allá. Las luces del arco iris brillaban en el cielo como un dosel.

Capítulo 4: Juego de Tronos

"¡Deseo presentar un regalo al honorable *goði*!"

Todas las miradas de la sala se fijaron en la Sacerdotisa, que apretaba las manos y hablaba con fuerza. Era la mañana siguiente al festín, y el grupo había sido invitado a la *skáli* para desayunar.

La *húsfreya* parpadeó, sin saber qué tenía en mente la Sacerdotisa; en cuanto al propio jefe, dejó de comer y la miró, tratando de adivinar qué podía estar haciendo. Incluso los miembros de su grupo la miraron con perplejidad.

"Lo siento... entiendo lo que dices, pero tal vez podrías decirlo un poco más suave..."

Puede que la Alta Elfa Arquera fuera un alto elfo, pero seguía estando sujetada a los efectos tóxicos del alcohol—quizá fuera precisamente porque ella había dicho que el dolor de la resaca era parte de la diversión de beber. Sin duda, el Dios del Vino la favoreció por negarse a retractarse de lo que ella misma había dicho.

"Deseo presentar un regalo al honorable *goði*."

"Ya veo", murmuró la Alta Elfa Arquera y asintió. Frunció el ceño, gimió y tomó un sorbo de agua hervida. También parecía estar sorprendentemente encariñada con el pan plano, delgado y duro, con el que en ese momento estaba atiborrando sus mejillas. "Es la primera vez que oigo hablar de ello, creo..."

"Sí, porque es la primera vez que lo digo."

La Alta Elfa Arquera lanzó una mirada sospechosa en dirección al casco metálico de Goblin Slayer. Inclinó la cabeza como si dijera, *¿Qué?* La arquera miró al techo, donde el sol de la mañana se filtraba a través de la fina piel del tragaluces.

"Entiendo que la cultura de aquí espera una cálida bienvenida", dijo la Sacerdotisa, con suavidad y naturalidad. "Pero seguramente no puede ser correcto dejar que un recibimiento tan bueno no sea correspondido."

Era imposible, ella sintió, que todo esto pudiera haber sido puramente por la bondad de los corazones de sus anfitriones. Estaba aprendiendo que, por muy admirable que fuera el altruismo puro, era mucho más fácil aceptar que todo tenía una razón.

Y si se lo explico de esta manera, ¡estoy segura de que estarán más dispuestos a aceptar esto de mí...!

Ella todavía no parecía concebir que esa misma comprensión era un signo de su propio crecimiento.

"Por mí está bien", dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza, y la Sacerdotisa dejó escapar un suspiro de alivio. "Al menos les debemos la comida y el alojamiento."

"El Dios del Comercio sonríe a las negociaciones oficiales. Su bendición debe calentar una tierra tan fría y dura como ésta", mencionó el Chamán Enano. Tomó un sorbo de lo que para cualquier otro habría sido el pelo del perro; para él, era una copa más de hidromiel. Parecía bastante satisfecho de sí mismo. "Tú también has tenido contactos con mi gente, como creo que el honorable *goði* bien sabe."

(NT: Aquí se usó la expresión "hair of the dog (pelo del perro)" el cuál es un modismo en inglés que se refiere a la práctica de beber más alcohol para curar la resaca. Algunas personas creen que hacerlo en realidad reducirá los síntomas de la resaca, aunque, en realidad, beber más alcohol puede prolongar la resaca.)

"Ja-ja-ja. Nada que decir, no te he dado alojamiento esperando nada a cambio", respondió el jefe, riendo.

Los visitantes debían ser bienvenidos sin importar quiénes fueran—eso no era nada inusual. Eso demostraba la generosidad del dueño de la casa, o del jefe, o de quien fuera. Muchas eran las viejas historias de viajeros pobres que resultaban ser los mensajeros de los dioses, quienes los rechazaban se encontraban con el desastre y los que los acogían eran bendecidos con la buena fortuna... Tal vez el hecho de que fueran tan comunes indicaba su naturaleza de parábolas didácticas. *Aquellos que no se molestaban en dar algo a los que pedían una sola noche de alojamiento eventualmente tendrían un mal final*, parecían decir. El rechazo del mensajero a veces llegaba primero y a veces después. Las consecuencias tenían una forma curiosa de preceder a su causa a veces.

Se decía que algunos pueblos incluso enseñaban: *Si alguien está rodeado de enemigos, protégelo, sea quien sea*. Sugerir que esto era simplemente por la esperanza de una recompensa monetaria coquetearía con escupir a otra cultura.

"Lo sé, señor. Y es por eso que deseo ofrecer esto no como pago sino como un regalo". La Sacerdotisa—ya sea que estuviera al tanto de todo este trasfondo o no—sonrió.

"¿Y qué regalo puede ser este que ofreces?", inquirió el Sacerdote Lagarto.

Un "buen sacerdote" no sólo debe ser devoto, sino también lo suficientemente elocuente como para explicar las enseñanzas a la gente. El Sacerdote Lagarto, un clérigo virtuoso, puso los ojos en blanco.

"Bien", dijo la Sacerdotisa asintiendo. "Con el permiso del honorable *goði*, deseo solicitar a la Madre Tierra un milagro de curación, por su bien."

"¡Hoh!"

"¡Cielos!"

El *goði* y la *húsfreyta* exclamaron casi al unísono.

El jefe parecía impresionado de que la Sacerdotisa se hubiera dado cuenta; estaba claro por su tono que no pensaba ni por un segundo que la *húsfreyta* hubiera hablado con alguien de su herida. La *húsfreyta*, mientras tanto, sonaba bastante más insegura; su tono era difícil de ubicar. Su único ojo bueno—el que no estaba oculto por un vendaje—parpadeaba inquieto entre su esposo y la Sacerdotisa. Sin embargo, no habló, sino que optó por un silencio incómodo, mordiéndose el labio.

"Es cierto que mi brazo derecho está herido y que los milagros son preciosos en la batalla. Es más de lo que podría desejar". Los ojos del jefe se dirigieron hacia su esposa, y su expresión se relajó en una sonrisa fácil. "Y no deseas ofrecérmelo a mí, sino *por mi bien*, ya veo."

"Sí, señor. Porque las enseñanzas de la Madre Tierra dicen: 'Proteger, Curar,

Salvar". La Sacerdotisa asintió, obligándose a reprimir la sonrisa que había tenido en su rostro hasta hace un momento.

Ante esto, el jefe dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza con resignación. "Lejos está de mí negar la petición de uno de mis invitados". Entonces extendió su brazo derecho, que había permanecido oculto bajo su capa hasta ahora, sobre el reposabrazos de su alto asiento. Las vendas iban desde la parte superior del brazo hasta la muñeca, rezumando un poco de sangre. Parecía doloroso, pero no era en absoluto una señal de que su herida no hubiera sido tratada. Por el contrario, el brazo estaba cuidadosamente envuelto en lino fresco, y atado firmemente.

Era importante que las vendas estuvieran lo suficientemente apretadas como para detener la sangre, pero si estaban demasiado apretadas, era posible que el resto del miembro se pudriera y se cayera. La Sacerdotisa había oído que en los lugares donde el dios sádico ejercía su dominio, había formas extrañas de tratar las heridas, como abrirlas aún más. *Pero estos primeros auxilios eran obviamente de corazón*, pensó. ¿Y quién podría haber proporcionado este tratamiento? La sola idea calentó el corazón de la Sacerdotisa.

Ella acertó en su suposición por lo que dijo el jefe a continuación.

"Esposa... No, permíteme decir, querida mía. Mira y observa esta herida en mi brazo."

"Cielos..." La *húsfrey* parpadeó el ojo que le quedaba.

El jefe suspiró dramáticamente. "Te apresuras a hacer pucheros, querida mía, cuando pido ayuda a cualquiera que no seas tú."

"S-sí, supongo que a veces..." Sus hermosas mejillas, tan pálidas como la nieve, adquirieron el tono de las rosas, y su voz se convirtió en la de una doncella sonrojada.

Fue demasiado para los demás digerir toda esta dulzura entre el *goði* y su *húsfrey* justo en el desayuno. Era bastante conmovedor y todo, pero todos los aventureros desviaron la mirada—es decir, todos excepto la Sacerdotisa y Goblin Slayer. No, por supuesto, no es que no entendieran lo que estaba pasando.

La *húsfreya* se enderezó rápidamente en su asiento, mientras el jefe se aclaraba la garganta. "Si no le importa llevar a nuestros invitados al cautivo", él dijo.

"Mn", chilló la *húsfreya*, mirando al suelo avergonzada. Probablemente fue un sonido de acuerdo, pues el jefe asintió, satisfecho. Luego miró a la Sacerdotisa a los ojos y dijo: "Debo recibir este regalo de tu milagro curativo, entonces, y tú también hablarás con el prisionero. ¿Te parece bien?"

"¡Sí, por supuesto!" El modesto pecho de la Sacerdotisa se hinchó naturalmente al máximo y ella rebosaba de confianza. Y ese fue el final. El tema que había interrumpido tan repentinamente el desayuno se resolvió armoniosamente, y se reanudó la comida.

La Alta Elfa Arquera, bebiendo agua caliente de una copa (a diferencia de la noche anterior, una ordinaria), sonrió. "Te estás acostumbrando a esto, ¿verdad?"

"¿Eso crees?" preguntó la Sacerdotisa en voz baja. Lo dijo literalmente; la pregunta no provenía ni de la vergüenza ni de la humildad. "Sólo puedo esperar..."

"No es que tengamos derecho a hablar. ¿Me equivoco?" preguntó la Alta Elfa Arquera a los demás, y sonaba genuinamente divertida. Tal vez el calor del agua estaba llegando por fin a sus entrañas. O tal vez era el placer de una amiga mayor que ve crecer y madurar a su contraparte más joven.

"Tienes razón", dijo Goblin Slayer, lacónico como siempre. Luego añadió: "No está mal", como si ofreciera su opinión sobre la cocina.

"¿No crees que me excedí?" preguntó la Sacerdotisa.

"No", contestó Goblin Slayer. "Como dije antes, no me importa". Mordisqueó un poco del fino pan asado a través de las tablillas de su visor, y luego sorbió una sopa que parecía hecha con caldo de pescado. "Lo consideraste y decidiste por ti misma, y por lo tanto, dudo que haya algún problema."

"...¡Muy bien!" La Sacerdotisa asintió, sintiendo que esas palabras del hombre sentado a su lado hacían que todo estuviera bien.

Siempre que se intenta algo, juzgar el éxito o el fracaso por uno mismo puede ser un reto. Sin el reconocimiento de otra persona—alguien en quien confíes—es difícil convencerte de que has hecho lo correcto.

Tan pronto como exhaló un suspiro de alivio, la Sacerdotisa sintió esa particular hambre que se siente nada más levantarse por la mañana. Como cualquier joven dama de su edad, quería evitar que le gruñera el estómago, así que se puso una mano por encima del ombligo y se presionó suavemente el estómago. De repente, todo—el pan plano, la fruta apilada en su cuenco y la sopa de pescado—parecía delicioso. Estaba segura de que todos los sabores serían sorprendentes, incluidos los condimentos, que debían ser muy diferentes de los que utilizaban en la frontera. Entonces pensó en los platos que les habían servido en el festín de la noche anterior—y ahora realmente parecía que su estómago estaba a punto de gruñir.

"Bueno, antes de cualquier milagro o lo que sea...", comenzó sombríamente el Chamán Enano. Había permanecido en silencio hasta ese momento, pero ahora hablaba como un sabio que había visto una verdad subyacente del Mundo de las Cuatro Esquinas. "¡Será mejor que tengamos algo para comer!"

El Sacerdote Lagarto engulló rápidamente una jarra entera de leche de cabra, gritando "¡Dulce néctar!" y golpeando su cola contra el suelo.

§

"Oh Madre de la Tierra, abundante en misericordia, pon tu reverenciada mano sobre las heridas de este niño."

"¡Hoh! El dolor disminuye..."

Una suave luz brilló donde la Sacerdotisa había colocado su palma, y los dedos sanadores de la Madre Tierra rozaron las heridas del prisionero.

El prisionero en cuestión era el hombre con la cara vendada que había tenido el concurso de miradas con el Sacerdote Lagarto en el banquete. A él también se le había concedido una habitación y se le había invitado al banquete como si no fuera un prisionero sino un invitado. La forma en que se paseaba por la casa a la que los guió la *húsfreya* era suficiente para provocarle a uno una sonrisa. La

Sacerdotisa no le dio demasiadas vueltas al asunto, considerándolo simplemente una diferencia cultural más.

Sin embargo, el hombre dijo: "Esto es bastante sorprendente. Has hecho bien en alejarme una vez más de los Campos de la Alegría". La Sacerdotisa se alegró mucho al ver que el hombre sonreía, sin dar ninguna pista de que estuviera cerca de la muerte.

"La Valkiria dice que aún te quedan muchas hazañas brillantes por hacer", ella le dijo a él.

"¡Ja! ¡Tendré que seguir adelante, entonces!"

Era cierto que la gente de esta tierra cargaba hacia el abismo de la muerte por voluntad propia.

Pero decidir cómo quieras morir tiene algo que ver con decidir cómo quieres vivir... estoy bastante segura.

Pasar la vida deliberadamente en un propósito elegido no era algo a lo que un discípulo de la Madre Tierra pudiera oponerse. Proteger, Curar, Salvar: Mientras estos pilares se mantuvieran inamovibles, no había cambio en lo que ella debía hacer.

Finalmente, aliviada, la *húsfreya* dio un paso adelante. "¿Y qué es lo que te trae aquí tan de repente?"

"¿Estás segura de esto?" preguntó la Sacerdotisa, a lo que la *húsfreya* respondió: "Es el papel de una *gyðja* del dios sádico."

Una doncella de santuario del dios sádico, había dicho, era a la vez sanadora de heridas y torturadora de prisioneros. La Sacerdotisa vio que la enseñanza de la diosa sádica era exultar en el dolor de las heridas al mismo tiempo que el amor a la vida. Al menos, ella comprendió esto intelectualmente...

(NT: Exultar se define como alegría excesiva, gozo, satisfacción, mucha excitación por algo o alguien. La acción o característica que demuestra la alegría, entusiasmo, júbilo, alborozo. En el ámbito religioso se habla de la alabanza desmesurada que se tiene por Dios, encontrando un gozo por complacerlo, atrayendo paz.)

Pero, ¿está bien que estemos presentes en este interrogatorio...? se preguntó con una mirada de reojo a la *húsfreya*, que estaba preparada con un instrumento que parecía un bisturí especialmente cruel o un aparato de tortura. En eso sentía poco o nada, tal vez sus emociones también se habían amortiguado.

"Ah, milady *húsfreya*. No tengo intención de jugar al prisionero desafiante. Déjame hablar". Y así el prisionero del rostro herido comenzó a hablar.

Él y su gente no habían querido venir a tomar novias tan repentinamente, dijo. Saquear otra aldea en nombre de la búsqueda de novias no estaba necesariamente mal visto. Sin embargo, eso no significaba que se pudiera descuidar un *festalmal* adecuado, o una ceremonia de compromiso. Los dos se juraban votos el uno al otro y compartían cerveza, y el novio quitaba el velo que su novia había llevado durante un año para repeler a los malos espíritus. No respetar esta *bruðsvelja*, la ceremonia de la boda, era impensable.

"Es cierto, ha habido mucha batalla, pero..."

"Pero nada puede tener prioridad sobre la celebración de un festín, ¿no es así?" El Sacerdote Lagarto, que obviamente sentía que entendía muy bien lo que el hombre estaba diciendo, asintió con entusiasmo.

La Alta Elfa Arquera lo miró con duda. "¿Disculpe...?"

"¿Milady Ranger no prefiere una ceremonia de boda lujosa?"

"Bueno, sí, pero..."

"¿Y no preferiría un hombre lo suficientemente fuerte como para preparar dicha ceremonia—o al menos para venir a llevarla?"

"¡Ah, eso es—eso es exactamente!", exclamó el prisionero.

"En efecto, en efecto", dijo el Sacerdote Lagarto, asintiendo amablemente.

La Alta Elfa Arquera miró al Chamán Enano en busca de ayuda, y luego a la Sacerdotisa, pero ¿qué podían decir?

"Ja-ja...", ofreció la Sacerdotisa.

"Es importante mantener la mente abierta, Orejas Largas", dijo sin rodeos el Chamán Enano. Tal vez, a la luz del intercambio en el banquete, sintieron que no podían decir nada descuidado.

Lo más importante de todo es que las bromas entre la Alta Elfa Arquera y el Sacerdote Lagarto no eran, por supuesto, el objetivo de esta convocatoria. La *húsfreya* habló alto y claro, enviando un escalofrío por el aire. "Sí. Sin embargo... Atacaste nuestro *ætt*, nuestro clan, y aún así no ha habido una *bing*"—una asamblea legal. En este caso, parecía estar hablando no como la doncella del santuario del dios sádico, sino como la esposa del *goði*.

Era cierto que al recibir al *goði* como su líder, habían elegido entrar bajo el paraguas del reino. Pero eso no significaba que todos los norteños hubieran elegido obedecer al reino. Pero tampoco significaba que fueran necesariamente hostiles. Los norteños habían jurado protegerse de los bárbaros que venían de más lejos—es decir, de las fuerzas del Caos. En medio de la incesante batalla y el interminable flujo de sangre, de alguna manera se las arreglaron para mantener la paz.

Al menos, hasta ahora...

Pero si hubiera disturbios en el norte por cualquier motivo, eso significaría problemas. Invitaría a la catástrofe. La tormenta se convertiría en un torbellino de Caos que podría engullir no sólo al reino, sino a todo el Mundo de las Cuatro Esquinas.

Goblin Slayer, que había estado sentado en una esquina del banco y escuchando en silencio, hizo ahora una única y cortante pregunta: "¿Goblins?"

El prisionero se quedó callado. Después de un momento, entrecerrando los ojos con sospecha, asintió lentamente. "Verdad."

Todo lo que dijo Goblin Slayer fue: "Lo sabía."

"¿Qué—?" preguntó la Sacerdotisa, parpadeando sorprendida. "¿Quieres decir que pensaste que eran goblins todo este tiempo?" ¿Acaso todo lo que había hecho

hasta ahora, incluyendo las cosas que la habían sorprendido y confundido, apuntaba a ese fin?

"Oí hablar de ello en el banquete", explicó con brusquedad.

La Sacerdotisa, por su parte, había estado tan ocupada con el ambiente de la fiesta que ni siquiera se le había ocurrido escuchar lo que la gente decía realmente.

Supongo que es importante quedarse en momentos como ese...

Tendría que estar más atenta a las cosas que percibía como difíciles de manejar. Aunque, por supuesto, escabullirse para charlar con la *húsfreya* también era un recuerdo especial para ella.

"Además, me lo esperaba", continuó Goblin Slayer, interrumpiendo los pensamientos de la Sacerdotisa. "Por los que encontramos bajo la montaña. No estaban constituidos como los del sur. Pero su número era demasiado grande y su equipo demasiado variado como para haberse desplazado desde otro lugar." (Aunque, añadió, su equipo, habilidad y número no eran *tan* grandes). "Por ello, decidí que lo mejor era suponer que eran supervivientes de una batalla al norte."

"Eres un observador bastante astuto", comentó el Chamán Enano.

"Naturalmente", respondió Goblin Slayer. "Porque sabía que los guerreros de esta tierra nunca serían derrotados por goblins."

"Verdaderamente, debo estar de acuerdo", dijo el prisionero. "Los Vikingos, la Gente de la Bahía, no serían superados por orcos."

Incluso si, a veces, uno pudiera ser emboscado, herido y luego rematado. Sin embargo, eso no era lo mismo que ser derrotado. Sus espíritus nunca se romperían. El duro viento del norte había forjado a estos Vikingos en un pueblo valiente. Estos dos hombres parecían albergar una fe inocente en esta convicción.

Ahhh, ya veo...

Si no hubiera sido por su epifanía de la noche anterior, la Sacerdotisa

seguramente también se habría confundido en este momento. Era como su propia infatuación por *él*. Su fe en que él nunca cometería un error.

(NT: Infatuación: Se vincula al estado emocional que es producido por una gran pasión. La infatuación se debe a un amor intenso o a una admiración desmedida. Cuando se presenta la infatuación, el individuo siente una atracción irracional por el otro. Otra forma de verlo sería como una persona obsesivamente enamorada. Básicamente tener un crush.)

Para él...

Para él, este héroe bárbaro del norte, el que la Sacerdotisa nunca había conocido, era lo mismo. Él estaba seguro de que los guerreros que provenían de la misma tierra que ese gran luchador nunca se rendirían hasta el instante de la muerte. Parecía casi un artículo de fe para esta persona llamada Goblin Slayer.

"Las pequeñas bestias cabezonas viajaban en barcos, lo hacían". El prisionero del rostro herido, al ver que hablaba con alguien que le entendía profundamente, se volvió cada vez más voluble, gesticulando mientras hablaba. Los goblins habían llegado navegando en barcos para atacar. Y tan orgullosos de sí mismos, también, él se burló.

Pero no era nada especial. Sonaba tan impresionado como alguien de la frontera cuando algunos goblins perdidos tropiezan con una aldea y la atacan.

¿Una vez? Eso era una cosa. ¿Pero dos veces, tres veces? ¿Una y otra vez, sin querer dejarse intimidar o aprender sin importar cuántas veces fueran destruidos?

"Eso tiene que significar que hay un nido o algo así, ¿no?" Preguntó la Alta Elfa Arquera, escuchando con los brazos cruzados, con un gesto de su pálida mano. "Sólo hay que encontrarlo y destrozarlo."

"Me temo que no es tan fácil."

Naturalmente, este norteño, superviviente de cien batallas, dispuesto a cargar en cualquier combate, se habría dado cuenta de ello. Y si había una razón para que, habiéndose dado cuenta, no pudiera hacer nada al respecto, sólo podía ser una cosa.

"Los barcos no han regresado, ¿verdad?"

"Aun así". El prisionero asintió. "Ni una sola *helskip*, nave de guerra que hayamos enviado a comerciar ha vuelto a casa."

No hace falta decir que ninguna persona pensó que esto era obra de los goblins. ¿Por qué habrían de hacerlo? Ningún norteño tenía miedo de ningún goblin. Sin embargo, tenían miedo de los draugs. Y temían a los feroces espíritus del mar.

(NT: Draug o Draugr también conocido como *aptrgangr* (literalmente "el que camina de nuevo", o "el que camina después de la muerte") es una criatura clasificada como un no muerto en la mitología nórdica. El significado original de la palabra en nórdico antiguo es fantasma, y la literatura medieval distingue claramente los draug del mar y los draug terrestres. Los draugr guardaban celosamente sus tesoros, incluso tras la muerte.)

Luego, por supuesto, estaba el frío de la tierra helada, su crueldad, que se cernía con todos por igual, por mucho que lucharan. Todas las cosas en el Mundo de las Cuatro Esquinas eran iguales. Todos recibían bendiciones y todos sufrían. Si uno no podía lidiar con estas cosas, entonces la destrucción era el único destino que le esperaba.

De ahí que los norteños acudieran primero a sus parientes con la esperanza de conseguir algunos bienes materiales, una solución provisional solamente. Al menos, con la conexión con el reino del sur, no morirían de hambre en ningún caso.

Pero no para realmente pedir ayuda... No sé sobre eso...

"Bueno, este es, en la práctica, otro país ahora", respondió el Sacerdote Lagarto a la pregunta de la Sacerdotisa con el ceño fruncido desde su lugar acurrucado en el banco más cercano al fuego de la chimenea. "Tomar novias puede ser un simple comercio, pero pedir provisiones o refuerzos—eso es política."

Los asuntos irían a más, los problemas de todos saldrían a la luz, y las cosas podrían acabar más caóticas que como empezaron.

"Ya veo", dijo la Sacerdotisa. "Creo". Ladeó la cabeza, sin parecer del todo convencida. Se llevó un dedo a los labios y pensó ("Hmm..."), pero aún así no parecía entenderlo.

"Tiene que ser una cuestión de cara", dijo el Chamán Enano, que estaba haciendo un espectáculo al engullir un poco de hidromiel donde estaba sentado en el banco. El alcohol resultaba bastante fortificante contra el frío, y estaba tomando un trago con el desayuno—o tal vez continuando su trago de la noche anterior. Y no había nada ni nadie en el Mundo de las Cuatro Esquinas cuya mente funcionara más rápido que la de un enano disfrutando de bebidas alcohólicas. "Imagina a cualquier tipo de guerrero pidiendo ayuda: *¡Unos goblins me han golpeado! ¡No tengo dinero! ¡Ayúdame!* Sería un hazmerreír."

"Oh..."

Eso, la Sacerdotisa ciertamente podía entenderlo. Ella, por supuesto, sabía poco del orgullo de un guerrero. Y aún así—sin embargo, hasta la más lamentable excusa de aventurero jamás podría imaginarse comportándose de esa manera. Si alguien podía ser enviado a correr por unos goblins, dejándose rogar por un poco de ayuda, ¿por qué se había convertido en aventurero? Los aventureros eran un grupo revoltoso e incivilizado. Se abrían paso en el mundo por su propia fuerza.

Esa primera aventura, ese primer grupo, esos primeros amigos. Eran recuerdos dolorosos para la Sacerdotisa; cada vez que pensaba en ellos, sentía un dolor punzante, como una espina clavada en lo más profundo de su corazón. Y sin embargo, era precisamente por esos recuerdos, precisamente porque todos ellos habían luchado hasta el amargo final, que...

"Tienes razón... Eso nunca ocurriría."

¿Suplicar ayuda por tu propia y humillante incompetencia? Nadie quería eso.

"Esto es... muy preocupante..." La *húsfreya* tenía un aspecto sombrío.

Luchar contra las fuerzas del Caos que presionaban desde el norte, luchar contra sus propios "bárbaros del norte", casi podría llamarse el deber de los norteños. Y ahora este era el borde norte del reino. No podían huir. Tenían que resistir—mostrar su valor.

Los goblins, se las arreglarían de alguna manera. Pero—un demonio de mar. *Algo* que se negaba a dejar que cualquier barco volviera a casa sano y salvo. Sea lo que sea, acechaba en algún lugar más allá del mar de hielo.

"....." La Sacerdotisa respiró profundamente, llenando sus pulmones de aire, y luego lo volvió a soltar.

Ella y sus amigos eran aventureros. La aventura era lo que habían venido a buscar. Por eso estaban aquí. Si todos los de *esa* época hubieran estado aquí ahora, ella sabía lo que habría dicho. Y las personas que *estaban* aquí ahora—ella estaba segura de que lo entenderían.

"Está bien... ¿no es así?", ella preguntó vacilante.

"Claro, ¿por qué no iba a estarlo?" Contestó la Alta Elfa Arquera. Su risa era tan hermosa como el sonido de una campana, y le guiñó un ojo con genuina elegancia. "Puedes contar conmigo. Creo que suena divertido. Aunque no me emocione saber que hay goblins involucrados."

"En cuanto a mí, añadir el mar al terrible frío... Dios mío..." el Sacerdote Lagarto, aún acurrucado, estiró el cuello como si el problema fuera obvio y puso los ojos en blanco. Sin embargo, la Sacerdotisa lo conocía desde hacía mucho tiempo; ella habría sabido si él realmente hubiera pensado que era demasiada molestia. En lugar de eso, dijo: "Sin embargo, con más razón debo mostrar mi destreza en la batalla."

"Porque los nagas no huyen, ¿eh?" El Chamán Enano se rió, limpiando algunas gotas de vino de su barba.

"¡En efecto!" El cabeza larga asintió.

"Si las chicas e incluso Escamoso se van, entonces mi yo enano difícilmente puede quedar fuera, ¿puedo?"

"¡Claro que no!" la Alta Elfa Arquera se rió. "¡Un barril de vino debería flotar incluso en el mar!"

"Y un yunque se hundirá..."

"¡Bah, tú eres más pesado que yo!"

Y entonces los dos se pusieron a discutir, como siempre. La *húsfreyra* y el

prisionero parecían totalmente desconcertados, pero la Sacerdotisa se reía, con una risita infantil de alivio, felicidad y gratitud que brotaba naturalmente de su interior.

Luego preguntó al último de ellos: "Está bien, ¿no es así?"

Ella estaba hablando con el de la armadura de cuero mugrienta y el casco metálico de aspecto barato, y él respondió con indiferencia: "No me importa". Su habitual tono claro y decidido. "Es tu aventura—tú la concebiste y tú la decidiste."

Eso le dio un empujón más grande que cualquier otra cosa; con la fuerza de esas palabras, la Sacerdotisa se puso en pie. Se dirigió a la *húsfreya* y dijo, orgullosa y clara: "¡Déjalo en manos de los aventureros!"

§

"Escucha, agradezco la oferta, pero..."

Estaban de vuelta en la *skáli*. Sin embargo, a diferencia de aquella mañana, el *goði* estaba ahora rodeado por una multitud de otros norteños. Era fácil imaginar que estaban convocando un consejo de guerra basado en la información que la *húsfreya* había obtenido del prisionero. ¿Y por qué estaban presentes los aventureros, forasteros?

"¿Van a ayudar?"

"Los aventureros—¿no son ladrones, bribones? Pueden ir a la batalla, pero estarían entre los primeros en morir."

"A través de las grandes montañas pueden haber venido, pero bribones siguen siendo."

Los rostros de los norteños lo decían mientras permanecían con los brazos cruzados.

En resumen, este es un problema de confianza, pensó la Sacerdotisa. Mantuvo una sonrisa ambigua en su rostro—un truco que había aprendido de la Chica del

Gremio—inclusive cuando dio un pequeño suspiro en su interior. Hubo un tiempo en el que esta reacción le habría producido pánico, pero ahora al menos era capaz de ocultar el shock, más o menos.

Los aventureros eran un grupo de gente poco educada. Había oido que sólo su reino tenía un Gremio de Aventureros. (¿O también los tenían otros países?) Lo que significaba que la etiqueta de estatus que colgaba de su cuello, la que ella valoraba casi tanto como su vida, significaba poco en términos de "confianza" para mucha gente en el mundo.

Y éste era uno de los lugares donde no tenía peso. Habían tenido suerte de que esto no hubiera sido un gran problema en el país desértico del este cuando lo habían visitado...

Mientras la Sacerdotisa estaba pensando todo eso, Goblin Slayer interrumpió. "¿Dónde está el problema? ¿Es que no confías en nosotros? ¿O que no confías en nuestra capacidad de lucha? ¿Cuál es?"

"Ciertamente vas directo al grano", dijo el jefe con una sonrisa irónica.

"Si es un problema que puede resolverse fácilmente, entonces deberíamos solucionarlo cuanto antes", fue todo lo que dijo Goblin Slayer. "¿Y?"

"No creo que un *álfir* sea realmente un ladrón". Esta respuesta no provino del jefe, sino de uno de los otros norteños. Varios otros asintieron con la cabeza, diciendo: "Así es" o "De hecho". Parecía que todos tenían voz aquí. Puede que fuera el *goði* quien se sentara en el asiento superior, pero parecía que todos eran iguales en el consejo.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención a la Sacerdotisa fue la gran confianza que parecían tener en la Alta Elfa Arquera. Como una Porcelana, la Sacerdotisa había sido a menudo despreciada como aventurera, pero al menos había sido respetada como clérigo de la Madre Tierra. Aquí, sin embargo, casi nadie le prestaba atención—pero a la Alta Elfa Arquera la veneraban simplemente por ser un alto elfo.

¡Y aquí la Sacerdotisa estaba bastante segura de que su amiga, mucho mayor, sólo actuaba al margen debido a su resaca!

Supongo que la confianza implica muchas cosas diferentes... El momento, la situación y las personas—prácticamente cualquier cosa podría cambiarlo todo. Fue, honestamente, una revelación muy tranquilizadora para la Sacerdotisa.

"Puede que todos hayáis atravesado las montañas cargadas de niebla", dijo uno de los norteños.

"Pero nosotros, no os hemos visto hacerlo", dijo otro.

"Así que si nos vieran, ¿entonces?" dijo Goblin Slayer.

"Mm", respondió otro norteño con un movimiento de cabeza. "Muéstranos de qué estás hecho."

"Hoh, una prueba de coraje". *Wumph*. El Sacerdote Lagarto se inclinó hacia delante como un dragón que despierta del sueño. Los norteños no le temían, así que debía ser por simpatía o por consideración que mantenía su enorme cuerpo acurrucado en un espacio relativamente pequeño cerca de la chimenea. Pero ahora, su sangre se calentaba con el fuego, y la anticipación de la batalla palpitaba en su sangre... "Si es posible, me gustaría realizar la mía a la hora en que el sol está más alto en el cielo, idealmente mientras estoy sentado junto al fuego."

...o no.

Todo en él se enroscaba de nuevo—desde su largo cuello hasta su cola—y parecía que el Sacerdote Lagarto tenía toda la intención de anidar allí.

Pensando en ello, si iban a dirigirse aún más al norte, naturalmente pasarían la mayor parte de la aventura trotando por la nieve. Y raro era el momento en una aventura fría en el que uno se daba el lujo de acurrucarse junto a un fuego cálido. Negarse a perder ni un momento de ese calor—¿no era, de hecho, bastante naga?

"Te avisaremos cuando realmente te necesitemos, ¿de acuerdo?" le llamó la Sacerdotisa, y tras recibir una sacudida de su cola como respuesta, se volvió hacia la habitación. Se llevó un dedo a los labios, pensativa. "¿Cómo debemos manejar esto, entonces? No podemos tener una pelea, así que tal vez un concurso de fuerza... Pero en ese caso..."

"Dime, ¿no es cierto que por aquí muchos prefieren... ya sabes...?" El Chamán Enano, habiendo terminado su hidromiel, estaba ahora disfrutando de una *bjórr*. Se sentó con las piernas cruzadas en el banco, pareciendo totalmente a gusto (aunque por razones muy diferentes a las del Sacerdote Lagarto). La Sacerdotisa, que en el fondo todavía se sentía un poco nerviosa, estaba sinceramente celosa.

No obstante, ella preguntó: "¿Qué es 'ya sabes'?"

"No sé cómo lo llaman por estos lares. El nombre cambia en todas partes. Pero es, ya sabes, esto". Hizo la mímica de agarrar algo con sus gruesos dedos y golpearlo contra la mesa.

"Sí, de hecho, lo tenemos". El jefe sonrió, mostrando los colmillos, apoyando la barbilla en la mano derecha como si quisiera alardear de cómo la *húsfreya* le había curado. "Las cuatro esquinas de este mundo son el tablero de juego de los dioses. ¿No deberían los aventureros, entonces, poner a prueba su habilidad en el tablero de juego ellos mismos? ¿Querida esposa?"

"Muy bien, creo. Los acertijos podrían servir también, pero antes de una batalla, un *hnefatafl* da buena suerte". El semblante blanco como la nieve de la *húsfreya* se fijó con firmeza y asintió. La mirada de su ojo no vendado recorrió a los aventureros como un rayo. "Como *gyðja*, aceptaremos un combate de cualquier retador, quienquiera que sea."

(NT: El hnefatafl es un juego de mesa que pertenece a la familia de los juegos tafl, antiguos juegos de mesa germánicos que se practicaban sobre una tabla cuadrículada. La palabra tafl (pronunciada tapl) significa mesa o tablero en nórdico antiguo, pero actualmente es la palabra para ajedrez en islandés moderno. Básicamente el ajedrez vikingo.)

Antes de que la Sacerdotisa pudiera hablar, Goblin Slayer dijo bruscamente: "Muy bien". Se encontró con la mirada de la mujer directamente desde detrás de su visor, como si dijera que no había ningún problema. "Necesitamos una prueba de nuestra fuerza en el tablero, entonces."

"Verdad."

"En ese caso..." El brazo de Goblin Slayer se movió. Su mano, envuelta en un guante áspero y muy usado, se posó en el delicado hombro de la Sacerdotisa. Ella tragó un poco cuando sintió que lo apretaba con firmeza. "Esta joven lo hará."

"¿Eh?" La Sacerdotisa sonaba absolutamente ridícula.

Ella miró a la derecha: El casco de Goblin Slayer estaba mirando directamente a la *húsfreya*. Miró a la izquierda: la Alta Elfa Arquera se hacía la inocente, el Sacerdote Lagarto asentía y el Chamán Enano tomaba un trago. Miró hacia delante: El ojo de la *húsfreya* estaba encendido mientras miraba fijamente a la Sacerdotisa, como si pudiera ver directamente en su corazón.

La Sacerdotisa parpadeó. "¡¿Eh?!"

§

"En resumen, es un juego de guerra."

Sobre la mesa que se había colocado junto al asiento alto, abarcando la chimenea, se extendía el Mundo de las Cuatro Esquinas. En otras palabras, era un cuadrado, con espacios tallados en él, decorado con caracteres grabados: un impresionante tablero de madera. Dos ejércitos se encontraban sobre él en formación de batalla, diferenciados por sus colores: blanco y rojo. Al principio, la Sacerdotisa pensó que estaban hechos con los dientes de un monstruo marino o algo parecido—pero no, se trataba de estaño, el llamado "metal blanco".

La armadura del rey y de sus soldados estaba esculpida con todo lujo de detalles, y sus ropas representadas con delicadas pinceladas. Cada pieza era un derroche de color, con espadas y cascós, e incluso el brillo de las gemas que los adornaban, cuidadosamente pintados. El estandarte con la letra *omega*, ondeando en un viento indetectable, hacía que las piezas parecieran cobrar vida y empezar a marchar en ese mismo momento. Parecían nada más que soldados reales reducidos al tamaño de un dedo.

A la Sacerdotisa no le habría sorprendido un poco saber que este tablero y estas piezas tenían algún tipo de hechizo o bendición mágica. Sin embargo, una cosa sí la sorprendió.

"Las, uh, piezas rojas están rodeando a las blancas—¿está bien?"

Los dos ejércitos no estaban enfrentados en el campo, sino que el ejército blanco

estaba rodeado por el rojo por todos lados. La Sacerdotisa, que estudiaba el tablero con expresión seria, se llevó un fino dedo a los labios y miró hacia abajo.

Los norteños—grandes y corpulentos guerreros—se apiñaron a su alrededor, aparentemente con menos interés real que con la atracción de un espectáculo. El miedo, el horror, la incapacidad de pensar con claridad—cualquiera de estas reacciones habría sido perfectamente natural para una joven mujer en esta situación.

"Nunca había visto este juego antes. *Hnefatafl*, ¿lo llamas...?"

La Sacerdotisa, sin embargo, levantó la vista sin ningún rastro de miedo, encontrando la mirada del jugador sentado frente a ella.

"Sí, precisamente", respondió la *húsfreya*, sonriendo como si, por alguna razón, la actitud de la Sacerdotisa la hiciera más feliz que nada. "Si el jugador blanco es capaz de mover su *konungr*, su rey, desde el 'trono' en el centro del tablero a cualquiera de las esquinas, escapa, y el jugador blanco gana."

"Entonces eso significa que si el ejército rojo circundante es capaz de capturar al rey, ellos ganan, ¿verdad?"

Realmente hay algo casi ritualista en ello. No estaba segura de si era el movimiento de los dedos de la *húsfreya* sobre el tablero, el tono de su voz o el arte del artesano que se mostraba en el tablero y las piezas.

De las cuatro "esquinas", más allá del tablero. La Sacerdotisa no sabía qué podía significar eso.

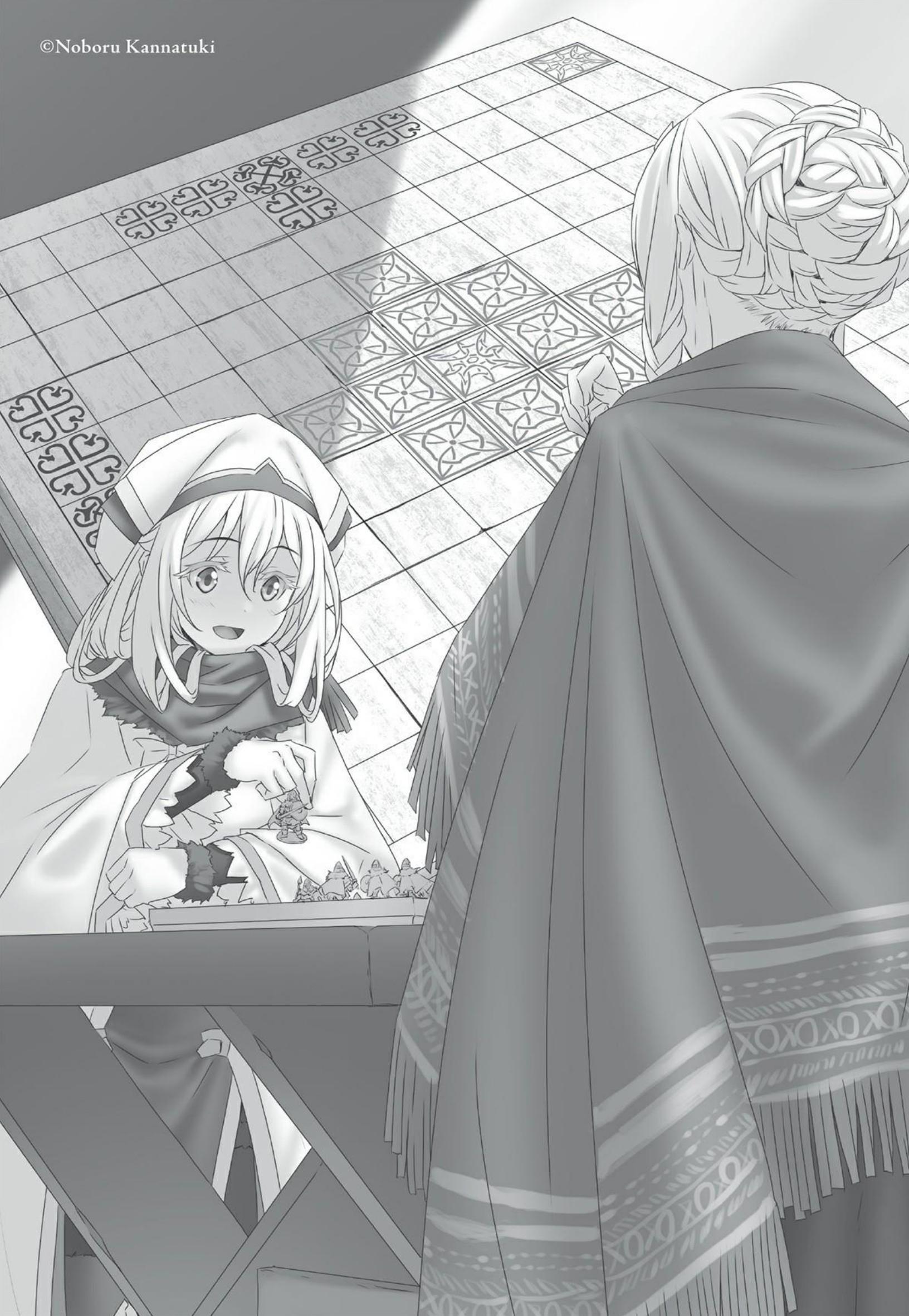
"...¿Y cómo se mueven las piezas?"

"En línea recta hacia delante o hacia atrás, o de lado a lado, hasta donde quieran hasta dar con otra pieza". Con sus dedos, hermosos a pesar de, o tal vez debido a, las heridas de batalla que llevaban, la *húsfreya* deslizó una de las piezas rojas suavemente hacia adelante y hacia atrás.

Bien, lo tengo. La Sacerdotisa asintió un par de veces. Ningún movimiento en diagonal.

Lo que significaba...

La Sacerdotisa miró fijamente el campo de batalla de once por once filas, 121 casillas. Alguna vez había jugado a un juego de mesa—un juego que implicaba atravesar el Mundo de las Cuatro Esquinas para matar a un dragón. Este mundo, con sus espacios cuadrados, era sólo un campo de batalla en una esquina de aquél.



Al mismo tiempo, su naturaleza abstracta hizo que esta versión del Mundo de las Cuatro Esquinas, reducida a unas pocas docenas de cuadrados, pareciera inmensa.

Sí. Parece tremendo... al mismo tiempo que parece muy pequeño.

Así era como el campo de batalla le parecía a la Sacerdotisa. Había demasiadas piezas, tanto aliadas como enemigas, para correr de un lado a otro. Y como el rey estaba en el centro, necesitaría dos movimientos como mínimo para llegar a cualquiera de las esquinas. Y eso sólo si el camino estaba libre de soldados enemigos...

"Parece que tendré que eliminar algunas piezas. ¿Se pueden capturar piezas si caen en la misma casilla?"

"No. Más bien, intercalándolas entre otras dos piezas". La *húsfreya* chasqueó los dedos, controlando los ejércitos blanco y rojo casi como por arte de magia. Una pieza atrapada entre dos piezas, o bien entre otra pieza y el trono, o bien entre otra pieza y una esquina, sería tomada. La única excepción era el rey: Mientras estuviera cerca del trono, sólo podía ser capturado si se le rodeaba por los cuatro costados.

Un juego de ovejas y lobos, entonces, pensó la Sacerdotisa, recordando algo a lo que solían jugar para divertirse allá en el templo de la Madre Tierra. Había habido muchos niños pequeños allí—ella misma incluida—y nadie podía vivir sólo de la fe. La monja mayor, de hermosa piel morena, había enseñado a la Sacerdotisa a jugar y, cuando había adquirido cierta experiencia, había instruido a las niñas aún más jóvenes.

De niña, la Sacerdotisa se había sentido especialmente feliz cuando era capaz de vencer a su antigua maestra, pero a medida que crecía y asumía nuevos roles, vio que la hermana se había contenido con ella.

Ella era muy buena en ese juego.

La Sacerdotisa no pudo evitar una sonrisa de nostalgia, aunque sabía que no era realmente el momento. Se sentía menos como si estuviera jugando a un juego de guerra y más como si estuviera participando en ese pasatiempo familiar de la infancia.

"¿Y qué pasa si paso entre dos de tus piezas en uno de mis movimientos?"

"No pasa nada; tu pieza está a salvo."

"Ya veo..." Tal vez fue la forma en que la Sacerdotisa asentía a cada regla, confirmando todos los detalles: El jefe, que los observaba desde su asiento alto, habló como si le ofreciera un salvavidas.

"Si necesitas hacer algunas anotaciones, estaría bien."

"?" La Sacerdotisa le dirigió una mirada de curiosidad. "No, gracias, estoy bien."

"¿Segura?"

Sí, lo estaba. Asintió con la cabeza. En todas sus aventuras hasta ahora, nunca había escrito ninguna nota. "Sólo quiero asegurarme de que entiendo las reglas. ¿Podría pedir un juego de práctica antes de que tengamos nuestro partido propiamente dicho?"

"¿Qué piensas, querida esposa?"

"Me parece muy bien", dijo la *húsfreya* con una plácida sonrisa y un movimiento de cabeza. "Ni en juego ni en serio es una joven doncella mi enemiga."

"Espero que eso no signifique que te lo tomes con calma", dijo la Sacerdotisa. Se enfrentó al tablero de juego, lista para empezar. Ella estaría al mando del ejército blanco. "¡Porque incluso tu juego, debes tratarlo con seriedad...!"

Y entonces comenzó la batalla.

§

"Oye, ¿estás seguro de esto, Orcbolg?"

"¿Seguro de qué?"

Esta conversación, por supuesto, estaba teniendo lugar entre los aventureros, que miraban con la respiración contenida. Dispuestos alrededor de la Sacerdotisa mientras estudiaba el tablero, tenían los ojos fijos en la batalla que se desarrollaba en el tablero. El asediado ejército blanco estaba haciendo todo lo posible para abrirse camino entre sus oponentes rojos, pero...

"Tengo que ser honesta; no creo que pueda ganar", dijo la Alta Elfa Arquera, bajando aún más la voz y susurrando al casco metálico. Tal vez no fuera muy político aguarle la fiesta a su amiga, mucho más joven, mientras miraba atentamente el tablero. Pero al mismo tiempo, no analizar la fuerza de combate de uno mientras se está en una aventura tampoco podría llamarse algo bueno.

Pero Goblin Slayer, por su parte, sólo ladeó la cabeza con desconcierto. "¿Es así?"

Este tipo...

Siempre estaba tan serio, pero en ese momento ella no podía soportarlo. Ella resopló en silencio.

"Estaba tan seguro, Cortabarbas", dijo el Chamán Enano, con su vino en una mano y un intenso interés en su rostro. "Estaba tan seguro de que ibas a tomarla tú mismo". Este extraño aventurero era, después de todo, el líder del grupo. Naturalmente, sería él quien respondiera a cualquier desafío para una demostración de habilidad.

"No, esa sería yo, entonces", dijo la Alta Elfa Arquera, inflando su modesto pecho con orgullo y moviendo sus largas orejas. "Porque los elfos casi nunca han perdido una batalla."

"Eso es porque cuando vives lo suficiente, estás obligado a ganar eventualmente."

"¡Di eso otra vez!" La Alta Elfa Arquera consiguió gritar en un susurro, un buen truco, pero no arengó más al Chamán Enano. Después de todo, su preciada amiga estaba en medio de un intenso enfrentamiento. Eso era más importante que atacar a un enano sarcástico.

Goblin Slayer, que también parecía mortalmente serio, dijo en voz baja: "No soy muy bueno en los juegos de mesa". La Alta Elfa Arquera y el Chamán Enano lo

miraron como si no pudieran creer lo que estaban escuchando. "Hicimos algunas prácticas de mesa antes del concurso de exploración de mazmorras, y no salió bien."

Añadió en un susurro que los dados nunca parecían ir a su favor.

Ahora el elfo y el enano se miraron, y el Sacerdote Lagarto se rió en voz alta. "¿De ahí que siempre hayas buscado mi opinión?"

"En lugar de confiar en mis propias ideas, es más rápido preguntar a un especialista". Goblin Slayer asintió con firmeza. Entendía perfectamente cada situación, su juicio era siempre correcto, y siempre les llevaba directamente a la victoria...

...era exactamente el tipo de pensamiento idiota en el que Goblin Slayer nunca quería caer. Sentía que si poseyera esa clase de genio, no estaría cazando goblins.

El ojo de la serpiente siempre estaba esperando. Podía significar fracaso o mucha ignorancia. Lo que los demás sabían era siempre mayor que lo que él sabía. Y siendo ese el caso, sólo había una pregunta que le molestaba.

"¿Ha sido una molestia?"

"Ni pensarlo". El Sacerdote Lagarto levantó la cabeza de al lado de la chimenea (quizás por fin estaba lo suficientemente caliente) y miró el tablero. Llegó justo a tiempo para ver cómo otro soldado blanco era pinchado por el ejército rojo y capturado. Sin embargo, la Sacerdotisa, pensativa pero no preocupada, hizo su siguiente movimiento, y el siguiente, moviendo sus piezas. Si aquellos soldados hubieran sido personas vivas, podrían haber confiado o no en su comandante, pero se habrían movido sin dudarlo.

"El papel del líder es ser decisivo y rápido. No se trata de aceptar simplemente lo que digo al por mayor". Los ojos del Sacerdote Lagarto giraron en su cabeza, y miró a Goblin Slayer. "Milord Goblin Slayer, eres un buen líder."

"...Ya veo". Goblin Slayer gruñó suavemente; luego, desde el interior de su casco, se le oyó repetir en voz baja: "Ya veo..." Dijo: "Eso está bien, entonces", y guardó silencio.

Durante un tiempo, la *stofa* estuvo dominada por el sonido de las dos jóvenes barajando piezas. Los espectadores siguieron conversando en voz baja, intercambiando sus opiniones sobre el juego en tonos susurrantes. Los oídos de la Alta Elfa Arquera debían de ser capaces de captar cada palabra sin apenas intentarlo. Ella, si acaso, debería haber sabido hacia dónde se inclinaba la sala, pero parecía preocupada.

"¿Tal vez no deberíamos haber dejado que la chica lo hiciera, entonces? Tal vez deberíamos haber hecho que este tipo lo manejara". Con las palabras "*este tipo*", golpeó suavemente al Sacerdote Lagarto en el cuello con el codo y resopló.

"¿No lo sabías?" Por primera vez, Goblin Slayer apartó la mirada del tablero, volviéndose hacia la Alta Elfa Arquera. Su mirada tras el visor era la de alguien que ve algo que apenas puede creer. "Ella es una aventurera mucho más capaz que yo."

§

"Hmm... Hmm..."

La Sacerdotisa miró el tablero, ahora bien entrado en la mitad del juego, y puso una cara de perplejidad, como a veces hacían los dioses del cielo.

Esto no pinta bien para mí...

Había intentado atravesar el centro de la formación enemiga, pero ahora parecía haber sido un error. Aunque las piezas rojas estaban divididas en cuatro grupos, eran veinticuatro de ellas, frente a sólo doce piezas blancas. Si intentaba enfrentarse a la fuerza con la fuerza, su rey sería abatido y no podría escapar.

Y así se encontró—decepcionante pero inevitablemente—en la situación actual.

El ejército rojo, después de todo, no era un grupo de goblins. Eran veteranos canosos tan capaces como los soldados blancos. El número de batallas a las que habían sobrevivido desde que este tablero y sus piezas nacieron en el mundo superaba con creces el número por el que había pasado la Sacerdotisa.

El rey estaba a salvo mientras estuviera cerca del trono—pero sólo el rey. Otros soldados podían quedar atrapados y aplastados contra el trono.

Las esquinas eran las mismas. Lo que significaba...

"Esto es un juego de asedio, ¿no?"

Se había distraído con la palabra "*trono*", pero la forma de imaginar esto era como un castillo, una fortaleza. Y el área alrededor del trono era la muralla. Eso explicaba por qué los otros soldados podían ser acorralados y destruidos contra él.

Como la única encargada de la vida de estos soldados, la Sacerdotisa no pensaba rendirse hasta el amargo final, pero aun así, empezaba a ver sus límites.

"Tienes mucha razón. La velocidad es tu amiga", dijo la *húsfreya*, presumiblemente satisfecha de ver a la Sacerdotisa luchando tan duramente. Mientras la Sacerdotisa fruncía el ceño, la *húsfreya* sonreía mientras movía a sus soldados por el tablero. "Y eso hace jaque mate."

"¡Oh...!"

Se había descuidado—bueno, no, en realidad no. Era simplemente la consecuencia de estar acorralada poco a poco. Para escapar, para alcanzar una de las esquinas, el rey tenía que presionarse contra uno de los bordes más lejanos. Negarse a sí mismo una dirección de movimiento. Ahí era donde el enemigo podía tender una trampa. Y la Sacerdotisa había caminado directamente a ella.

"Haaah..." Ella suspiró profundamente y se estiró sobre la mesa. Con cuidado de no tocar el tablero, por supuesto. "Es duro, este juego..."

"¿Lo encuentras aburrido?"

"¡No!" dijo la Sacerdotisa, levantando la vista con convicción. "¡No, en absoluto!"

De hecho, era difícil. Las reglas eran simples, pero el juego era profundo. O... quizás todos los juegos del mundo eran así. Sencillos, pero ricos y profundos. No había formas garantizadas de ganar. ¿Sería incluso interesante, si se pudiera

ganar un juego tan fácilmente?

"¿Qué te gustaría hacer? ¿Preferirías tomar el rojo para la siguiente ronda?"

"Veamos..." La Sacerdotisa se llevó un dedo a los labios, sin apenas notar la sonrisa de la *húsfreyra*. Un pequeño sonido se le escapó mientras pensaba, y luego sacudió la cabeza con una renovada certeza. "Gracias. Pero no. ¿Puedo probar a jugar de blanco otra vez?"

"¿Estás segura?"

"¡Sí, señora!" La Sacerdotisa sonrió tan brillantemente que uno nunca hubiera creído que acababa de perder una partida. "¡Yo también tengo un poco de experiencia con las batallas de asedio, sabes!"

§

Habiendo dicho esto...

No había forma de que la Sacerdotisa pudiera ganar. La doncella del santuario del sadismo, que administraba el *hnefatafl* como si fuera un rito sagrado, y la devota seguidora de la Madre Tierra simplemente se especializaban en campos diferentes.

Es más, un principiante que acababa de aprender las reglas nunca superaría a un comandante experimentado. Eso sería una blasfemia contra todos los juegos.

El rey del ejército blanco de la Sacerdotisa fue capturado una vez más sin lograr escapar. Sin embargo, ella exclamaba con admiración a cada nueva jugada, por turnos agonizante y llena de alegría por la lucha oscilante de ataque y defensa que tenía lugar en el tablero.

"Ya veo..."

"Espera, ¡¿puedes hacer un movimiento así?!"

"¡Increíble...!"

"¡Una partida más, por favor!"

Su cara brillaba con cada exclamación.

Por supuesto, en un concurso real, no hay repeticiones. Eso es de esperar.

"Estaba considerando esto como el verdadero juego, pero ¿cómo puedo negarme?"

Si su oponente, la *húsfreya*, estaba dispuesta a aceptarlo (aunque fuera con una sonrisa irónica), entonces no había ningún problema.

Una y otra vez, las dos jóvenes movieron sus piezas sobre el tablero, el golpeteo y el chasquido resonaban en toda la sala. El juego de la Sacerdotisa no era muy impresionante, pero poco a poco fue mejorando—o al menos empezó a acostumbrarse. Al final, sin embargo, no podía esperar prevalecer sobre su enemiga, la *húsfreya*.

Los norteños comenzaron a susurrar entre ellos hasta que finalmente...

"No puedes presionar ahí. Mantén un soldado allí". Una voz, aguda pero solemne, habló. Era el prisionero, con las cicatrices aún frescas en su rostro.

"¿Eh? ...¡Oh!" La Sacerdotisa parpadeó, luego devolvió su pieza a donde estaba y miró el tablero. Contó las casillas con los dedos, consideró la posición de sus fuerzas frente a las de su oponente y luego exclamó: "¡Oh! ¡Sí, por supuesto...! ¡Muchas gracias!"

"No fue nada."

La Sacerdotisa movió su pieza a un nuevo lugar (*tap, tap*) e hizo un resoplido de triunfo. Debió de ser un movimiento bastante decente, porque por primera vez, la *húsfreya* dijo: "Bueno, ahora...", y empezó a parecer preocupada.

Naturalmente, sin embargo, los demás espectadores no iban a quedarse tranquilos ante esto. "¡Hey, ahora, sin consejos!"

"Así es. ¡El público debe ser visto y no oído! No es justo."

"¿Qué no es justo? Acabo de ayudar a una joven en apuros", dijo el prisionero, cruzando los brazos como si fuera lo más obvio del mundo. Fijó una sonrisa burlona en su rostro. "Y ustedes se llaman a sí mismos Vikingos—¡lo siento mucho!"

"¡Ooh, ahora lo has hecho!"

Fue, tal vez, un testamento de su autocontrol que esta gente de sangre caliente había permanecido en silencio durante tanto tiempo. Se apretujaron alrededor de los jugadores y todos comenzaron a gritar a la vez.

"¡A la derecha!"

"¡No, arriba!"

"Sí, allí."

"¡No, ahí no!"

"¡Recoge esa pieza!"

"¡No, es demasiado pronto!"

"¡Mueve tu rey!"

"¡No, espera!"

"¡Esto es ridículo! ¡¿Es ese movimiento siquiera legal?!"

"¡Te mostraré lo que es legal!"

"¡Hey, que alguien traiga un tablero de *hnefatafl*!"

"¡Ahhh, comienza!"

Los tableros se estrellaron contra los bancos y comenzó una serie de concursos. Y

entonces la gente que miraba *esos* juegos empezó a gritar, y a beber, y a cantar. Bueno, ¡si no fuera ruidoso ahora! La observación silenciosa de la batalla de hace un momento parecía como si nunca hubiera existido.

"Bueno, ahora..." La *húsfreya* volvió a sonreír torpemente. Ciertamente no iba a haber más consejo en la *stofa*.

"Hrr... Hrrrr... Hrrrgh..." Las orejas de la Alta Elfa Arquera estaban temblando. "¡Hey, yo también quiero probar este *hnef...* *hnefatafl!* Enséñame!"

"¡Hoh...! No podemos rechazar la petición de un *álfr...*!" Los norteños prepararon una tabla con reverencia, y uno de ellos se sentó frente a ella. El Chamán Enano no pudo evitar sonreír ante las afectaciones que el joven oponente de la Alta Elfa Arquera intentaba mostrar ante la mujer de la que estaba encaprichado (enamorado).

El enano dio un sorbo a un fino *bjórr* (le había costado decidir qué bebida disfrutar después de su hidromiel) y le dio un codazo a su amigo que estaba a su lado. "Dime, Escamoso. El sol estará alto pronto". De hecho, ya estaba alto en el cielo, la luz del sol entraba en la *stofa* a través del tragaluz.

"Hrrrm... Lo que, supongo, significa que debo hacer lo que debo hacer". El Sacerdote Lagarto se levantó y pidió una partida al norteño más cercano disponible. "Y, por supuesto, algo de leche de cabra", añadió. (Él nunca lo olvidaría).

Él y su oponente no tardaron en verse rodeados por un elenco rotativo de observadores norteños. La reunión, que había comenzado como un grave y serio consejo de guerra, parecía haberse desviado. ¿Cuántos de los norteños recordaban siquiera que esto iba a ser supuestamente una "prueba" de los extraños visitantes del sur?

Goblin Slayer y el jefe, viendo cómo se desarrollaba toda la situación, compartieron un breve intercambio:

"He ganado."

"¡Así parece!"

El objetivo no había sido realmente ganar en una partida de *hnefatafl*. Había sido convencer a los norteños, los Vikingos, de que reconocieran la fuerza del grupo. Era una segunda naturaleza para Goblin Slayer asegurarse de que las condiciones de victoria fueran siempre claras. Y desde esa perspectiva...

"¡Una—una partida más! Sólo una más, por favor!"

"¡Estás muy obsesionada! No tendrá fin". A pesar de su tono, la *húsfreya* estaba sonriendo y alineando sus piezas de nuevo. ¿Qué más podría hacerla actuar de esa manera? Del mismo modo, ¿por qué otra razón los norteños comenzarían a dar consejos por su propia cuenta, o se abrirían al grupo, incluso comenzarían a tener conversaciones con ellos?

"Porque la chica es una aventurera", dijo Goblin Slayer. Para él, la lógica era clara como el agua.

"No *siento* exactamente que haya perdido..." El jefe siguió la mirada del casco metálico hacia donde las dos jóvenes agonizaban y se regocijaban alternativamente por su batalla, y dejó escapar una risa.

Sí, sería una blasfemia contra los juegos que un jugador novato derrotara sin problemas a un oponente mucho más experimentado. Pero que un jugador novato *disfrutara* del juego tanto como un oponente experimentado—era como una revelación de los dioses.

Así deberían ser los juegos. Todos los que rezaban sabían que eso era lo que querían los dioses que vigilaban el tablero del Mundo de las Cuatro Esquinas. Porque la escena ante Goblin Slayer ahora era la imagen misma de cómo se divertían los dioses.

"...Pero perder tengo", dijo el jefe.

"No". Goblin Slayer negó con la cabeza. "Ganamos."

Sí, las condiciones de victoria siempre deben ser claras.

Ella era una aventurera. Su descanso había terminado. Los enemigos eran

goblins. Era lo mismo de siempre. Nada había cambiado.

Por lo tanto, algo más siguió naturalmente:

"Vamos a matar a todos los goblins."

Interludio:

De Cómo el Mundo Sigue Girando Incluso Si No Puedes Verlo Tú Mismo

"¿Está... seguro de que todo está bien?" preguntó la Mujer Comerciante, pero ni siquiera ella estaba segura de lo que preguntaba o de a quién. Había varias personas en la sala del trono del joven rey que podrían haber sido interlocutores apropiados.

El propio rey, por ejemplo, o la dama de compañía de pelo plateado que permanecía como una sombra, o la clérigo de la Madre Tierra que estaba revisando alegremente algunos papeles. Después de haber sido engatusada para ser enviada como observadora del templo a la frontera, apenas parecía molestarte por los duros pero justos consejos de su hermano. Poseía una disposición alegre nacida de la ignorancia y la ingenuidad, pero a través de la cruel experiencia, había comenzado a transformarse en una fuerza inconfundible. Era suficiente para hacer que la Mujer Comerciante sonriera—y, hay que reconocerlo, sintiera un poco de envidia.

"Parece que hay muchas cosas que requieren nuestra atención", murmuró el Rey mientras escribía un informe. "¿Por dónde empezamos, me pregunto?"

"¿Tal vez desde el momento en que instalamos a uno de los caballeros de nuestro país como jefe en el norte?"

"¡Ja, ja, ja! Ahora, hay un error". El Rey sonrió y tiró a un lado la pluma que había estado usando, tomando una nueva en su lugar.

¿Cuánto hace eso en este mes? reflexionó la Mujer Comerciante, contando mentalmente. Dejó escapar un pequeño suspiro. Las plumas pueden ser un lujo extravagante, pero también son artículos consumibles. Había que afilarlas varias veces al día. No obstante, el Rey no podía limitarse a utilizar los productos más baratos disponibles. Tanto el gobernante que los utilizaba como el mercader que se los hubiera procurado habrían sido objeto de mucha charla y desprecio.

Pero luego, si encuentro productos buenos para él, los parloteos sólo continúan...

La política lo hacía todo más difícil. La Mujer Comerciante se había familiarizado demasiado con ese hecho en los últimos tiempos.

"Su padre era de la nobleza del norte. Creció aquí, en nuestra tierra, pero nació y su sangre pertenece a la gente del norte", dijo el Rey. Estaba afilando una nueva pluma con su daga, complacido por la oportunidad de tomar un descanso de su papeleo. "Dicen que mató a alguien en una disputa de sangre y tuvo que huir."

"¿Despiuta de sangre?", preguntó la Hermana del Rey, que estaba recostada en un banco. Pronunció la palabra con torpeza, sin saber qué significaba. "¿Qué es eso?"

(NT: Aquí la Hermana del Rey pronuncia mal 'Disputa', lo adapté un poco, en inglés estaba así: "fyood", cuando la palabra que quiso pronunciar era "feud".)

"Una forma norteña. Cuando un miembro de un clan muere, el asunto se resuelve mediante batallas de venganza y asesinatos con el otro clan". La dama de compañía de pelo plateado miraba por la ventana, apenas actuando como si estuviera en presencia de la familia real.

"Qué bárbaro", dijo la Mujer Comerciante antes de poder contenerse; su ceño se frunció, pero se esforzó por no dejar que se viera nada más en su rostro. Sabía, al menos por los informes, que los norteños tenían algo más que una simple batalla.

Pero el Rey se limitó a reír. "Es una barbaridad". Estaba poniendo un cuidado excesivo en inspeccionar la punta de su pluma, deseoso de retrasar lo más posible su vuelta al trabajo. "Por eso los norteños arreglan la mayoría de las cosas con indemnizaciones y evitan la batalla."

¿Y si no se pudiera llegar a un acuerdo sobre la indemnización? La Mujer Comerciante negó suavemente con la cabeza. ¿Tenía que preguntar? Sólo hay que pensar en el ambiente que había forjado a esos temibles habitantes del norte.

"Y—¿cómo pongo esto?—tiene que ver con borrar la culpa de la familia, pero..."

La Mujer Comerciante estaba intrigada; el joven rey casi nunca se quedaba sin palabras. "¿Su Majestad?" Ladeó la cabeza cortésmente, pero recibió a cambio una risa seca.

"Él es mi tío."

"¿Su tío, señor?" Una palabra inusual aquí. "¿A esa edad? Y... ¿un norteño?"

"¿Ese vagabundo? Mi padre tomó a su hermana mayor como concubina y acogió al vagabundo y a su padre como generales."

"Ah..."

Era una historia bastante común. Típica—aunque cada uno tendría su propia opinión al respecto. Un miembro de la realeza o un noble necesitaba absolutamente un hijo; incluso se podría decir que era su deber, en cierto modo, tomar precauciones si era necesario. Una amante, una concubina, una enamorada o cualquier otra cosa. Siempre que fueran de un estatus adecuado, incluso podría considerarse algo bueno.

Un asesinato extraño, por ejemplo, podría resultar haber sido un intento de deshacerse de un príncipe oculto, resultado de una semilla sembrada descuidadamente en una prostituta. Tales historias infernales podrían encontrarse si uno se remontara lo suficiente en el pasado.

Incluso el hecho de que estoy en esta habitación...

¿Era por eso que el cardenal pelirrojo había salido con tanta prisa, dejando sólo a ella y al asistente? (A pesar de la Hermana del Rey.) *¿Era eso realmente lo que estaba pensando?* Ella lo entendió: no era un exceso de prepotencia por su parte, ni era simplemente para causar problemas. Aunque aceptar la invitación implícita sería invitar a la catástrofe a ella misma más tarde.

"No estoy segura de nada de eso...", murmuró la Hermana del Rey, pateando las piernas como si quisiera decir que nada de eso tenía que ver con ella—otra que huye. El pataleo habría sido poco femenino con un vestido; con las vestimentas de un clérigo, era mucho peor. La Mujer Comerciante miró con incertidumbre a la dama de compañía, que se limitó a negar con la cabeza en un gesto de *oh fie*.

(NT: Expresión para mostrar desaprobación, enojo o exasperación, algo así como 'oh, feo', 'oh, señora', 'oh diablos'.)

Tal vez esté bien. Esto no era el templo. Era el castillo, el despacho del Rey, la cámara personal de su hermano mayor, y sólo había amigos alrededor. La Mujer

Comerciante sabía bien que era difícil encontrar esos lugares y esos momentos.

"De todos modos, mi padre murió cuando yo era pequeña", añadió la Hermana del Rey.

"Eso fue antes de la batalla en la Mazmorra de los Muertos. Padre... No. Dejemos el tema". El Rey agitó una mano como si tratara de alejar la conversación, encontrando la mirada sorprendida de su hermana, con una sombría propia. "En cualquier caso, más o menos en la época de la batalla con el Señor Demonio, finalmente parecía que podrían pagar la indemnización."

Y cuando había llegado al norte, había podido ayudar a cierto clan que se encontraba en una situación desesperada... Conoció a una princesa, se enamoró, se casó y se convirtió en rey. Él y su reina parecían estar muy unidos.

Era como una saga, pensó la Mujer Comerciante. Como una de las antiguas baladas que se reproducen en la tierra.

Uno podría desear ser como ellos, pero ciertamente no podría serlo. A ella misma le ocurría lo mismo. Darse cuenta de que uno nunca sería como los héroes de esas canciones era doloroso—pero eso era lo que los hacía brillar tanto y parecer tan hermosos.

Quizá la razón por la que no podían hablar públicamente de ello aquí era precisamente porque se trataba de las hazañas de alguien en una tierra extranjera, de un seguidor de una religión extranjera.

"Esa fue la batalla en la que apareció el Héroe, ¿no es así?"

Y, sobre todo, por las radiantes hazañas de aquella jovencita. Era natural favorecer las hazañas de los héroes propios frente a los de otros países.

"No sabía que los familiares del Caos habían aparecido también en el norte."

"Gracias al Héroe, pudimos limpiarlos de inmediato. Pero siempre, siempre iban a quedar vestigios, sobras."

Era la gloria de los norteños, se decía, luchar con sus propios "bárbaros del

norte". Los bárbaros. Un ejército del Caos que había llegado desde muy lejos. Pero la batalla se estaba volviendo feroz, demasiado feroz para que pudieran seguir solos. Y así...

"Así que vinieron a nosotros."

"Y resulta que tenemos un caballero que se ha casado con una de sus princesas. Bueno y sencillo."

"Entonces", dijo el Rey, "¿dónde está el problema?" Mientras tanto, finalmente abandonó cualquier pretensión y simplemente arrojó la pluma sobre el escritorio.

La Mujer Comerciante sonrió ligeramente mientras extendía sus pálidos dedos, tomando la pluma y sumergiéndola en el tintero cercano. "Sólo que parece probable que inspire disturbios."

"Una charla agradable y ambigua lo arreglará". El joven rey resopló con aburrimiento, y luego apoyó la barbilla en las manos como un león que espera.

Los que le odiaban serían expulsados; los que le amaban serían honrados. Los que deseaban el malestar serían expulsados, mientras que los que buscaban la armonía serían sus amigos. Si las cosas se explicaban así, la gente podía encontrar cualquier otra justificación que quisiera para cada caso individual. El hecho era que, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera, siempre iba a haber gente que lo considerara insatisfactorio o injusto. No tenía tiempo para entretenér a cada uno de ellos.

Y sin embargo, tampoco puedo caer en esa mentalidad. Tal es el deber de ser rey.

"Se habla de por qué habrías enviado una exploración ahora, de todos los tiempos", ofreció la dama de compañía de pelo plateado, que estaba sentada junto a la ventana con los brazos cruzados. "Y a aventureros de la frontera, de todas las personas". No parecía muy interesada—pero claro, nunca lo parecía; averiguar cómo se sentía realmente no era fácil. En ese momento, su pequeña cara de muñeca miraba fijamente al Rey; sus ojos, como cuentas de cristal, estaban entrecerrados.

¿Por qué uno tenía la sensación de que su mirada se dirigía igualmente a la Hermana del Rey?

"¿Algo personal en la elección?"

El Rey lo negó categóricamente. Y de nuevo: no es posible. Pero la repetición sonó menos que convincente. "Ciertamente es un asunto que merece la atención de Platas... Pero también teníamos la recomendación del obispo de la ciudad del agua."

"¡Y el Templo de la Madre Tierra hizo la misma recomendación!" dijo la Hermana del Rey con entusiasmo. El joven gobernante la miró y luego dejó escapar un suspiro.

La Mujer Comerciante se llevó el dedo índice a los labios y asintió.

"Debo admitir que he sentido cierta preocupación, la sensación de que el Caos se estaba gestando en el norte..."

Tales sentimientos siempre nacían de un montón de pequeños detalles, notas e información. Por ejemplo, últimamente había habido bastantes barcos mercantes hundidos. Eso en sí mismo no era extraño—los viajes por mar eran peligrosos, el comercio marítimo era peligroso, y habría sido aún más inusual si *nada* se hundiera. Pero aun así, últimamente parecía estar ocurriendo un poco más de lo habitual. Empezaban a escasear las mercancías procedentes del norte.

Los norteños no eran simplemente bárbaros belicosos. También eran marineros y comerciantes consumados. Supongamos que las mercancías que transportaban, el comercio que hacían a través del mar del norte, se viera ligeramente interrumpido. Sería como una gota de tinta en un gran río—nada cambiaría de forma inmediata y evidente.

Sin embargo, los nobles y los mercaderes con algo oscuro en su historial contenían de repente la respiración. Ella podía ver sombras en los rostros de la gente.

¿Estaba el mundo en peligro? ¿Era el momento de que el Héroe hiciera su

aparición? Difícilmente. Pero aún así, había algo furtivo que no podía ser pasado por alto. Algo que se escapaba por las comisuras de la boca de la gente o que acechaba en los márgenes de los papeles escritos con sus hileras de letras.

Detectar esas cosas era, según le había enseñado la dama de compañía, precisamente la base de las operaciones de capa y espada.

Presiento el Caos. Eso era lo que pensaba la Mujer Comerciante cada vez que algo hacía que la marca en su nuca se estremeciera.

"Estoy de acuerdo". El Rey se inclinó hacia delante, con la cabeza aún entre las manos, con aspecto completamente serio, y sonrió como un león. "Por eso, precisamente, los aventureros tenemos que entrar en acción, ¿no es así?"

"Majestad..."

Con un Rey que parecía que iba a levantarse de un salto y ponerse la armadura en cualquier momento, la Mujer Comerciante sólo pudo suspirar.

Lo que realmente la molestó fue darse cuenta de que no le molestaba.

Capítulo 5: Vikingos

Los norteños se movían con una presteza asombrosa. Si sus enemigos hubieran sido draugs o monstruos marinos, eso habría sido aterrador—pero los goblins inspiraban algo menos que miedo. Sin embargo, si el *goði* decía que esta era su batalla, entonces así era.

El botín puede perderse, una familia puede caer,
y mi propia vida se marchitará con el tiempo,
pero grandes hazañas
forjadas por mi propia mano,
son preciosas,
porque nunca fallan ni se desvanecen.

Se encendieron hogueras, y los guerreros gritaron y vitorearon al compás del encantamiento de la doncella del santuario—es decir, la *húsfreya*. Si mataban al enemigo en la batalla, si superaban la vida en el dolor, entonces les esperaban los Campos de la Alegría. Para los Vikingos, la propia batalla era un rito sagrado. A todos se les daba una vida por igual y se les preguntaría por los frutos de sus días en este mundo, y la batalla era uno de los grandes asuntos en él.

La Sacerdotisa había renunciado a medias a entenderlo, aceptando simplemente que las cosas eran así. Pero allí, en medio de toda aquella conmoción...

"¿Eh? Goblin Slayer, señor, ¿no va a usar esa espada?"

Estaban en el alojamiento que les habían concedido, preparando su equipo, y Goblin Slayer estaba mirando la espada. Se sentó en el banco con la hoja enana colocada sobre sus rodillas, estudiándola. Era ancha, gruesa y afilada. Nada que ver con las espadas de longitud extraña que solía utilizar. Esta espada no tenía nombre ni estaba encantada, pero incluso el ojo inexperto podía ver que era una pieza muy fina.

(NT: Con [hoja enana] o [espada enana] se refiere a una espada creada por manos de la raza de los enanos. No por su tamaño.)

"No", dijo Goblin Slayer, dejando que sus dedos rozaran la clara superficie de la hoja. "No tengo intención de hacerlo". Colocó el arma desnuda con cuidado en el banco que tenía a su lado. El metal negro brillaba como la luz de las estrellas en el reflejo del fuego de la chimenea. Goblin Slayer la contempló un momento más, y luego volvió a agarrar la empuñadura, levantándola hacia el tragaluces para verla.

"Sí, esa cosa es demasiado larga para ti, Orcbolg". La Alta Elfa Arquera, con su risita como el tañido de una campana, ya estaba preparada para salir. Pareciendo un mito en movimiento, se ajustó el sombrero y giró en su lugar mientras esperaba a los demás. "Me pregunto si por aquí fabrican espadas de la longitud extraña que te gusta. ¿Has probado a pedir una?"

"El goði me prestó algo de la armería", respondió Goblin Slayer, todavía mirando la espada enana. No parecía especialmente interesado.

De hecho, una espada corta bárbara estaba colocada con seguridad en la vaina de su cadera. La Sacerdotisa había oído que en esta tierra era típico luchar con la espada en ambas manos, aunque no sabía exactamente cómo funcionaba.

Supongo que no es tan diferente de luchar con una espada y un escudo, uno en cada mano.

Su amiga la Mujer Comerciante había mencionado una vez que también luchaba con un estoque y una daga. Y tuvo otro pensamiento...

"Eres capaz de usar casi cualquier arma, ¿no es así, Goblin Slayer?" Muy al contrario a ella misma, que había tenido problemas incluso practicando con el mayal para el ritual sagrado.

"Es un estilo personal que he desarrollado", se respondió desde debajo del casco. "No tengo un dominio especial de nada. Y mi forma de usar las armas es algo idiosincrática."

(NT: La idiosincrasia se refiere a las formas de pensar, lenguajes, comportamientos o actitudes que son particulares de cierto individuo o grupo.)

"Bueno, no me imagino que este sea un lugar en el que perder una o dos espadas largas te haga mucho daño". Una voz apagada salió de debajo de un bulto de plumas. La cola escamosa que asomaba por detrás era el único indicio de que se

trataba de la capa del Sacerdote Lagarto.

La Sacerdotisa sonrió un poco y dio una rápida palmadita a las suaves plumas. Eran tan suaves que, si hubiera podido, le habría gustado darles un gran abrazo—pero este difícilmente era el momento.

"Creo que tendré que aguardar el anillo de respiración subacuática hasta que estemos a bordo de los barcos". Estarían en un mar de hielo. El pensamiento reveló que la precaución del Sacerdote Lagarto estaba eminentemente justificada.

Habían estado en el mar una vez, sólo brevemente. (¿Estaban bien esos gillmen (hombres con branquias)?) Pero aun así.

"Me pregunto si mi cota de malla estará bien..." La Sacerdotisa estaba bastante preocupada por su propio equipo. Si cayera al agua, el peso de la cota de malla la arrastraría. Y aunque un anillo de respiración subacuática podría salvarla de ahogarse inmediatamente, no era todopoderoso. "Sé que algunos norteños vendrán con nosotros, así que no debería ser un gran problema, pero..."

"¡Sí, porque todos son de primera fila!" La Alta Elfa Arquera se bajó el sombrero y se metió las orejas dentro. Parecía gustarle el sombrero, pero le quedaba un poco apretado—tal vez eso formaba parte de la diversión. "Siempre me lo he preguntado. Tú y Orcbolg, a los dos—¿no son esas cosas desagradables?"

"¿Te refieres a la cota de malla?"

"Ajá". La Alta Elfa Arquera asintió, y efectivamente, aparte de su equipo para el frío, la Sacerdotisa iba vestida con su armadura ligera habitual.

De hecho, en este grupo, sólo los dos humanos llevaban una armadura adecuada. Estaba la Alta Elfa Arquera, por supuesto, y el Chamán Enano era un lanzador de hechizos, mientras que el Sacerdote Lagarto tenía sus preceptos. Por eso, no todos sonreirían incluso al uso modesto de ropa de combate de la Sacerdotisa.

"Al principio me parecía muy pesado", ella dijo, enrollando el dobladillo de su vestimenta de clérigo y palmeando la cota de malla que había debajo. El metal aceitado se sentía aún más frío que de costumbre al tacto. "Pero descubrí que si

me la ceñía a la cintura con un cinturón, eso ayudaba. Y ya me he acostumbrado."

"¿Y no tienes frío con eso?"

"Eh, me las arreglo..." La Sacerdotisa sonrió sin comprometerse.

"Apenas puedo creerlo", dijo la Alta Elfa Arquera con una leve sonrisa. "Quiero decir, ustedes los humanos. La idea de que intenten vivir en un lugar como éste..."

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que este lugar prácticamente grita, *¡No vivas aquí!* Así que no lo hagas. La mayoría de la gente se daría por vencida". En lugar de construir casas, fabricar ropa gruesa, soportar el frío y adaptarse de otra manera. "Apenas puedo creerlo", murmuró de nuevo la alta elfa, casi como si alabara su ingenio.

"A los humanos se les llama a veces 'la gente (raza) común'—¡quizá sea porque uno los encuentra en todas partes!" dijo el Sacerdote Lagarto, evidentemente tan impresionado como la Alta Elfa Arquera, aunque supuestamente era un tipo de criatura mucho más fuerte que cualquier humano. Incluso en su estado completamente emplumado, no podría haber vivido en esta tierra. No habría sido una exageración describir esto como una especie de derrota para él. "Ese nombre no es una exageración. Incluso si tienen la arrogancia de declararse a sí mismos como la cúspide de la creación", él continuó.

"Ja-ja..." Incluso después de estos años juntos, la Sacerdotisa no siempre entendió el humor del Sacerdote Lagarto. Sin embargo, no parecía estar insultando genuinamente a los humanos, así que no se preocupó.

"Necesitaré una vaina", Goblin Slayer murmuró para sí mismo, al margen de la charla de sus compañeros. Tras una inspección aparentemente interminable, había vuelto a dejar la espada enana sobre el banco. Sin embargo, parecía arrepentido de haberla dejado y, por un momento, parecía que simplemente iba a recogerla de nuevo. La Sacerdotisa no entendía por qué el arma parecía significar tanto para él.

"Cuando volvamos, deberías encontrar algún herrero que se encargue de ella por ti", comentó el Chamán Enano, hablando por fin después de haber trabajado en

silencio para organizar su bolsa hasta ese momento. Una verdadera tienda de objetos había aparecido y desaparecido mientras reorganizaba su bolsa de catalizadores.

"Caramba, tómate tu tiempo, ¿por qué no?" dijo la Alta Elfa Arquera, frunciendo los labios, pero el hecho de que no le hubiera molestado era una muestra de consideración a su manera. Por otra parte, tal vez era natural: los hechizos de un lanzador de conjuros podían determinar el destino de un grupo.

"....." Sin embargo, Goblin Slayer guardó silencio ante la sugerencia del Chamán Enano.

"¿Qué pasa?"

¿Él estaba... *sorprendido*? La Sacerdotisa no podía ver la expresión del rostro tras el visor, pero esa era la sensación que tenía.

"...Sí", él dijo después de un momento, asintiendo. "Eso es bueno". Luego volvió a asentir. "...Lo haré."

§

La flota de barcos cortó el agua, dejando una estela blanca tras de sí en el mar gris ceniza. Los barcos de los norteños apenas se hundían en estas aguas; parecían literalmente deslizarse sobre la superficie. Se abrían paso entre las olas como una serpiente entre las colinas.

"¡Wah—pbbt!"

Este modo de viajar, sin embargo, animaba a las olas a chocar contra el costado del barco, y una de ellas aturdió temporalmente a la Sacerdotisa. El rocío del agua que salió volando de la cabeza de dragón de aspecto valiente que había en la proa la empapó tanto como un aguacero.

"Tú deberías tener cuidado de no caerte, ¿sí?"

"¡S-sí...!" La Sacerdotisa asintió lo mejor que pudo, agarrándose al costado de la nave mientras la *húsfreyra* la sostenía desde atrás. La *húsfreyra* iba vestida de la

misma manera que cuando se conocieron, con ropas de batalla que casi parecían impartirle un aire de santidad. El hecho de que, incluso aquí y ahora, siguiera llevando el manojo de llaves negras colgado de su cadera, como si fueran de suma importancia para ella, calentó el corazón de la Sacerdotisa.

Sin embargo, cada vez que veía el océano, parecía una pizarra negra, y comprendía por qué decían que el infierno acechaba justo debajo de la superficie. Sin embargo, extrañamente, la Sacerdotisa no sentía miedo. Innumerables remos empujaban el agua con suavidad, con un ritmo perfecto, impulsando el barco con fuerza.

La fuente de esa fuerza estaba en los brazos de los valientes guerreros sentados a ambos lados de la embarcación. Cada uno de ellos parecía un ejército en sí mismo, y remaban con un ritmo perfecto. Las bordas eran redondeadas para proteger a los remeros, signo de un barco de guerra.

Supuestamente, los remos podían retraerse en la embarcación, aunque la Sacerdotisa no podía imaginarlo. Esto, según le dijeron, era lo que hacían cuando dependían exclusivamente de sus velas—y cuando miró hacia arriba, vio una vela de material de lana sobre ella. Inspiró confianza ver la sábana llena de viento, y concedió al barco más velocidad aún.

Estos Barcos Vikingos se movían gracias al uso inteligente tanto del remo como de la vela. Observando todo esto a su alrededor, encontró que, desterró el miedo y lo sustituyó por...

Espera... ¿Por qué me siento francamente... emocionada?

Agarrándose la gorra a la cabeza, la Sacerdotisa se puso de pie de forma inestable en la cubierta entre los remeros. Todos los barcos se balancean, pero éste se balancea menos de lo que ella esperaba—testamento, quizás, de la habilidad de los Vikingos. Entonces miró a ambos lados y vio que varios barcos más los acompañaban por el mar, la flota formando una cuña. Viajaban casi en línea recta, y su barco estaba a la cabeza—en otras palabras, en la vanguardia. Eso significaba que se enfrentaron a lo peor de las olas, y la Sacerdotisa volvió a exclamar "¡Eep!" cuando otra ráfaga de agua la empapó.

"Sí, porque el *goði* siempre es el primero en la batalla", dijo la *húsfreyja*, riendo mientras le daba la mano a la Sacerdotisa y la ayudaba a caminar por la cubierta.

La Sacerdotisa notó una profusión de rocas a sus pies—piedras como lastre, quizás—mientras se dirigían al centro del barco. Junto al mástil había una tienda de campaña que hacía las veces de camarote del *timonel*.

(NT: Con [piedras como lastre] se refiere a piedras, rocas o algo que tenga un peso considerable que sirva para dar estabilidad a la embarcación.

El timonel es la persona que maneja el timón de una embarcación.)

"Entonces sabemos a dónde vamos."

"Por supuesto. A exactamente el destino que sacaste a ese prisionero."

Allí, entre montones de equipo, el *goði* estaba celebrando un consejo de guerra con el grupo. La Sacerdotisa entró en la tienda y se inclinó, el mugriento casco le respondió con un silencioso asentimiento. Ella siguió inclinándose mientras se acercaba a los barriles que rodeaban la mesa.

"Creo que podemos suponer que hay algo en las aguas de las que no regresaron nuestras naves", dijo el *goði*.

"Y si no lo hay, entonces deberíamos proceder directamente a buscar el nido de goblins."

"Mm." El jefe asintió. Él no llevaba un casco, pero ya estaba en su conjunto de batalla. Su equipo, del que la cota de malla era una parte destacada, le hacía parecer un nativo del norte. La única diferencia, tal vez, era que no tenía barba... ("*Me gustaría que que usara una, y se lo pedí una vez*", había confesado tímidamente la *húsfreya* a la Sacerdotisa).

"Los goblins no poseen el arte de la navegación en el mar, ¿verdad?"

"No lo tienen", declaró Goblin Slayer. Cuando se trataba de cualquier cosa que implicara a los goblins, apenas mostraba dudas.

Pero es cierto..., pensó la Sacerdotisa, esforzándose por no perder ni una sola palabra por encima del sonido de las olas. De hecho, se habían encontrado con goblins en barcos en las alcantarillas bajo la ciudad acuática, pero se habían limitado a montar en las embarcaciones, no a pilotarlas. Sospechaba que era imposible que los goblins remaran juntos para trabajar con—o luchar contra—el

viento y las mareas como lo hacían los guerreros del norte.

"El secreto de montar a caballo lo han robado los goblins, pero en cuanto a los viajes de larga distancia por mar, creo que aunque poseyeran el conocimiento, su carácter no les permitiría hacer nada con él. No podrían soportar un viaje así."

"Si simplemente flotaron aquí con el viento y las mareas, entonces puedo adivinar su ubicación..." *Hmm.* El jefe se acarició la barbill, y luego hizo una pregunta que pareció ocurrírsele simplemente, casi sin cuidado: "¿Qué pretenden hacer los goblins para volver a casa?"

"No han pensado en ello", dijo bruscamente Goblin Slayer. "Sólo se imaginan que las cosas les van bien."

Así eran siempre los goblins. Y se creían muy inteligentes. Eso era lo que hacía que fuera tan feo tratar con ellos—arrogantes y crueles. Podían ser los monstruos más débiles del Mundo de las Cuatro Esquinas, pero seguían siendo monstruos. Y si uno no podía prevalecer contra los goblins...

"Entonces, ni siquiera nosotros estamos seguros de cómo lidiar con el monstruo marino", dijo el jefe con una sonrisa amarga, mirando hacia el mar del norte, que espumaba y se agitaba—en otras palabras, como siempre lo hacía.

El tablero en el que se encontraban estaba más allá del conocimiento humano; debía ser el hogar de una gran cantidad de cosas que desafiaban la imaginación. Apenas sabían lo que había bajo sus pies, y descubrir lo que había más allá del océano era un verdadero desafío. Incluso si se navegara con la "wiki" de los Vikingos, difícilmente se obtendría una enciclopedia completa.

"Puede que pensar en ello dé pocos frutos", dijo el Sacerdote Lagarto, dando un gran bocado a un queso para llenar su estómago antes de la batalla. Con su larga lengua, lamió algunas migas que le cayeron en la barbill, pero a pesar de ello sonó bastante importante. "Si tienes los datos, puedes matarlo. *Cómo* hacerlo es una pregunta que se puede responder más tarde."

"Pura casualidad, ¿es eso lo que estás diciendo?"

"Estoy diciendo que es esencial mantener la flexibilidad para responder a una

situación a medida que se desarrolla". En efecto.

El jefe miró a Goblin Slayer, algo desconcertado. Goblin Slayer asintió. "Así son las aventuras, o eso he oído", dijo.

"¡De hecho!"

El jefe podría encontrar estas palabras confusas, pero eran alegres a su manera. Goblin Slayer miró hacia el horizonte. Incluso alguien que vivía como norteño descubrió que había límites para la vista humana a bordo de un barco.

Sin embargo...

"¿No deberías poder verlo pronto?" Una alta elfa encima de las velas, que ahora descendía como una hoja revoloteando (*;shwip!*), era otro asunto. Se estiró como un gato, y luego probó la cuerda de su gran arco con un tañido. "Un barco feo. Tal vez unos... veinte, ¿supongo? Todos goblins."

"Me parece que será mejor que preparemos los hechizos". El Chamán Enano, que se había acurrucado para conservar su resistencia, se puso de pie. Para los lanzadores de conjuros y los clérigos conservar sus fuerzas era algo así como una regla de hierro, ya fuera en una aventura o en una batalla. "Supongo que también tienen maestros de viento en los otros barcos. Una pequeña ráfaga de Cola de Viento no desbaratará su formación, ¿verdad?"

"¡Oh, yo-yo ayudaré...!"

La Sacerdotisa, deseosa de demostrar que también estaba allí, agarró con fuerza su bastón sonoro. Independientemente de lo que pensaran los que la rodeaban, ella sentía que aún no había demostrado su valía. Había perdido todas sus partidas, aunque la *húsfreyra*, el *goði* y los demás Vikingos habían alabado su actuación. Era, de hecho, comprensible que sintiera que tenía que dar un espectáculo especialmente bueno aquí.

"...No". La *húsfreyra* sonrió a la Sacerdotisa, quien le dirigía una mirada interrogativa. (Ella ni siquiera se fijó en el jefe, que la observaba con una sonrisa, como si pensara que si tuviera una hija, ella se vería así). "Primero vienen las piedras."

§

El goblin lo encontró todo muy desagradable. Odioso, incluso. Como siempre.

Siempre acababa perdiendo, mientras esos otros bastardos tramposos se llevaban todo el botín. Y ahora, cuando creía que había tenido un poco de suerte, eran los otros los que se divertían con ella.

Por ejemplo—si, los humanos de aquí. Iban a todas partes en esos grandes vehículos (botes o barcos o algo así, los llamaban), pavoneándose como si fueran los dueños del lugar. Aunque sin sus barcos, no habrían sido nada, no habrían tenido nada de lo que presumir.

Un día...

Un día, el goblin arrastraría a esa joven mujer arrogante al suelo y le haría todo el daño que quisiera. Es cierto que sólo la había visto de lejos, pero estaba seguro de que esa mirada clara en su rostro era arrogancia. ¡Imagíñese su cara si le clavaba algo en ese ojo! O el ojo que le quedaba o el dañado—quizás empezaría por el dañado. Eso parecía prometer un dolor más prolongado y placentero.

Incluso mientras se entretenía con estas fantasías (para las que incluso la palabra *ridículo* era demasiado generosa), el goblin refunfuñaba por lo injusto de su situación. No había hecho ningún esfuerzo especial para cambiar las cosas—pero, no obstante, estaba bastante seguro de que era culpa de los demás que nada hubiera cambiado.

Excepto que, no hace mucho, algo había cambiado. Un día, algo había llegado a la orilla cerca de su nido. Sí: barcos. Barco tras barco, de lado en la arena como juguetes de los que un niño se ha cansado. Tenían agujeros, maderas rotas—todo muy molesto, pero servían. Los goblins ni siquiera cuestionaron el hecho de que no hubiera marineros a bordo. Eran conscientes de lo estúpidos que podían ser los humanos; no les sorprendía que algunos de ellos se hubieran limitado a tirar sus barcos.

De todos modos, ahora todo había terminado. ¡Barcos! ¡Barcos! ¡Barcos!

Los días en que esos hijos de puta se enseñoreaban de todos los demás habían

terminado. Con los barcos a su disposición, ahora eran los goblins los que demostrarían que eran los más fuertes.

Y efectivamente, les fue bien ahuyentando a los tontos que no tenían barcos. Huyeron hacia el sur (no es que los goblins conocieran esa palabra)—pues eran tontos. Allí sólo había montañas. Pronto morirían de hambre.

Sin embargo, cuando se trataba de las órdenes del jefe de la horda (*¡el estúpido, prepotente e incapaz jefe!*), bueno, casi no había nada más agravante. Quería que empujaran los barcos fuera del puerto, en el mar—*¡con este frío!* El goblin aulló y se quejó, pero lo hizo—pero fueron otros los que realmente se montaron en el barco.

Los que fueron más allá del mar no volvieron.

¡Montón de basura! Deben estar viviendo en alguna parte, seguro...

Gracias a esos patanes, la flota de barcos de los goblins se había hecho cada vez más pequeña, hasta que éste fue el último de ellos. Y ciertamente le habían dejado a *él* esperando mucho tiempo su oportunidad de montar en uno...

"*¡E-eyagh! Ahhh, ¡e-eso duele...!*"

El goblin decidió dejar que el llanto y los gritos de la chica que se retorcía ante él, clavada en su lanza, calmaran su ira. Había sido una buena idea llevarla en el barco, aunque ahora llevaba tanto tiempo disfrutando de ella que su voz se estaba debilitando.

Ella era un padfoot—un miembro del pueblo de los dormouse, aunque el goblin no lo sabía ni le importaba.

Cuando el tiempo empezaba a amainar un poco, pasear clavando la lanza al azar en los ventisqueros era una forma estupenda de pasar el tiempo—porque de vez en cuando podía ser recompensado con un grito de "*¿¡Yeeek!?*". Entonces sería el momento de conseguir las armas de asta y los ganchos y arrastrar a esos idiotas dormitando en los bancos de nieve al frío para divertirse un poco.

Y una vez que deje de moverse, puedo comerla.

"¡¡GOORGB!!"

"Ahhh... ¡¿Hrngh...?!"

"¡GBBOG! ¡GGGBBOROGB!"

"N-no... Nooo, ¡detente! De—Hrgh!"

Miró a su alrededor; había varios otros juguetes en la cubierta, enterrados bajo sus compañeros. Unos cuantos tenían cuerdas alrededor del cuello y estaban colgados del gran palo (ninguno de los goblins sabía muy bien para qué servía) en el centro del barco.

En cuanto a este goblin, sentía una intensa envidia de sus compañeros. No necesitaba este juguete medio muerto—quería algo que todavía tuviera un poco de espíritu. Al fin y al cabo, los otros sólo se los habían llevado jugando un pequeño truco desagradable.

A veces, un goblin moría al ser atacado por un oso, pero eso sólo les ocurría a los estúpidos. *Este goblin no era así—¡nunca había cometido un error así!*

"Hhh... Hhh... N-no más..."

Aun así, ¿no podía ella callarse un poco? El barco seguía sacudiéndose, cubriendolo de agua vil y salada. Lo odiaba. Sabía que quien controlaba el barco era el culpable, aunque no supiera quién era ni cómo lo hacía. Si *él* fuera el jefe de la horda, haría un trabajo mucho mejor para hacer avanzar el barco. Todo músculo, nada de cerebro, ese era el problema del idiota.

Si la tiro al agua, tal vez estaría un poco más tranquilo por aquí...

"Argh... ¡Ahhh! ¡Hngh—no! N-no..."

El goblin agarró a la chica por el pelo y tiró violentamente, consiguiendo que un mechón saliera de su cabeza y un grito saliera de su garganta. La arrastró hacia el lado del barco. Ella luchó y se agitó, y en su furia, él la pateó.

Bastante satisfecho con los silenciosos mocos de su juguete, se asomó a la borda, preparándose para arrojarla por la borda de cabeza.

En ese momento, sin embargo, vio algo en la distancia. ¿Era... un barco? ¿Un barco humano? ¡Una horda de barcos!

"¡GBBB...!"

Una sonrisa se dibujó en la cara del goblin. Los humanos pensaron que ganarían simplemente porque tenían barcos, pero estaban equivocados, equivocados, equivocados. Tal vez tenían a la chica tuerta con ellos. Pero si no la tenían, también estaba bien. Si jugaba bien sus cartas, podría convertirse en el jefe del barco.

Aunque para ello—¡lo odiaba!—tendrían que acercar su barco. Se giró y estuvo a punto de gritar a sus inútiles compañeros.

"¿GOROGB...?"

Fue entonces cuando una oleada de piedras se abalanzó sobre él.

§

"Tyrrrrrrrrrrrr!!!!!!"

Gritando alabanzas a la Valkiria, los guerreros del norte dispararon piedras a sus enemigos. Las piedras volaron desde la línea de batalla de los barcos, seguidas de una lluvia de flechas y luego de lanzas. La Sacerdotisa las observó, adivinando que intentaban aumentar el calado para acelerar la nave. En la batalla, las piedras pesadas eran precisamente eso—peso muerto. Era lógico.

Sin embargo, lo que realmente la asombraba era la habilidad de los guerreros Vikingos. Había visto con sus propios ojos lo buen lanzador que era Goblin Slayer, pero aún así la asombraban. Cuando vio a un guerrero con una lanza en cada mano, se preguntó qué iba a hacer con ellas—y luego las lanzó en secuencia, ¡primero la derecha y luego la izquierda!

Incluso mientras estaba de pie con su bastón listo en los mares embravecidos,

fue suficiente para que recuperara el aliento.

No obstante, toda la atención de la Sacerdotisa estaba puesta en la fuerza enemiga que tenía delante.

"¡GRB! ¡GROORGB!"

"¡GROOROGB!"

"¡GORG! ¡GGGBB!"

Son aterradores...

La Sacerdotisa se estremeció de miedo—no de frío—a pesar suyo. Para aquellas cosas en las que los goblins montaban, uno dudaba en llamarlas barcos.

Sí, se parecían a las embarcaciones marineras de los norteños. Pero estaban llenos de agujeros; los mástiles estaban rotos y las velas hechas jirones. Y donde la proa esculpida debería haber sobresalido con orgullo estaban atados los cuerpos de los que tienen palabras. Todo el equipo que debería haber sido mantenido y cuidado estaba sucio, sin apenas evidencia de su antigua belleza.

Los remos golpeaban el agua desordenadamente, como las patas de un bicho que se agita. No montaban el viento, ni las olas, sino que simplemente se dejaban llevar. Aquel no era un barco. Ya no lo era. Era el esqueleto de un barco. El cadáver putrefacto de un marino.

Sin embargo, incluso a distancia, se podía ver que los goblins estaban seguros de que controlaban el viento del norte y dominaban los mares. En la forma en que blandían el equipo, se comportaban con las mujeres y cacareaban horriblemente, no había valentía ni orgullo. Sólo había una crueldad insondable, sólo una pálida y superficial imitación de lo que ellos mismos imaginaban.

Aunque llevaba poco tiempo, aunque había tantas cosas que aún no entendía, la Sacerdotisa había estado expuesta a la cultura de los norteños. Y por eso lo entendía tan claramente: *Esto es una blasfemia.*

Ese barco—esa cosa—era un nido de goblins flotante. Nada más.

"¡GOROGGB! ¡¡GOROGGB!!"

"...!" La Alta Elfa Arquera, empuñando su gran arco, gritó más rápido de lo que los ojos de la Sacerdotisa podían abrirse: "¡Contraataque entrando!"

Precisamente porque se limitaban a imitar, los goblins no tenían sentido del alcance—simplemente asumían que podían hacer todo lo que los humanos podían hacer. Lanzaron lanzas, flechas y piedras, y cuando éstas no estaban disponibles, se limitaron a romper las tablas de la cubierta y a lanzarlas. La gran mayoría de estos proyectiles, por supuesto, se limitaron a caer en el mar entre los dos barcos, desapareciendo en la extensión con sólo una ondulación para marcar su paso. Incluso los disparos que lograron cruzar se rompieron en gran medida contra el casco. El ataque de los goblins no era más que una burda copia del de los humanos, al igual que el ataque con flechas que el grupo de la Sacerdotisa había sufrido en la montaña nevada.

Si eso hubiera sido todo lo que la Sacerdotisa estaba observando, podría haber mantenido su distanciamiento (*desapego*). Pero entre toda la sucia carne verde, pudo ver también destellos de piel pálida: mujeres. Y pudo ver cómo agarraban a una de ellas para arrojarla sin piedad por la borda del barco a las aguas negras...

"¡Ah—!"

Oh no...

Sucedió en el momento en que ella tenía ese pensamiento.

Las pips (*puntos*) de los dados son completamente imparciales para todos, aventureros y monstruos por igual.

Uno de los goblins lanzó un hacha de piedra, y con lo que debió ser una tirada milagrosa, se arqueó por el aire, gimiendo mientras avanzaba. Describió un gran pico, y luego, a pesar de su altura y velocidad y de lo empinado que era, cayó directamente hacia abajo.

La Sacerdotisa miró hacia arriba y lo vio. Llenó su visión, la hoja venía directamente hacia ella.

No tuvo oportunidad de gritar o de hacer otra cosa tan inútil. Simplemente se tiró al suelo, acurrucándose en una bola lo mejor que pudo...

"Hmph."

Golpe. Una mano con un guante de cuero mugriento se extendió y atrapó el hacha en el aire. Casi antes de que el gruñido saliera de su boca, el guerrero del casco metálico de aspecto barato había lanzado el hacha en dirección a la fuerza enemiga. Era como si el arma se moviera al revés—excepto que esta vez giraba en pequeños círculos y su arco era aún más pronunciado.

"¡¿GOBBB!?!?" Hubo un grito de muerte, acompañado de un alboroto general.

"Ese es el primero."

"¡Muchas gracias...!" La Sacerdotisa se puso de pie, apretando su gorra contra su cabeza. Sus mejillas se sintieron un poco calientes. Estaba avergonzada por su error, pero le hacían cosquillas las miradas de asombro en los rostros de los guerreros Vikingos, casi tan felices como si se hubieran asombrado por sus propias hazañas. Se llevó una mano suavemente a su modesto pecho, protegido por su cota de malla, y dijo: "¡Tenemos que ayudarla...!"

"Una cautiva", observó Goblin Slayer. Desde el otro lado de las olas, apenas se oía la voz de alguien que tenía palabras. Goblin Slayer fue decisivo como siempre: "Tendremos que saltar al otro lado."

"Maniobra clásica. Nos pondremos al lado para abordar tan rápido como podamos..."

Sin embargo, casi antes de que el jefe pudiera terminar, Goblin Slayer estaba sacudiendo la cabeza. "Necesitamos esa cosa de nuevo", dijo. "¡Caminata Acuática!"

"¡Ahora mismo!" dijo el Chamán Enano, y luego gritó al mar tormentoso: "*Ninfas y sélfides, juntos giran, la tierra y el mar son casi parientes, así que bailen—solamente no se caigan!*"

En el mismo momento, Goblin Slayer pateó el costado del barco, lanzándose al mar con un chorro de agua. El mar estaba casi congelado; ese frío endurecía los músculos y hacía casi imposible respirar, y mucho menos nadar. Pero los espíritus soportaron el peso de Goblin Slayer durante un instante antes de que volviera a patear, rebotando de ola en ola, saltando a través la espuma. Parecía que corría entre una nube de mariposas, y mostraba la misma vacilación.

Y en su mano estaba Chispa, el anillo de la respiración.

"Ahhh..." Para la joven, atormentada por los goblins y luego arrojada al mar, debió parecer un destello de esperanza. Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, la chica dormouse se agarró a la mugrienta armadura de cuero y se aferró a ella. Goblin Slayer, a su vez, abrazó a la chica contra su pecho. Para que pudiera alejarse de los goblins, por supuesto.

"¡GOROOGGBB!"

"¡GOROOGGBB! ¡¡GOROOGBB!!"

Y si es propio de los goblins estar dispuestos a disparar a alguien por la espalda después de que haya sido tan tonto como para tirarse al mar...

"¡Desearía que me dijeras cuando estás a punto de entrar en acción!"

...entonces es propio de un grupo el apoyar a un amigo sin vacilar y sin cuestionar.

Incluso mientras gritaba, la Alta Elfa Arquera bailaba en el aire, sus flechas de madera atravesando el cielo y el mar. Un goblin que tuvo la mala suerte de apuntar al aire se encontró atravesado desde el cráneo hasta la mandíbula, con su arco sacudiéndose y la flecha cayendo inútilmente. Para cuando cayó al mar sin ni siquiera un grito, la Alta Elfa Arquera estaba pateando el mástil del barco.

Al siguiente golpe, ella saltó, con su gran arco de tejo haciendo llover flechas y muerte sobre los goblins de abajo.

"¡Si juegas demasiado, dejarás caer el arco y las flechas y todo al agua!" espetó el Chamán Enano.

La Alta Elfa Arquera se rió, aunque no parecía el momento. "¡Como si fuera a hacer algo tan estúpido!", dijo, volviendo a caer en el lugar donde había empezado. Exhaló lentamente, apartando un poco de pelo que le había caído sobre la frente, como si dijera que un alto elfo podía hacer cualquier cosa. "Incluso un pequeño y débil arco como éste se sentiría mal si los goblins se rieran de él."

"Supongo que la *mayoría* de los arcos son como juguetes de niñas pequeñas según los estándares de los elfos", dijo el Chamán Enano, sacudiendo la cabeza con un resoplido de molestia. Odiaba hacer cumplidos a la muchacha de orejas largas; siempre se le subían a la cabeza.

Pero en lugar de eso, se apartó de su familiar compañero de batalla verbal y se dirigió al Sacerdote Lagarto, que todavía llevaba su capa de plumas. "No espero mucho aquí, Escamoso, pero pensé que era mejor preguntar..." Sonrió, porque sabía la respuesta que le esperaba. "¿Quieres Caminata Acuática para ti?"

"Me meteré en ese océano cuando la ciudad se haya convertido en polvo, buen señor", dijo el Sacerdote Lagarto. Se puso en pie, levantando el enorme escudo Vikingo que llevaba. Luego, con un "Muchos perdones", empujó a algunos guerreros hacia el costado del barco, donde colgó su cola sobre la borda, hacia el agua.

Los guerreros sólo podían mirar con confusión... hasta que Goblin Slayer se agarró a la cola, y el Sacerdote Lagarto lo levantó como a un pez del mar.

"Lo siento. Eso es una ayuda."

"¡No pienses en ello...!"

La chica dormouse en brazos de Goblin Slayer había llegado al límite de sus fuerzas y yacía inerte en la cubierta cuando él la dejó en el suelo.

"¿Cómo está ella?"

"¡Déjame echar un vistazo...!" dijo la Sacerdotisa, que ya se apresuraba a acercarse a la lamentable niña antes de que Goblin Slayer hubiera terminado su

pregunta. Protegida por el escudo del Sacerdote Lagarto, la Sacerdotisa revisó a la chica rápidamente, haciéndose una idea de su situación.

La Sacerdotisa servía a la Madre Tierra, abundante en misericordia—aunque no tan devotamente como la doncella del santuario de los dioses sádicos servía a su deidad. Proteger, Curar, Salvar. A la Sacerdotisa se le había concedido algo más que milagros para ayudarla a conseguir esos fines—eso era lo que la convertía en una clériga. Las heridas físicas reales de la chica eran leves. La inanición, la hipotermia, la fatiga, la emaciación y la falta de sueño eran mucho más graves, potencialmente fatales.

"¡Pero ella está bien ahora...!" Dijo la Sacerdotisa. *Estoy segura de que ella vivirá.*

La Sacerdotisa limpió el cuerpo de la chica rápidamente, y luego la envolvió en una manta y una capa. También necesitaba algunos primeros auxilios para sus heridas, pero ahora mismo, la máxima prioridad era mantenerla caliente.

"¿Crees que un poco de vino ayudaría?"

"Empieza con un poco, por favor. Tenemos que asegurarnos de que no se ahogue con él", dijo la Sacerdotisa, deliberadamente pero sin dudar, agradecida por la oferta de ayuda del Chamán Enano. "Ayudará a recuperarla. Pero el vino solo la dejará sin suficiente agua en su cuerpo..."

"Mm. No te preocupes—ya lo tengo en mente."

El Chamán Enano tomó a la chica, que parecía tan frágil como una rama marchita, en sus brazos y la acostó en medio del barco. Era el lugar más seguro posible, donde estaría protegida de las olas, el viento y la lluvia de flechas. El Chamán Enano vertió un poco de vino de fuego en su boca; Goblin Slayer mantuvo un ojo en ellos y gruñó.

"¿Qué opinas?"

"Uno supone que hay más cautivos. Y con anillos de respiración o sin ellos, Caminata Acuática sigue siendo esencial."

Las naves se acercaban, y se oían más proyectiles que antes rebotando en el

escudo levantado del Sacerdote Lagarto. Sin embargo, éste no prestó atención a los *golpes, porrazos y choques*, sino que se limitó a mostrar los colmillos de sus grandes mandíbulas. "Creo que ya es hora de abordar la nave enemiga."

"Estoy de acuerdo", dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. "Reúne las naves. Vamos a luchar para cruzar."

"..." El jefe, ni asombrado ni excesivamente impresionado por esto, simplemente sonrió. Él, también, estaba de acuerdo; esto era estupendo.

La forma en que esta gente trabajaba entre sí, era muy parecida a la forma en que trabajaban los guerreros Vikingos consumados—aunque con sus propias diferencias sutiles. En este momento, estaban siendo testigos de la "aventura" de la que siempre hablaban los aventureros. Algo se extendía entre los guerreros del norte que observaban esto, que sabían que estaban viendo algo inusual y precioso.

Todo valió la pena, pensó el jefe.

"Supongo que esto significa que también necesitamos una organización de aventureros aquí. ¿Te parece, querida esposa?"

"Oh, por favor, no seas tonto", respondió la *húsfreya*, su perfil remilgado y afilado se volvió un poco hosco. "Todavía no nos han vencido". ¿Qué dulce expresión pondría la mujer cuando su amado esposo se diera cuenta de que ella estaba haciendo pucheros? Incluso allí, en medio de la batalla, la Sacerdotisa no pudo evitar una risita al imaginarlo.

Naturalmente, la *húsfreya* se había dado cuenta de las acciones de sus nuevos amigos con su único ojo bueno—¿cómo no iba a hacerlo? La princesa lejana murmuró: "No te burles de mí", y luego respiró hondo. Los aventureros habían demostrado su valía. Ahora le tocaba a ella.

Respirando profundamente el aire helado y volviéndose hacia las olas, la doncella del santuario del dios sádico gritó: "*Cuando el viento sopla, cortemos madera; cuando el sol brille, vayamos al mar. Oh, doncellas, apegaos a la oscuridad y evitad el ojo del día.*"

Ahora—ahora era el momento de los Vikingos.

§

"¡*Fylking!* ¡Formación de batalla!"

(NT: El *fylking* era la versión nórdica de la "formación en tortuga" de las legiones romanas.)

"¡*GOROGGB?!*"

"¡*GOG!* ¡¡*GOROGGB!!*"

Las naves chocaron con estrépito y los ganchos mordieron la nave enemiga para asegurarse de que no pudiera escapar. Los goblins entraron en pánico—con retraso—y trataron de apartar los ganchos. Los que no lo consiguieron recibieron patadas y empujones, pero fue demasiado poco y demasiado tarde.

"¡¡A la caaaaarga!!"

"¡*Hrrrahhh!*"

Con unas solas palabras del *goði*, que estaba a la cabeza, los norteños se abalanzaron sobre el barco enemigo.

Los goblins vieron cómo sus compañeros que habían tenido la mala suerte de ser los primeros en la fila se convertían en lluvias de sangre. Agitaron sus propias armas: espadas oxidadas, lanzas medio rotas y toscos garrotes. Pero era una muestra inútil de desafío ante los grandes escudos que llevaban los norteños. El barco se balanceaba sobre las olas, pero los Vikingos se mantenían firmes, un muro de escudos, la imagen misma del *skjaldborg*.

(NT: El *skjaldborg* (del nórdico antiguo: muro de escudo) era una formación típica de los vikingos que consistía en un cuerpo de guerreros colocados suficientemente cerca como para sobreponer sus escudos de forma que se protegían unos a otros formando una barrera compacta.)

"¡*Empuuuujen!*"

"¡*Hoooo!*"

"¡¿GOROGGB?!"

El muro absorbió el ataque de los goblins y se empujó hacia adelante, golpeando con sus escudos. Los goblins aturdidos retrocedieron, se tambalearon y luego cayeron al mar. Algunos retrocedieron aterrorizados, otros tropezaron y cayeron, mientras que otros aullaron de pura incomprendición de las circunstancias. Lo único que era cierto para todos ellos era que el mar no ofrecía ningún refugio, ningún lugar para correr.

Los goblins empezaron a empujarse unos a otros, atrapados entre la lucha y la huida, sacudiendo el barco violentamente.

"¡Sin piedad!" El jefe sonrió, enseñando los colmillos, y pateó la cabeza de un goblin que estaba a sus pies. "¡Presiona la ventaja!"

"¡Hrrraaahhhh!"

Las lanzas crujieron, las hachas aullaron, las espadas gritaron y los garrotes de seis lados rugieron. La resistencia de los goblins era inútil y fácilmente aplastada, los estertores de muerte se les escapaban tan fácilmente como su asquerosa sangre. Aquellos que intentaron utilizar a los cautivos como escudos fueron separados por la fuerza de sus rehenes, y sus cráneos pronto fueron partidos por cuchillas de acero negro. Los norteños confiscaron el cofre que representaba el escaso botín de los goblins, y a los monstruos que se aferraron a él los patearon a las aguas heladas. No se podía prevalecer sobre ellos, no se les podía rogar que tuvieran piedad. Matar, tomar a las mujeres y el botín, y cantar canciones de victoria era su alegría.

"¡Gygax! Alabados sean los dioses."

"¡Gygax! ¡Gygax! ¡Gygax!"

"¡Oh Arneson, Maestro del Páramo Negro, contempla mis hazañas!"

"¡Jackson—alabados sean todos los dioses! ¡Gloria a Livingstone, Rey de las Trampas!"

(NT: Gygax y Jackson son nombres, supongo que son héroes o dioses de sus historias.)

¡Cortar y tajar! ¡Cosas de Vikingos! ¡Los Vikingos!

Sí, en el campo abierto, o en una cueva, o en una mazmorra, los goblins podrían tomar a uno desprevenido y darle un golpe fatal. Pero aquí, en el mar del norte, con una canción de hielo y fuego retumbando sobre las olas con sus grandes acorazados...

"¡Nunca seremos vencidos por ningún orco!"

Los Vikingos, la Gente de la Bahía, estaban completamente en casa en el agua.

"Supongo que no hay mucho que hacer ahora que la batalla ha comenzado", comentó la Alta Elfa Arquera.

"Creo que tienes razón", dijo la Sacerdotisa.

Pero a pesar del intercambio amistoso, no bajaron la guardia. La lucha para abordar el barco goblin podría haber sido exitosa, pero los cautivos liberados estaban volviendo al barco Vikingo, y también había heridos que atender. El papel de los aventureros era protegerlos y tratarlos, aunque no tenían suficientes manos para hacerlo.

En el centro del barco, la *húsfreya* se ocupaba de los que tenían heridas especialmente graves, trabajando sin descanso. Utilizaba alcohol o vinagre para limpiar las heridas—que solían ser especialmente comunes en el lado derecho del cuerpo, el que no estaba protegido por el escudo—y luego las cosía y envolvía en tela de cáñamo.

La *húsfreya* sondeaba las heridas con herramientas que la Sacerdotisa no podía distinguir de los instrumentos de tortura, extrayendo puntas de flecha y fragmentos de espada. La forma en que ocasionalmente cerraba los vasos sanguíneos, deteniendo brillantemente el flujo de sangre, dejó a la Sacerdotisa con los ojos abiertos. En el templo en el que *ella* se había criado, sólo se les había permitido utilizar milagros en momentos como éste, y sin embargo...

Los guerreros del norte podían ser Vikingos, pero seguían siendo humanos. El

sondeo de las heridas a veces provocaba gritos y llantos. Pero la *húsfreya* respondía: "¿Qué eres, un niño? Ni siquiera un niño gritaría por algo así". Sólo en muy raras ocasiones administraba analgésicos—amapola o beleño.

"¡Estas personas están bien ahora...!" Dijo la Sacerdotisa.

"¡Y te lo agradezco! Muy bien, ahora estos..."

"¡Bien...!"

Ella es increíble.

Y aquí estaba la Sacerdotisa, peleando junto a ella. Inspiró un sentimiento de orgullo en la Sacerdotisa mientras caminaba de un lado a otro alrededor del barco, llevando vendajes.

Y luego estaba el Sacerdote Lagarto, su enorme forma proyectando una sombra sobre las mujeres que estaba protegiendo. "Gracioso, me temo que no he sido de mucha utilidad..."

"¡Entonces sigue manteniendo a todos a salvo...!" Dijo la Alta Elfa Arquera mientras pasaba junto a su codo, pateando la borda y disparando otra flecha. La cuerda de su arco tintineaba como una cítara, y cada nota presagiaba la perforación de un cráneo de goblin. Podía estar en un barco que se balanceaba, apuntando a objetivos en otro barco que se balanceaba, pero no importaba: Los elfos no disparan con el ojo o con su propia habilidad, sino con el corazón. Los guerreros del norte eran buenos arqueros por derecho propio, pero incluso ellos no podían esperar igualar a un alto elfo.

Si un concurso de hechizos comenzara en este momento, es cierto que eso cambiaría la cara de la batalla nuevamente. Pero...

"Parece que no tienen lanzadores de hechizos, por lo que veo", observó el Chamán Enano, viendo que por el momento, no parecía ser necesario.

En la batalla, es en última instancia el liderazgo del comandante el que determina el curso de los acontecimientos, y su líder estaba en primera línea. La forma en que golpeaba con su espada, gritando y vociferando, dirigiendo a los Vikingos

hacia adelante—sí, él era el jefe de hecho. Puede que él fuera un extranjero, pero parecía que se había ganado su posición, que era visto como mucho más que un simple príncipe consorte.

Una mirada a la *húsfreya* reveló que sonreía con una pizca de orgullo—compartiendo indirectamente las hazañas de su esposo, sin duda.

Bueno, cada tierra tiene sus propios héroes, pensó el Chamán Enano. Insistir en robar el protagonismo siempre y en todas partes sería pura arrogancia. Incluso el gran Héroe, que se lanzaba a las batallas por el destino del mundo, no se metería en la cacería de goblins de otro.

Este lugar tenía sus propias historias, como la tierra natal del Chamán Enano tenía las suyas. Estas historias interminables no eran una única narración heroica, sino un ciclo continuo, una saga.

"¿Cómo se ve?" La inesperada pregunta fue planteada al Chamán Enano por, por supuesto, Goblin Slayer. Después de rescatar a los rehenes y reducir aún más el número de goblins con su honda ("Diez, once"), él retrocedió para ver el campo de batalla.

En una batalla campal como ésta, los aventureros se veían limitados en lo que podían hacer. Podrían querer ayudar a luchar la gran batalla, pero si los forasteros se unían a esa formación imperturbable, era más probable que fueran un lastre que una ventaja. Y, por supuesto, Goblin Slayer no iba a ser simplemente un lastre.

"Hoh. Me estás preguntando, ¿verdad?" Una sonrisa apareció en el rostro barbudo del Chamán Enano. "Bueno, si no hay nada más, creo que sabemos quién es su líder."

Se refería a un goblin que estaba en los restos y que era lo suficientemente grande como para amenazar a sus compañeros y que, obviamente, daba las órdenes. Al igual que Goblin Slayer, se estaba conteniendo de unirse a la batalla propiamente dicha, pero a diferencia de Goblin Slayer, estaba graznando y gritando.

"¡¡¡GOROOGGBB!!!"

El goblin llevaba ostensiblemente una piel de oso podrida; era grande incluso para los estándares de los goblins del norte, que tendían ser más grandes que los del sur. Aun así, la palabra *hob* no le encajaba del todo, y uno dudaba en llamarlo campeón.

Fue la *húsfreya* quien declaró: "¡Qué descaro tiene, pretendiendo ser un berserker...!"

El hombre que ella amaba, su gente, nunca podría ser superado por goblins.

"Estoy de acuerdo", dijo Goblin Slayer asintiendo. "Lo que sea que pretenda, sigue siendo sólo un goblin."

§

Allí había un invasor, una presencia muy silenciosa, desapercibida para cualquiera.

Desde lo más profundo, cazaba sus presas y comía, guiándose sólo por la luz y el sonido.

Para él, era como un tambor que oía mientras dormitaba; los días eran agradables.

Aunque quizá no sea correcto llamarlos *días*, ya que nunca se había preocupado por la marcha del sol o de la luna.

Ni siquiera se había preguntado dónde estaba en cada momento.

Para él, la totalidad de las cuatro esquinas consistía en su propia hambre y en la pregunta de dónde se encontraba su próxima comida.

Existía para comer, y mientras existiera, *comería*.

No importaba cuándo era este lugar, ni dónde estaba este momento: Cuando sintió la conmoción sobre él, supo que ese era el momento.

Por lo tanto, extendió su mano.

Era lo único que le parecía real en su efímero sueño que trascendía la muerte.

Así, para cuando se dieron cuenta de que él se acercaba, de que había sido atraído hacia ellos...

Ya era demasiado tarde.

§

Whoosh: El mar explotó. Un géiser de espuma salió disparado hacia arriba, levantando los barcos que tenía debajo con la misma facilidad que si fueran ramitas. Las embarcaciones se rompieron en el aire y cayeron en cascada en pedazos que hicieron correr a humanos y goblins por igual en busca de refugio.

El barco del grupo seguía a salvo en el agua, pero una enorme ola lo sacudió violentamente, y los que estaban a bordo cayeron al suelo con una sensación como si estuvieran volando por el aire. Uno de ellos exclamó: "¡¿Qué—?!?", aunque no estaba claro quién. Se sostuvieron como pudieron agarrándose a las bordas, cayendo a cuatro patas o, si eran el Sacerdote Lagarto, apoyándose en sus garras y cola.

Incluso los norteños estaban sorprendidos (por lo que no es necesario mencionar el asombro de los goblins). Miraron hacia arriba, con los ojos muy abiertos; entonces lo vieron.

O, espera... ¿Ellos *lo* vieron? Más allá del géiser de agua, no había nada. Porque lo que había era sólo la atrocidad que atacaba indiscriminadamente desde las negras profundidades del mar. Si pudieran asignar algún significado a lo que estaban viendo, les parecería una boca. Unas grandes fauces forradas de colmillos que sólo existían para consumir.

Lo único que podían comprender era que las fauces habían surgido de las profundidades, retorciéndose, gimiendo, revolviéndose. Aquellos que no habían logrado caer al agua, tristemente, se encontraron masticados en pedazos y tragados por esas mandíbulas. El agua del mar caía como una tormenta, mezclada con niebla rosada y vísceras y miembros cortados. Era suficiente para hacer que una persona dudara de su cordura—a veces, incluso para robarle las palabras.

Cuando la gran ola los tenía en sus garras, era el único sonido que podían escuchar, pues ahogaba todo lo demás.

"Ahhh... ¡¿Qu-qué era esa cosa...?!" La Sacerdotisa, aferrándose como pudo a su bastón, se puso en pie de forma inestable. "¿Era una Serpiente Marina? Pero no se parecía en nada a la que vimos antes...!" Esta criatura no parecía tener nada en común con el monstruo marino que habían encontrado hacía tiempo. Aquella criatura había sido aterradora, sin duda, pero ni de lejos tan terrible como ésta.

"¡Madre mía! Me pregunto si no estará relacionado con mis propios antepasados..."

"¡Viene de abajo!" La Alta Elfa Arquera gritó, aferrándose al Sacerdote Lagarto, con sus orejas moviéndose furiosamente. Incluso se olvidó de sacar su arco. "¡Y está volviendo!"

Ella tenía razón: *Whoosh!* Hubo otra gran erupción del mar. Tragado por la columna de agua esta vez fue el barco justo al lado del que estaban los aventureros. Los guerreros, que habían estado en plena lucha contra los goblins, desaparecieron en las aguas, con cara de no poder creer lo que estaba pasando.

"¡Ah... Ahhh?", gritó la *húsfreyja*. ¿Era por la pérdida de sus compañeros o porque el barco se agitaba tanto que amenazaba con volcarse? ¿O—era por el miedo a que el barco al que había abordado su *goði* fuera el siguiente en ser atacado?

"¡Una bestia! Una bestia viene!"

"¡Maldito draug...!" Los norteños no pudieron contener sus gritos y llantos.

¿Qué es lo que aterroriza a los que no tienen miedo? El demonio del mar. El desconocido amo del abismo.

Aunque, naturalmente, esto no era suficiente para ponerlos en desventaja contra algunos goblins...

"¡GOROGGB! ¡¡¡GOOBG!!!"

Los goblins, que no entendían nada de la situación, interpretaron que el enemigo había sido debilitado por la propia fuerza de los goblins. O tal vez pensaron que los humanos eran tontos por tener miedo de algo así y que *ellos* eran diferentes. Recién vigorizados, los goblins se dispusieron a golpear a los norteños antes de que pudieran apuntalar sus líneas.

"Así que el tiro era... *ojos de serpiente*". El Chamán Enano frunció el ceño. Tomó un trago de su vino, del que no había derramado ni una gota a pesar del zarandeo del barco.

"La rueda del karma gira. ¡Podría darnos la vuelta a este ritmo...!"

La situación era mala. La música de la batalla iba in crescendo, los gritos de los guerreros se mezclaban con sus gritos de muerte, y luego estaba el océano, hirviendo de nuevo.

Esto ya no era una batalla. El ataque de un monstruo desconocido no requería soldados. ¿De quién se podía esperar que saltara directamente a este torbellino de caos?

¿Quién más? Los aventureros.

"Está bien...", dijo suavemente Goblin Slayer. "... ¿Qué sigue?"

Él podía decir una cosa: ese no era un goblin.

Capítulo 6: profundidad creciente

Se había hablado de ello desde la Edad de los Dioses: el apetito consumidor, La Codicia, la profundidad creciente.

"¡¿GOROGB?!"

"¡¿Hrgh-ah-ahhhh?!"

Los que fueron tomados por las olas pudieron gritar y luchar, pero fue inútil; se desvanecieron hacia su destino. Humanos y goblins por igual, todos eran iguales ante el voraz apetito de este monstruo.

Verdaderamente, era una escena del infierno. Donde primero había habido un géiser de agua, pronto hubo otro y otro. ¿Podría tratarse de un ejército de terribles monstruos que aparecían de debajo de las olas? El campo de batalla se convirtió en una torbellino de caos, confusión y muerte.

"¡*Husbondi!*!"

Por lo tanto, era comprensible que hubiera abundante alegría en la voz de la *húsfreya* al gritar: Vestido con una armadura negra ahora cubierta de manchas rojizas, el *goði* regresó, arrastrando a uno de sus compañeros.

"¡Hoh, querida esposa, he vuelto!", gritó, sin parecer más preocupado que un niño que ha salido a jugar y con la misma alegría. Era casi como si no le molestara que el demonio del mar hiciera estragos—pero las cosas no iban a ser tan fáciles.

Todavía vibrando con la emoción de la batalla, el jefe tomó la cantimplora que su *húsfreya* le ofrecía y bebió vigorosamente, luego dijo: "¿Entonces qué es esa cosa?"

Fue Goblin Slayer quien respondió. "No lo sé". Se quedó al lado del barco, observando la batalla con los guerreros gritando y los goblins chillando y las olas aullando, y luego añadió: "Pero no es un goblin."

"¡Y parece que las cuchillas funcionan perfectamente en él!", dijo el jefe, pasando la cantimplora a sus hombres y diciéndoles que bebieran. *Boosh*. Dejó caer algo en la cubierta: uno de los monstruos, cortado limpiamente en dos. Así que lo que goteaba de su espada debía ser la sangre de la criatura.

La criatura saltó y rebotó en la cubierta, demostrando un nivel de vitalidad espantoso mientras seguía girando y retorciéndose. Alguien exclamó: "¡Eek!"—¿fue la Sacerdotisa o la *húsfreya*?—mientras la Alta Elfa Arquera gemía: "Ugh."

"¿Crees que podemos arrastrarlo fuera de ahí?"

La pregunta del jefe era simple, y la respuesta de Goblin Slayer lo era igualmente: "¿Qué hacemos después?"

"Lo matamos."

Sonaba tan despreocupado, pero el tentáculo a sus pies era la prueba de que podía hacerse. Apoyado en su espada como si estuviera en un bastón, el jefe sonrió, mostrando sus colmillos, y luego se encogió de hombros. "Al menos, deberíamos ser capaces de mantener una buena y larga lucha con él. Siempre y cuando los goblins no interfieran."

"De acuerdo". Con esa decisión tomada, Goblin Slayer actuó rápidamente. Porque le habían dicho que el juicio decisivo y la acción decisiva eran cruciales. "El plan de siempre. ¿Puedes hacerlo?"

"La cosa es terriblemente grande". El Chamán Enano, aunque claramente intrigado, frunció el ceño como preguntando si realmente estaban haciendo *eso*. Era una forma desagradable de usar un hechizo. "Sería bueno estar un poco más cerca... Dime, Orejas Largas. ¿Dónde crees que es directamente encima?"

"Blargh... ¿No me digas que quieres entrar?" Odiaba la idea, pero el ceño fruncido que contorneaba su rostro no restaba nada a su belleza—quizá una de las ventajas de ser un elfo.

Se inclinó lo más que pudo, y el Sacerdote Lagarto le rodeó la cintura con sus brazos para sostenerla. A lo lejos, apareció otra columna de agua. Otro *boom*,

llevándose consigo otro barco—goblin o norteño, no estaba claro.

La Alta Elfa Arquera sabía que debían darse prisa. Sus largas orejas se movieron de un lado a otro; entrecerró sus ojos como gemas y miró profundamente en el agua, luego respiró hondo. "Ese tipo con piel de oso. Creo que está por ahí, tal vez... La cosa es tan grande que es difícil estar seguro."

"Ahí es donde iremos, entonces", declaró Goblin Slayer. Tenían que matar a los goblins de todos modos. Se aseguró de que la espada norteña estuviera bien sujetada a su cadera, y asintió. Les había pedido que la afeitaran hasta una longitud extraña, por lo que le resultaba familiar—pero seguía estando más afilada y pulida de lo que estaba acostumbrado. Giró su casco para mirar a la Sacerdotisa. "¿Qué vas a hacer?"

No había vacilación en su voz. Ella habló con firmeza y claridad. "¡Voy a ir contigo..."!

"Ya veo."

Estaba decidido, entonces. Apostarían todo para derrotar al demonio del mar. Rápidamente.

"¿Cuántos hechizos y milagros nos quedan?"

"Sólo he usado uno. He podido conservarlos de alguna manera", dijo el Chamán Enano.

"¡Y-yo también! No he usado ni un solo milagro hoy". La Sacerdotisa miró a la *húsfreya*, dejando escapar un suspiro de alivio. "...Porque aquí pueden hacer muchas curaciones incluso sin milagros."

Ah, pensó, todavía tengo mucho que aprender. Había tantos en el Mundo de las Cuatro Esquinas que merecían su respeto y admiración, que la habían precedido. La Bruja, la Doncella de la Espada, y ahora la *húsfreya*-princesa de esta tierra del norte—¿podría convertirse en una mujer como ellas?

Sé que tengo que decidir qué tipo de aventurera quiero ser.

La Sacerdotisa recordó lo que le había dicho una vez la Mujer Caballero. Se sintió afortunada de poder elegir.

"¿Vas a usar tu milagro de Purificación?" Inquirió la Alta Elfa Arquera.

"Eso es peligroso, así que no", respondió la Sacerdotisa rotundamente—tal vez todavía había algo de juventud en ella que necesitaba salir.

"Lo mismo para mí", dijo el Sacerdote Lagarto, manteniendo un ojo en la Sacerdotisa. "Me las estoy arreglando para soportar el frío, pero aún así..." Ayudó a la Alta Elfa Arquera a bajar; ella saltó como un gato.

"Gracias."

"Oh, difícilmente". El Sacerdote Lagarto puso los ojos en blanco. "Pensé que tal vez debería dejar a un Guerrero Diente de Dragón para vigilar el barco. También sería un buen mensajero."

"Intenta no asustar a nadie", dijo Goblin Slayer. ¿Había alguien allí que se diera cuenta de que estaba haciendo una broma? La Sacerdotisa se rió para sí misma. "Pero adelante."

"Sí, por supuesto. Muy bien, entonces..." Hubo un traqueteo cuando el Sacerdote Lagarto sacó un colmillo de su bolsa, lo arrojó al suelo y luego juntó las manos en el inusual gesto de reverencia de los lagartos. "*Oh, cuernos y garras de nuestro padre, iguanodon, tus cuatro miembros, conviértelos en dos patas para caminar sobre la tierra!*"

Mientras lo observaban, el colmillo encantado comenzó a hincharse y a crecer, hasta adquirir la forma de un soldado. Hubo un murmullo entre los norteños ante la aparición del Guerrero Diente de Dragón; mientras tanto, los aventureros asentían entre sí.

"Vamos a entrar. Nuestra primera prioridad es lanzar hechizos"—Goblin Slayer miró al mar—"sobre él."

"Supongo que será mejor guardar Caminata Acuática, entonces. Tengan cuidado—no nos servirá de mucho si nos caemos."

"Probablemente deberíamos ponernos los anillos de respiración antes de tiempo". *Mm.* La Sacerdotisa se llevó un dedo a los labios pensando. Se dio cuenta de que había hecho mucho más frío, algo extraño de observar en este momento. "También me alegro de que hayamos podido rescatar a la chica dormouse; eso me hace sentir mejor. Suponiendo que no se la coman..."

"Eso depende ahora de la suerte y de los cielos", dijo la Alta Elfa Arquera. Se rió con cierta resignación, tiró suavemente de su arco y se encogió de hombros. "No lo arruines, ¿vale? Si tú caes, todos juntos no podremos volver a levantarte."

"¡Mm! Sí, es el momento de hacer mi postura. ¿Cómo podría enfrentarme a mis ancestros si fuera derrotado por un poco de agua helada?" El Sacerdote Lagarto hizo un ruido energético, luego levantó la forma robusta del Chamán Enano sobre sus hombros. Todo estaba listo para partir.

Una vez completado este consejo de guerra, los aventureros sabían lo que tenían que hacer a continuación, y se dirigieron con entusiasmo a desafiar al monstruo. Su coraje era como el de los norteños y a la vez diferente—era el coraje de los aventureros.

"El honorable dios de la herrería, según he oído, acumula coraje en aquellos que rezan..." La *húsfreya* sonrió, con su único ojo brillando.

"Los necesitamos, ¿no?", dijo el *goði*, empuñando su espada. "Estos aventureros."

"Mm..." La *gyðja* del dios sádico asintió a las palabras de su amado, y luego respiró profundamente el aire del mar, llenando su amplio pecho.

*El botín puede perderse, una familia puede caer,
y tú, también, morirás algún día,
pero yo sé
que hay una cosa que nunca falla ni se desvanece:
las grandes hazañas tomadas
por los muertos.*

De su boca fluyeron las altas palabras de los dioses. Palabras de oración que alababan las hazañas de valor de los aventureros y los guerreros.

Los dados podían oírse rodar en el cielo, donde reconocían el deseo de la *gyðja*. Ciertamente, los aventureros que corrían por la gran llanura del mar lo oyeron.

La suerte estaba echada. Como tal, no es necesario decir lo que iba a suceder a continuación.

Pero si uno quisiera, sin embargo, ponerlo en palabras, sería muy simple.

"¡Adelante, aventureros...!"

La aventura comenzó.

§

"Oh Madre de la Tierra, abundante en misericordia, concede tu sagrada luz a los que estamos perdidos en la oscuridad."

"¡¿GOOROGBB?!"

"¡¿GOBBB?! ¿¡GOBRGBB!?"

La lucha comenzó con un destello en medio de la tormenta, como si una estrella descendiera a la tierra. La Sacerdotisa, cargando hacia adelante con los miembros de su grupo, sostenía en alto su bastón sonoro, cuya luz abrasaba los ojos de los goblins.

"¡Fuera de mi camino!" La Alta Elfa Arquera, desatando una literal lluvia de flechas, apartó de una patada a los goblins que se retorcían y gritaban para abrir un camino.

"¡Salta!" A la señal de Goblin Slayer, los aventureros, corriendo a lo largo del barco, saltaron de la cubierta. Despejaron la brecha rociada y espumosa entre los dos barcos, asegurados el uno al otro con ganchos, en el espacio de un suspiro y empujaron hacia adelante. "¡Doce...!"

"¡¿GBOGB?!"

Al aterrizar, Goblin Slayer pateó sin piedad a un goblin en la cabeza. Hubo un chasquido seco de la médula espinal quebrándose; inmediatamente golpeó al goblin a su derecha con la espada Vikinga. "¡Trece!"

"¡¿GOOB?! ¡¿GGGR!?"

Se oyó un silbido y un chorro de sangre cuando el goblin se desplomó, con la garganta cortada. Goblin Slayer ni siquiera echó un vistazo al cuerpo mientras pasaba. Los enemigos eran muchos, y su destino estaba muy lejos.

Los goblins que quedaban detrás de él empezaron a recuperarse del impacto de la luz sagrada, parloteando para sí mismos. Una alta elfa. Una dulce sierva de la Madre Tierra. Los goblins odiaban a todos los aventureros, pero especialmente a estos. Estaban persiguiéndolos, con las manos llenas de un surtido de armas al azar, cuando—

"¡Hrrrngh!"

"¡¿GOROGBB!?"

—un solo golpe de una gran y poderosa cola los barrió literalmente. A la derecha, a la izquierda. Puede que su atacante no sea capaz de usar sus garras o colmillos, pero para este descendiente de los temibles nagas, su cola era lo suficientemente letal. No tenía por qué ser un Euoplocephalus (*Euoplocéfalo*); su cola era todo músculo, como un látigo viviente.

Los maltrechos goblins se alejaron del barco dando tumbos, atrapando a sus compañeros a su paso. Si alguno de ellos estaba vivo al hundirse en las aguas cenicientas, no importaba; no volverían a subir.

"¡Buenos dioses, tu capa está empapada!"

"¡No tuve en cuenta un viaje por mar!"

El Chamán Enano que exclamaba se encontraba en la espalda del Sacerdote Lagarto, donde tenía un firme agarre de la capa de plumas y observaba el campo de batalla. ¿Cuánto iba a tener que concentrarse; cuántos espíritus iba a tener que llamar, para lanzar un hechizo sobre algo tan enorme? Por muy monstruosa

que fuera, aquella cosa era una criatura del mar. Tendría más intimidad con los espíritus del agua, el aire y el océano que él.

"¡Bueno, a veces hay que confiar en los dados..."

"¡Aquí viene de nuevo! Desde abajo!" gritó la Alta Elfa Arquera, con sus orejas moviéndose rápidamente. Entonces un gran impacto hizo que su nave se elevara en el aire.

"¡Yeeeek...!" La Sacerdotisa no pudo contener un grito. Intentó mantenerse en pie mientras el mar parecía levantarse como un muro, pareciendo que los iba a arrollar.

No—se dio cuenta de que el cielo y la tierra habían cambiado de lugar.

Cuando se dio cuenta de que el barco había sido volcado por la aparición del demonio marino tan cerca de él, ya era demasiado tarde. La Sacerdotisa se encontró lanzada al vacío, dando tumbos por el aire; apretó los ojos...

¡No pasa nada... Aunque caiga al agua, aún puedo respirar...!

Con los ojos todavía cerrados, extendió la mano con su bastón sonoro, buscando cualquier tipo de pista, haciendo todo lo que podía hacer en estas circunstancias. Sabía que caer al agua no la mataría, al menos no inmediatamente. Y si se rendía, entonces su aventura realmente había terminado. No podía permitirse eso.

¡Ah! ¡Que tenga la bendición de Septentrión, el viento del norte!

"¡¿Estás bien?!"

"¡Sí!"

Goblin Slayer agarró su bastón extendido y tiró de ella hacia arriba. Un agua helada y penetrante golpeó su cuerpo, pero ella no estaba en el corazón del mar.

El grupo, que había tenido la suerte de que el monstruo marino los liberara de la embarcación rodante, logró aterrizar sobre el barco volcado. Aunque era discutible si fue una suerte que ahora pudieran presenciar la destrucción de las

otras naves por los tentáculos de la criatura a corta distancia.

Tanto los goblins como los norteños que habían sido arrojados de sus barcos se vieron consumidos sin piedad. Cuando uno se da cuenta de que con un solo paso en falso, los aventureros podrían haber corrido la misma suerte, uno empieza a pensar que los dados deben haberles sonreído hoy.

"¡Eso definitivamente *no* es una horda de serpientes de agua! No sé lo que es, ¡pero es algo increíble...!" La Alta Elfa Arquera, sacudiéndose como una gata, sonaba terriblemente molesta y parecía menos una alta elfa.

Sí, estaban a salvo—pero sólo por el momento. El barco volcado era como una hoja golpeada por las olas, y seguía hundiéndose. Con los ganchos que antes mantenían los barcos unidos entre sí rotos, no tenían forma de llegar a su destino.

Empezaba a parecer que lo único que les esperaba era desaparecer en las gélidas profundidades...

"¡Yo... Yo tengo un gancho de agarre!" dijo la Sacerdotisa, sacando un objeto del Kit de Herramientas de Aventurero sin el que nunca salía de casa. ¿Cuántas veces le había salvado el pellejo?

"¡Bien!"

Le entregó el gancho de agarre a Goblin Slayer, quien lo tomó y, con un lanzamiento exquisito, lo enganchó al barco más cercano. Apartaron de una patada a los goblins que se apresuraban a alcanzar la cuerda, y luego saltaron del barco que se hundía.

"¡¡¡GOORGGB!!!"

"¡Catorce!" Un goblin que les esperaba en cubierta recibió un espadazo en el cerebro como un clavo en un ataúd, y ese fue el fin de su vida. Una persona podría enamorarse de una hoja tan afilada. Casi no sentía nada mientras cortaba goblins con la espada norteña; la sangre simplemente volaba.

Avanzaron, produciendo una montaña de cadáveres en el proceso. Luego

saltaron al siguiente barco, abriéndose paso por el mar.

"Sabes, Orcbolg, me he dado cuenta de que no has hecho muchos lanzamientos esta vez", comentó la Alta Elfa Arquera, mientras soltaba un sinfín de flechas.
"¿Empiezas a encariñarte con tus juguetes?"

"¡Ja, ja, ja! Bastante inusual para Cortabarbas!" El Chamán Enano se rió, pero Goblin Slayer no les contestó.

Porque primero tenía que matar al goblin que tenía delante. "¡Son quince...!"

"¡Ya lo veo!" Llamó el Sacerdote Lagarto. Goblin Slayer, pateando el cadáver del goblin, se volvió en su dirección. Una colección de cuerpos colgaba del mástil—cadáveres de mujeres, de las que ya no se podía distinguir quién o qué eran. Los restos se agitaban salvajemente en el viento.

Eran un estandarte de lo más horrible. Debajo de ellos, el líder goblin, lejos de dirigir sus tropas desde el frente, parloteaba y se mostraba engreído.

Muy al estilo goblin. Eso era todo lo que Goblin Slayer tenía que decir al respecto.

"¡Voy a saltar!", él gritó, y entonces se impulsó desde la borda y saltó hacia el siguiente barco.

Porque primero, tenía que matar a los goblins que tenía delante de él.

§

¡Malditos tontos!

Cuando vio al aventurero subir a su barco, lo primero que sintió el goblin fue rabia hacia sus compañeros. Ninguno de ellos hizo ningún trabajo. Se limitaron a gritar y hacer lo que querían. En el momento en que abrían la boca, no era más que "¡Graah, graaah!" "¡Haz eso por mí!" "¡Haz esto por mí!"

Y sin embargo, mira. Ni siquiera habían sido capaces de detener a ese estúpido humano.

Sí, todos los humanos eran estúpidos. Parecía que el hombre que causaba toda la conmoción era su líder—pero ¿qué tan idiota se puede ser? ¿En qué estaban pensando al hacer que el más importante de ellos saltara a la palestra primero? Precisamente porque el líder era inteligente, fuerte y grandioso, la horda era poderosa. Si el líder moría, ¿no era eso el fin de todo?

Precisamente porque nadie más lo entendía esto, que tuvo que desviarse tanto de su camino.

El jefe de los goblins resopló con desdén y agarró con firmeza la brillante hacha de combate que tenía en la mano. Había estado en el cuerpo que había estado usando esta capa de piel de oso, y el jefe estaba seguro de que era un arma digna de un líder. La hoja brillaba con una luz mística que incluso un goblin podía decir que era mágica. Este goblin sabía que mientras la poseyera, no moriría.

Incluso mientras todo esto ocurría, el barco se agitaba mientras la superficie del mar estallaba, *ba-boom, ba-boom*. Tanto los goblins como los humanos fueron arrojados estúpidamente al mar y comidos. Pero a él no se lo comerían, el jefe lo sabía muy bien. Porque él era el jefe, categóricamente diferente a esos tontos. Con su observación sensata del campo de batalla, nunca sería arrojado como ellos—obviamente.

Sí, conocimiento de la situación, eso era todo. El líder de los goblins dio unos cuantos golpes orgullosos y amenazantes con su hacha. Sólo el sonido de su hacha cortando el aire era suficiente para acobardar a los otros goblins y hacer que hicieran lo que él decía. Y hacía que los cautivos, ya fueran humanos o padfoots, gritaran de miedo, lo que complacía al jefe.

"¡GORRGGBB...!"

Y por eso se sintió algo molesto por la actitud del líder de los aventureros: un hombre que, con su lamentable equipo, estaba claramente en un nivel inferior al del goblin. ¡Ni siquiera parecía inmutarse! No es que el jefe pudiera distinguirlo realmente, ya que el aventurero llevaba un casco metálico inexpresivo.

Bah, ¿a quién le importa?

El aventurero obviamente pensaba que iba a ganar, pero si el jefe mataba al líder, entonces todo se acabaría. El pequeño y rechoncho enano, y el apático lagarto

que lo llevaba, no eran rivales para el goblin. Si pudiera matar al hombre que tenía delante, entonces la alta elfa y la flacucha serían suyas. Les rompería los brazos y las piernas, se saldría con la suya hasta que se cansara, y luego—si seguían vivos—tal vez considerara oportuno arrojarlos a sus lacayos.

No hace falta decir que haría lo mismo con esa maldita tuerta. ¡Ooh, ella chillaría si él le arrancara ese otro ojo!

El jefe goblin podía ver su futura victoria, justo ahí, más allá del aventurero de la mugrienta armadura. Seguro de su superioridad, el goblin se rió. ¡Y todo empezaría por encargarse de este hombre de aquí!

"¡¡¡GOOROOOGGBB!!! GOOROGGBBB!!!!" aulló el jefe goblin, moviendo su hacha con tanta fuerza, que parecía que estaba tratando de convocar una tormenta. Si golpeaba la cabeza del aventurero, le partiría el cráneo a través del casco, mientras que si alcanzaba una de las extremidades del hombre, se la arrancaría, con armadura y todo.

Nadie podría mantener la compostura ante este espectáculo. ¡Mira—el aventurero ni siquiera intentaba desenvainar su espada!

"GOOOOROOOGGBB!!!!"

Pero, por supuesto, esto no significaba que el goblin fuera a tener piedad de él. ¿Acaso el aventurero no había matado a otros goblings? Este era un simple caso de venganza totalmente justificado.

El goblin, con la cabeza llena de estos pensamientos de goblin, levantó su hacha para dar lo que estaba seguro que sería el golpe de gracia...

"¡¿GOROGGBBB?!"

Al instante siguiente, se encontró con una hoja retorcida, más cruel de lo que podía imaginar, mordiéndole el brazo.

§

"¡¿GOROGGBBB?!"

El mejorado cuchillo arrojadizo de estilo sureño hizo exactamente lo que Goblin Slayer esperaba que hiciera y cortó el brazo derecho del goblin. Todavía con el hacha de batalla en la mano, el miembro giró en el aire. Antes de que aterrizará, Goblin Slayer ya estaba pateando la cubierta.

El goblin balbuceaba, pero no había necesidad de escuchar; habría sido inútil.

Ahora lo veía, la fuerza de las hojas de acero templado de los norteños. Cómo algo parecido a lo sagrado habitaba en ellas. Verdaderamente inspirador.

Berserkers: guerreros con pieles de oso que no conocían el miedo. Una palabra que inspiraba terror. Masticaban los escudos, destrozaban a la gente, incluso podían arrancar a los dioses miembro por miembro. Nada podría ser más horrible.

Y sin embargo...

¿Por qué debería tener miedo de un goblin?

Él podría temer a un gran bárbaro que no se dejara intimidar, pero ¿a un goblin que se acobarda por su vida?

"¡¿GORROGGBB?!"

Con su mano derecha, Goblin Slayer sacó su espada norteña. Corta, de una longitud extraña, pero pulida a la perfección. No tuvo ningún reparo en usarla. Se desperdició con él.

El goblin sostenía el muñón de su brazo y bramaba. Se retorcía de dolor, llorando y farfullando, maldiciendo todo lo que se le ocurría.

La distancia se acortaba en uno, dos, tres. Normalmente, Goblin Slayer apuntaría a la garganta, pero la garganta de este goblin era un poco grande. El vientre sería suficiente.

Y luego el mar hará el resto.

"¡¿GOROOGGBB?! ¡¿GOBB?!"

Su espada no encontró prácticamente ninguna resistencia al clavarse en las tripas del goblin, como si estuviera apuñalando un banco de nieve. Le dio un giro a la empuñadura para asegurarse de que le haría mucho daño interno, y el goblin soltó un grito ahogado.

"¡Esto hace... dieciséis!"

El monstruo extendió su única mano buena hacia Goblin Slayer—¿era un espasmo de dolor o creía que estaba suplicando por su vida? Fuera lo que fuera, no alcanzó el nivel de resistencia.

Ah. Sí.

Goblin Slayer extendió su propia mano izquierda y arrancó la piel de oso.

"Esto es más de lo que mereces."

Luego le dio al goblin una patada sin piedad. *Thump*. Hubo un chorro de sangre sucia cuando la espada salió, y el goblin cayó al océano helado. Sólo hubo un chapoteo sordo cuando cayó al agua—un final apropiado para un goblin. Las olas se lo llevarían en breve y desaparecería.

Mientras tanto, el hacha, que había continuado girando en el aire, finalmente aterrizó en la cubierta con un golpe propio.

En una mano, Goblin Slayer sostenía una piel de oso podrida. En la otra, el hacha. Dejó escapar un suspiro.

"Lo sabía..." Volvió a meter la espada en su vaina, metió la piel en su bolsa de objetos y asintió una vez. "...*esto* era más adecuado para lanzar". Sonó satisfecho mientras tiraba de la cuerda atada al cuchillo de estilo sureño.

No se arrepintió en absoluto de haberlo actualizado. Cumplía un propósito diferente. Al menos, diferente de su otro equipo.

"¿Cómo te va allí?", él preguntó.

"¡Oh, nos las arreglaremos de alguna manera!" gritó la Alta Elfa Arquera, soltando otra andanada de flechas. "¡Si esa cosa no nos come!"

Goblin Slayer volvió a colocar el cuchillo arrojadizo en la vaina que llevaba en su espalda y corrió hacia la cubierta, que rebotaba en las olas.

La ignorancia era un pecado, pero también podía ser una bendición. El barco del jefe goblin se acercaba al monstruo marino—o a los monstruos; no sabía si se trataba de un enjambre entero o de uno solo. Sin embargo, los goblins parecían no inmutarse en absoluto—porque eran goblins, después de todo. La Alta Elfa Arquera y la Sacerdotisa luchaban furiosamente para mantenerlos a raya mientras los pequeños monstruos discutían sobre quién iba a ser el próximo jefe.

"¡Si pudiéramos... usar un hechizo, entonces creo que... el resto sería...!"

La Sacerdotisa podría no ser la más fuerte, pero había sobrevivido a más de una batalla como esta. Tenía mucho que aprender sobre el manejo de su bastón como arma de combate, pero era más que suficiente para evitar que los goblins se acercaran demasiado. Protegido por las dos mujeres, el Sacerdote Lagarto se inclinó sobre la borda del barco con el Chamán Enano sobre sus hombros.

"¡Muy bien, lo tengo!" vitoreó el Chamán Enano, apretando sus pequeños pero valientes puños en el aire. La forma en que levantaba los brazos era muy propia de un lanzador de hechizos; casi parecía que estaba enrollando una caña de pescar. "¡Mantén esos pies firmes, Escamoso!"

"¡Lo haré! Me atrevo a decir que no estoy ansioso por caer..."

Para un hombre lagarto del sur, el mar del norte debía parecer algo terrible—pero su pueblo vivía en los pantanos, así que ellos mismos tenían cierta afinidad con el agua. Las afiladas garras del Sacerdote Lagarto se clavaron en la cubierta de la embarcación, que se tambaleaba y era empapada por las olas como si intentara deliberadamente despistar a sus pasajeros. Extendió su amplia cola para mantener el equilibrio.

El Chamán Enano dio un fuerte tirón a la caña de pescar invisible, sonriendo como si pudiera sentir que atrapaba algo bajo el agua. Y entonces rugió a los espíritus, buscando su ayuda para arrastrar a su presa a la superficie: "¡Ninfas y

sílfides, juntos giran, la tierra y el mar son casi parientes, así que bailen—solamente no se caigan!"

El mar explotó—no metafóricamente, sino literalmente. Los maltrechos barcos se agitaron como caramelos en una botella, golpeados por las olas. El géiser de agua de mar tapó el sol y todo se oscureció de repente. Y el rocío hizo que el mundo se volviera blanco, pero nada de esto pudo ocultar lo que emergió.

"OOCCCTAAAAAAALLUUUUUUUUUSSS!!!!!!"

"¿Qué—?"

"¡Heek...!"

La visión fue suficiente para robarle a uno la cordura. Enfrentados a la criatura retorcida que emergió del mar, cualquiera encontraría su control de la realidad bajo asalto.

Ahora estaba claro por qué lo habían tomado inicialmente por un enjambre de serpientes marinas gigantes. Era un conjunto montañoso e imponente de tentáculos que se doblaban en ángulos imposibles, y de carne y colmillos que consumían todo y cualquier cosa. Era una criatura parecida a un cefalópodo que parecía que sus partes habían sido pegadas con arcilla—pero era un solo monstruo. El amo del abismo, que había habitado en las profundidades quizás desde la Edad de los Dioses.

"Hmm", Goblin Slayer gruñó, mientras todos los demás permanecían estupefactos. Sonaba menos sorprendido que eminentemente seguro y satisfecho mientras decía: "Sabía que esta gente no podía ser derrotada por simples goblins."

§

"¡Ja-ja-ja-ja, ahora, este es uno grande! ¡Una verdadera cacería de renombre!". Un héroe se zambulló en el mar tormentoso, saltando de un casco podrido a otro. Un hombre con una cota de malla de acero negro y una espada de acero en la mano. Un caballero que había venido del sur al norte para ser un *goði*. Sólo le acompañaba un silencioso Guerrero Diente de Dragón que actuaba como

escudero.

Por supuesto, el demonio del mar, con su monstruoso apetito, no pasaría por alto ni siquiera algo tan pequeño como esto. Ahora, despertado de su somnolencia por haber sido arrastrado a la fuerza hasta la superficie, todos sus tentáculos golpearon a la vez.

Si alguien fuera a burlarse de la espada del héroe como un mero instrumento contundente, no obstante, eso sólo sería testimonio de su propia ignorancia.

"¡Hrr...n!"

Una sola espada, un solo golpe rápido. El jefe se mantuvo firme—de hecho, presionó hacia adelante, cortando la maraña de tentáculos. Hizo girar su gran espada por encima de su cabeza mientras los tentáculos tropezaban unos con otros para alcanzarlo, cortándolos.

Los tentáculos, que habían llegado a él como lanzas punzantes, fueron lanzados hacia arriba y hacia atrás, y él apartó las raíces con la parte plana de su espada. Un estandarte carmesí pareció ondear sobre su cabeza. Blandiendo su espada a la derecha y luego a la izquierda, siguió avanzando. Entrenamiento sobre entrenamiento, práctica sobre práctica: Esto era simplemente un dominio total de las artes de lucha.

"OOCCCTAAAAAAALLUUUUUUUUUSSS!!!!!!"

Era imposible decir, realmente, si la criatura marina sentía dolor. O si tenía razón o incluso si era sensible. Había cortado un puñado de los aparentemente infinitos tentáculos de la criatura, pero parecían quedar tantos como cabellos en la cabeza de una persona.

Aun así—la criatura marina aulló. Tal vez fuera sólo un bostezo o tal vez estuviera dirigido al insecto que había despertado al monstruo de su sueño, pero era inequívocamente un aullido.

Todo dirigido a un simple humano que tenía frente a él.

"Hoy", dijo el *goði*, enseñando los colmillos, con una voz casi melódica, "¡es el día

en el que morirás..."

El sonido del acero y el de la extraña bestia chocaron entre sí. Unos tentáculos retorcidos salieron disparados hacia delante con una fuerza que parecía suficiente para destruir a un solo guerrero.

El jefe no dio un paso atrás; de hecho, se lanzó hacia delante. Cuando uno empuña la espada, no puede dejar de moverse. El propio impulso era lo que conducía al siguiente ataque. La espada protectora debía apuntar siempre como una estaca al corazón del enemigo.

¡Talho! ¡Lebetz! ¡Alte, basso!

La espada estaba en todas partes, y sin embargo no podía parar todos los ataques. El Guerrero Diente de Dragón y su escudo recibieron un golpe en lugar del *goði*, desmoronándose. "¡Brillante!", gritó el jefe y siguió avanzando, siempre hacia adelante.

Sí: La espada del jefe ciertamente había alcanzado al monstruo marino.

No hay problema, entonces. Sólo sigue golpeándolo y morirá.

Cuando el barco bajo sus pies empezó a romperse, saltó al siguiente, barriendo las espinas de carne con su espada.

El jefe se puso de pie, y golpeó, y cortó. Con cada golpe, la sangre volaba, la carne se desgarraba, y todo ello se estrellaba sobre él como una ola.

La forma en que su aliento se empañaba en el aire revelaba lo caliente que estaba la sangre del jefe. ¡Oh dioses, contemplad sus hazañas! Ved la batalla del héroe y el demonio del mar del norte. Esta criatura era un señor de la guerra (*warlord*) del Caos, una pieza de juego importante, a la altura del Hecatónquiro o de un battlemech (*mecha de batalla*). Y aquí una unidad única estaba mirando hacia abajo.

Esto era, la radiante aventura evocada por los aventureros. Porque todos los aventureros del Mundo de las Cuatro Esquinas eran estrellas radiantes y brillantes.

"...Un berserker es todo un espectáculo para ver, ¿no?", dijo la *húsfreya* con una sonrisa mientras observaba al hombre que amaba luchar, imperturbable por las olas que rompían.

Los norteños vieron todo esto y se miraron entre sí. ¿Qué estaban haciendo *ellos*? ¿Pasar el rato con los goblins que no entendían en absoluto lo que estaba pasando? Mira, ¿los aventureros no habían cumplido su parte del trato? Mientras los norteños se habían conmocionado, y sacudido, su formación se había roto, los aventureros habían trabajado como uno solo para sacar al demonio de las profundidades. Y ahora los norteños se limitaron a observar la lucha de su *goði*. Observaron, sin poder hacer nada, como él y su espada se enfrentaban solos a la bestia.

Pero consideren—sólo consideren. Cuando la gente los viera más tarde, los sobrevivientes de esta batalla, ¿ellos qué dirían? ¿Cuando ellos vieran los cascós, la armadura y el escudo sin un rasguño? ¿Las espadas sin siquiera una astilla en la hoja? ¿Qué pensarían? ¿Se preguntarían si estos Vikingos se habrían contentado con dejar que los aventureros pescaran al enemigo en el mar y luego se limitaran a quedarse quietos mientras que el goði luchaba contra eso?

Habían derrotado a los pequeños. Hicieron su trabajo. ¿Era por eso que habían mirado mientras el héroe terminaba las cosas?

Ser vistos de esa manera, ser pensados en esos términos—no podían soportarlo. Un verdadero guerrero prefería la muerte a vivir con deshonor.

"...¡Gygax! ¡Alabados sean los dioses!"

"¡Gygax!"

Los guerreros gritaron, lo suficientemente alto como para ser escuchados por el noveno pilar del Círculo de los Ocho, el gran dios que había ido más allá de las estrellas.

¿Y qué si morían? Uno de sus hermanos retomaría la lucha y otro tras él. ¿Qué tenían que temer?

"¡¿GOROGGB?!"

"¡¿GOB?! ¡¿OROGGBB?!"

Semejante convicción era desconocida para los goblins, que no poseían ni poseerían más que un poco de ingenio. Lo único que sabían era que los acobardados y vacilantes guerreros se lanzaban de repente al ataque, desdeñando heridas y lesiones. Era imposible que los goblins pudieran hacer frente a semejante empuje.

El aire se estremeció con los gritos de los guerreros, los estertores de muerte de los goblins y los bramidos de la tormenta.

"¿A quién le importa un monstruo marino? Porque mi esposo no tiene miedo..." Y así, la *húsfreya* sonrió. El príncipe que ella amaba más que nada nunca podría ser derrotado por lo que tenía delante. "¡Porque él es el lobo de las abejas, el cazador de abejas!"

Los tentáculos que se retorcían se convirtieron en látigos de carne, golpeando la armadura del jefe casi más rápido que la velocidad del sonido. Las cadenas de su cota de malla saltaron a un lado, su carne se partió y su sangre voló. Pero, ¿y qué? A cambio de ese único golpe, el *goði* tuvo la oportunidad de conducirse al corazón de la bestia.

"¡Hrrrahh...!" Incluso mientras se acercaba, las lanzas de carne le apuñalaban, pero el jefe esquivó a un lado y luego al otro y se acercó un paso más cerca.

Dejó que el impulso de los cortes lo llevara en un movimiento de sacacorchos, volando desde la proa del barco hacia el monstruo. Esta era una de las técnicas del maestro con la espada a dos manos. La Decimocuarta Forma, que significaba la muerte.

La hoja de acero cortó los tentáculos del monstruo, enviándolos a volar, la criatura escupió un fluido terrible más alto que las olas.

"OOCCCTAAAAAAALLUUUUUUUUUSSS!!!!!!"

"*¡De mi barco, velocidad! ¡De mi escudo, fuerza! De mi espada, sangre!*" La *húsfreya*

entonó su propia plegaria, más fuerte que el rugido del demonio marino. La luz que brotó de su único ojo bueno se convirtió en un rayo que recorrió su brazo. Entonces la luz se convirtió en electricidad que golpeó al *goði* en el corazón.

"¡Y de mi bella doncella, un beso! ¡Esto es lo que busco!". El rayo envolvió su cuerpo, corriendo a su alrededor, saltando a través del espacio hasta la parte superior de su casco.



A los ojos de la Sacerdotisa, parecía un ciervo con cuernos de oro. Sí: como los cuernos del gran dios que todos los niños imaginaban en los cascos de los temibles Vikingos.

El rayo corrió sobre la espada del jefe, hinchando su tamaño, haciéndola cada vez más grande. El jefe sonrió y llevó la espada hacia su hombro, preparándose para blandirla.

Es el dolor lo que da vida a su alegría.

Es el calor abrasador seguido del choque del frío lo que templa el acero.

Un dios del acero envuelto en un rayo. Un verdadero milagro, otorgado por la bendición de los dioses marido y mujer (dioses en matrimonio).

Esta, esta era la hoja que todo lo limpia, conocida sólo por aquellos que han descubierto los más profundos secretos del acero.

"¡Hoh, aventureros!", gritó el jefe, apuntando a su enemigo mortal. "¡A mi señal!"

§

"¡Goblin Slayer, señor!" Fue la Sacerdotisa quien actuó antes que nadie, levantando su bastón sonoro, con Chispa en su mano.

El mar furioso. El barco que amenazaba con romperse bajo sus pies. El enorme demonio marino. La horda de goblins. La lucha en la que aún estaban inmersos. El viaje hacia el norte. La aventura.

Momentos preciosos, todos. La inspiración llegó como una luz del amanecer en el fondo de la mente de Goblin Slayer.

"¡Cola de Viento, ahora!"

"¡Lo tienes!"

A pesar de que acababa de pescar a un monstruo gigantesco del océano, el Chamán Enano no parecía cansado, y actuó sin dudar un instante. Comprendía

bien que en momentos como este, a este hombre, Goblin Slayer, siempre se le ocurriría algo.

"¡Oh, súlfides, bellas doncellas del viento, concededme vuestro beso más raro—bendecid nuestro barco con bellas brisas...!"

Incluso mientras las súlfides del mar del norte cantaban y bailaban, tendieron una mano a su amigo. El viento comenzó a golpear el barco—que en realidad era una madera podrida que apenas mantenía la forma de una embarcación. La ráfaga fue lo suficientemente potente como para atrapar desprevenida incluso a la Alta Elfa Arquera y hacerla tropezar. Miró en dirección a la Sacerdotisa. Su querida pero mucho más joven amiga estaba de pie en la proa del barco, con su bastón en alto, rezando por todo lo que valoraba.

Chico, ella realmente se ha convertido en algo de lo que estar orgullosa.

La propia Sacerdotisa era probablemente la única que no se daba cuenta. Los humanos eran rápidos. Eso hizo que la elfa se sintiera un poco celosa y también un poco triste.

"Oh, por... Esto *siempre* resulta así, ¿no?" Dijo la Alta Elfa Arquera con estudiada alegría, golpeando al Sacerdote Lagarto en la espalda. "Una parada más. No vayamos a caer ahora...!"

"Mm, estoy bastante de acuerdo."

La Alta Elfa Arquera corrió por la cubierta, riéndose de la forma en que la cola de él, le hacía cosquillas al pasar por sus piernas. Lo que sea que Orcbolg estaba tramando, haría caer a ese monstruo marino. Y si las flechas de la alta elfa lograban darle, reducirían los puntos de vida de la criatura.

Aunque, por supuesto, refunfuñó "Ugh" cuando vio que Orcbolg sacaba la botella llena de líquido grasiento. "Pensé que te había dicho que dejaras de actuar como un Alto (*Hylar*) enano."

"Este es un plan diferente", dijo Goblin Slayer tranquilamente. "Prepárate."

"Ja-ja-ja..."

Voy a patear su trasero cuando lleguemos a casa.

Pero incluso ese pensamiento era de alguna manera tranquilizador. La Alta Elfa Arquera se levantó de la borda, tirando de su arco y soltando una flecha.

"OOCCCTAAAAAAALLUUUUUUUUUUUSSS!!!!!!"

Entonces el fuego brilló en la mano de Goblin Slayer. El líquido negro de la botella comenzaba una conflagración, y lo arrojó—hacia abajo por un agujero en la cubierta.

Esto era el fuego de Medea, el petróleo, o el aceite de Iranistan. Como sea que lo llamarán, eso era...

"Agua de fuego."

Boom. Hubo un gran rugido, acompañado de una erupción de llamas. Inmediatamente, el fuego comenzó a lamer toda la nave, carbonizando todo en un color negro, brillando por todas partes...

"Oh Madre Tierra, abundante en misericordia, por favor, por tu venerada mano, límpianos de nuestra corrupción."

En medio de todo esto, ¿cómo podrían los dioses no escuchar la súplica de una joven chica?

Su oración, tan pura como el alma, llegó a la Madre Tierra—que debió sonreír un poco al pensar en el destino de esta oración. Pero aun así la concedió, y sus delicados e invisibles dedos rozaron la corrupta nave goblin, purificándola.

Puede que haya llamas por todas partes, pero esto era inequívocamente un viento sagrado que soplaban junto a ellos. Aunque, como el fuego absorbía todo el oxígeno, habría sido difícil respirar sin sus anillos de respiración.

El fuego devoraba la velocidad de la nave, succionaba el viento detrás de él, creciendo más fuerte a medida que lo consumía.

"Sabía que este anillo sería necesario si usábamos tanto fuego", dijo Goblin

Slayer, que había comprobado sus datos con antelación. Luego tomó el hacha de batalla que le había legado el guerrero del norte y se la puso en el cinturón de su cadera. Dio un "Hmph" desinteresado con respecto al brazo del goblin que yacía a sus pies y lo pateó fuera del camino.

Ya no había vuelta atrás. Sólo había una cosa que hacer.

"¡Libera el hechizo!" Gritó Goblin Slayer. "¡Estamos saltando!"

"¡Estamos en marcha, Escamoso!"

"¡Entendido...!"

"¡¿Heek?!"

"¡Tu trasero va a ser *pateado*!"

Goblin Slayer agarró a la Sacerdotisa, mientras que el Sacerdote Lagarto puso al Chamán Enano en su espalda, y la Alta Elfa Arquera voló alegremente por el aire.

Entonces los aventureros pusieron fin a su aventura.

§

El goblin sonrió para sí mismo, agradecido por su propia buena suerte. Estaba cubierto de heridas, le habían apuñalado en el vientre y el muñón de su brazo se había inundado de agua salada, estaba agonizando. Pero a pesar de todo, el goblin estaba vivo. Aunque fuera por poco.

Se había aferrado al costado del barco rodante, y eso lo había salvado. Los tontos aventureros lo habían pasado por alto, como los tontos que eran. Un día, él haría que se arrepintieran.

No había hecho nada malo, y sin embargo, mira cómo lo habían tratado.

Seguramente tenía derecho a hacer lo mismo con ellos.

Luchando con el único brazo que le quedaba, el goblin consiguió arrastrarse por la cubierta.

Sin embargo, su cabeza no dejaba de dar vueltas.

"¿GOROGB...?"

De repente, se dio cuenta de que había fuego por todas partes. Debería hacer demasiado calor como para soportarlo—así que ¿por qué apenas sentía calor?

El aire, sin embargo, era profundamente desagradable. Le daban ganas de vomitar.

El goblin maldijo todo lo que se le ocurrió, pero en realidad estaba bastante satisfecho con su situación actual. La nave parecía ir a toda velocidad por alguna razón. Eso le ayudaría. Y había sobrevivido. Por lo tanto, siempre podría volver. Y entonces encontraría a esos aventureros, y algún día, él juró, los mataría...

"¡¿GORRGGB?!?"

Lo último que vio el goblin al levantar la vista fue el vasto y negro vacío que había en las fauces abiertas.

§

En la superficie, resonó el rugido del dragón del rayo. La hoja de electricidad impactó de lleno, golpeando al demonio marino, y mientras tanto, el barco en llamas se convirtió en una lanza flamígera que atravesó al monstruo.

"¡¡¡OCCCTAAAAAAAALLUUUUUUUUUUUUUSSS!!!"

El monstruo bramó y retrocedió. La espada envuelta en un rayo y el barco en llamas eran armas terribles—y, sin embargo, no eran suficientes. Ninguna de las dos podía asestar un último golpe crítico.

Lo que más conmocionó a la criatura fue la gran llamarada sagrada, como nunca antes había experimentado. El peso del "barco sagrado", que llevaba la bendición de la Madre Tierra, abrumó al demonio marino.

Y entonces el efecto de Caminata Acuática desapareció.

Monstruo y barco cayeron al agua con un enorme chorro de espuma y se hundieron. Se hundieron, y luego aún más. La gran masa de ellos, que había sido sostenida por los espíritus del agua hasta ese momento, se estrelló contra el mar.

Absorbieron un flujo masivo de agua salada con ellos—que luego rebotó. Atrapó a los cascos abandonados que flotaban en el campo de batalla, al goblin superviviente y a los norteños en una única y tremenda ola.

"¡Aguuaantaaaaad!"

Pero los Vikingos, la Gente de la Bahía, comían olas enormes para desayunar. No les preocupaban los goblins ni el demonio del mar—pues estaban con la gente con la que vivían y luchaban cada día. A una sola orden, sin pánico y sin vacilar, agarraron sus remos y comenzaron a remar.

Hasta el más insignificante de los norteños era un guerrero formidable y un marinero intachable.

"¡¿GORGBB?!"

"¡¿GORBBGG?!"

Y los goblins, no había que decirlo, no lo eran.

Los goblins, sin el menor sentido para los barcos o el mar, apenas pudieron luchar. Simplemente fueron engullidos. Consumidos. Ningún goblin saldría vivo de estas aguas.

La naturaleza en el Mundo de las Cuatro Esquinas era absolutamente justa con todos. Otorgaba sus bendiciones a los que podían adaptarse—y a los que no, la destrucción.

Tal vez sería más exacto decir que el mar del norte lo arregló todo con su propia mano.

§

"Buenos dioses, pero hacéis las cosas más salvajes", dijo el jefe con una sonrisa exasperada. El cielo había cambiado por completo y ahora era brillante y soleado.

Los aventureros habían saltado del barco en llamas, pasando por el demonio del mar y la espada del rayo. Estaban sanos y saludables mientras permanecían en la cubierta, observando cómo el mar recuperaba poco a poco la calma.

"¿Es así?" Preguntó Goblin Slayer, ladeando la cabeza, con el agua del mar goteando de su casco. "Sólo hice lo que siempre hago."

La Alta Elfa Arquera le dio una buena y sonora patada, haciéndole caer. Ella lo señaló y se rió, pero la Sacerdotisa se apresuró a acercarse a ella. "¡F-fue mi idea, así que...!"

Ante eso, la Alta Elfa Arquera miró al cielo y se cubrió la cara.

Pero lo que fuera que estaba deseando en ese momento, la Madre Tierra—ella misma desviando la mirada—probablemente no la escuchó.

El Sacerdote Lagarto, observando a los tres, puso los ojos en blanco alegremente, mientras que el Chamán Enano agarraba el vino de su cadera con cierta resignación. "¿Realmente crees que eso lo mató? Quiero decir, ¿a algo tan grande? No estoy del todo seguro..."

"Hmmmm". El Sacerdote Lagarto suspiró pesadamente. "Incluso si lo hizo, dudo mucho que esa cosa fuera la última de su especie."

"Aw, ¿a quién le importa?" Ante la broma de su amigo sobre el lanzador de hechizos que había hecho más que nadie esta vez, bebió un poco de vino.

"Si alguna vez vuelve... ¡sólo significa otro *drekka*!" El *goði* miró a los norteños, que dieron un gran grito de victoria hacia el cielo. Los prisioneros rescatados lloraron y se abrazaron, discutieron con los otros norteños y, en general, hicieron mucho ruido.

El jefe, que escuchaba alegremente el alboroto, sonrió. "¿He sido tan heroico

como esperabas de mí, mi querida—?". Y entonces pronunció el nombre de la *húsfreya*.

Ella se rió y dijo: "Oh, mi querido *husbondi*. Tu acento se muestra de nuevo."

"¡Oops!" El jefe se rascó la mejilla avergonzado. Todavía tenía mucho que aprender. "Ejem... Querida esposa. Te doy las gracias siempre", dijo, asegurándose de sonar como uno de los norteños.

La *húsfreya* se inclinó hacia él: Bajo su casco, sus labios estaban indefensos. Ella los rozó suavemente. En perfecto lenguaje común, dijo: "Te adoro, mi príncipe."

"____"

"¿Hmm?"

"¡Una vez más! Querida esposa, te lo ruego!"

"¡Cielos, no podría!", dijo ella con picardía, volviendo a su estilo habitual de hablar y alejándose del jefe con una sonrisa. Las llaves de acero negro tintinearon en su cadera; las rozó con los dedos, pareciendo infinitamente feliz.

"Por favor devuélveme esto. Más tarde, cuando haya una oportunidad". Goblin Slayer, que por fin se había puesto en pie de nuevo y los observaba a los dos, habló con un norteño cercano—el guerrero del rostro herido. Ahora tenía más heridas—y Goblin Slayer le entregó dos armas. La espada norteña que había estado en su cadera hasta ese momento y el hacha de batalla encantada.

"¿Estás completamente seguro?"

"Son buenas armas", respondió Goblin Slayer. Y luego añadió: "Se están desperdiciando conmigo."

Hmm. El guerrero con la cara llena de cicatrices dejó escapar un suspiro silencioso, pero al final dijo: "Entiendo", y tomó los objetos con reverencia.

Entre los Vikingos, se decía que si ofrecías algo a alguien, aunque fuera tan humilde como un cuchillo de caza, debías recibir algo a cambio. Esta era una

tierra en la que la lucha nunca cesaba. Eso era precisamente lo que la convertía en una tierra tan rica en conocimientos para evitar las peleas y en tradiciones que promovían la paz.

¿Pero recibir algo? Él ya había recibido mucho.

Los jóvenes amantes—el marido y la mujer—sus rostros alegres, eran cosas de tan profundo valor aquí en el norte.

"Lo que realmente importa es esto: Fue una buena pelea", dijo el norteño.

"¿Hrm?"

"Hablo de tu recompensa". El guerrero con las heridas en la cara se aseguró de agarrar con firmeza y respeto la espada y el hacha. "Ustedes, los aventureros no son ladrones, ¿verdad? ¿Mercenarios, quizás?"

"No". Goblin Slayer negó con la cabeza. Fue un movimiento casi por reflejo, por lo que tardó varios segundos de silencio en encontrar las palabras. "No...", repitió. "Los aventureros son los que van de aventuras."

Los aventureros eran aquellos que se arriesgaban al peligro. Viajaban por el mundo, se adentraban en las mazmorras y se enfrentaban a los dragones por la riqueza, el honor, el renombre o el bien de la gente. Así era como se suponía que debía ser—como él quería creer que era. Como él quería ser.

"Yo soy Goblin Slayer", dijo. No había nada que odiara más que tener goblins interponiéndose en su camino. Pero tampoco había nada más doloroso que tener goblins en su camino. "Como recompensa... te pido que en el futuro, cuando los aventureros visiten esta tierra, los trates como aventureros."

"¿Es eso suficiente?"

"Sí."

La Sacerdotisa, que escuchaba a la distancia, pensó por un momento que había escuchado mal, y sus ojos se abrieron de par en par. Porque de lo contrario, si no lo hubiera hecho... Bueno, podría ser la primera vez que ella escuchaba algo así. Y

sin embargo, no sintió el temblor de incomodidad que había experimentado en el pasado.

Porque—bueno, ¿no lo había hecho él? Tal vez tenía la calidad de un chirrido de una bisagra oxidada, pero él—él se había reído a carcajadas.

"Sí, eso es suficiente", él dijo. Y luego, como si fuera un asunto de suma importancia, Goblin Slayer añadió: "Además, si pudieras proporcionarme una vaina para mí."

Capítulo 7: Luna de Miel

La llegada de la primavera se anuncia con un ambiente lánguido y soleado que hace que uno quiera bostezar.

Y de hecho, eso fue lo que hizo la Vaquera, sin intentar ocultar su bostezo audible mientras estaba sentada en la valla, dando patadas con los pies. El cielo era azul, la luz del sol era cálida y la brisa era encantadora. Difícilmente se podría haber pedido una tarde mejor.

"Mmmm..."

No es que estuviera eludiendo el trabajo. La mayoría de las cosas que tenía que hacer hoy las había terminado. Sin embargo, aún no había hecho las cosas que le *convendría* hacer hoy, ni había empezado las que le llevarían varios días.

Awww, está bien, pensó. En un día como hoy, ¿quién podría culparla?

Había terminado todos sus trabajos a tiempo para tener unos minutos para sí misma; no había necesidad de seguir trabajando. Todo lo que era urgente estaba hecho; nadie podía quejarse si se tomaba un tiempo de descanso.

"¡Hup...!"

La Vaquera inclinó su peso hacia atrás de la valla, como un niño en las ramas de un árbol. Así de fácil, el mundo estaba volteado, extendiéndose ante ella al revés. El cielo estaba hecho de hierba verde, y a sus pies había un azul sólido. Cuando era niña, tenía que llevar falda, y la habrían regañado por hacer esto—habrían dicho que era de mala educación.

Oh... eh. ¿Tal vez todavía lo es?

Si su tío la encontraba, pensó, podría tener algo que decirle al respecto—pero incluso eso era un pensamiento bienvenido. Él seguía siendo bastante duro debido a la excursión de invierno, pero por lo demás, hacía mucho tiempo que nadie la regañaba.

Por otra parte, el hecho de que hubiera pasado mucho tiempo, y de que la idea le pareciera bienvenida, no significaba que estuviera deseando que la regañaran.

Bueno, si me ve... ya nos preocuparemos entonces.

La lógica de la Vaquera era tan sólida como la del niño en la rama de un árbol. Por ahora, todo lo que ella sentía que tenía que hacer era saborear el sol y el viento y la sensación de la primavera.

"Ooh..."

De repente, una decoración como un trapo andrajoso cayó en su mundo al revés. Oscilando en su vista desde el verde por encima de su cabeza había un casco de metal de aspecto barato, pero familiar.

Él llevaba mucha más carga que de costumbre, pero de nuevo, también había ido mucho más lejos que de costumbre. Había guardado su capa—tan al sur, ya no debía necesitarla. Conociéndole, estaba segura de que la había doblado cuidadosamente y colocado en su mochila. Sólo una cosa era lo suficientemente inusual como para llamar su atención: la preciosa espada que llevaba en la cadera.

"¿No hay animales esta vez?", se burló ella, sonriendo a su amigo al revés.

"Mm", él gruñó, deteniéndose y mirándola atentamente. "...¿Qué estás haciendo?"

"¿Hmm? Oh, uh..." La Vaquera dio una patada, volviéndose a poner de pie. Entonces el mundo giró, y ahora podía ver el otro lado de la valla de antes. Sus pies tocaron el suelo (*;tump!*), y se impulsó, dándose la vuelta.

Allí estaba el mugriento casco metálico, tal y como ella esperaba. Se alegró mucho de verlo. "He estado esperando."

"...¿Es así?"

"Uh-huh. Claro que sí."

La Vaquera sonrió, y él simplemente dijo: "¿Es así?" de nuevo, el casco asintiendo.

Sólo había una cosa que ella podía decir a eso.

"¿Has vuelto?"

"Sí... he vuelto."

§

El camino hasta la casa principal de la granja ciertamente no era largo, y ella disfrutaba escuchándole hablar por el camino. Él hablaba en breves ráfagas, y ella tenía que preguntarle en detalle sobre las cosas para aprender algo.

Quiero decir, solo tengo que hacerlo.

Había cruzado las montañas. Había matado a algunos goblins. Había visto el país del norte. Había aparecido un monstruo del que él no sabía mucho. Había matado más goblins.

Eso no puede ser todo lo que hay en la historia, pensó la Vaquera. Al mismo tiempo, sin embargo, ella no entendía necesariamente lo suficiente sobre las aventuras como para haber captado los detalles, incluso si él se lo hubiera contado. Toma la ciudad subterránea de los enanos, por ejemplo: No podía entender lo que significaba. Y de los norteños—sus casas, su modo de vida, su mar helado, sus barcos—sólo podía hacerse una vaga idea.

En cuanto al monstruo, él dijo que tenía muchas patas. Lo único que la Vaquera conocía así eran los insectos.

"¿Así que era algo así como un ciempiés?"

"No, no lo creo..." Sacudió la cabeza de lado a lado, pensó un momento y luego añadió: "Lo llamaban... pez demonio o algo así. No conozco los detalles. Nunca había visto nada parecido."

"Huh..."

Era como si una cosa lo fuera todo; así era con él. Pero cuando ella hacía preguntas, él las respondía, y a ella le gustaba escuchar sus explicaciones poco a poco. Ella no siempre le seguía, pero en el momento en que él le demostraba con un gesto cómo había intentado mover un palo, ella comenzó a pensar:

Él se divirtió, ¿verdad?

Y eso la hizo más feliz que nada.

"¿Entonces estuvo bien?"

"Sí". Asintió con la cabeza. "Aunque no conseguí moverlo."

"Era muy grande, ¿verdad? No fue tu culpa."

Mientras la Vaquera hablaba, llegaron a la puerta de la casa principal. El aire del interior transmitía un ligero frío, como si todavía se escondiera un atisbo de invierno en su interior. El tío de la Vaquera estaba trabajando y aún no había vuelto. Hizo que su corazón diera un vuelco al entrar tranquilamente a la casa, solo ella y él.

"Voy a poner el té", ella dijo, trotando hacia la cocina.

Lo primero es lo primero: tenía que hacer un fuego. Y encender un fuego la hizo ansiar hervir agua.

Así que cuando él dijo: "Tengo un regalo para ti", fue sólo después de verla correr por un momento. Lo dijo con bastante seriedad, dejando su equipaje en el suelo mientras ella tomaba asiento mientras esperaba a que el agua en el fuego hirviera.

"Ooh, ¿qué es?"

"Primero, esto."

Sobre la mesa, puso la magnífica espada que había estado en su cadera. Incluso la Vaquera, que no sabía nada de estos asuntos, pudo ver lo exquisita que era el arma. La empuñadura estaba cuidadosamente envuelta en cuero, y el protector

estaba pulido hasta dejarlo brillante. Sin duda, la hoja estaba en condiciones similares. No había adornos obvios de los que hablar, pero estaba claro a primera vista que se trataba de una pieza muy fina.

Después de todo, era natural: Tan fina como era la espada, la vaina era realmente hermosa. Trabajada con acero oscuro y detalles de cobre que estaban pulidos hasta el punto de brillar, incluso la piel estaba aceitada y brillante. Su valor era inconfundible, así como el inmenso sentimiento y cuidado que se había puesto en ella.

"Wow", dijo la Vaquera, parpadeando. "Me preguntaba acerca de esta cosa. ¿Cuál es su historia?"

"La espada, la encontré. La vaina fue hecha para mí."

Su respuesta fue breve, pero fue suficiente para decirle lo que necesitaba saber. Él había pedido específicamente que se la hicieran. Fue verdaderamente bendecido con las personas que conoció.

"Eso es genial", dijo ella.

Él se quedó callado un momento, y luego dijo lentamente: "Pensé que podría servir como decoración."

La Vaquera cruzó las manos sobre la mesa y luego apoyó la mejilla en ellas. Sabía muy bien qué expresión tenía él detrás de su visera. Por lo tanto, sabía lo que él haría cuando ella hablara, sabía que se callaría y la miraría.

"Creo que deberías usarlo como decoración en tu cobertizo."

"...¿Está eso bien?"

"Creo que sería la mejor opción."

"Mm", dijo con un pequeño asentimiento, y luego tomó la espada, pareciendo genuinamente feliz. Él bebió al verla, luego empujó la hoja de la vaina para una mirada, su casco se balancea hacia arriba y hacia abajo.

La Vaquera lo reconoció como la misma forma en que había reaccionado cuando le habían comprado una espada de madera en un festival hace mucho, mucho tiempo. Ella se levantó de su asiento para no interrumpirlo ni interferir con él. Amontonó las brasas de esa mañana y, cuando el agua (traída de un cubo) hirvió, vino el té. Utilizó algunas de las hojas que le había dado la recepcionista del Gremio de Aventureros, aunque en cuanto a la preparación del té, sólo podía imitar lo que había visto y le habían dicho. Estaba bien—mientras no pretendiera que iba a preparar el té más delicioso del Mundo de las Cuatro Esquinas, no había problema.

"También hay otro", él dijo en voz baja cuando ella volvía a la mesa con dos tazas. Rebuscó entre sus pertenencias, sacó una jarra de vino cuidadosamente envuelta y la puso sobre la mesa. Debió ver el signo de interrogación que apareció sobre la cabeza de la Vaquera, porque le explicó: "Es hidromiel."

"Eh..."

Se le podía perdonar, se esperaba, que tuviera una reacción completamente diferente a la que había tenido con la espada.



Hidromiel—alcohol de miel. Por supuesto ella que lo conocía; incluso había bebido un poco. Pero tal vez el hidromiel que hacían en el norte era diferente de alguna manera. Intrigada, la Vaquera se inclinó hacia una de las jarras.

"¿Esto también fue un regalo?"

"Sí". Asintió con la cabeza. "Me preguntaron acerca de mi hogar, aunque no les entendí del todo."

"¿Tu hogar?"

"Dije que no estoy casado pero que vivo contigo y con tu tío. Entonces me dijeron que me llevara esto conmigo a casa."

"Huh... Hay bastante aquí. ¿Quizás quieren que lo bebamos juntos?"

El hidromiel estaba perfumado a pesar de los cierres herméticos de los frascos. Agitó uno de ellos y fue recompensada con un claro y agradable *splash*. El sonido la emocionó de alguna manera.

"Tal vez deberíamos tomar un poco con la cena de esta noche."

"Sí". Asintió. "Aunque no sé mucho sobre el consumo de alcohol."

"¡Como si yo lo supiera!" Ella soltó una risita. "Dime... ¿Los habitantes del norte llevan cascós con cuernos?" Sin dejar de sonreír, agitó los dedos en el aire, trazando dos cuernos. "¿Ya sabes, como tú solías hacer?"

"Sí". Asintió con la cabeza. "Yo mismo lo ví."

Mientras el vapor salía de su té, los dos hablaron de una gran variedad de cosas.

De lo inmensamente útil que había sido la capa del Tío en el viaje al norte. De cómo la tierra de allí había sido muy diferente de la saga que los dos habían oído una vez y, sin embargo, tal como se describía. La valentía de los guerreros del norte. Su fuerza. Cómo eran una compañía de héroes.

El frío del norte. El calor del norte. La sorprendente cultura, los juegos y la

comida. Las canciones.

La terribilidad del mar embravecido. El monstruo desconocido que lo acecha. Las mujeres capturadas. El héroe del norte que desafía al demonio del mar. Y la princesa lejana que lo amaba. Lo dulcemente que los dos se llevaban.

La enorme espada que empuñaba el héroe. Los grandes e inspiradores cuernos que decoraban su casco.

De cómo de las mujeres rescatadas, algunas habían vuelto a casa, mientras que varias habían decidido quedarse y convertirse en novias de los norteños. Cómo parecía que la chica clérigo que servía a la Madre Tierra iba a recibir una promoción.

Esto y mucho, mucho más le contó, dándolo todo para hablar de ello con su pobre estilo y mínimo vocabulario.

Ella exclamaba *ooh* y *ahh* en los momentos apropiados, de vez en cuando hacía preguntas o le instaba a seguir, y todo el tiempo lo escuchaba con alegría. Era toda una colección de historias para acelerar el corazón.

En otras palabras, era una aventura.

Capítulo 8: Una Rebanada de Pan, un Cuchillo y una Lámpara

Puede que hayan pasado años—o sólo unos momentos.

"¡Uf!"

Una chica se zambulló de cabeza en un banco de nieve, con la voz ahogada por la nieve. Al salir de la nieve a lo largo de la cresta de la montaña, gimió lastimosamente. No tenía ni idea de que se había enganchado el pie en lo que se llamaba una "cornisa de nieve". No tenía ni idea de que si su suerte hubiera sido mala,—si la tirada de dados hubiera sido mala—habría caído directamente al pie de la montaña. No sabía que, en ese caso, su carne se habría desgarrado por las afiladas rocas y el hielo tan afilado como el acero.

Pero de todos modos, nada de eso ocurrió. Se limitó a maldecir su propia torpeza y a la traviesa nieve, frunciendo la boca. Sacudió la cabeza y el pelo negro que le caía por debajo de la cinta de la armadura se agitó y los copos de nieve cayeron de él. Parecía un conejo demasiado ansioso por la llegada de la primavera—y, de hecho, no había mucha diferencia entre ella y un animal tan vulnerable.

Tenían razón en lo de no entrar en el valle.

Eso era lo que le habían dicho los aventureros más experimentados antes de partir: "*Aunque te pierdas, no bajes al valle. Sube a la cresta.*"

En realidad, no entendía *por qué* era lo correcto. Incluso ahora, no podía resistirse a la idea de que el valle debía conducir eventualmente a la aldea. De hecho, la chica no entendía del todo qué era ese "valle". Tenía la vaga sensación de que era un lugar hacia el que fluía el agua.

En realidad era más que un valle; era una depresión pantanosa, y cuando se había perdido y entrado en ella accidentalmente, había sido horrible. Hacía frío, y el sol no llegaba, y sólo se podía ver hacia abajo, no hacia arriba, y había montones de nieve resbaladiza por todas partes, y... Bueno.

La próxima vez que me pierda, subiré a las crestas.

Sí, se dijo la chica con fuerza. Al mismo tiempo, su estómago emitió un patético gorgoteo. Se llevó una mano a la barriga (no había nada allí en lo que confiar en caso de apuro) y se mordió el labio fruncido. Ya había devorado la gran hogaza de pan que había conseguido en el pueblo harefolk con el que se había topado.

Hablando de eso...

El colmillo de monstruo que se exhibía en esa mansión era realmente algo...

¿Sería capaz de luchar contra esas bestias algún día? ¿Era capaz de hacerlo? La idea la aterrorizaba, pero también la emocionaba un poco.

"¡Oh, es cierto..."

La chica intentó chasquear los dedos—pero estaban demasiado entumecidos para lograrlo. De todos modos, parecía complacida.

Se había dado cuenta de que su cantimplora aún contenía algo de vino de uva aguado. Dejó caer su mochila tan suavemente como pudo (lo cual no era muy suave en absoluto), y luego sacó su cantimplora, luchando con la forma inusual en que había empacado las cosas. Luego bebió—*glug, glug*—sin tener en cuenta la cantidad que le quedaba, vertiendo la bebida en su estómago vacío.

¡Phew! Exhaló, guardó lentamente sus objetos y volvió a recoger su bolsa, y se tomó su tiempo para ponerse en pie. Luego comenzó a bajar la montaña, sin saber que estaba caminando por el borde entre la vida y la muerte, con sólo los pips (puntos) de los dados para ayudarla.

Nunca había estado en un lugar como éste antes.

Una casa estrecha y destortalada. Su padre con los ojos nublados. Un pueblo lleno de gente que no tenía más que frío. Y ella, encogiéndose en sí misma.

Aquella niña no podría haber imaginado este lugar—el borde del mundo.

O, no...

Esto no puede ser el borde.

Desde donde estaba, podía ver una ciudad extrañamente estereotipada al pie de las montañas y luego el mar. Pequeñas embarcaciones—aunque a ella le parecían grandes barcos—surcaban las aguas hacia el norte. Así que esto no podía ser el extremo norte. Tenía que haber algún lugar más al norte. Más lejos, más allá del horizonte.

"Hee...hee!" No sabía muy bien por qué, pero sólo ese pensamiento la hacía muy feliz.

Cada vez que corría, empujando la nieve, su mochila rebotaba en su espalda, traqueteando. Sus mejillas estaban calientes y su visión era brillante. Desde fuera, no parecía gran cosa. Sólo una chica que bajaba dando tumbos por una montaña nevada. La espada que llevaba en la cadera parecía peligrosamente pesada y dejaba una línea en la nieve junto a sus huellas.

La gente de su pueblo podría haberla señalado y reído y haber dicho que no podían ver esto. Ya se habían medio olvidado de ella. Pero eso no significaba nada para ella. Estaba llena de orgullo y valentía mientras avanzaba. Porque llevaba consigo ese orgullo, y su entusiasmo, y su encanto de ónix negro—y eso era todo.

Eso era todo lo que ella, con la @ del *propagador*, el origen, en su espalda, necesitaba para impulsarse hacia adelante. Las personas que se sentían más inteligentes que ella podían decir lo que quisieran—pero ¿qué más necesitaba realmente?

"¡Oh...!", exclamó la chica de pelo negro cuando vio una mancha oscura, apenas visible contra la nieve. Parpadeó varias veces contra la luz que se reflejaba en la nieve, pero finalmente vio que era una persona—alguien de la ciudad. Era un hombre imponente que vestía ropas de lana fina y llevaba un hacha en el cinturón que se ceñía a su cintura. La barba desaliñada que le cubría la cara le hacía parecer algo así como un enano, pero era demasiado grande para eso.

Aw... Ni siquiera lleva puesto un casco con cuernos.

Se sintió un poco decepcionada—y, sí, un poco asustada—pero consiguió respirar.

"Um, ¡disculpe...!"

Su voz salió tan pequeña como el zumbido de una mosca, a pesar de que había tratado de gritar tan fuerte como pudo. Era todo lo que podía exprimir.

Pero al final, para su alivio, el hombre del norte pareció darse cuenta de su presencia. Era poco probable que hubiera oído su voz; probablemente la había visto aquí arriba. No es que le importara en cualquier caso.

"¡Hoh! Ahora, he aquí una joven que no he visto antes", dijo el hombre con una voz—y una risa—tan grande como su cuerpo. "¿De dónde vienes, entonces?"

"Um, uh... Por ahí", respondió la chica, agitando un brazo en forma de ramita en dirección a la montaña por la que había bajado. Había seguido el camino de la montaña con decisión, se había aferrado a la ladera del acantilado y finalmente había cruzado la montaña y había acabado aquí.

Se preguntó si él se enfadaría. Si le gritaría. ¿Qué haría ella si él la atacaba? ¿Qué artículos y equipo tenía con ella, de nuevo?

La chica, que de repente se sintió bastante ansiosa a pesar de la brevedad de su conversación, se quedó donde estaba y se movió incómodamente. El hombre la observó por un momento y luego dijo: "Ah", y asintió. "¿Serás una aventurera, entonces?"

"¡...! ¡Sí, señor!", respondió la chica, sonriendo como el sol y asintiendo con tanta fuerza que su pelo negro rebotó hacia arriba y hacia abajo. "¡Un aventurero! ¡Eso es lo que soy!"

El orgullo llenó su pequeño pecho mientras se volvía hacia el Mundo de las Cuatro Esquinas y se ponía en marcha.

Afterword

¡Hola, Kumo Kagyu aquí! Espero que hayáis disfrutado del Volumen 14 de *Goblin Slayer*. Esta vez, los goblins aparecieron en el mar del norte, y Goblin Slayer tuvo que matarlos.

Las historias de heroísmo se han desarrollado en estos lugares desde los tiempos de *Conan el Bárbaro*. Si este libro despertara su interés por este tipo de historias, me alegraría mucho.

Ya he mencionado antes en estos epílogos una campaña en la que participo con un personaje que sólo es bueno disparando flechas. Después de años de jugar con este personaje de forma segura y con éxito, me recuerdan una y otra vez que los TRPGs son realmente geniales. Un chico al que sólo le gustaba engañar a la gente con lo de ser un héroe, ahora corre por todo el pueblo ayudando. Pero no podía hacerlo solo, así que consiguió la ayuda de un montón de gente, se apoyó en sus amigos y finalmente descubrió que, de hecho, se había convertido en un héroe.

El Mundo de las Cuatro Esquinas también tiene muchos aventureros—y héroes—cada uno con su propia historia. Puede que Goblin Slayer sea el personaje principal de estos libros, pero no es el centro de este mundo. El héroe, los runners, e incluso el *goði* del norte y su *húsfreya*, y los aventureros de la frontera. Lo que hacen es una parte igualmente importante de la historia.

Me alegraría que también recogieras *Dai Katana*, que es otra cara de todo el relato. Solo puedo disculparme por haberlos hecho esperar por el volumen final.

Si quieres convertirte en uno de estos aventureros, se publicará un suplemento para el *Goblin Slayer* TRPG. Y si quieres ver a estos aventureros, habrá una segunda temporada del anime de *Goblin Slayer*.

Menudo mundo, ¿eh? Nadie está más sorprendido que yo. Primero mi obra se convierte en un manga, luego en un anime y en un TRPG, luego hay una película de cine y un suplemento y una segunda temporada... Todo me parece increíble. No es algo que se pueda vivir todos los días.

Como todo lo demás, todo esto ha sido posible sólo gracias a todos los que me

han animado, así que muchas gracias a todos.

Hablando de todos los que me animan: mis lectores, mi editor, toda la división editorial y todos los demás en la editorial. Kannatuki, que ha realizado otro lote de maravillosas ilustraciones, y todos los diferentes artistas que participan en la versión manga.

Mis compañeros de juego y mis amigos creativos.

Los administradores de los sitios de agregación y todos los que me apoyan en la web.

Gracias de nuevo, y espero que sigáis apoyándome.

Mi plan es que el volumen 15 sea sobre goblins que aparecen en un campo de hierba y que Goblin Slayer tenga que matarlos.

Me esforzaré al máximo con el suplemento TRPG, el anime, la historia secundaria y el nuevo libro. Nada me haría más feliz que el hecho de que los disfrutéis.



GOBLIN SLAYER

He does not let anyone roll the dice.

Watch it on **Funimation** NOW

FUNIMATION.COM/GOBLINSLAYER

©Kumo Kagyu・SB Creative Corp./Goblin Slayer Project.





Hola, aquí "K".

Trayendoles la traducción del volumen 14 de Goblin Slayer.

Goblin Slayer es una serie a la que le tengo mucho cariño, antes de que me interesara en el anime, manga o novelas ligeras/web, Goblin Slayer fue lo primero que vi por cuenta propia y ahí es donde todo empezó.

Esta traducción fue hecha por mí en mis tiempos libres con el fin de satisfacer mi curiosidad.

Si tienen la oportunidad de adquirir el producto original, por favor háganlo. Eso apoya directamente al autor de esta historia.

Dicho esto, espero que disfruten de la lectura, puede tener errores pero intento hacer lo mejor que puedo para traerles esta historia.

PD: Algunos diálogos de los norteños o habitantes del norte pueden parecer extraños, pero así es su forma de hablar, se podría decir que es una manera algo torpe de comunicarse.

Cuidense mucho.